



EL
TESTAMENTO
DEL SUICIDA.



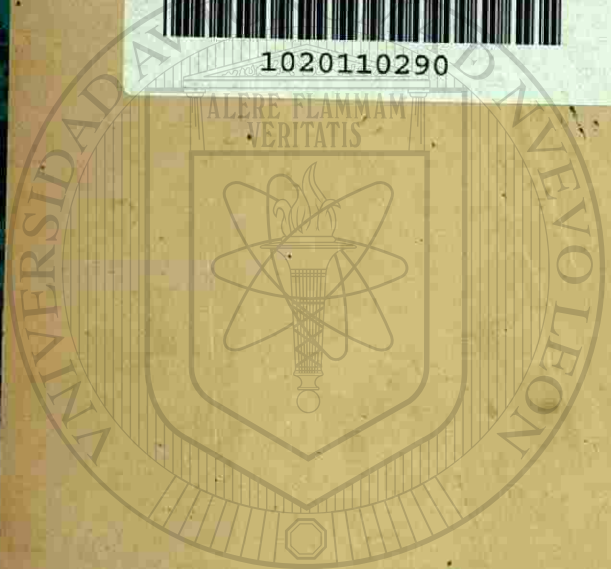
PQ 2242
T44

013.0

F4261



1020110290



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

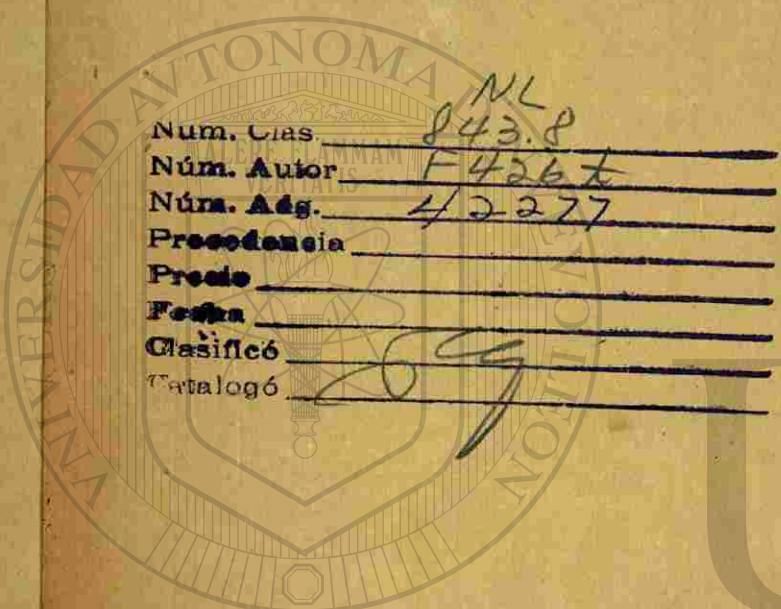
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Regino Garza

Red

R





Num. Clas. ML 843.8
 Núm. Autor F4267
 Núm. Adg. 42277
 Precedencia _____
 Precio _____
 Fecha _____
 Clasificó _____
 Catalogó _____

Biblioteca Económica

DESIDERIO LAGRANGE,
EDITOR

El Testamento DEL SUICIDA

POR

OCTAVIO FEUILLET.



FONDO NUEVO LEON



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA DE ECONOMÍA
 Capilla Alfonso
 06805 Monterrey, México
 Biblioteca Universitaria

Tip. del Co. MONTERREY.
 Comercio, A. Lagrange y Hno.
 1887

51522 42277

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

N^o
343
F

PQ 2242

T44



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"
Cada. 1625 MONTERREY, MEXICO

FONDO NUEVO LEÓN



Capilla Alfonso
Biblioteca Universitaria

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



Capilla Alfonso
Biblioteca Universitaria

EL TESTAMENTO DEL SUICIDA.

Revelaciones particulares fidedignas nos han guiado en el curso del presente relato. Aquella parte del público que hace algún tiempo inquiría con avidez el misterio dramático de cierta brillante personalidad puede leer con confianza estas páginas porque encontrará en ellas la verdad del carácter y destino de un hombre que merece ser expresiva fisonomía de su país: el conde Luis Lange de Camors.

...te frase, que todos los días se
...s los días se lee, es decir, de

un malvado que nació malvado, de una mujer ligera que nació cortesana; y esta vulgaridad tiene además el inconveniente de destruir de paso algunas nociones de moral arraigadas aún en la multitud. Si el hombre no es responsable de sus actos más que ante la Guardia civil, bien está; pero mientras la humanidad entera no adopte esta creencia tan elevada como saludable, hemos de persuadirnos y hemos de intentar persuadir á los demás de que no hay fatalidades de nacimiento. Esto animará á los padres de familia que se toman el trabajo de educar á sus hijos, y á los hombres de bien que se dedican á la educación popular. Por nuestra parte, creemos que el héroe de este libro nació para ser hombre honrado, ó para ser lo contrario, ó para algo entre lo uno y lo otro, según la dirección que sus preceptores naturales dieran á sus inclinaciones y facultades, según el medio moral cuya influencia experimentase, y según, finalmente, el uso que hiciese el mismo y sobre sí mismo de su voluntad inteligente y libre.

PRIMERA PARTE

A las once de una noche del mes de Mayo, un hombre que frisaba en los cincuenta, alto y buen mozo, se apeó de una berlina en el patio de un hotel de la calle Barbet-de Joux, subiendo en seguida con la magestad de amo los escalones del vestíbulo. Dos ó tres criados le esperaban, siguiéndole uno de ellos á un gran despacho situado en el

primer piso, y que comunicaba con una alcaoba por un arco tapizado. El lacayo avivó la luz de los quinqués que iluminaban las dos habitaciones, y ya iba á retirarse cuando le dijo su amo:

—¿Ha vuelto mi hijo?

—No, señor Conde ¿Está malo el señor Conde?

—¿Malo? ¿Por qué?

—El señor Conde está pálido.

—He tenido un poco de frio esta noche en la orilla del lago.

—¿Desea algo el señor Conde?

—Nada.

El criado salió.

Cuando el Conde quedó solo, se acercó á un mueble primorosamente trabajado al gusto italiano, y tomó de él una caja larga y aplastada de madera de ébano. La caja contenía un par de pistolas, que cargó cuidadosamente, colocando en seguida los pistones, que apretó con el pulgar. Hecho esto, miró el reloj, encendió un cigarro, y durante media hora paseó lentamente por el despacho; terminado el cigarro se detuvo como reflexionando; cogió las pistolas y entró en la habitación inmediata, que, lo mismo que la anterior, estaba amueblada con severa elegancia y decorada con exquisito

gusto, viéndose en ella cuadros de maestros, mármoles, bronces y marfiles. El Conde miró con singular interés el interior de aquella habitación que era la suya, contemplando sus objetos familiares, los oscuros tapices y el lecho preparado para el descanso; en seguida se acercó á una mesa colocada en el hueco de una ventana, colocó sobre ella las pistolas, se sentó, meditó durante algunos minutos, apoyando la cabeza en las manos, y en seguida escribió lo que sigue:

“A MI HIJO”

“Hijo mio: Estoy astiado de la vida, y me la quito. La verdadera superioridad del hombre sobre las criaturas inertes ó pasivas que le rodean, consiste en poder destruir cuando quiere las fatales servidumbres llamadas leyes de la naturaleza. El hombre puede, si así lo desea, no envejecer; el leon no. Medita sobre este pensamiento, porque encierra en si toda la fuerza humana.

“La ciencia lo dice y lo prueba. El hombre inteligente y libre es en este planeta un animal imprevisto. Producto de una serie de combinaciones y transformaciones inesperadas, aparece en medio de la sumision de las cosas como una disonancia y una su-

blevación. La naturaleza le engendró sin concebirlo, viniendo á ser como la gallina que incubó sin saberlo un huevo de águila; asustada del monstruo, pretendió encadenarlo, y lo recargó de instintos que él convirtió en deberes, y de reglamentos de policía que él convirtió en religiones. Cada vez que se rompe una de estas trabas, cada vez que se destruye una de estas servidumbres, se da un paso en la emancipación civil de la humanidad.

“Esto quiere decir que muero en la fé de mi siglo. Creo en la materia increada, fecunda, omnipotente y eterna. Esta es la naturaleza de los antiguos. En todo tiempo ha habido sabios que han entrevisto la verdad, que, madura hoy, ha caido en el dominio comun, y pertenece á todos los que tienen bastante elevacion para apreciarla, porque esta última religion de la humanidad es el pan de los fuertes. Triste es, sin duda alguna, porque aísla al hombre; pero tiene también su grandeza, porque le hace libre, le hace Dios. No dejándole deberes mas que para consigo mismo, abre inmerso campo para las personas de cabeza y corazon..

“La multitud permanece aun, y permanecerá siempre, bajo el yugo de sus religiones muertas, bajo la tiranía de los instintos.

Constantemente se verá sobre poco mas ó menos, lo que hoy ves en Paris: una sociedad con cabeza atea y corazon devoto. En el fondo, no cre mas en Cristo que en Júpiter, pero continúa maquinalmente construyendo iglesias. Ni siquiera es deísta: en el fondo de su pensamiento suprime radicalmente la vieja quimera del Dios personal y moral, testigo, sancion, juez; pero no pronuncia una palabra, no escribe una línea, no hace un gesto en su vida pública ó privada que no sea afirmación de esta quimera. Esta manera de obrar podrá ser útil, pero también es despreciable. Sepárate de ese rebaño, recógete en ti mismo, y escribe tu catecismo por tu propia mano en una página blanca.

“En cuanto á mi, he malogrado mi vida por haber nacido algunos años antes de lo que debí nacer. La tierra y el cielo estaban cubiertos de escombros. Nada se veía en ellos, y, además, la ciencia se encontraba relativamente en la infancia. Por otra parte, contra las doctrinas del mundo moderno tenia las prevenciones y repugnancias naturales de mi nombre. No comprendía que se puede hacer algo mas que poner mala cara al vencedor, y es reconocer que sus armas son buenas, arrebatarlas y anonadarlas.”

le. En una palabra: falto de principio de acción, he flotado al azar, y mi vida ha carecido de plan. Solamente he sido hombre de placer, y esto es muy poco. Tu serás mas completo si quieres creermé.

“¿Que puede llegar á ser un hombre en esta época, teniendo el buen sentido y la energía suficiente para conformar su vida á su fé? Yo propongo la cuestion, pero á ti te toca resolverla; solo puedo, por mi parte, apuntar ligeramente algunas ideas, que tu podrás desenvolver cómodamente. El materialismo solo es doctrina embrutecedora para los necios y los débiles; cierto es que no leo en su código ningun precepto de la moral vulgar á que nuestros padres llamaban virtud; pero leo una gran palabra que puede suplir á muchas otras: el honor, es decir, la estimacion de si mismo. Claro es que un materialista no puede ser santo, pero puede ser caballero, y esto ya es algo. Tu, hijo mio, posees excelentes dotes, y no te reconozco otro deber en el mundo que el de desarrollarlas ampliamente y gozar con toda plenitud. Usa sin escrúpulo de las mujeres para tus placeres y de los hombres para encumbrarte, pero no cometes ninguna bajeza.

“Para que el hastío no te lance antes de

tiempo de este mundo como á mi, en cuanto termine la estacion del placer, prepara para la edad madura las emociones de la vida pública. No te comprometas con el gobierno actual, porque te está reservado oír los elogios que le tributarán los que le derriben. Esta es la costumbre francesa. Cada generacion quiere una presa, y muy pronto sentirás el empuje de la generacion nueva. Prepárate, pues, con tiempo para collocarte á la cabeza.

“No ignoras, hijo mio, que en política cada uno profesa los principios propios de su temperamento. Los biliosos son demagogos, los sanguíneos son demócratas, y aristócratas los nerviosos. Tu eres á la vez sanguíneo y nervioso, lo cual te coloca en excelentes condiciones, porque te permite elegir, pudiendo, por ejemplo, ser aristócrata por tu cuenta personal, y demócrata por la de otros. No serás el único.

“Domina todas las cuestiones que puedan apasionar á tus contemporáneos, pero no te apasionen tu por ninguna. En realidad, todos los principios son indiferentes, siendo verdaderos ó falsos, según el momento. Las ideas son instrumentos que debes aprender á manejar oportunamente para do-

minar á los hombres También encontrarás compañeros en este camino.

"Ten presente, hijo mio, que cuando llegues á mi edad, hastiado de todo, necesitarás sensaciones fuertes, y entonces los sangrientos juegos de las revoluciones serán para ti como amorios de mozuelo.

"Estoy cansado, y voy á terminar, resumiendo. Ser amado por las mujeres y temido por los hombres; permanecer impacible como un Dios ante las lágrimas de las unas y la sangre de los otros, y terminar en una tempestad: he aquí el destino que no he conseguido y que te lego: fuerte eres por tus grandes facultades para cumplirlo íntegramente, si desechas no sé que debilidad de corazón que he observado en ti, y que sin duda procede de la leche maternal. Mientras el hombre nazca de la mujer, tendrá algo defectuoso.

"Te lo repito al terminar: procura sacudir todas las servidumbres naturales, instintos, afecciones y simpatías, que serán otras tantas trabas á tu libertad y á tu fuerza.

"No te cases, como no te impulse á ello algun interés elevado.

"Si te casas, no tengas hijos.

"No tengas amigos; Cesar, cuando envejeció, tuvo uno, que fué Bruto.

"El desprecio de los hombres es el principio de la sabiduría.

"Modifica tu esgrima; tu juego es demasiado abierto.

"No te enojés. Ríe poco. No llores jamás. —Adios.

"CAMORS"

Los primeros reflejos del alba penetraban por las persianas, y un pájaro matinal comenzaba á cantar en el castaño vecino de la ventana. El señor de Camors levantó la cabeza, y prestó atención á aquel ruido extraño, y, viendo que despuntaba el día, dobló con cierto apresuramiento las páginas que acababa de escribir, puso su sello en el sobre, y escribió en él: *Al Conde Luis de Camors*. Hecho esto, se levantó.

Muy aficionado siempre á las obras de arte, el Conde conservaba religiosamente un magnífico crucifijo de marfil del siglo XVI, que había pertenecido á su esposa: la blancura mate de su efigie se destacaba sobre ancho medallón de terciopelo. Sus ojos encontraron la pálida y triste cabeza del Crucificado, y quedaron fijos en ella con extraña insistencia; y en seguida, sonriendo amargamente, cogió con mano firme una

pistola, y se la aplicó á la sien: sonó el disparo, la caída del pesado cuerpo hizo temblar el pavimento, y algunos fragmentos de cerebro se agitaron en la alfombra.

El Conde de Camors había entrado en la eternidad con su testamento en la mano. ¿A quien se dirigia aquel escrito? ¿En que terreno iba á caer aquella semilla?

Tenia entonces Luis de Camors veintisiete años. Su madre había muerto muy jóven, y suponíase que no había sido muy feliz con su marido. Su hijo la recordaba apenas como una jóven hermosa y pálida, que cantaba á media voz para dormirle, y que lloraba con frecuencia. El jóven debía principalmente su educacion á una amante de su padre. Llamábase esta la vizcondesa de Oilly, era viuda y bastante sencilla. Su sensibilidad natural y las fáciles costumbres que reinan en Paris la habían permitido ocuparse á la vez de la felicidad del padre y de la educacion de hijo. Cuando perdió al padre, lo cual no tardó en suceder, le dejó este al hijo para calmarla algo con tamaña prueba de confianza y amistad. Llevábanlo á casa de la Vizcondesa tres veces por semana, y lo vestía, lo peinaba, lo acariciaba y llevaba á misa, haciéndole jugar tambien con un español buen mozo que hacía algun

tiempo la servía de secretario. Tampoco descuidaba en ocasion oportuna de inculcar al niño algun precepto de sana moral. Asi, pues, habiéndola visto este con mucha sorpresa depositar una noche un beso en la frente del secretario, y preguntándola con la ruda franqueza de su edad:

— ¿Porque besas á ese señor que no es tu marido?

— Hijo mio (contestó la vizcondesa), porque Dios nos manda ser caritativos y afectuosos con los pobres, los enfermos y los desterrados, y el señor Perez está do.

Luis de Camors merecía mejores cuidados, porque era un niño generoso. Sus compañeros de colegio de Luis el Grande recuerdan sus cualidades simpáticas y su gracia natural, que acallaban las envidias por sus triunfos durante la semana, sus botas de charol y sus guantes de color de lila los domingos. Cuando estaba terminando sus estudios, contrajo particular amistad con un pobre alumno gratuito llamado Lescande, sobresaliente en matemáticas, pero que era contrahecho, zafio, tímido hasta el salvajismo, y ocultaba además bajo corteza tan tosca, ridícula ternura. Llamábanle familiarmente cabeza de lobo, á causa de sus áspe-

ros y rebeldes cabellos; pero el elegante Luis de Camors hizo callar á los burlones, escudando á aquel buen muchacho con su amistad. Lescande le agradeció muchísimo su simpatía, y se la pagó con creces: abrió para su amigo la triple cerradura de su hermoso corazón; y dejó escapar un secreto importante. Estaba enamorado. Amaba á una muchacha rubia, prima suya y pobre como él. Providencial circunstancia era que la muchacha fuese pobre, porque, de otra suerte, nunca se hubiese atrevido á alzar los ojos hacia ella. En su última salida la había sorprendido Lescande con puños sucios, y con este motivo recibió la carta siguiente:

“Querido primo: Perdóname mis puños no muy blancos. Te diré que mamá y yo no podemos cambiarlos mas que tres veces por semana. En cuanto á mamá, nadie la conoce, porque es pulcra como un pájaro; yo también lo soy, pero cuando estudio el piano, rozan los puños. Después de esta explicación, querido Teodoro, espero que me querrás como antes.

“JULIETA”

Lescande había llorado. Por fortuna, el joven tenía un proyecto: sería arquitecto.

Julietta había prometido esperarlo, y dentro de diez años habría sucumbido en el trabajo, ó habitaria deliciosamente con su prima una casita, de la que enseñó el plano y aun muchos planos á Camors.

—Esta es la única ambición que tengo y que puedo tener (añadía Lescande). Tu eres diferente; tu has nacido para las grandes cosas.

—Escucha, mi buen Lescande (contestaba Camors, que terminaba entonces brillantemente la retórica); ignoro si mi destino será vulgar; pero estoy seguro de que mi alma no lo es. Siento en mí impulsos, arrebatos, que unas veces me producen inmensas alegrías, y otras inexplicables sufrimientos. ¿Quisiera descubrir un mundo, salvar una nación, amar á una reina! Solamente concibo ambiciones ó amores elevados. Pero en los amores no pienso gran cosa. Mi actividad necesita resorte mas noble, y pretendo dedicarme á una de las grandes causas sociales, políticas ó religiosas que agitan al mundo en la presente época de nuestro siglo. ¿Que causa será esta? No lo sé todavía. No tengo aun opinion fija; pero en cuanto salga del colegio, buscaré la verdad y la encontraré facilmente. Leeré todos los periódicos. Además, Paris es un fo-

co intelectual tan luminoso, que debe bastar abrir los ojos de buena fé y con independencia para encontrar el camino verdadero. Para esto me encuentro en condiciones excelentes. Aunque no reniego de mi raza, no tengo preocupaciones. Mi padre me deja libre; el mismo es muy ilustrado y muy liberal. Tengo un tío republicano; una tía legitimista, que además es una santa, y otro tío conservador. No digo esto por vanidad, sino para que sepas que me encuentro en condiciones de comparar uno con otros y elegir bien. Una vez dueño de la santa verdad, puedes creer, querido Lescande, que la serviré con la pluma, con la palabra y con la espada hasta la muerte.

Estas palabras pronunciadas con verdadera emoción, y acompañadas con fuertes apretones de manos, arrancaban lágrimas al buen Lescande.

Ocho ó nueve años después, Luis de Camors salió á caballo una mañana del hotel que ocupaba en compañía de su padre. Nada hay tan alegre como el París matinal. En todas partes, la mañana es la edad de oro del día: á esta hora parece que el mundo está poblado de gentes buenas que se estiman recíprocamente. París, que no blaso-

na de candoroso, toma bajo esta benéfica influencia cierto aspecto de inocente alegría y cordial familiaridad. Carritos con campanillas se cruzan rápidamente en las calles y hacen pensar en las campiñas cubiertas de rocío. Los cadenciosos gritos de los vendedores lanzan sus agudas notas entre el zumbido profundo de la gran ciudad que despierta. Se vé al malhumorado portero barrer las blancas aceras, á los comerciantes, medio vestidos, quitar con estrépito los tableros de las puertas; grupos de palafreneros, con gorras escocesas, fuman y fraternizan en las puertas de las cocheras; óyense preguntas de buena vecindad, conversaciones ligeras y pronósticos acerca del tiempo, que se cambian de acera á acera con acento simpático. Las jóvenes modistas retrasadas bajan á la ciudad con ligero pié, se paran aquí y allá ante un almacén que se abre, y emprenden de nuevo el vuelo como abejas que han visto una flor. Hasta los mismos muertos, en este París matinal, parece que se van alegremente al cementerio con sus festivos cocheros, que se sonríen mutuamente al pasar.

Completamente extraño á estas agradables impresiones, Luis de Camors, algo pálido, entornados los ojos y con un cigarro

en la boca, avanzaba por la calle de Borgoña, llevando su caballo al paso. En los campos Eliseos lo sacó á galope, llegó al Bosque de Boloña, y lo recorrió á la aventura; la casualidad le hizo salir por la avenida Maillot, que no estaba entonces tan poblada como ahora, aunque se alzaban ya algunas lindas casitas precedidas de verdes parteres y entre bosquecillos de lilas y clemátides. Delante de la abierta verja de una casa de estas, un caballero jugaba al aro con un niño de rubia cabeza. La edad de aquel caballero era imposible de fijar, y lo mismo se le podían suponer veinticinco años que cuarenta. Corbata blanca adornaba su cuello desde el amanecer, y espesas y cortas patillas, recortadas como los tejos de los jardines, dibujaban en sus mejillas dos triángulos isósceles. Si Camors vió á aquel señor no le prestó la mas mínima atención. Era, sin embargo su antiguo amigo Lescande. Verdad es que hacia muchos años que no se habían visto, como suele acontecer á los compañeros mas íntimos de colegio; pero Lescande, cuya memoria debía ser mas fiel, sintió saltar su corazón al presentarse aquel magestuoso jinete. Su primer impulso fué salirle al encuentro, dibujándose en sus labios placentera sonrisa, que terminó en una

mueca: evidentemente habia sido olvidado ó no le reconocían. Camors solamente distaba dos pasos, iba á pasar, y su agraciado semblante no daba la menor señal de emoción; pero de pronto, sin que se hubiese conmovido ni un músculo de su cara, paró el caballo, se quitó el cigarro de la boca, y dijo con tranquila voz:

—¡Calla! ¡Ya no tienes cabeza de lobo!

—¿Me reconoces? exclamó Lescande.

—¡Caramba! ¿por que no?

—Creía... temía... á causa de las patillas...

Las patillas no te cambian.... Se adaptan muy bien al género de tu belleza.... ¿Que haces ahí?

—¿Aqui? Estoy en mi casa, amigo mio... Entra un momento; te lo ruego.

—Con mucho gusto, dijo Camors, con el mismo acento de suprema indiferencia.

Dió el caballo al criado que le seguía, y atravesó la verja del jardín, sostenido, empujado, acariciado por la temblorosa mano de Lescande.

El jardín no era grande, pero estaba muy bien cuidado y lleno de arbustos raros de anchas hojas, viéndose en el fondo la preciosa fachada de una *villa* de gusto italiano.

— ¡Calla! ¡Es muy bonito esto! dijo Camors.

— Reconoces mi plano número tres, ¿verdad?

— Número tres.... Perfectamente.... Y tu prima, ¿está dentro?

— Allí está, amigo mio (dijo Lescande á media voz, señalando al balcon del centro, cuyas persianas estaban cerradas). Allí está y hé aquí nuestro hijo.

Camors pasó la mano por los cabellos del niño.

— ¡Diablo! No has perdido el tiempo.... Así, pues, ¿eres dichoso, querido amigo?

— Tanto, que estoy inquieto.... Dios es demasiado generoso conmigo, te lo aseguro. Figúrate que pasé dos años en España, en medio de montañas, en un terreno infernal. Allí construí un palacio de hadas para el marques de Buenavista.... un señorón que habia visto mi plano en la Exposición, y se le alborotaron los cascos.... Esto fué lo que comenzó mi fortuna.... Pero comprenderás que no ha sido mi carrera solamente lo que me ha enriquecido tan pronto....; una serie de increíbles fortunas.... he realizado muy buenos negocios en terrenos, honrosamente, por supuesto, puedes

creerlo.... No soy millonario....; pero sabes que no tenia nada, ni mi mujer tampoco.... En fin, construí mi casa, me quedan unos dos mil duros de renta... Esto no es bastante para vivir de esta manera; pero trabajo.... ¡y me siento con tanto valor, amigo mio! ¡Mi pobre Julieta vive tan tranquila en este paraíso!

— ¿No lleva ya los puños sucios? dijo Camors.

— ¡Ah! ¡ahora no! hasta tiene cierta tendencia al lujo, como todas las mujeres.... Pero, ¡cuanto me alegro de que recuerdes nuestras tonterías de colegio!.... En medio de todas mis peripecias, no te he olvidado por mi parte.... Tenia muchísimos deseos de invitarte á mi boda: pero no me atreví.... ¡Eres tan notable! ¡Brillas tanto!.... con tus caballos! Mi mujer te conoce mucho. En primer lugar, porque le hé hablado de tí cien mil veces, y, además, porque adora las carreras.... está abonada al *Sport*.... Cuando me dice: "Un caballo de tu amigo ha ganado...." nos regocijamos en familia por tu triunfo.

Ligero tinte sonrosado pasó por las mejillas de Camors.

— Sois muy buenos, dijo.

Dieron algunos pasos por el blanco paseo

que rodeaba el parterre, y Lescande le preguntó:

—¿Y tu serás también muy feliz, amigo mío?

—¡Yo? ¡asombrosamente! (contestó Camors). Mi felicidad es muy sencilla, pero sin nubes. Generalmente me levanto temprano, voy al Bosque, después al Casino, después al Bosque y vuelvo al Casino.... Si por la noche hay algún estreno en cualquier teatro, corro á él. Así por ejemplo, anoche se estrenaba una obra verdaderamente encantadora, que tiene una canción de pajaritos, en la que se imitan sus pios..... Todo París la cantará con delicia durante un año.... haré lo que todo París, y seré dichoso....

—¡Dios mío, querido amigo, dijo alegremente Lescande; si eso basta á tu felicidad!....

—Esto y los principios del 89, contestó Camors, encendiendo otro cigarro en la colilla del anterior.

Fresca voz de mujer, brotando detrás de las persianas del balcón, interrumpió el diálogo.

—¿Estás ahí, Teodoro? dijo.

Camors levantó la cabeza, y vió una mano muy blanca que salió por entre dos tabli-

llas de la persiana iluminada por un rayo de sol.

—Es mi mujer (dijo rápidamente Lescande). Escóndete ahí.

Dejole detrás de un grupo de arbustos, y tomando cierto aire alegre y malicioso, contestó dirigiéndose al balcón:

—Si, querida, ¿que quieres?

—¿Está contigo Máximo?

—Si, aqui está.

—¡Buenos días, mamá! gritó el niño.

—¿Está bueno el día? preguntó la voz.

—Hermoso.... ¿Y tu estás bien?

—No sé.... pareceme que he dormido demasiado.

Diciendo esto, abrió la persiana, y, haciéndose pantalla con la mano para que no le diese de lleno la luz en los ojos, salió al balcón. Era una mujer en toda la fuerza de la juventud, esbelta, graciosa y que parecía mas alta de lo que era, merced á la flotante amplitud de la bata azul en que se envolvía. Cintas del mismo color entrelazaban á la griega su castaña cabellera, que la naturaleza, el arte y la noche habían desordenado, trastornado y rizado á porfía en su graciosa cabeza. Apoyó los codos en el balcón, bostezó enseñando todos los dientes, y mirando á su marido:

—¿Por que tienes el aire tan tonto? le preguntó.

Pero de pronto vio á Camors, á quien el interés de la escena habla hecho salir á medias de su escondrijo, y lanzando ligero grito de sorpresa al mismo tiempo que se recogia los desordenados pliegues de la bata, huyó á la habitación.

Desde el colegio hasta aquel momento, Luis de Camors no se había formado grande idea de la Julieta que tenia á Lescande por Romeo, por lo cual experimentó agrapable sorpresa al reconocer que su amigo era mucho mas dichoso bajo este aspecto de lo que habia presumido.

—Va á regañarme amigo mio (dijo Lescande, riendo de todo corazon); y á ti tambien . . . porque te quedarás á almorzar con nosotros, ¿verdad?

Camors dudó un momento, y en seguida dijo bruscamente:

—No . . . no . . . imposible, amigo mio . . . Olvidaba que me esperan.

Quiso partir en seguida, pero Lescande le detuvo hasta que le prometió que iria el martes siguiente á comer en familia, es decir, con su esposa, su suegra la señora Mursois, y con él.

Esta invitación preocupó algo á Camors

hasta el dia fijado; porque, ademas de no gustarle las comidas de familia, recordaba mas de lo que hubiese querido la escena del balcón. La indiscreta ingenuidad de Lescande le irritaba y conmovia á la vez. Sentíase llamado á desempeñar un papel al lado de aquella jóven, que presentía coqueta, y á la que le hacian sagrada sus recuerdos de infancia y el honor. En una palabra: encontrábase de pésimo humor cuando el martes por la tarde se apeaba de su *dogcart* ante la casita de la avenida Maillot.

El recibimiento que le dispensaran la señora Lescande y su madre le tranquilizó algo, pareciéndole, como en efecto eran, dos mujeres honradas, muy amables y de buen tono. La madre habia sido bella, enviudó jóven, y no habia la menor mancha en su vida reemplazando en ella exquisita delicadeza á los solidos principios que nuestro siglo no soporta. Lo mismo que otras muchas mujeres de buen trato, tenia el gusto de la virtud, á la manera que el armiño tiene el de la blancura, repugnándole el vicio, menos como mal que como mancha. Su hija habia recibido de ella esos principios de castidad elegante, que se oculta mas frecuentemente de lo que se cree bajo las vivas apariencias de las gentes mundanas.

Estas dos amables mujeres tenían, sin embargo, un defecto, que les era muy común con muchas parisienses de su época y condición. No obstante su talento, quedaban encantadas del modo más vulgar ante la aristocracia más ó menos legítima que desplegaba sucesivamente en los Campos Elíseos, en los teatros, en los hipódromos y en las playas célebres, su frivolidad y rivales vanidades; y, no obstante su acrisolada honradez, manifestábanse ávidas hasta el escándalo de las aventuras más equívocas que podían surgir en aquella región escogida. Su honor y gloria consistía en conocer hasta los menores detalles de la alta vida parisiense, seguir sus fiestas, hablar su jerga, copiar sus trajes y distinguir sus libreas. Obrando así, si no eran la rosa, vivían cerca de ella, impregnábanse en sus perfumes y colores, realzándolas esta familiaridad singularmente en su propia estimación y en la de sus amigos.

Aunque Camors no ocupaba aun en el olimpo de la moda el rango que había de ocupar más adelante, podía pasar ya en el por un semi-dios, y bajo este concepto; inspiraba á la señora Lescande y á su madre ardiente curiosidad; curiosidad que aumentaba con el interés que nacía de su antigua amistad con Lescande. La madre y la hija

sabían los nombres de sus caballos, y quizá también los de sus amantes; necesitando por tanto, todo su buen gusto natural para poder ocultar á su huésped la secreta agitación de sus nervios en su santa presencia; cosa que consiguieron tan perfectamente, que Camors quedó algo picado. Aunque no era fátuo, era joven, y estaba acostumbrado á agradar. Sabía que la princesa de Claut-Goritz le había aplicado recientemente su profunda definición del hombre amable: "Es amable, puesto que siempre se siente una en peligro á su lado" y por consiguiente, le pareció algo anormal que la simple suegra y la simple esposa del simple Lescande resistiesen su radiación con tanta tranquilidad. Esto le hizo salir de su premeditada reserva, y desplegó todas sus gracias, no por la señora Lescande, á la que había jurado respetar, sino por la señora Mursois, luciendo toda la velada ante la madre chispeante gracejo que encantó á la hija. Lescande, por su parte, con la boca abierta hasta las orejas, gozaba con la brillantez de su amigo.

A la tarde siguiente, Camors regresó de su paseo al Bosque por la avenida Maillot. La señora hacía labor casualmente en el balcón, y le devolvió el saludo casi sin le-

vantarla cabeza. El jóven observó que saludaba bien, inclinando la cabeza ligeramente y levantando un poquito los hombros, con cierta distinción.

Cuando volvió dos ó tres días despues á hacer la visita de etiqueta, ya había reflexionado, presentándose glacial, y no hablando á la señora Lescande mas que de las virtudes de su marido. Desgraciado efecto tuvo esta conducta, porque la jóven, que, por su parte, también había reflexionado, cuya honradez estaba en guardia, y á la que insolente persecucion no hubiese dejado de asustar, se tranquilizó, entregándose sin desconfianza al placer y al orgullo de ver y hacer en su salon una de las principales estrellas del cielo de sus sueños.

Era el mes de Mayo, y el domingo siguiente había carrera en la Manche. Camors iba á correr personalmente, y la señora Morsois y su hija llevaron á Lescande. Camors calmó sus deseos haciéndolas entrar en el recinto del Hipódromo y pasar por delante de las tribunas. La señora Mursois que se apoyaba en el brazo del jóven y que nunca había tenido el honor de pasear en público con un caballero vestido con casaca de color de naranja y calzado con botas de jockey; la señora Mursois, repetimos, estaba

radiante de felicidad. Lescande y su esposo, la seguían, compartiendo su delirio.

Estas agradables relaciones continuaron durante muchas semanas sin que aparentemente cambiasen de carácter. Un día se sentaba Camors con ellas delante del palacio de la Exposicion, y acababa de iniciarlas en los misterios de la elegancia que desfilaba ante ellas. Una noche entraba en su palco, se dignaba permanecer en el durante un acto ó dos, y rectificaba sus nociones, incompletas aun, acerca de las costumbres del cuerpo de baile. En todas estas ocasiones el jóven afectaba con la señora Lescande el lenguaje de desinteresada intimidad fraternal, tal vez por que persistía sinceramente en sus delicadas resoluciones, ó tal vez porque no ignoraba que por todas partes se va á Roma, y su camino era tan seguro como cualquier otro. Entretanto, la señora Lescande se tranquilizaba más y mas, y, viendo que no tenia que defenderse, como temia al principio, creyó poder permitirse ligera ofensiva. A ninguna lisonjea que la amen como hermana. Algo inquieto Camors por el giro que tomaban las cosas, hizo algunos esfuerzos para variarlas el rumbo; pero los hombres ejercitados en la esgrima, en vano intentan tener consideración al adversario;

la costumbre les arrastra, y contestan á pesar suyo. Además, comenzaba á encapricharse seriamente de la señora Lescande y de su aspecto á la vez ingénuo y curioso, tímido y provocativo, en una palabra, encantador.

La misma noche en que el conde de Camors entró en su casa para matarse, su hijo, al pasar por la avenida Moillot, vió á Lescande en la puerta de su jardín.

—Amigo mio (le dijo el arquitecto), puesto que estás aquí, hazme un gran favor: un telegrama me llama á Melun, y tengo que marchar inmediatamente. Quédate á comer con mi esposa y mi suegra. Están muy tristes; no sé qué tiene mi mujer: todo el día ha estado llorando sobre su bordado. Mi suegra tiene jaqueca. Tu presencia la regocijará. Vamos, hazme este favor.

Camors opuso algunas objeciones, y al fin accedió, presentándole su amigo á las señoras, que se reanimaron algo con la llegada de aquella inesperada visita. Lescande montó en seguida en un carruaje, y marchó, después de recibir de su esposa una caricia mas expresiva que de ordinario.

La comida fué alegre. En el aire había como cierto olor de pólvora y peligro, cuya excitante influencia experimentaban secreta-

mente la señora Lescande y Camors. Su animacion, inocente aún, trabó las risueñas escaramuzas brillantes combates de guerrillas que preceden siempre á las siniestras batallas.

A las nueve de la noche, la jaqueca de la señora Mursois, gracias tal vez al cigarro que permitieron á Camors, aumentó cruelmente, hasta el punto de que, no pudiendo soportarla, se retiró á su habitacion. Camors quiso marcharse; pero su carruaje no habia llegado, y la señora Mursois insistió para que lo esperase.

—Mi hija (le dijo) tocará el piano hasta que llegue.

La señora Lescande, en efecto, en cuanto quedó sola con el jóven se puso al piano.

—¿Que quereis que toque —preguntó con voz notablemente breve.

Un vals.

Terminado el vals, quedaron en silencio, y, para romperlo, se levantó, y frotándose lentamente las manos con visible embarazo, dijo:

—Paréceme que hay tempestad.

Diciendo esto, salió al balcón, siguiéndola Camors. El cielo estaba sereno. Enfrente de ellos se extendía el oscuro lindero del Bosque: algunos rayos de luna reflejaban en

el césped. Las abandonadas manos se encontraron, y por un momento estuvieron unidas.

—¡Julietal—dijo el jóven con voz conmovida y baja.

La jóven se estremeció, rechazó la mano de Camors, y entró en el salon.

—Retiraos; os lo ruego,—dijo.

Y se sentó bruscamente en una butaca, haciendo con la mano un signo imperioso, al que Camors no obedeció.

Algunas veces tienen incomprensible rapidez las caidas de las mujeres honradas.

Pocos momentos despues, la jóven señora Lescande despertaba de su embriaguez, tan completamente perdida como puede estarlo una mujer.

Su despertar no fué tan halagueño, porque de una ojeada contempló el abismo sin fondo, sin salida, en que tan repentinamente habia caido: su marido, su madre, su hijo, giraban en el caos de su cerebro como espectros. Dos ó tres veces se pasó la mano por la frente, murmurando: "¡Dios mío!" y en seguida se levantó, mirando con vaguedad en deredor, como si buscase una luz, una esperanza, un refugio. Nada. Comprendiendo el profundo desastre de lo irremparable, aquella pobre alma se refugió toda

entera en su amante, fijó en él sus húmedos ojos, y:

—¡Cuánto debeis despreciarme! — murmuró:

Camors, medio arrodillado en la alfombras movió lijeramente la cabeza en señal de negativa, y le besó la mano con distraida cortesía.

—¿No es verdad? — repitió la jóven, con acento suplicante. —¡Hablad!

Camors sonrió de una manera extraña y cruel.

—No insistais,—dijo,—os lo suplico.

—¿Por qué?.... ¿Será verdad?... ¿Me desprecias?.....

El jóven se irguió bruscamente delante de ella, y mirándola de frente.

—¡Bah! — exclamó.

Nada contestó la jóven á esta terrible exclamacion. En su garganta quedó ahogado un grito, y sus ojos se abrieron desmesuradamente, como dilatados por la accion de un veneno.

Camors paséo por el salon, y despues volvió hacia la jóven.

Os pareceré repugnante—dijo con acento breve y violento, y, en efecto, ¡lo soy; pero poco importa. Despues de haberos causado muchísimo daño, solamente puedo hacerlos

un favor, uno solo, y os lo hago: el de decirnos la verdad. Sabed que las mujeres que caen no tienen jueces mas severos que sus complicés. Así, pues, . . . ; Que queréis que piense yo? Conozco desde la infancia á vuestro marido . . . para desgracia suya y vergüenza mía. No hay en sus venas una gota de sangre que no os pertenezca; todo vuestro bienestar es precio de sus sacrificios . . . todas vuestras alegrías son fruto de sus trabajos. ¡Esto es para su esposa! En cuanto á mi, habeis leído mi nombre en un periódico, me habeis visto pasar á caballo por debajo de vuestro balcon . . . Nada mas . . . Y esto ha sido bastante . . . Y en un minuto me entregais toda su vida con la vuestra, toda su felicidad, todo su honor y el vuestro á la vez. ¡Pues bien! Todo holgazán . . . todo libertino de mi especie, que abuse como yo de vuestra vanidad y flaqueza, y que despues os diga que os estima, mentirá. Y si pensais que al menos os amará, os engañareis tambien . . . Odiamos muy pronto los lazos que nos imponen deberes allí donde solamente buscamos placer; en cuanto los formamos, nuestro primer cuidado es romperlos . . . Y en fin, señora, ¿queréis saberlo todo? Las mujeres que tienen vuestros sentimientos no sirven para amo-

res perversos como los nuestros . . . su encanto consiste en la honradez, y al perderla, lo pierden todo . . . Las mujeres honradas son torpes en nuestras orgías . . . Sus transportes son pueriles . . . hasta su desorden es ridículo . . . y es rara felicidad para ellas encontrar en su primera falta un miserable como yo que se lo diga . . . ¡Ahora, procurad olvidarme! . . . ¡Adios!

Y dirigiéndose con rápido paso á la puerta del salon, salió.

La señora Lescande le habia escuchado inmóvil, blanca como el mármol; y cuando desapareció, quedó aun en la misma actitud mortuora, fija la vista, inerte los brazos, deseando en el fondo del alma que la muerte se apoderase de ella. Al cabo de algunos minutos, llegó á sus oídos extraño ruido, que parecía venir de la habitacion inmediata resonando como carcajada convulsiva, violenta y ahogada. Temores extraños y terribles asaltaron la mente de aquella desgraciada, ocurriéndosele que su marido habia regresado secretamente, que se habia enterado de todo, y aquella risa que oía era la de su demencia. Comprendiendo que su razon se extraviaba tambien, se alzó de la butaca, corrió á la puerta, y la abrió. La habitacion inmediata era el comedor, débilmente ilumi-

nado por una lámpara colgada. Allí vió á Camors casi tendido en el suelo sollozando como loco, y golpeádo la frente contra las barras de una silla que tenia entre sus desesperados brazos.

La jóven no encontró ni una palabra que dirigirle. Sentóse á su lado, dejó desbordarse su corazón, y lloró silenciosamente. Camors se arrastró hasta ella, cogió el borde su vestidos, y lo cubrió de besos; y cuando su comprimido pecho y agitados labios le permitieron hablar:

— Ah! — exclamó, — ¡perdon, perdon, perdon!

Esto fué todo. Levántose, y partió, oyendo la jóven poco despues el ruido del carruaje que se alejaba.

Si bastase no tener principios para no tener remordimientos, los franceses y las francesas serian generalmente mas felices de lo que son; pero, por una inconsecuencia inexplicable, sucedé diariamente que una jóven casada que no cree gran cosa como la señora Lescande, y que un jóven que no cree en nada, como el señor de Camors, no pueden darse la satisfaccion de una poca de independencia moral sin sufrir en seguida cruelmente. Mil viejas preocupaciones que se creian

sepultadas para siempre, se alzan de pronto en la conciencia, y estos muertos matan.

Luis de Camors bajaba hacia Paris al impetuoso paso de su troton Fitz-Ayron, haciendo brotar en su camino, por la elegancia de su persona y de su carruaje, sentimientos de envidia, que se habrian trocado en compasion si fuesen visibles las heridas del alma. El tedio mas amargo, el cansancio de la vida y el disgusto de si mismo, no eran impresiones nuevas para este jóven; pero nunca las habia experimentado con tan aguda y punzante intensidad como en la hora maldita en que huia apresuradamente del hogar deshonorado de su amigo. Ningun rago de su vida habia iluminado de una manera tan clara la profundidad de su rebajamiento moral. Al causar esta vulgar afrenta al amigo de sus dias puros, á aquel querido confidente de los generosos pensamientos y altivas ambiciones de su juventud, comprendia que habia hollado con sus pies á la honradez misma. Como Macbeth no habia matado unicamente á un hombre dormido, habia dado muerte tambien al sueño.

En la esquina de la calle Real y del boulevard llegaron á serle tan insoportables estas reflexiones, que pensó sucesivamente en

hacerse trapense, sentar plaza de soldado ó embriagarse. Fijóse en esto último, y la casualidad le sirvió á medida de su deseo. Cuando se apeaba á la puerta de su casino, encontrose frente á frente con un jóven demacrado y pálido, que le tendió la mano sonriendo, reconociendo en él al príncipe Erol.

—¡Calle! ¿Sois vos, Príncipe? ¡Os creía en el Cairo!

—¡He llegado esta mañana.

—Muy bien.... ¿Y vá mejor ese pecho?

—¡Poco!

—¡Poco!.... Teneis buena cara. ¿Y el Cairo, es agradable?

—No mucho.... Mirad, Camors; el mismo Dios os envía.

—¿Lo creéis así, Príncipe? ¿Por qué?

—¿Por qué?... Os lo diré en seguida... pero contadme vuestro lance.

—¿Que lance?

—Vuestro duelo por Sara.

—Quereis decir contra Sara.

—Pero, ¿que ha ocurrido? allá abajo ohi hablar de ello con mucha vaguedad.

—¡Dios mio! Querido amigo, quise realizar una buena accion, y, segun costumbre, fui castigado.... Habia oido decir que ese imbecil de Brede tomaba dinero prestado á

una hermanita que tiene para arrojarlo á los enormes pies de Sara. Nada me importaba esto, como comprendereis; pero me atacaba á los nervios, y no pude menos de decirle un día en el casino: "Haceis muy mal, Brede, en arruinaros, y sobre todo en arruinar á vuestra hermanita por un escuerzo tan poco simpático como Sara, una mujer que siempre está constipada de la cabeza... y, que, además, os engaña. —¿Me engaña? repitió Brede, agitando sus descomunales brazos. ¿Me engaña. ¿Y con quien? —Conmigo. Como sabe que yo no miento jamas, quiso matarme.... Afortunadamente tengo la vida muy dura.

—Me han dicho que le clavasteis en la cama por tres meses.

—Tres meses, á lo más.

—Pues bien: ahora, querido amigo, hacedme un favor..... Me encuentro como un oso, como un salvaje, como un aparecido... Ayudadme á ponerme en movimiento... vamos á cenar con personas alegres y virtud menos mediana..... Los médicos me lo han recomendado

—¿Los del Cairo? Nada más fácil, querido Príncipe.

Una hora despues, Luis de Camors y el príncipe Erol, en compañía de media doce-

na de convidados de ambos sexos, tomaban posesion de un gabinete de restaurant, cuya cerrada puerta se nos permitirá respetar.

Al amanecer salieron, y en el mismo tiempo vagaba como una sombra por delante de la puerta del restaurant un trapero con larga barba gris, registrando con su gancho los montones que esperaban los carros de la limpieza pública. Al cerrar Camors con insegura mano el portamonedas, dejó escapar una moneda de oro, que cayó entre los fangosos restos acumulados junto á la acera. El trapero alzó la cabeza con tímida sonrisa, y dijo:

—Señorito, lo que cae al foso debía ser para el soldado.

—Cógela con los dientes—contestó Camors— y te la doy.

El trapero vaciló, y enrojecióse la tostada piel de su rostro; en seguida dirigió á los jóvenes y á las mujeres que reían en derredor suyo mirada de odio mortal, y se arrojó; tendióse con el pecho sobre el lodo, y se levantó un momento despues, llevando la pieza de oro entre sus blancos y agudos dientes. Aquella brillante juventud le aplaudió; el hombre sonrió, y les volvió la espalda.

—¡Eh, amigo!—Dijo Camors, tocándole con el dedo. ¿Quieres ganar ahora veinte duros?... Dame un bofetón; á ti te agrada, y á mi tambien.

El trapero le miró fijamente, murmuró algunas palabras ininteligibles, y le hirió el rostro con tal fuerza, que le hizo caer de espaldas contra la pared. Los jóvenes hicieron un movimiento para lanzarse sobre el de la barba gris; pero Camors dijo vivamente:

—¡Que nadie le toque! ¡Toma, valiente; ahí tienes tu dinero!

—Guardadlo—contestó el trapero. ¡Estoy pagado!

Y se alejó.

—¡Bravo Belisario!—exclamó Camors. A fé mia, señores, no sé si pensais como yo; pero realmente estoy encantado de esta fiesta.... Voy á soñar con ella. ¡Buenos dias, señoras!.... Hasta la vista, Príncipe.

Un coche de alquiler cruzaba la calle; montó en el, y se hizo llevar á su hotel, calle Barbet de Jouy. La puerta estaba abierta, y un resto de embriaguez le impidió observar el grupo de criados y vecinos parado desordenadamente delante de las caballerizas. Aquellas personas guardaron repentinamente silencio al verle, y le miraron pa-

sar, cambiando demostraciones de simpatía y compasión.

El joven ocupaba el piso segundo de la casa, y cuando subía la escalera, se encontró cara á cara con el ayuda de cámara de su padre. El criado estaba muy pálido, y tenía un pliego cerrado, que le presentó con temblorosa mano.

—¿Que es eso, José?—le preguntó Camors.

—Una carta que el señor Conde ha dejado para el señorito.... antes de partir.

—¿Antes de partir?.... ¿Ha partido mi padre? ¿A donde? ¿Como?.... ¿Por que lloras?

El criado, que no podia hablar, le entregó el pliego.

—¡Dios mio!.... ¿Que es esto?.... ¿Por qué está manchado de sangre?

Abrió el sobre apresuradamente y leyó las primeras palabras: "Hijo mio, estoy hastiado de la vida, y me la quito."

No pudo continuar. El pobre jóven amaba á su padre á pesar de todo, y cayó rígido al suelo, teniendo los criados que trasladarle á su habitacion.

II

Se recordará que al salir del colegio y lanzarse á la vida, Luis de Camors tenía el corazon henchido de todas las santas virtudes de la juventud: confianza, simpatía, entusiasmo y abnegacion. Las horribles negligencias de su primera educacion no habian podido corromper en sus venas los buenos instintos, ó, si se quiere, los gérmenes de debilidad, segun pensaba su padre, que la leche maternal habia depositado sin duda en ellas. Su padre, al hacerle ingresar en un colegio para desembarazarse de él durante diez años, le prestó el único servicio que habia de dispensarle en su vida. Estas vie-

sar, cambiando demostraciones de simpatía y compasión.

El joven ocupaba el piso segundo de la casa, y cuando subía la escalera, se encontró cara á cara con el ayuda de cámara de su padre. El criado estaba muy pálido, y tenía un pliego cerrado, que le presentó con temblorosa mano.

—¿Que es eso, José?—le preguntó Camors.

—Una carta que el señor Conde ha dejado para el señorito.... antes de partir.

—¿Antes de partir?.... ¿Ha partido mi padre? ¿A donde? ¿Como?.... ¿Por que lloras?

El criado, que no podia hablar, le entregó el pliego.

—¡Dios mio!.... ¿Que es esto?.... ¿Por qué está manchado de sangre?

Abrió el sobre apresuradamente y leyó las primeras palabras: "Hijo mio, estoy hastiado de la vida, y me la quito."

No pudo continuar. El pobre jóven amaba á su padre á pesar de todo, y cayó rígido al suelo, teniendo los criados que trasladarle á su habitacion.

II

Se recordará que al salir del colegio y lanzarse á la vida, Luis de Camors tenía el corazon henchido de todas las santas virtudes de la juventud: confianza, simpatía, entusiasmo y abnegacion. Las horribles negligencias de su primera educacion no habian podido corromper en sus venas los buenos instintos, ó, si se quiere, los gérmenes de debilidad, segun pensaba su padre, que la leche maternal habia depositado sin duda en ellas. Su padre, al hacerle ingresar en un colegio para desembarazarse de él durante diez años, le prestó el único servicio que habia de dispensarle en su vida. Estas vie-

Las prisiones clásicas tienen algo de bueno: la sana disciplina del claustro, el contacto habitual de corazones entusiastas e íntegros: larga familiaridad de buenas obras, inteligencias viriles y grandes almas antiguas: todo esto no da seguramente una regla moral muy precisa, pero inspira cierto sentimiento ideal de la vida y del deber, que no carece de valor.

Se recordará también que Camors buscaba la fórmula práctica, aplicable a la época y país en que estaba destinado a vivir, de ese vago heroísmo cuyo germen lleva en sí. Indudablemente vio que la tarea era algo más complicada de lo que creía, y que la verdad, a la que pretendía dedicarse, pero que era indispensable sacar antes de su pozo, no se manifestaba muy complaciente. Sin embargo, no dejó de prepararse valerosamente a servirla con veracidad en cuanto respondiese a su llamamiento. Durante algunos años tuvo el mérito de llevar, entre las pasiones de su edad y las excitaciones de la vida opulenta, la vida austera, recogida y laboriosa del estudiante pobre. Cursó derecho, se sepultó en las bibliotecas, asistió a las conferencias públicas, y durante este período ardiente y activo de su juventud, adquirió el sólido fondo de conocimientos, que

después debía encontrarse con asombro bajo la elegante frivolidad del *sportman*.

Pero mientras este joven se preparaba para el combate, perdía poco a poco lo que vale más que las mejores armas y que no reemplaza ninguna: el valor. A medida que buscaba la verdad, esta brillaba delante de él más indecisa de día en día, tomando, como en fatigosa pesadilla, formas movibles y las mil cabezas de las Quimeras.

A mediados del presente siglo, París estaba lleno en cierta manera de escombros sociales, religiosos y políticos, entre los cuales la vista más perspicaz apenas podía distinguir con claridad las formas de las construcciones nuevas y los contornos de los edificios del porvenir. Veíase claramente que todo estaba derribado, pero no se veía construir nada. En esta confusión, sobre los despojos y ruinas del pasado, el movimiento y choque de las ideas, el ardimiento del espíritu francés, la crítica y la ciencia, derramaban deslumbradora claridad; pero, semejante a la de las primeras edades, iluminaba el caos sin fecundarlo. Los fenómenos de la muerte y de la vida se confundían en inmensa fermentación, en la que se descomponía todo sin que se viese aun germinar nada. Tal vez en ninguna época de la histo-

ría fué menos sencilla la verdad, ni se presentó mas envuelta ni mas complexa, porque parecia que todas las naciones esenciales de la humanidad se habian puesto de nuevo en el crisol y que ninguna debía salir entera.

Este espectáculo es grande, pero perturbaba profundamente las almas, al menos aquellas á quienes el interés y la curiosidad no bastan á llenar; es decir, casi todas: y era empresa muy difícil, hasta para los de mejor voluntad, deducir de aquel hirviente caos, firme religion moral, idea social positiva y fé política segura. Sin embargo, puede creerse que no era absolutamente superior á las fuerzas humanas, y tal vez Luis de Camors la hubiese realizado en honra suya, si, para ayudarle, hubiese encontrado mejores guías y mejores enseñanzas de las que tuvo.

Desgracia comun es para todos los que entran en el mundo encontrar los hombres menos puros que las ideas; pero Camors habia nacido, en este punto, bajo estrella sumamente triste, puesto que no habia de encontrar en su contacto inmediato, en su familia misma, sino los lados malos, en cierta manera el reverso de todas las opiniones á que podia sentirse inclinado.

Indispensables son para comprender, esto, algunos datos sobre su familia.

Los Camors eran originarios de Bretaña, donde poseían en el siglo pasado inmensas propiedades, y en especial los considerables bosques que aun llevan su nombre. El abuelo de Luis, el conde Hervé de Camors, rescató, al regresar de la emigración, pequeña parte de sus bienes hereditarios, instalándose en ellos á la antigua usanza, y alimentando hasta su último dia incurables prevenciones contra la revolucion francesa y contra el rey Luis XVIII. Tuvo cuatro hijos, dos varones y dos hembras, y habia creído deber protestar contra el nivel igualador del Código civil, instituyendo en vida, por medio de un subterfugio legal, una especie de mayorazgo en favor del primogénito Carlos Enríque, con perjuicio de Roberto, Leonor Juana y Luisa Isabel, sus otros tres herederos. Las hijas aceptaron con sumision aparente la disposicion que mejoraba á su hermano á sus expensas, á pesar de que nunca le perdonaron; Pero Roberto, que en su cualidad de segundón afectaba vagas tendencias liberales, y que, ademas, estaba abrumado de deudas, se insurreccionó abiertamente contra el procedimiento paternal. Arrojó al fuego sus targetas adornadas con un casco,

bajo el que se leía: Caballero Lange *d'Ardenes de Camors*; y mandó hacer otras con esta sencilla inscripcion: *Dardenes menor (del Morbihan)*, mandando á su padre una muestra. Desde aquel dia se proclamó republicano.

Personas hay que ingresan en un partido por sus virtudes y otras por sus vicios. No hay partido político acreditado que no contenga un principio verdadero y no responda á alguna aspiracion legítima de las sociedades humanas. Tampoco hay ninguno que no pueda servir de pretexto, de refugio y de esperanza á alguna de las pasiones bajas de nuestra especie. La fraccion mas avanzada del partido liberal de Francia se compone de hombres generosos, ardientes y decididos, que persiguen un ideal seguramente muy elevado; el de una sociedad viril, constituida con una manera de perfeccion filosófica, dueña de si misma cada dia y cada hora; delegando apenas algunos derechos, no enajenando ninguno; viviendo, no sin leyes, pero sin amos, y desarrollando, en fin, su actividad, su bienestar y su genio con toda plenitud de justicia, de independenciam y de dignidad, que solamente el estado republicano da á todos y cada uno. Cualquier otro cuadro social conserva para ellos algo de las

servidumbres é iniquidades del mundo antiguo, y les parece sospechoso al menos de crear entre gobernantes y gobernados intereses diferentes y algunas veces hostiles; y reivindicar, en fin, para los pueblos la forma política que sin duda alguna favorece mas la estimacion de la humanidad. Puede discutirse la oportunidad práctica de sus deseos, pero no se puede desconocer la grandeza de sus principios. Los que lo profesan, son indudablemente alta raza de inteligencias y corazones, que en todo tiempo han tenido sus puritanos sinceros, sus héroes y sus mártires; pero en todo tiempo tambien han tenido, como todos los partidos, sus falsos adeptos, sus aventurereros y exaltados, que son sus enemigos mas peligrosos. Dardenes menor, para hacerse perdonar sin duda el dudoso origen de sus convicciones, debia tomar puesto entre los últimos.

Hasta que salió del colegio Luis de Camors no conocia á su tio, que no se trataba con su padre, pero le profesaba secreto y entusiasta culto, atribuyéndole todas las virtudes del principio que representaba á sus ojos. La república de 1848 espiraba entonces, y su tio era de los vencidos, lo cual constituía nuevo atractivo para el jóven, que marchó, á escondidas de su padre y como en

peregrinación, á verlo, siendo perfectamente recibido. Le encontró exasperado, no tanto contra sus enemigos políticos como contra su propio partido, al que acusaba del desastre de su causa.

—No se hacen — exclamaba con tono solemne y enfático, no se hacen revoluciones con guantes. Los hombres del 93 no los usaban... no se hacen tortillas sin cascar huevos. Los exploradores del porvenir deben marchar con el hacha en la mano. La crisálida de los pueblos no se desarrolla sobre rosas. La libertad es una diosa que exige grandes holocaustos. Si en el 48 se hubiese aterrado á la Francia, hubiéramos quedado por dueños.

Estas grandiosas máximas asombraron á Luis de Camors. En su ingenuidad juvenil admiraba sinceramente á los hombres, de bien que habian gobernado su país en aquellos dias difíciles, no solamente por haber salido del poder tan pobres como entraron, sino por haber salido con las manos limpias de sangre. A este homenaje que la historia les tributará, y que les vengará de muchas injusticias contemporáneas, añadía una censura que no concordaba con las extrañas acusaciones de su tío: censurábales no haber despejado con mas franqueza, aunque no

hubiese sido mas que en los detalles de aparato, la república nueva de los malos recuerdos de la antigua. Lejos de creer, como su tío, que la renovacion de los procedimientos del 93 hubiesen asegurado el triunfo de esta república, creía que habia sucumbido solamente bajo la ensangrentada forma del pasado, y que, gracias á aquel terror tan celebrado, la Francia era el único país del mundo en donde los peligros de la libertad parecerán, durante siglos quizá, desproporcionados con sus ventajas.

Inútil es insistir mas sobre las relaciones de Luis de Camors con su tío Dardennes; y se comprenderá que dejaron en su espíritu desconfianza y desaliento: teniendo la desgracia, demasiado comun por cierto, de hacer recaer sobre la causa misma las violencias, no bastante condenadas, de uno de sus apóstoles mas medianos, y tomando desde aquel momento la fatal costumbre, muy general en Francia, de confundir las palabras progreso y desórden, libertad y licencia, revolución y terror.

El efecto natural de la irritacion y desencanto en aquella alma ardiente fué arrojarla bruscamente al polo opuesto de las opiniones contrarias. Camors se dijo que, despues de todo, su nacimiento, su nombre y

condiciones le trazaban su verdadero deber, que consistía en combatir las doctrinas despoticas y crueles que creía ver al final de todas las teorías democráticas. Otra cosa, además, le había llamado la atención y repugnado en el lenguaje habitual de su tío, y era la profesión de absoluto ateísmo. A falta de positiva, el joven conservaba un fondo de creencia general, de respeto y como de sensibilidad religiosa, à la que ofendía la impiedad cínica. Además, no comprendía, ni comprendió en su vida, que pudiesen los principios morales sostenerse por su propio peso en la conciencia humana, si no tenían raíces y sanción mas arriba. ¡O Dios, ó nada de principios morales! Ningun filósofo alemán pudo hacerle salir de este dilema.

La reaccion de sus ideas le aproximó à otras ramas de su familia, de las que había vivido bastante alejado hasta entonces. Sus dos tías habitaban en París. Por razon de la escasez de su dote, las dos habían tenido que hacer ciertas transacciones en otro tiempo para pasar al estado del matrimonio. La mayor, Leonor Juana, casó en vida de su padre con el conde de la Roche-Jugan, que ya había pasado de los cincuenta, pero que era caballero muy amable y muy digno de ser amado. Sin embargo, su esposa no le

amó, porque sus maneras de ser diferían mucho en algunos puntos esenciales. El conde de la Roche-Jugan era de los que sirvieron à la restauración con adhesión inviolable, pero sin entusiasmo. Desde su juventud había servido en el ministerio y à la persona del duque de Richelieu, conservando lecciones y ejemplos de aquel ilustre personaje, su altura y moderacion de sentimientos, su ardiente patriotismo y fidelidad sin ilusiones. Vió desde lejos los abismos, desagradó al Principe al mostrárselos, y le siguió à ellos. Volviendo à la vida privada con escaso caudal, conservaba en ella su fé política, mas bien como una religion que como una esperanza; dirigiendo à Dios, tanto sus esperanzas, como su actividad y amor al bien. Su piedad, tan ilustrada como profunda, le hizo tomar puesto en la falange de hombres superiores que se esforzaba entonces en reconciliar la atigua fé nacional con las irrevocables libertades del pensamiento moderno. En esta tarea experimentó, como la mayor parte de sus nobles amigos, tristezas mortales, tan mortales, que sucumbió à ellas. Verdad es que su esposa no contribuyó poco à apresurar el desenlace de una vida excelente, con la intemperancia de su celo y la acrimonia de su estrecha devocion.

Esta señora tenía corazón muy pequeño y orgullo muy grande, poniendo á Dios al servicio de sus pasiones como Dardennes ponía la libertad al servicio de sus rencores. En cuanto quedó viuda, purificó su salón, no viéndose en ellos ya mas que feligreses mas ortodoxos que su Obispo, sacerdotes franceses que renegaban de Bossuet, y, por consiguiente, la religion se salvó en Francia. Admitió Luis de Camors en aquel paraje selecto á título de pariente y de neófito, encontró en él la devoción de Luis XI y la caridad de Catalina de Médicis, perdiendo muy pronto allí la poca fé que tenía.

Dolorosamente afligido, se preguntó sino había medio entre el Terror y la Inquisición, y si de este modo debía ser fanático ó nada. Buscó con afán cualquier opinion intermedia, constituida con la fuerza y cohesión de partido, y no pudo encontrarla.

Parecía entonces que toda la vida había refluído á las opiniones extremas, y que todo lo que no era violento y excesivo en política ó en religion, era indiferente é inerte; vivía al día, sin principios y sin fé. Tal le pareció al menos el personaje de los tristes azares de su vida le presensaron como tipo de los políticos templados.

Su tia menor, Luisa Isabel, á la que sus gustos llevaban á los goces de la vida mundana, aprovechó en otro tiempo la muerte de su padre para casarse con un hombre de bajo origen, pero rico, el baron Tonnelier, cuyo abuelo fué molinero, pero cuyo padre, hombre de méritos y de honor, desempeñó elevados cargos en el primer Imperio. El baron Tonnelier tenía considerable caudal, aumentándolo diariamente por medio de especulaciones industriales, en su juventud fué galante, volteriano y liberal; y con el tiempo había permanecido volteriano, pero había cesado de ser galante, y sobre todo liberal. Mientras no fué mas que diputado tuvo algunas veleidades democráticas; pero en cuanto se vió investido con la dignidad de par, reconoció definitivamente que el género humano no tenía ya ningun progreso que realizar. La revolucion estaba terminada; había llenado ya su objeto supremo. Nadie debía ya caminar, ni hablar, ni escribir, ni creer: todo esto le incomodaba. Si hubiese sido sincero, habría confesado que no comprendía como podía haber aun de vez en cuando tempestades y truenos en el cielo, y como la naturaleza no estaba perfectamente serena y tranquila estándolo él.

Cuando su sobrino pudo apreciarle, el ba-

ron Tonnelier no era ya par de Francia, pero pertenecía al número de los que no se hacen daño al caer, que algunas veces hasta mejoran, y había reconquistado posición muy elevada en el mundo oficial, esforzándose concienzudamente en prestar al nuevo gobierno los servicios que había prestado al anterior. Con extraordinario aplomo hablaba de suprimir tal periódico, tal orador, tal catedrático, tal libro; de suprimirlo todo, excepto él. A creerle, Francia había equivocado el camino desde 1789, y tratábase de llevarla al otro lado de aquella fecha fatal. Sin embargo no hablaba de volver el al molino de su abuelo, incurriendo, por tanto, en contradicción. Si este anciano hubiese encontrado á la libertad, su madre, en un rincón de un bosque, la habría estrangulado. Añadiremos, á pesar nuestro, que acostumbraba á calificar de republicanos á los ministros en quienes sospechaba tendencias liberales, y en particular á los que querían impulsar la instrucción popular. Nunca, en una palabra, se acercó al trono consejero mas funesto; pero afortunadamente, si estaba cerca por la dignidad, se encontraba muy lejos por la confianza.

Por lo demas, era hombre amable y verde tambien, de lo que resultaba que tenía muy

malas costumbres, frecuentando mucho los bastidores. Tenía dos hijas, recientemente casadas, delante de las cuales recitaba sin cautela los chistes mas picantes de Voltaire y los cuentos mas sucios de Tallemant des Réaux, por cuya razon, ambas jóvenes prometían suministrar á la crónica ligera, de la misma manera que su madre antes que ellas, una serie de interesantes anécdotas.

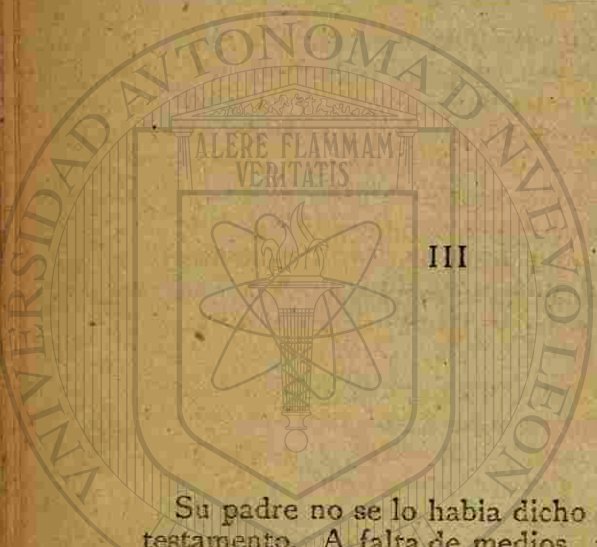
Mientras Luis de Camors aprendía, por el contacto y ejemplo de los miembros colaterales de su familia, á desconfiar igualmente de todos los principios y de todas las convenciones, su terrible padre le perfeccionaba. Vividor desenfrenado, corrompido hasta la médula, egoista hasta lo inconcebible, doctor en la alta socarroneria parisien, creyéndose superior á todo porque lo rebajaba todo, y complaciéndose, finalmente, en hollar todos los deberes de que se había creído dispensado toda su vida: tal era su padre. El padre y el hijo se veían poco, porque el conde de Camors era demasiado orgulloso para asociar á su hijo á sus desórdenes personales; pero la vida comun les reunía algunas veces á la hora de comer, oyendo entonces el padre, con su aspecto glacial y sarcástico, los relatos entusiastas y desalentados del joven. Jamas le dispensaba el ho-

ner de una controversia formal, y á lo mas, contestaba con algunas palabras amargas y altivas, que el hijo sentia caer como gotas heladas sobre la llama que quedaba en su corazon.

A medida que le dominaba el desaliento, perdía el gusto del trabajo, y se entregaba mas y mas á los faciles placeres de los ociosos de su condicion. Al abandonarse á ellos, les cobraba aficion, dedicándoles las seducciones de su persona y la superioridad de sus facultades; pero llevando á ellos al mismo tiempo cierta tristeza sombría, y algunas veces violenta. Lo que tenia su carácter de aspero y repulsivo, no impidió que le amasen las mujeres, y le hizo temer de los hombres. Imitáronle, y contribuyó mucho á formar la encantadora escuela de la juventud sin sonrisa. Su aspecto de hastio y cansancio, que al menos en el tenia la excusa de una causa seria, fué servilmente imitado por adolescentes que nunca habian conocido otros sufrimientos que los de un estómago demasiado repleto, pero que se gloriaban de parecer agostados en flor y de despreciar á la humanidad.

Hemos encontrado á Camors en esta fase de su vida, y como ya se habrá comprendido, nada hay tan artificial como el despre-

ciativo desdén cuya máscara llevaba el jóven. Al caer en la fosca duda, tenia sobre la mayor parte de sus contemporáneos la ventaja de no arreglarse lecho en ella con cobarde resignacion. Sublevábase y se agitaba sin cesar con violentas sacudidas, porque las almas fuertes no se adormecen facilmente. La indiferencia les pesa, y necesitan un móvil, una razon de vivir, una razon de obrar, una fé. Luis de Camors iba, al fin, á encontrar la suya.



Su padre no se lo había dicho todo en su testamento. A falta de medios para subir, le dejaba la necesidad de conseguirlo, porque el conde de Camors estaba casi completamente arruinado. Habiase casado para reparar las brechas abiertas á su caudal; pero la operación no salió bien, porque una herencia considerable que esperaba por parte de su esposa, y que le determinó á la elección, había ido á parar á otra parte, aprovechándola un establecimiento de beneficencia. El Conde entabló un pleito con los legatarios; pero accedió á transigir, mediante una renta anual de seis mil duros, que

naturalmente se extinguía con él. Gozaba, además, de algunas pingües sinecuras que su nombre, sus relaciones sociales y su autoridad personal le habían proporcionado en algunas empresas, y estos recursos tampoco le sobrevivían. No era más que inquilino en el hotel que ocupaba, y el nuevo Conde de Camors se encontraba reducido, finalmente, á la modesta dote de su madre, que era cosa muy pobre para un hombre de su rango y de sus gustos.

Más de una vez le había dejado comprender su padre que nada podría esperar después de su muerte; por lo cual el joven se había acostumbrado desde mucho antes á esta perspectiva, no quedando, cuando se realizó, tan sorprendido é impresionado, como debió quedar ante el imprevisor egoísmo de que había sido víctima. En nada se alteró el culto que profesaba á su padre, y no leyó con menor respeto y confianza el singular testamento que figura al frente de este relato. Las teorías morales que en el documento se le recomendaban no eran nuevas para él; agitábanse en el aire, y muchas veces las había revuelto en su cerebro febril; pero nunca se le habían presentado con la fuerza condensada de un dogma, con la claridad precisa de un sistema práctico,

ni, sobre todo, con la autoridad de tal voz y tal ejemplo.

Un incidente vino á robustecer poderosamente en su espíritu la impresion de aquellas páginas supremas. Ocho días despues de la muerte de su padre, estaba reclinado en el diván de su fumadero, sombrío el rostro como la noche y como los pensamientos que le ocupaban, cuando entró un criado, trayéndole una tarjeta. Cogiola y leyó: *Lescande, arquitecto*. En sus pálidas mejillas brotaron repentinamente dos putos rojos.

—No recibo,—dijo.

—Así lo he dicho—replicó el criado; pero ese señor insiste tan extraordinariamente....

—¿Extraordinariamente?

—Sí, señor; como si tuviese que hablar de cosas muy graves.

—¡Muy graves!—repitió de nuevo Camors, mirando fijamente al criado. Que pase.

Camors se levantó, y paseó por la habitación. Amarga y dolorosa sonrisa entrecubría sus labios, y murmuró:

—¡Necesitaré ahora matarle!

Introdujeron á Lescande, y su primer gesto desvaneció los temores que aquellas palabras revelaban, puesto que se precipitó á estrechar las dos manos del Conde. Sin en-

bargo, Camors observó que sus facciones estaban descompuestas y que le temblaban los labios.

—Siéntate—le dijo, y tranquilízate.

—Amigo mío—dijo Lescande, pasado un momento; vengo á verte muy tarde.... Perdóname.... pero yo también he sido muy desgraciado.... Ya ves, visto luto.

Camors sintió frío glacial en los huesos,

—¡Luto!—exclamó. ¿por quien?

—¡Julieta ha muerto!—murmuró Lescande.

Y se ocultó el rostro entre las manos.

—¡Dios mío! dijo Camors con sorda voz.

Oyendo sollozar á Lescande, hizo un movimiento para cogerle una mano, y no se atrevió.

—¡Es posible!—dijo.

—Ha ocurrido su muerte con tal rapidez, que me parece un sueño, un sueño espantoso.... Recordarás que la última vez que estuviste allá, Julieta estaba algo mala.... Recuerdo que te lo dije.... Había estado llorando todo el día.... ¡Pobre niña!.... Cuando regresé á la mañana siguiente, estaba atacada de una congestión á los pulmones... y á la cabeza también.... ¡Qué se yo! En fin, murió.... ¡Que quieres!.... ¡Y

tan buena! ... ¡Tan amante hasta el último momento, amigo mio! Media hora antes de espirar, me llamó... y me dijo: "¡Oh, te amaba tanto! ¡Solamente á ti te amaba verdaderamente! ¡Perdóname! ¡Perdóname!..." ¡Perdonarla... ¿Que? ¡Dios mio! Probablemente porque moría... Porque no me habia causado otro sentimiento en la vida antes de este. ¡Oh Dios de bondad!

—Te ruego, amigo mio ...

Si, si, hago mal; dispensame. Tambien tienes tu penas... pero se hace uno egoista... No he venido á hablarte de esto, amigo mio... Dime... ignoro lo que hay de cierto en un rumor que ha circulado... Me excusarás si me engaño... Muy lejos estoy de pensar en ofenderte, puedes creerlo... pero en fin, dicen que quedas en una situacion de fortuna difícil... Si asi es, amigo mio ...

—No es cierto.

—En fin, si lo fuese... no voy á conservar mi casita de allá abajo... ¡Para que la quiero ya?... Mi hijo puede esperar; trabajaré para él... Pues bien: vendida la casa tendré cuarenta mil duros, y pongo la mitad á tu disposicion... me los devolverás si puedes.

—Gracias, amigo mio—dijo Camors. En

realidad no necesito nada... Indudablemente hay algun desórden aqui... Pero todavia soy mas rico que tu.

—Si; pero con tus gustos...

—¡Por favor!

—En fin, siempre sabrás donde encontrarme... y cuento contigo, ¿verdad?

—Si.

—Adios, amigo mio... te causo daño. me marchó... Hasta la vista... Me conpadesces, ¿verdad?

—Si, hasta la vista.

Lescande salió.

El Conde quedó de pié, inmóvil y con los ojos fijos en el espacio. Lijeras convulsiones pasaban por su rostro. Aquel minuto fué decisivo en su vida. Hay momentos en que se siente tan imperiosamente la necesidad de la nada, que se cree en ella y á ella nos lanzamos. En presencia de aquel desgraciado, tan indignamente ofendido, tan contristado y al mismo tiempo tan amigo del jóven, si habia algo de verdadero en la antigua moral espiritualista, Camors debia considerarse culpable de una accion atroz, que le condenaba á un remordimiento casi insoportable; pero si era verdad que el rebaño humano no era otra cosa que resultado puramente material de las fuerzas de la natu

raleza, que producen al azar seres fuertes y seres débiles, corderos y leones, no había hecho más que su oficio de león estrangulando á su amigo. Con el testamento de su padre á la vista, se dijo que así era en efecto, y se calmó.

Cuanto más reflexionó aquel día y en los sucesivos en el profundo aislamiento en que se encerró, más se persuadió de que aquella doctrina era la verdad misma que aquella había buscado, y que su padre, al morir, le había legado la verdadera fórmula de la vida. Su alma, cansada de disgustos y de inercia; su alma, vacía y helada, se abrió con cierta voluptuosidad á aquella luz que la iluminó y dió color. Desde aquel momento tuvo una fé, un principio de acción, un plan de existencia, todo lo que le faltaba, y había desechado lo que le oprimía, sus dudas, sus agitaciones y remordimientos. Esta doctrina, por otra parte, era elevada, al menos activa, satisfacía su orgullo y justificaba sus desprecios. Para conservar su propia estimación, bastábale permanecer fiel al honor, no cometer ninguna bajeza, como le decía su padre, y estaba muy decidido, en efecto, á no hacer nada que tuviese á sus ojos este carácter. A mayor abundamiento, hombres existían — ¿no los había encontrado el?

profundamente imbuidos del dogma del materialismo, y que se contaban entre los más honrados de su época. Tal vez pudo preguntarse si este hecho incontestable no debía atribuirse más bien á los individuos que á la doctrina, y si no existían en el mal, como en el bien, hombres que creen y que no practican lo que creen. Sea de esto lo que quiera, á contar desde aquella crisis, Luis de Camors hizo del testamento de su padre el programa de su vida.

Desarrollar en toda su extensión los dones físicos é intelectuales que debía á la casualidad; hacerse tipo completo de la civilización de su época; enamorar á las mujeres y dominar á los hombres; gozar de todos los placeres del espíritu, de los sentidos y del poder; domar todos los sentimientos naturales como instintos de servidumbre; despreciar todas las creencias vulgares como quimeras ó hipocresías; no amar nada más que el honor: tales fueron, en resumen, los deberes que se reconoció y los derechos que creyó tener.

Con estas armas temibles, manejadas con inteligencia privilegiada y voluntad vigorosa, debía entrar en el mundo, grave y tranquila la frente, ojos acariciadores é implacables, y la sonrisa en los labios como se le co-

no. Desde aquel momento, ya no hubo nubes ni en su pensamiento ni en su semblante, que hasta llegó á parecer que no era sensible á la edad.

Ante todo, decidió no decaer y conservar, no obstante la presente exigüidad de recursos, sus costumbres de elegancia y de lujo, aunque tuviese que vivir durante algunos años sobre su capital. La altivez y la política se lo aconsejaban á la vez, puesto que no ignoraba que el mundo es tan duro para con los necesitados como generoso con aquellos que no carecen de nada. Si lo hubiese ignorado, la actitud que en los primeros momentos, despues de la muerte de su padre, adoptó su familia, le habria instruido suficientemente sobre ello. Su tia, la condesa de la Roche Jugan, y su tío, el baron de Tonnelier, le manifestaron en aquellas circunstancias la fria circunspeccion de personas que pueden sospechar tratan á un necesitado. Para mayor seguridad, se habian ausentado de París, olvidando decir al jóven que retiro habian elegido para ocultar su dolor; cosa que, por otra parte, habia de saber muy pronto. Mientras que terminaba la liquidacion de la herencia de su padre y organizaba sus proyectos de fortuna y ambi-

cion, experimentó en una hermosa mañana del mes de Agosto viva sorpresa.

Entre sus parientes contaba uno de los propietarios territoriales mas ricos de Francia, el general marques de Campvallon d'Arminges, célebre en el Cuerpo legislativo por sus aterradoras interrupciones. Tenia voz de trueno, y cuando decia con aquella voz de vendaval: "¡Basta! ¡A la órden del dia!" temblaban las profundidades del hemiciclo y los porteros saltaban en sus puestos. Por lo demas, era el hombre mejor del mundo, aunque habia matado en duelo á dos semejantes suyos; pero habia tenido sus razones para ello.

Camors le conocía poco, conservando con él el trato que exigian estrictamente el parentesco y la cortesía; veíale en el casino alguna vez; jugaba con él la partida de whist, y á esto quedaba reducido todo. Hacía dos años que el General habia perdido un sobrino que era el heredero directo de su nombre y de sus bienes, y á consecuencia de esto, le asediaba una turba de primos y celerales, entre los que ocupaban la primera fila la señora de la Roche Jugan y la baronesa Tonnelier. Camors no pensaba de la misma manera, y desde aquella época trataba al General con mayor frialdad.

Así fué que le causó mucha extrañeza la siguiente carta:

"Mi querido pariente: Vuestras dos tias y sus familias están conmigo en esta casa de campo: si os agradara reuniros con ellas, tendria mucho placer en dar cordial hospitalidad al hijo de un amigo antiguo y compañero de armas. Antes de salir de Paris fui á vuestra casa, pero no estabais visible. He comprendido vuestro dolor. Habeis experimentado irreparable pérdida, y he tomado mucha parte en vuestro sentimiento.

"Recibid, mi querido pariente, los sinceros afectos del

"MARQUES DE CAMPVALLON D'ARMINGES.

"Quinta del Campvalloa via del Oeste..

"P. D. ¡Es posible, querido primo, que tenga que hablaros de un asunto interesante!"

Esta frase final y la admiracion que la acompañaba, turbaron algo la impassible calma de que el conde de Camors hacia entonces aprendizaje; y no pudo menos de ver brillar bajo el velo de aquella misteriosa

posdata los ciento veinticinco mil duros de rentas agrarias que formaban la opulenta herencia del General. Recordó que su padre, que habia servido algun tiempo en Africa, estuvo á las órdenes del General en calidad de ayudante de campo, y que hasta le habia prestado un servicio muy importante en cierta circunstancia difícilísima. Mas, por otra parte, comprendia lo ridículo de estos sueños; pero queriendo salir pronto de dudas, partió á la mañana siguiente para la quinta de Campvallon.

Despues de sufrir durante siete ú ocho horas todas las delicias y dulzuras que dá el ferrocarril á los viajeros, el jóven llegó por la tarde á la estacion de***, donde le esperaba un carruaje del General, que en poco tiempo le llevó ante la mole señorial de la quinta de Campvallon, situada en una altura cuyas pendientes estaban cubiertas de magníficos bosques, que descendían magestuosamente a la llanura, por la que se extendian á lo lejos.

Era la hora de comer; el jóven arregló algo su traje, y entró en seguida en el salón, donde su presencia produjo cierta frialdad en el seno de la familia. En cambio, el general le recibió con efusion; pero como su imaginacion era harto limitada, no encontró

otra cosa que decir al sacudirle la mano hasta rompérsela, sino las mismas palabras de la carta: "¡El hijo de un antiguo amigo! ¡De un compañero de armas!" Estas palabras las acentuó con voz grave y sonora, y con tal energía, que él mismo se impresionó; por que el General se asombraba siempre y casi se sobrecogía por las palabras que salían de su boca, y que parecían revelarle repentinamente la extensión de sus ideas y la profundidad de sus sentimientos. Para terminar su retrato, diremos que tenía mediana estatura, pero ancho de hombros y fornido; resoplaba al subir escaleras, y hasta en terreno llano; la cara ancha, y como de un mascarón, recordaba la de las Quimeras que arrojan fuego por las narices; espeso bigote blanco y erizado, ojos pequeñitos y grises, fijos siempre como los de los niños, y al mismo tiempo amenazadores. Desde lejos se dirigía en línea recta, grave, fijo, terrible y con mirada fascinadora, como en un duelo á muerte, y en resumidas cuentas, preguntaba á quien le esperaba que hora era.

Camors conocía esta inocente manía de su pariente y sin embargo, le engañó una vez durante aquel día. Acababan de comer, y estaba saboreando melancólicamente una taza de café en el hueco de una ventana,

cuando vió al General avanzar hacia él desde el extremo opuesto del salón, con aspecto severo y confidencial, que parecía iniciar una comunicacion importantísima. Recordó la posdata, y creyó iba á recibir inmediatamente la explicacion. Cuando el General llegó a quemarropa, le cogió por un botón, le hizo retroceder hasta la ventana, y mirándole fijamente, cual si quisiese petrificarlo:

—¿Que tomáis por la mañana, jóven? —le preguntó.

—Té, General.

—¡Muy bien! Dad vuestras órdenes á Pedro... como en vuestra casa.

Y girando con precision militar, fué á reunirse con las señoras, dejando á Camors que digiriese como pudiera su decepcion.

Transcurrieron ocho dias, y dos veces volvió el General á tomar á su huésped por objetivo de sus formidables marchas; la primera, despues de acosarle contra la pared, le dijo: "¡Hola, jóven!..." y se marchó. La segunda no le dijo nada, y se marchó lo mismo. Evidentemente el General no recordaba haber escrito en su vida ni la mas pequeña posdata. Camors se resignó; pero al mismo tiempo se preguntó que habia venido á hacer en Campvallon entre su familia, que no le era simpática, y el campo, que de-

testaba. Por fortuna habia en la casa una biblioteca bastante rica en tratados de jurisprudencia, de economía política, de derecho administrativo y de derecho internacional, aprovechándola para reanudar el hilo de los trabajos serios que interrumpió en el período de desaliento; y entregándose á aquellos severos estudios que agradaban á su activa inteligencia y á su sobreexitada ambicion, esperaba tranquilamente á que las conveniencias le permitiesen dejar al antiguo amigo y compañero de armas de su padre.

Por la mañana montaba á caballo, daba una leccion de esgrima á su primo Segismundo, hijo único de la señora de la Roche-Jugan, se encerraba todo el día en la biblioteca, y por la noche jugaba con el General, observando con ojos filosóficos la lucha de avaricia trabada en rededor de aquella rica presa.

La señora de la Roch-Jugan habia imaginado una manera muy rara de manifestar su cariño al General, y era persuadirle de que padecía una enfermedad del corazon. A cada momento lo pulsaba con sus suaves manos, y unas veces le tranquilizaba, y otras le infundía saludable terror, á pesar de lo bien que él se defendia.

—¡Que diablo, querida Condesa!— exclamaba. ¡Dejadme en paz! Convencido estoy de que soy mortal como todo el mundo ¡Caramba! ¿Qué he de hacer?... ¡Ah! ¡ya os comprendo! ¡Si, si, os comprendo! ¡Quereis convertirme!... ¡Ta, ta, tal!

La Condesa no queria únicamente convertirle, sino tambien casarse con él y enterrarle; fundando principalmente sus esperanzas en su hijo Segismundo. Sabiase que el General deploraba amargamente no tener heredero de su nombre; y para libertarse de este cuidado, bastábale casarse con la señora de la Roche-Jugan y adoptar su hijo. Sin permitirse jamas ninguna alusion directa á esta combinacion, la Condesa se esforzaba en infundirla en el espíritu del General con la tenaz astucia de mujer, con el avido ardor de madre y la meliflua política de la devota.

Su hermana, la baronesa Tonnelier, deploraba profundamente su desventaja. No era viuda ni tenia hijos; pero tenia dos hijas graciosas, elegantes y mas vivas que la pólvora. Una de ellas, la señora Bacquiere, estaba casada con un agente de cambio; la otra, señora Van Cuyp, con un jóven holandés establecido en Paris. Ambas comprendian alegremente la vida del matrimo-

nio, divirtiéndose todo el año, bailando, cabalgando, cazando y entonando sin reparo las verdes canciones de los teatrillos. En sus momentos de mal humor, el joven Camors había cobrado aversión á aquellos amables modelitos de disipacion mundana y de frivolidad femenina; pero desde que había cambiado su punto de vista, les hacia mas justicia.

—Las dos son —se decia, lindos animales, que obedecen á su instinto.

Las señoras Bacquiéere y Cuyp, aconsejadas por su madre, se esforzaban en hacer comprender al General todo lo que hay de dulce y sagrado en los goces de la familia y del hogar doméstico, animando extraordinariamente la casa, estropeando sus caballos, matando su casa y deshaciendo el piano, Pareciales, sin duda, que, una vez acostumbrado el General á aquellos goces y animacion, no podria prescindir de ellos, haciéndose indispensables las delicias de la intimidad. A estas hábiles maniobras unian atenciones delicadas y familiares, muy á propósito para subyugar al anciano: sentábanse sobre sus rodillas como niñas, le tiraban del bigote, y le arreglaban á última moda el nudo militar de la corbata

La señora de la Roche Jugan deploraba

confidencialmente con el General la mala educacion de sus sobrinas, y la Baronesa, por su parte, no perdía ocasion de poner en relieve la nulidad impertinente y solapada del joven conde Segismundo.

En medio de estos honrosos combates, despertaba poderosamente el interes de Camors, primero por su belleza y despues por su actitud, una persona que no tomaba parte en ellos. Era esta una huérfana que llevaba un gran nombre, pero muy pobre, cuya carga habían tenido que aceptar sus primas, las señoras de la Roche Jugan y Tonnelier, repartiendosela entre las dos. La señorita Carlota de Luc d'Estrelles pasaba seis meses en casa de la Condesa, y otros seis con la Baronesa. Tenia entonces veinticinco años, y era alta, rubia, con ojos de mirar profundo, algo hundidos bajo el arco prominente de cejas casi negras. Abundante cabellera rodeaba su frente triste y altiva. Vestia mal, ó mejor dicho, pobremente, no habiendo querido jamás aprovechar los desechos de sus primas; pero sus trajes de lana, hechos por su mano, la daban aspecto de estatua antigua. Sus primas Tonnelier la llamaban *la Diosa*; detestábanla, y ella las despreciaba. Pero el nombre que la daban le convenia maravillosamente. Cuando an-

daba parecía que bajaba de un pedestal. Su cabeza era algo pequeña, como la de las estatuas griegas, y su nariz parecía tallada por delicado ciencel en transparente marfil, teniendo también algo del aspecto extraño y casi adusto que se supone á las ninfas casadoras. Su voz era magnífica y cantaba con gusto, y á lo que podía juzgarse, poseía vivo sentimiento artístico; pero era mujer muy silenciosa, y había necesidad de adivinar sus pensamientos. Muchas veces, antes de esta época, se preguntó Camors con curiosidad que pasaba en aquella alma reconcentrada. Movidó por su generosidad natural, y al mismo tiempo por la admiración, siempre se había esforzado en tributar á aquella prima pobre los homenajes que hubiese rendido á una reina; pero ella se había manifestado tan indiferentes á las atenciones del jóven, como á la opuesta conducta de sus involuntarias bienhechoras.

Su actitud en la quinta era extraña. Mas taciturna que nunca, distraída, reconcentrada, cual si meditase algun designio profundo, despertaba de pronto, abría los ojos, miraba aquí y allá, y los fijaba en Camors, que se estremecía.

Una tarde, encontrándose este en la biblioteca, llamaron suavemente á la puerta, y

entró la señorita de Luc d'Estrelles, que estaba muy pálida. El jóven se levantó con cierta extrañeza, y la saludó:

—Tengo que hablaros, primo, --dijo con su grave acento, ligeramente precipitado por efecto de visible emoción.

Camors la miró; le mostró un diván, y se sentó en una silla delante de ella.

—Primo, -- continuó diciendo la jóven; no me conocéis; soy franca y animosa, y voy derecha mente al asunto ¿Es verdad que estais arruinado?

—¿Por qué, señorita?

—Siempre habeis sido bueno para mi, y el único que lo ha sido. Os estoy agradecida, y hasta....

Detúvose, y rosados colores se extendieron por sus mejillas; en seguida movió la cabeza, sonriendo, como quien recobra con dificultad el valor.

—En fin, -- prosiguió: estoy dispuesta á daros mi vida. Me juzgareis muy romántica.... pero me he formado una imagen muy agradable de dos pobresas reunidas.... Creo.... estoy segura de que sería excelente esposa para un marido á quien amase.... Si teneis que abandonar la Francia, como me han dicho, os seguiria.... siendo en todas partes vuestra fiel y animosa com-

pañera.... Perdonad: una palabra aun, señor de Camors.... Mi proposicion sería vergonzosa si ocultase segunda intencion; pero no encierra ninguna.... Soy pobre... tengo seis mil reales de renta.... Si sois mas rico que yo, nada he dicho, y no hay fuerzas en el mundo que me obligasen á daros mi mano.

Calló, y fijó en el jóven, con expresion de angustia y cando? extraordinarios, sus grandes ojos llenos de fuego.

Reinó solemne pausa, y parecia que en aquel momento estaba suspendido terrible destino entre aquellos dos hermosos jóvenes, y que así lo comprendian.

Al fin dijo Camors, con grave acento.

Señorita, imposible es que comprendais á que prueba acabais de someterme; pero he entrado en mi mismo, y nada he encontrado digno de vos. Hacedme el honor de creer que no se trata aqui de vuestra fortuna ni de la mia; pero he decidido no casarme jamas.

La jóven suspiró profundamente, y se levantó.

—Adios, primo,—le dijo.

—Esperad un momento, os lo ruego—dijo Camors, manteniéndola dulcemente en el divan.

La jóven se sentó, y Camors dió algunos pasos para calmar su agitacion; apoyándose despues en la mesa, enfrente de la jóven, dijo:

—Señorita Carlota, sois desgraciada, ¿verdad?

—Un poco,—contestó ella.

—No quiero decir en este momento.... sino siempre.

—Siempre.

—Mi tia de la Roche—Jugan os trata con dureza.

—Sin duda. Teme que seduzca á su hijo.... ¡Dios mio!

—Las Tonnelier os envidian, y su padre... os atormenta, ¿verdad?

—Indignamente,—dijo la jóven: y de sus ojos brotaron dos lágrimas como dos diamantes.

—Señorita Carlota, ¿que pensais de la religion de mi tia?

—¿Que quereis que piense de una [religion que no da ninguna virtud ni quita ningun vicio?

—Segun eso, sois poco creyente.

—Se puede creer en Dios y en el Evangelio, sin creer en la religion de vuestra tia.

—Mi tia os impulsa á un convento....
¿Porqué no entráis en él?

Amo la vida.

Camors la miró un momento en silencio, y en seguida añadió:

—Si, amais la vida, la luz, el pensamiento, las artes, el lujo y todo lo que es bello como vos.... Pues bien, Carlota; todo lo teneis bajo vuestra mano.... ¿Por que no lo cogeis?

La jóven quedó sorprendida y algo inquieta.

—¿Como? —preguntó?

—Si, como creo, teneis tanta fuerza de alma como belleza é inteligencia, podeis escapar para siempre á la miserable sujecion á que os ha sometido la suerte. Prodigiosamente dotada como lo estais, mañana podreis ser una gran artista, independiente, festejada, opulenta, adorada, dueña de Paris y del mundo.

—Y amante vuestra, ¿verdad? —dijo la extraña jóven.

—Perdonad, señorita Carlota.... No os he supuesto ningun pensamiento equívoco cuando me habeis ofrecido compartir mi incierta pobreza.... y os ruego me dispenseis igual justicia en este momento. Mis principios en moral son muy amplios, pero soy

tan orgulloso como vos, y no voy á mi objeto por caminos tortuosos. Aunque os encuentro infinitamente bella y seductora, al aconsejaros, me dejo llevar por un sentimiento superior á todo interés personal. Vuestro movimiento simpático hacia mi, me ha impresionado, y queria manifestaros mi agradecimiento con los consejos de verdadera amistad.... Desde el momento en que me suponeis el honrado propósito de romperos en provecho mio, me callo, señorita, y os devuelvo toda vuestra libertad.

—Continuad, caballero.

—¿Me escuchais con confianza?

—Si.

—Pues bien, señorita: habeis visto poco mundo, pero habeis visto lo bastante para juzgarlo y para saber el caso que debeis hacer de su estimacion. El mundo es vuestra familia y la mia; el señor Tonnelier, la señora Tonnelier, las señoritas Tonnelier, la señora de la Roche-Jugan, el jóven Sejismundo.... Pues bien, señorita Carlota: el dia en que seais una grande artista, rica, triunfante, idolatrada, bebiendo ampleamente en la copa de los goces de la vida, aquel dia, mi tio Tonnelier invocará seguramente la moral ultrajada, la señora Tonnelier se desmayará de pudor en los brazos de sus vie-

jos amantes, y mi tía de la Roche-Jugan alzará gimiendo sus amarillos ojos al cielo..... pero, á la verdad, señorita, ¿que puede importaros todo esto?

—¿Me aconsejais sea una cortesana?

—De ningun modo. Solamente os aconsejo seais artista á despecho de la opinion, porque es la única carrera en que podeis encontrar independencian y fortuna. Además, no hay ley que prohiba á la artista casarse y ser mujer honrada, á la manera que lo entiende el mundo, y mas de un ejemplo hay de ello.

—Sin madre, sin familia, sin apoyo, por mas que resistiese, un día ú otro sería una mujer perdida.... ¿Acaso no lo veo claro?

El Conde de Camors no contestó.

—¿Por que callais?

—¡Dios mio! Señorita, porque nuestras ideas sobre este delicado asunto son muy diferentes, y no quiero cambiar las mías ni quitaros las vuestras.... Por mi parte, soy un pagano.

—¿Comol.... ¿O son indiferentes el bien y el mal?

—No, señorita; pero, para mi, el mal consiste en temer la opinion de las gentes que despreciamos, en practicar lo que no creemos, en doblegarnos bajo las preocupacio-

nes y fantasmas cuya nulidad reconocemos; el mal consiste en ser esclavo ó hipócrita, como las tres cuartas partes y media del mundo; el mal es la fealdad, la ignorancia, la estupidez y la cobardia. El bien es la belleza, el talento, la ciencia y el valor.... Esto es todo.

—¿Y Dios?—preguntó ella.

Camors no contestó, y la jóven le miró duramente un minuto sin poder encontrar sus ojos, que el esperaba. Entonces inclinó Carlota la cabeza con cierto anonadamiento, y despues, levantándola de pronto:

—Hay sentimientos—dijo, que el hombre no puede comprender. Muchas veces, en mis horas de amargura, he meditado en esa vida libre que me aconsejais... pero siempre he retrocedido con horror ante un pensamiento.... uno solo...

—¿Cual?

—Tal vez me sea peculiar este sentimiento.... tal vez sea orgullo excesivo.... Pero, en último caso, tengo profundo respecto á mí misma, á mi persona, siéndome como sagrada. Aunque, como vos, no creyese en nada—de lo que, ¡á Dios gracias!, estoy muy lejos,—no por eso dejaria de permanecer honesta, pura y fiel á un solo amor, sencillamente por orgullo... Preferiria (añadió

con voz baja y contenida, pero penetrante), ¡preferiría profanar un altar á profanarme á mí misma!

Dicho esto, se levantó, saludó con cierta altivez, y salió.

A consecuencia de la conversacion, el conde de Camors permaneció por largo rato singularmente preocupado, asombrándole las profundidades que habia descubierto en aquel carácter: encontrábase muy descontento de sí mismo, sin saber á punto fijo por qué, y, sobre todo, se habia encaprichado violentamente de su prima. Sin embargo, como tenia muy débil idea de la franqueza de las mujeres, se persuadió más y más de que la señorita Carlota, cuando fué á ofrecerle su corazon y su mano, no ignoraba que era todavia para ella partido muy ventajoso: díjose que algunos años antes pudiera haberle engañado aquel pérfido candor, y se felicitó por no haber caído en el lazo y haber vencido el primer movimiento de credulidad y sincera emocion. Podía, sin embargo, haber economizado los cumplimientos. La señorita Carlota, como el jóven habia de saber muy pronto, fué en aquella circunstancia, como lo son algunas veces las mujeres, perfectamente veraz, desinteresada y generosa. ¿Volveria á serlo en lo porvenir? gra-

cias al conde de Camors, esto era ya muy dudoso. No es cosa rara que al despreciar demasiado á los hombres se les corrompa, y que al desconfiar demasiado de las mujeres se las pierda.

Una hora despues llamaron otra vez á la puerta de la biblioteca, experimentando Camor ligera palpitation, pues esperaba secretamente ver presentarse de nuevo á Carlota; pero fué el General quien entró.

Avanzó hacia él pausadamente y resoplado como un monstruo marítimo, y cogiéndole por el cuello de la bata:

—¡Y bien, jóven!—dijo.

—¡Y bien, General!

—¿Que haceis aqui?

—Estudio, General.

—Muy bien.... Sentaos, pues.... No, no; sentaos antes.

En seguida se dejó caer en el diván, precisamente en el puesto que ocupó Carlota, lo cual cambiaba bastante la perspectiva.

—¡Y bien!—repitió despues de largo silencio.

—Pero, ¿que ocurre, General?

—¡Que!.... ¡Que!.... ¡Y bien! ¿No observais que desde hace algunos días estoy extraordinariamente agitado?

—¡Dios mio, General! No, no lo he observado.

—No sois observador, por lo visto. Estoy extraordinariamente agitado; esto salta á los ojos: y hasta tal punto, que hay momentos, palabra de honor, que estoy tentado á creer que vuestra tia acierta al asegurar que tengo algo en el corazon.

—¡Bah! General, mi tia sueña.... Teneis pecho de niño.

—¿Lo creéis?.... Además, no temo la muerte.... Pero, en fin, siempre es cosa desagradable.... ¡Pues bien! Estoy muy agitado.... y es necesario que esto concluya, ¿entendeis?

—Si, General.... Pero, ¿que puedo hacer yo?

—¡Vais á saberlo! Sois primo mio; ¿verdad?

—En efecto, General: tengo ese honor.

—Pero muy lejano.... Tengo treinta y seis primos en el mismo grado que vos... Y ¡caramba! en último caso no os debo nada.

—Pero yo nada os pido, General.

—¡Ya lo sé! Sois, pues, primo mio muy lejano... pero hay otra cosa.... Vuestro padre me salvó la vida en el Atlas.... Alguna vez os referiría el lance.... ¿No? Pues

bien, no lo extraño... porque era poco hablador.... ¡Era todo un hombre!.... Si no hubiese dejado el servicio, habria subido.... Se habla mucho de Pelissier, Canrobert, Mac-Mahon y otros.... No digo nada: son jóvenes instruidos.... al menos así los he conocido; pero vuestro padre los hubiese dejado muy atrás, si hubiera querido tomarse el trabajo.... En fin, no se trata de esto. He aquí la historia: atravesábamos una garganta del Atlas.... Ibamos en retirada.... Yo no tenia mando.... é iba como aficionado; inútil es decirlo por que circunstancia.... Ibamos, pues, en retirada.... y nos caía de la luna una granizada de piedras y de balas.... que introducian un poco de desórden en la columna.... Yo iba á retaguardia.... ¡Paf! ¡Mi caballo cae muerto, y heteme debajo!.... En una escarpa del desfiladero habia cinco bandidos, mas sucios que peines.... que aun estoy viendo.... Deslizáronse, y cayeron sobre mi caballo y sobre mi. El desfiladero formaba recodo en aquel punto, de suerte que nadie veia mi apuro.... ó nadie queria verlo, lo que viene á ser lo mismo.... Ya os he dicho que habia algun desórden... Pues bien: os aseguro que teniendo encima el caballo y los cinco árabes, me encontraba bastante incómodo...

me ahogaba . . . en fin, estaba muy incómodo. Entonces acudió vuestro padre, como buen muchacho que era, y me sacó de allí . . . En cuanto me levanté, le ayudé un poco . . . Pero no importa . . . ¡Estas cosas no se olvidan! Vamos, hablemos claro: ¿os repugnaría mucho disfrutar setenta y cinco mil duros de renta, y llamaros despues de mi marques de Campvallon d'Arminges? ¡Contestad!

El jóven se ruborizó ligeramente.

— Me llamo Camors, — dijo.

— ¿No quereis que os adopte? . . . ¿Rechais heredar mi nombre y mis bienes?

— Si, General.

— ¿Quereis que os dé tiempo para reflexionar?

— No, General. Os agradezco sinceramente vuestras generosas intenciones en favor mio; pero, pero en asuntos de honor no reflexiono jamás.

El General respiró ruidosamente como locomotora que suelta el vapor, y se levantó: dió dos ó tres vueltas por el salon y volvió á arrojarle sobre el divan, que estuvo á punto de hacerse añicos.

— ¿Qué proyectos teneis? — dijo.

— En primer lugar, General, procuraré aumentar mi fortuna, que es muy pequeña,

No soy tan extraño á los negocios como se cree. Las relaciones de mi padre y las mias me permitirán ingresar en algunas grandes empresas industriales y financieras, en las que espero lograr éxito á fuerza de trabajo y de voluntad. Al mismo tiempo, tengo idea de prepararme á la política y aspiro á la diputacion cuando lo permitan las circunstancias.

— ¡Bien! ¡Muy bien! El hombre debe hacer algo. La ociosidad es madre de todos los vicios Me gusta el caballo como á vos, porque es noble animal Me inspiran mucho interés las luchas del *sport*, porque mejoran la raza hípica y contribuyen poderosamente á la buena remonta de nuestra caballeria; pero el *sport* debe ser una distraccion y no una profesion Así, pues, quereis ser diputado?

— Con el tiempo, General.

— ¡Caramba! ¡Se comprende! Pero en ese camino puedo servirlos. Cuando querais, presentaré mi dimision, os recomendaré á mis honrados y fieles electores, y ocupareis mi puesto. ¿Os conviene esto?

— A las mil maravillas, General, y os lo agradezco de todo corazón; pero ¿por qué habeis de dimitir?

— ¡Ah! ¿Por qué? ¿Por qué? En primer lu-

gar, para seros útil, y despues, porque comienzo á estar cansado, y no sentiria personalmente dar esta leccioncita al Gobierno. Deseo que le aproveche.... Me conoceis y sabeis que no soy jacobino; al principio crei que esto marchaba.... pero cuando se ve lo que pasa

—¿Y qué pasa, General?

—Cuando se ve á un Tonnelier hombre influyente..... quisiera uno tener la pluma de Tácito, palabra de honor. Cuando pedí el retiro en el 48- á consecuencia de haberme postergado—no tenia aun edad para la reserva, y era capaz de buenos y leales servicios..... En un estado de cosas regular, podia esperar alguna indemnizacion..... La encontré, en último caso, en la confianza de mis buenos y fieles electores..... pero al fin se cansa uno de todo, amigo mio.... Las sesiones del Luxemburgo..... quiero decir, del palacio borbón, me fatigan algo.... en una palabra: por sensible que me sea separarme de mis distinguidos compañeros y de mis queridos electores, dimitiré el cargo en cuanto esteis dispuesto. ¿No teneis una propiedad en el departamento?

—Si, General, una propiedad que pertene

ció á mi padre.... una casita solariega con alguna tierra alrededor, que se llama reully.

—¡Reully!.... ¡A dos pasos de Des Ramaures!.... ¡Perfectamente!.... Pues bien: ese es el primer escalon.

—Si; pero hay una contra, y es que me veo abligado á vender la finca.

—¿Por qué, diablo?

—General, eso es todo lo que me queda. Produce unos dos mil duros al año, y para lanzarme á los negocios necesito algun capital, y no quiero contraer deudas.

El General se levantó, y su paso marcial y cadencioso estremeció otra vez el pavimento; despues volvió á arrojarse sobre el divan.

—¡Es indispensable que no vendais esa finca! (dijo.) Nada os debo.... pero os tengo cariño.... No quereis ser mi hijo adoptivo; lo siento y me veo obligado á pensar en otros proyectos.... ¡Os advierto que paso á otros proyectos!.... Es necesario que no vendais vuestra finca, si quereis ser diputado. Las gentes del país, y especialmente Des Ramaures, os rechazarian. Sin embargo, necesitais dinero. Permitidme prestaros sesenta mil duros. Me los devolvereis cuando podais, y si no me los devolveis, mucho mejor.

—Pero, en verdad, General....

—Vamos, aceptad.... como pariente, como amigo...., como hijo de un amigo, con el título que querais....; pero aceptad, ó me ofendeis gravemente.

El conde de Camors se levantó, cogió la mano del General, se la estrechó afectuosamente, y le dijo con tono breve:

—Acepto, caballero; gracias.

Al oír estas palabras, se levantó el General como leon enfurecido, erizado el bigote, dilatadas y humeantes las narices; miró al jóven con verdadera ferocidad, y atrayéndole sobre su pecho, lo abrazó cordialmente. En seguida se dirigió á la puerta con su acostumbrada solemnidad; se limpió de la mejilla una fugitiva lágrima con la mano y salió.

El General era hombre muy honrado, y como muchos hombres honrados, no había sido feliz en este mundo. Podían burlarse de sus frases, pero no se le podía censurar ningun vicio. Su inteligencia era estrecha, pero su corazon inmenso. En el fondo era tímido, sobre todo con las mujeres. Era delicado, apasionado y casto. Había amado poco y no le habían amado nada. Pretendía haber pedido el retiro á consecuencia de habersele postergado; pero, en realidad, la ver-

dadera postergación, fué la siguiente: A los cuarenta años casó con la hija de un pobre coronel, muerto en el campo de batalla, y despues de algunos años de matrimonio, la huérfana le engañó con uno de sus ayudantes. Un rival, que en esta ocasion desempeñó el infame papel de Yago, le reveló la traicion, y entonces el General pidió el retiro, y en dos duelos sucesivos, que aun se recuerdan en Africa, mató, con dos dias de intervalo, al culpable y al denunciador. Su esposa murió poco despues, y quedó mas solo que nunca en el mundo. No era hombre que pudiera consolarse con amores comprados, porque hasta una palabra libre le ruborizaba. El cuerpo de baile le daba miedo. No se hubiese atrevido á confesarlo; pero lo que soñaba á su edad, con sus bigotes amenazadores y su terrible aspecto, era el amor entusiasta de una muchacha, á cuyos pies hubiese podido poner, sin vergüenza, y sobre todo sin desconfianza, todos los tesoros de su corazon hervico y sencillo.

En la tarde de aquel dia, que había tenido para Camors dos episodios interesante, la señorita Carlota no bajó á comer, rogando la dispensaran, porque tenia violenta jaqueca. Murmullo general recibió el mensaje, y la señora de la Roche-Jugan dió á entender

con palabras agrias que la señorita de Luc d'Estrelles no se encontraba en condiciones de fortuna para permitirse tener jaqueca. No por esto fué menos alegre la comida, gracias á las señoras Bacquiére y Van Cuyp y á sus maridos, que habian llegado aquella tarde de Paris para pasar el domingo con ellas. Con objeto de celebrar la reunion, los cuatro se dedicaron á beber vino de champagne, hablando jerga é imitando á los actores; lo que hizo reir mucho á los criados.

Cuando volvieron al salon, las señoras Bacquiére y Van Cuyp creyeron delicioso meter los pies en los sombreros de sus maridos y correr de esta manera un *steeple chase* de un extremo á otro. Entre tanto, la señora de la Roche-Jugan pulsaba al general y lo encontraba sumamente agitado.

A la mañana siguiente, á la hora del almuerzo, estaban reunidos en el salon todos los huéspedes del General, exceptuando la señorita d'Estrelles, cuya jaqueca se prolongaba seguramente. Notábase tambien la ausencia del General, que era la política y exactitud personificadas, y ya comenzaban á inquietarse, cuando se abrieron de par en par las dos hojas de la puerta, y entró el General llevando á la señorita d'Estrelles de la mano. La jóven tenía los ojos muy encarna-

dos y estada sumamente pálida. El General, que estaba escarlata, avanzó algunos pasos como el actor que va á saludar al público, dirigió en rededor miradas aterradoras, y lanzó dos ó tres *hem!*, que repitieron como eco las cuerdas bajas del piano.

¡Huéspedes y amigos míos—dijo con voz de trueno; permitidme que os presente á la marquesa de Campvallon d'Arminges!

Una banca de hielo del polo ártico no es mas silenciosa ni mas fria que el salon del General despues de aquellas palabras. El señor de Campvallon, con la mano de la señorita d'Estrelles en la suya, conservaba su posicion central, y continuaba lanzando miradas terribles á todos los presentes; pero sus ojos comenzaban á extraviarse y á rodar convulsivamente en las órbitas á consecuencia del asombro y apuro que experimentaba por el efecto que habia producido.

El conde de Camors acudió en su auxilio, le cogió la mano, y le dijo:

—Recibid mi enhorabuena, General.... celebro sinceramente vuestra felicidad.... Lo que haceis es digno de vos.

Acercándose en seguida á la señorita d'Estrelles, se inclinó con elegante gravedad, y la estrechó la mano.

Cuando se volvió, quedó estupefacto al ver á la señora de la Roche-Jugan en los brazos del General, de ellos pasó á los de la señorita d'Estrelles, que temió por un momento, por la violencia de sus caricias, que tenia secreta intencion de ahogarla.

—General —dijo entonces la señora de la Roche-Jugan, con tono plañidero, os la recomiendo... os la recomiendo mucho... es mi hija... Segismundo, abraza á tu prima... ¿Lo permitis, General? ¡Ah! Verdaderamente no conocemos todo el amor que profesamos á estos seres hasta que los perdemos... Os la recomiendo mucho, General.

Y la señora de la Roche Jugan prorrumpió en llanto.

El General, que comenzaba á concebir alta opinion del corazon de la condesa, le aseguró que la señorita d'Estrelles encontraría en el un amigo y un padre. Y con esta seguridad, la señora de la Roche-Jugan marchó á sentarse en un rincón solitario, á la sombra de una cortina, donde se la oyó llorar y sonarse durante una hora, porque no pudo almorzar; la alegría le quitaba el apetito.

Una vez dado el primer paso, todos se manifestaron segun exijían las conveniencias. Sin embargo, las Tonnelier no demostraron tanta efusion como la sensible condesa, y fácilmente pudo comprenderse que las señoras Bacquiére y Van Cuyp no se representan sin envidia la lluvia de oro y de diamantes que iba á caer sobre su prima y realzar su belleza. Los señores Bacquiére y Van Cuyp sufrieron, como era natural, las primeras consecuencias, y en diferentes ocasiones les manifestaron sus esposas que los despreciaban profundamente. El domingo fué muy triste para aquellos señores.

Comprendiendo la familia Tonnelier que nada tenia que esperar ya, marchó á la mañana siguiente á Paris, despues de una seca despedida.

La conducta de la señora de la Roche-Jugan fué mas noble. Declaró que serviria de madre á su querida Carlota hasta el pié de los altares, y hasta el dintel de la cámara nupcial; que se ocuparia de su equipo con entusiasmo, y que el matrimonio se verificaria en su casa.

—¡Lléveme el diablo, querida condesa! —le dijo el General, en el colmo de la satisfaccion. Preciso es que os diga una cosa: ¡me asombráis!... ¡He sido injusto, cruelmente

injusto con vos! ¡Si, á fé mia! Me acuso de haberos creído dura, interesada, poco franca.... Pues bien; nada de esto; sois excelente mujer, teneis corazon de oro y alma hermosa. Querida amiga, habeis encontrado el verdadero medio de convertirme, puesto que tanto empeño teneis en ello.... Muchas veces he pensado que, en achaque de religion, el honor bastaba al hombre; ¿verdad Camors? ... Pero no soy un incrédulo, querida Condesa.... y palabra de honor, cuando veo personas tan perfectas como vos, deseo creer todo lo que ellas creen, aunque no fuese mas que por agradecerles.

Menos ingenuo el conde de Camors, se preguntaba con curiosidad que secreto podia encerrar la nueva táctica de su tia, no necesitando grandes esfuerzos para presentirlo. La señora de la Roche-Jugan, que habia concluido por persuadirse ella misma del aneurisma del General, acariciaba la idea de que los cuidados del matrimonio podrian acelerar el fin de su viejo amigo. En todo caso el señor de Campvallon tenia mas de sesenta años; Carlota era jóven y Segismundo tambien. Segismundo esperaria, pues, algunos años, si era necesario, y entretanto haria sigilosamente el amor á la Marquesa, asta el dia que obtuviese su mano y sus

rentas sobre el mausoleo del General. De esta manera, la señora de la Roche-Jugan desconcertada por un momento bajo el inesperado golpe que destruia todas sus esperanzas, modificó repentinamente sus planes, cambiando sus baterias, por decirlo asi, por bajo el fuego del enemigo. En esto pensaba cuando lloraba y gemia á la sombra de la cortina.

No habian sido muy agradables las impresiones personales del conde de Camors al anuncio del matrimonio. En primer lugar habiase visto obligado á reconocer que habia juzgado mal á la señorita de Luc d'Estrelles, y que en el momento en que la acusaba de especular con su modesta fortuna, le sacrificaba las enormes rentas del General; comprendiendo, por lo tanto, con disgusto, que no habia hecho el mejor papel en aquel asunto. En segundo lugar, veíase obligado á ahogar desde aquel momento la secreta pasion que aquella hermosa y extraña jóven le inspiraba. Esposa ó viuda del General, en el presente ó en el porvenir, era cosa clara que la señorita d'Estrelles se le escapara para siempre: seducir la esposa de aquel anciano y de aquel amigo de quien habia aceptado beneficios, ó bien casarse con ella, viuda y rica, despues de haberla rechazado

pobre, eran una indignidad y una bajeza, que el honor igualmente le prohibia, y con el mismo evidente rigor, á no ser que aquel honor, del que habia hecho la única ley de su vida, no fuese mas que una palabra y un sarcasmo. El conde de Camors no vaciló en comprenderlo así, y se resignó.

Durante los cuatro ó cinco dias que pasó aún en Campvallon, su conducta se ciñó estrictamente á las conveniencias. Las atenciones tan delicadas como reservadas de que rodeó á la señorita d'Estrelles, mezcladas con prudente dosis de melancolía, la manifestaron á la vez gratitud, respeto y pesar.

El señor de Campvallon agradeció mucho también la conducta del jóven, que lisonjeó la debilidad del viejo con afectuosa complacencia, hablándole poco de la belleza de su prometida y mucho de sus cualidades morales, dejándole adivinar en el porvenir de aquella union la confianza mas agradable.

La víspera de su marcha, el General llamó á su gabinete á Camors,

—Querido amigo,—le dijo, entregándole un bono de sesenta mil duros contra su banco: debo deciros para tranquilidad vuestra, que he puesto en conocimiento de la

señorita Luc d'Estrelles, el pequeño favor, que os hago. La señorita Luc d'Estrelles, amigo mio, os profesa grande estimacion y amistad, sabedlo. Ha recibido con mucho agrado la noticia, y le he dicho también que no pensaba pedir os recibo de esta cantidad, y que nunca se ha de reclamar nada sobre este asunto. La señorita Luc d'Estrelles que ha de ser mi única heredera, no os lo oculto, se ha asociado de todo corazón á mis intenciones. Ahora, mi querido Camors, ¡ha cedme un favor. Para no ocultaros nada, os diré que me agradaría en extremo ver os dar inmediatamente vuelo á vuestros proyectos de legítima ambicion. Mi nuevo estado, mi edad, mis gustos y los que puedo suponer á la marquesa, reclaman todo mi tiempo y toda mi libertad de accion. Desearia, por consiguiente, recomendar os todo lo mas pronto posible á mis honrados y fieles electores, tanto para el Cuerpo legislativo como para el Consejo general, al que hariais bien en pretender previamente, ¿Por qué diferirlo? Sois instruido, muy apto.... ¡Pues bien! ¡Adelante! ¡Comencemos las operaciones! ¿Queréis?

—General, hubiese preferido madurar algo.... pero sería verdadera locura é ingratitud al mismo tiempo no prestarme á vues-

tras buenas disposiciones... ¿Que hay que hacer en primer lugar? ¡Veamos.

—Amigo mio, en vez de marchar mañana á Paris, debeis dirigiros á vuestra finca... á Reully, ¿no se llama así?... Pues bien: es necesario marchar á Reully, y conquistar á Des Rameures.

—¿Quién es Des Rameures; General?

—¿No conocéis á Des Rameures?... Verdad es; no podeis conocerle... ¡Diablo, diablo! ¡Este es un inconveniente! Des Rameures es omnipotente en el distrito... Es un original, pero hombre de bien... ¡May hombre de bien! Ya lo vereis... ¡Con su sobrina, señora muy respetable! ¡Caramba! Jóven, es necesario agradecerle... solamente así conseguireis el triunfo... Os digo que Des Rameures es el dueño del distrito. A Mi me protegió... y á no ser por él, quedo derrotado, palabra de honor.

—Pero, General, ¿Que he de hacer para agradecerle?

—¿A Des Rameures?... ¡Diablo! Ya lo vereis... Es muy original. Desde 1825 no ha estado en Paris; le tiene horror, y tambien á los parisienses... Pues bien: es necesario lisonjearle algo sus ideas... en este mundo se necesita un poco de astucia, jóven....

—Pero, ¿y la sobrina, General?

—¡Ah, diablo! Es necesario agradar tambien á la sobrina... la adora, y ella hace del tio lo que quiere, aunque algunas veces se resiste algo....

—¿Y que clase de mujer es esa sobrina, General?

—¡Oh! Una mujer muy respetable; completamente respetable... viuda... algo devota... pero muy instruida... tiene mucho mérito.

—¿Y que debo hacer para agradar á esa señora?

—Mucho me preguntais, á fé mia.... Nunca he sabido agradar á las mujeres. Con ellas soy estúpido como nadie... ¡No puedo remediarlo!... Pero vos, mi jóven amigo, no necesitais instrucciones sobre esto... La agradereis, ¡diablo!... Os bastará ser cortés, amable... y nada mas... En fin, vereis aquello, y estoy seguro de que os portareis como un angel... ¡Agradar á Des Rameures y á su sobrina, esta es la consigna.

—El señor de Camors dejó á la mañana siguiente la quinta de Campvallon, provisto de noticias completas, y ademas de una carta de recomendacion del General para Des

Rameures. En carruaje de alquiler marchó á su posesion de Reully, situada pocas leguas mas allá, y por el camino meditó que no es todo rosas en la carrera de la ambicion, y que era cosa dura encontrar desde el principio caras tan inquietadoras como las de Des Rameures y su sobrina.

IV

Formaban la finca de Reully dos granjas perdidas en medio de los campos, y una casa de buena apariencia, que en otro tiempo habitó la familia materna del conde de Camors. El conde no había visto nunca aquella propiedad, y llegó á ella á las ocho de la noche, entrando por una larga alameda de olmos seculares que entrelazaban sus ramas hasta llegar á la casa, que por cierto no respondía á tan magestuoso prefacio. La susodicha casa no pasaba de ser pobre edificio del siglo pasado, sin otro adorno que un atico y un balcón; pero flanqueda, sin embargo, por la torrecilla señorial. Dábanla tam-

bien cierta importancia las dos terrazas superpuestas que la precedían, y cuyas dobles escaleras se apoyaban en balaustradas de granito. Dos animales de piedra que tal vez parecieron leones en otro tiempo, se devoraban con los ojos hacia cien años á la entrada de la terraza superior.

Detras de la casa estaba el jardin, en cuyo centro se alzaba sobre un zócalo de mampostería un viejo reloj solar, entre algunas platabandas de forma cuadrada ó estrellada; mas allá veíanse tejos recortados en forma de confesonarios, y otros como peones de ajedrez; en el fondo, enfrente de la casa, una pared semicircular, á la derecha murtas recortadas segun el gusto de la época, formando callejuelas en laberinto, que desembocaban por mil revueltas en un vallecillo misterioso, donde perpetuamente se oía triste rumor, rumor que procedía de un arroyo, cuya presa, por desconocido procedimiento hidráulico, derramaba día y noche delgado hilo de agua en un estanquito rodeado de viejos abetos que proyectaban obscura sombra.

La primera impresion del conde de Camors al contemplar aquel triste conjunto, fué profundamente penosa, y la segunda lo fué mucho mas. En otro tiempo, hubiese encontrado, sin duda, algun interés en bus-

car las huellas de un niño que nació allí, que allí habia crecido al lado de su madre, y que tal vez amó tiernamente aquellas viejas cosas; pero su sistema no admitía puerilidades: rechazó, por tanto, estas ideas, si se le ocurrieron, y despues de rápida ojeada, pidió la comida.

El guarda y su mujer, que hacía treinta años eran los únicos habitantes de Reully, sabian desde la víspera la llegada del conde, y habian pasado el día limpiando la casa y oreándola, operacion que habia tenido la dificultad de avivar todos los inconvenientes que querian evitar, y poner de mal humor á los viejos penates, incomodados en su sueño, en su polvo y en sus telarañas. Cuando Camors entró en el salon principal, donde habian servido la mesa, se le fijó en la garganta vago perfume de cueva, de sepulcro ó de coche viejo. Sobre la mesa habia dos velas de sebo que le llamaron mucho la atencion, porque nunca las habia visto; aquellas velas brillaban débilmente en las tinieblas como estrellas de décimaquinta magnitud. El conde cogió una con precaucion por el candelero de hierro, y la contempló primeramente con curiosidad; despues se sirvió de ella para examinar mas de cerca algunos de sus antepasados que decoraban la pared, y que pa-

recia le miraban, por su parte, con extraordinaria sorpresa. La pintura, descolorida y resquebrajada, dejaba ver en algunos puntos la tela; unos retratos habían perdido la nariz, otros solamente tenían un ojo, algunos tenían manos sin brazos, y otros brazos sin manos; pero todos, sin embargo, sonreían con la mayor benevolencia. Un caballero de San Luis había recibido en tiempos de la revolución un bayonetazo en la cruz, y el agujero había quedado abierto; pero sonreía lo mismo que los otros y aspiraba una flor.

Terminada la revista, se dijo el conde que no había ni un solo retrato que valiese la pena de mirarlo, y se sentó suspirando entre las dos velas. La mujer del guarda había empleado la mitad de la noche anterior en estrangular la mitad de su gallinero, y sucesivamente comparecieron en la mesa, inundados en mares de manteca, los diferentes productos de la hecatombe. Por fortuna, el General había tenido la paternal previsión de mandar la víspera á Reully una cesta de provisiones para atender á las primeras dificultades de una instalacion tan imprevista. Algunos trozos de pastel y copas de vino de Chateau-Inquem ayudaron al jóven á combatir la mortal tristeza que la soledad, el aislamiento, la noche; el humo de las velas y los

retratos de sus antepasados comenzaban á inspirarle. Rocobró por fin la fuerza moral que realmente había perdido por un momento, é interrogó al viejo guarda que le servía, con objeto de obtener algunos datos acerca de la interesante personalidad del señor Des Rameures; pero el guarda, como todos los campesinos normandos, estaba convencido de que pasa plaza de simple todo aquel que contesta claramente á una pregunta, y con toda la deferencia posible dió á entender al conde que no le engañaba con la ignorancia que manifestaba; que el señor conde sabía mucho mejor que él quien era el señor Des Rameures, qué hacía y donde habitaba; que el señor conde era su amo, y como tal, tenía derecho á todo su respeto, pero al mismo tiempo el señor conde era de Paris; y como decía precisamente el señor Des Rameures todos los parisienses eran burlones.

El conde de Camors, que se había jurado no incomodarse jamás, no se incomodó; pidió un poco de paciencia al viejo aguardiente del General, encendió un cigarro, y salió, permaneciendo largo rato apoyado en la balaustrada de la terraza que se extendía delante de la casa, contemplando el horizonte. La noche, aunque bella y despejada, envolvía en denso velo los vastos campos. Impo-

nente silencio, extraño para oídos parisien-
ses, reinaba á lo lejos en las llanuras y sobre
las colinas, como en los vacíos espacios del
cielo. Solamente por intervalos brotaba de
pronto un lejano ladrido, que se extinguía
en seguida, quedando todo en profunda
paz.

El joven, cuyos ojos se habían acostum-
brado poco á poco á la obscuridad, bajó la
escalera de la terraza, y avanzó por la anti-
gua alameda, tan obscura y solemne como
una catedral á media noche. Atravesada la
barrera, encontróse en un camino vecinal
que siguió á la aventura.

A decir verdad, hasta esta época de su
vida el conde de Camors no había salido de
París, porque cuantas veces se había alejado
de la capital había llevado consigo el ruido,
el movimiento, su tren mundano y su exis-
tencia artificial; las carreras, cacerías, tempo-
radas de baño á orillas del mar ó en las ciu-
dades de aguas minerales, no le habían he-
cho conocer en realidad ni la provincia ni el
campo. Ahora experimentó por primera vez
esta sensación, y le fué por cierto desagra-
dable. A medida que avanzaba por aquel
silencioso camino, sin luces, sin casas, pare-
cíale que paseaba por sitios desolados y
muertos de un paisaje lunar. Esta región de

Normandía recuerda las comarcas más cul-
tivadas de la vieja Bretaña, teniendo su ca-
racter agreste y algo salvaje, los manzanos y
los brezos, verdes valles, caminos hondos y
frondosos vallados. Soñadores hay que gus-
tan de esta naturaleza dulce y severa, hasta
en su tranquilidad nocturna, impresionando-
les suavemente lo que hería entonces los di-
ferentes sentidos del conde de Camors, el si-
lencio y tranquilidad de los campos dormi-
dos, el olor de los prados regados por la
mañana, las vivas lucecillas que brillan acá
y allá en la yerba de los fosos, el arroyo in-
visible que murmura cercano, el vago mugi-
do de la vaca, y, sobre todo, la profunda cal-
ma de los cielos.

El conde de Camors continuaba caminan-
do con cierta desesperación, creyendo, sin
duda, que iba á encontrar al fin el boulevard
de la Magdalena; pero solo vió algunas cho-
zas de campesinos desparramadas á orillas
del camino, cuyas techumbres bajas y mohos-
as parecían brotar de aquella tierra fecun-
da como enorme vegetación. Dos ó tres ha-
bitantes de aquellos tabucos respiraban el
aire de la noche en las puertas de sus mora-
das, y Camors pudo distinguir en la obscu-
ridad sus formas pesadas y sus miembros ro-
bustecidos por el rudo trabajo de los cam-

pos. Todos estaban silenciosos é inmóviles y reposaban en las tinieblas como animales cansados. El conde de Camors, como todo el que posee una idea capital, acostumbraba, desde que había adoptado por regla de su vida la religion de su padre, á referir á ella todas sus impresiones y todos sus pensamientos; y en aquel momento se dijo que entre aquellos campesinos y un hombre civilizado como él, había mas distancia que entre los mismos campesinos y los animales de los bosques, y esta reflexion le confirmó en el sentimiento de aristocracia repulsiva, que era uno de los términos lógicos de su doctrina.

Acababa de subir una cuesta bastante áspera, desde cuya altura descubria con desaliento nuevos horizontes de manzanos, de almiares de heno y de confusa verdura; y se disponia á regresar, cuando un inesperado incidente le detuvo: una extraña armonía llegó repentinamente hasta sus oídos; un magnífico concierto de voces á instrumentos que, en aquella perdida soledad, tenia algo de sueño y de milagro. La música era buena, y hasta exelente, reconociendo el *Ave-Maria* de Gounod. Cuando vió Robinsón la huella del pié humano en la arena de la isla, no quedó tan asombrado como el señor de Ca-

mors al encontrar en aquel desierto tan poderosa señal de civilizacion. Orientándose por los melodiosos sonidos que escuchaba, bajó la colina con precaucion y curiosidad, como príncipe en busca de un palacio encantado; El palacio lo descubrió al fin en forma de alta tapia, que era la parte posterior de una casa que lindaba con el camino. Una ventana lateral estaba abierta é indudablemente de allí partia el sonido entre raudales de luz. Sobre el fondo de un acompañamiento de instrumentos de cuerdas en combinacion con el piano, alzabase grave y pura una voz de mujer, diciendo la frase mística del jóven maestro con tal gusto y expresion, que él mismo se hubiese admirado. Camors era músico y muy competente para apreciar la exelente ejecucion de aquella pieza, y de tal manera quedó impresionado, que experimentó irresistible deseo de ver á los artistas, y con especialidad á la cantora. Con esta intencion saltó la cuneta del camino, y subió á lo alto del repecho; pero, encontrándose aun á bastantes metros debajo de la ventana no vaciló en utilizar su habilidad gimnástica para trepar á las ramas superiores de una encina vieja de las que roceaban la tapia. Al verificar la ascencion, no se le ocultaba todo lo que tenia de ligero

aquel rasgo para un futuro diputado del distrito, y no podía menos de sonreír ante la idea de que le sorprendiesen en posición tan falsa el terrible Des Rameures ó su sobrina.

Al fin consiguió colocarse con bastante comodidad en una rama maestra entre lo más áspero del follaje y casi enfrente de la interesante ventana, y aunque se encontraba á bastante distancia, pudo penetrar su mirada en el interior del salón donde se celebraba el concierto. A lo que pudo ver, se encontraban reunidas allí unas diez personas, entre las que algunas señoras de diferentes edades trabajaban en rededor de una mesa. Cerca de ellas dibujaba un jóven. Dos ó tres asistentes estaban arrellanados aquí y allí, en cómodas butacas, y escuchaban con recogimiento; y en rededor del piano se destacaba un grupo, que llamó principalmente su atención. Una preciosa niña como de doce años de edad, tocaba gravemente el piano; detras de ella un anciano, notable por su elevada estatura, su corona de cabellos blancos y espesas y negras cejas, tocaba el violín con dignidad sacerdotal; un señor de cincuenta años, con traje eclesiástico y con enormes anteojos con armadura de plata, estaba sentado junto al ante-

rior, manejando con profunda concentración el arco de un violonchelo, y entre los dos estaba la cantante, jóven, alta, delgada, elegante, algo morena, y que no aparentaba haber pasado de los veinte años; dos grandes ojos negros, que parecían agrandarse mas cuando cantaba, animaban el óvalo algo severo de su rostro. Tenia una mano apoyada en un hombro de la niña, y con la otra marcaba suavemente el compás, acelerando ó moderando el ardor de la niña: aquella mano era encantadora. Al *Ave-Maria* habia seguido un himno de Palestina, arreglado para cuarteto, al que se habian agregado otros dos ejecutantes. El sacerdote habia dejado el violonchelo; se habia levantado, quitado los anteojos, y con voz de bajo profundo completaba el conjunto de un modo admirable.

Despues del cuarteto hubo un rato de conversacion general, durante el cual la señora que habia cantado besó á la niña, que salió corriendo del salón. Agrupáronse todos entonces alrededor del sacerdote, que, tosió, se limpió la nariz con el pañuelo, púsose de nuevo los anteojos, y sacó de la sotana una cosa que parecia un manuscrito.

Entretanto, la cantante se acercó á la ventana como para respirar el aire fresco; en las manos tenia un abanico y su silueta se

destacaba sobre luminoso cuadro. Miraba el exterior sin fijarse en nada, en tanto hacía el cielo, en tanto á los oscuros campos. El jóven Camors creia percibir su ligero y puro aliento á través de las ondulaciones del abanico; inclinóse un poco para ver mejor, y el movimiento agitó el follaje en rededor suyo. Al escuchar aquel ligero ruido, la jóven quedó inmóvil, y la actitud rígida de su cabeza indicaba claramente que tenia los ojos fijos en la encina en que se ocultaba Camors, que comprendió al punto toda la gravedad de su situación, y no pudiendo calcular hasta que punto estaba visible ó nó, pasó bajo la amenaza de aquella mirada obstinadamente fija, uno de los minutos mas tristes de su vida. La jóven se volvió al fin hacia el interior y dijo con tranquila voz algunas palabras, que atrajeron en seguida á la ventana dos ó tres personas, entre los que distinguió el jóven al señor que tocaba el violin. En aquel crítico momento, no podía hacer cosa mejor que guardar en su nicho de follaje el silencio é inmovilidad de la tumba. Algo le tranquilizaba, sin embargo, la actitud de las personas de la ventana, que miraban al exterior con evidente incertidumbre, de lo que dedujo que no le habían descubierto. El conde prestaba atento oído á las ani-

madar observaciones que cambiaban entre ellos, hasta que una voz fuerte, que creyó ser la del señor del violin, pronunció con claridad estas tres palabras. "¡Soltad los perros!" Este dato bastó al conde de Camors, que no era cobarde, ni hubiese retrocedido un paso ante una jauría de tigres, pero que hubiese corrido cien leguas á pié para escapar á una sombra de ridículo. Aprovechó, pues, un momento feliz en que no fué tan activa la vigilancia de que era objeto, deslizóse del arbol, saltó á los campos del lado opuesto del seto, y volvió al camino, algo mas lejos, tomando la tranquila actitud del que pasea por terreno libre, acelerando muy poco el paso, cuando pocos momentos despues, oyó á lo lejos algunos ladridos tumultuosos, que le demostraron cuan oportuna había sido su retirada.

En la puerta de una choza de las que había visto antes, permanecía un campesino, y parándose delante de él, le preguntó:

—Amigo mio, ¿de quien es aquella casa grande que hay allá abajo, al lado del camino, y donde tocan la música?

—Quizá lo sabreis muy bien,—contestó el interrogado.

—Si lo supiese, amigo mio—replicó Camors, no os lo preguntaría.

El campesino no contestó. Su mujer estaba á su lado, y habiendo observado el señor de Camors que en todas las clases sociales las mujeres son mas amables que sus maridos, se dirigió á ella, diciendo:

—No soy del país, como veis. . . . ¿De quien es aquella casa? ¿Es acaso la del señor Des Rameures?

—No, no, señor—contestó la mujer. El señor Des Rameures vive mas allá.

—¡Ah! ¿Y quien vive en esa?

—¿En esa? El señor de Teclé. . . . el conde de Teclé.

—¿No vive solo? En su casa habita tambien una señora que canta: ¿es hermana suya ó esposa?

—Su nuera, la señora de Teclé. . . . La señora Elisa.

—Muchas gracias . . . ¿Teneis hijos? . . . Tomad para comprarles zapatos.

Diciendo esto dejó caer una moneda de oro en la falda de la bondadosa campesina, y se alejó.

Al regresar, le pareció el camino mas corto y menos triste, y marchaba tarareando el *Ave Maria*. La luna estaba alta y el paisaje ganaba mucho con la luz. En una palabra: cuando el conde de Camors vió al final de la alameda, obscura aun, su casita, alzán-

dose sobre las dos terrazas y bañada de blanca claridad, encontraba graciosa y alegre. Sin embargo, cuando penetró en la alcoba de sus abuelos paternos y respiró el acre olor del papel mohoso y de las apolilladas maderas que impregnaba la atmósfera, tuvo mucha necesidad de recordar que en las cercanías existía una jóven con bonita cara, bonita voz y bonito nombre.

A la mañana siguiente, el conde de Camors se hizo guiar á sus dos granjas, en las que encontró moradas muy semejantes á cabinas de castores, pero menos cómodas, asombrándole mucho oír á los colonos discutir en su dialecto acerca de todos los ramos de cultivo y cria de animales, como si conociesen los últimos adelantos de su industria. Frecuentemente nombraban al señor Des Rameures como apoyo de sus teorías ó experiencias personales: El señor Des Rameures empleaba con frecuencia tal arado; habia inventado tal máquina de aventar, tal raza de animales la habia aclamado él, y conseguian buenos resultados. El conde de Camors comprendió que no habia exajerado el General la importancia local de aquel personaje, y que era indispensable contar con él, resolviendo, por consiguiente, visitarle aquel mismo día.

Entretanto, marchó á almorzar, y una vez cumplido este deber para consigo mismo, el jóven apoyó los codos como la víspera en la baulaustrada de la terraza, enfrente de la alameda, y se puso á fumar. Era mediodía y el silencio y la soledad le parecían casi tan profundos y siniestros, como la víspera en plena noche. El cloqueo de algunas gallinas, el zumbido de algunas abejas y el sonido de lejana campana, esto era cuanto se oía. El conde de Camors pensaba en la terraza de su casino, el ruido de la multitud, el rumor de los ómnibus, los carteles de los teatros, los kioskos en que se venden los periódicos, en el olor del asfalto calentado, y cualquiera de estas cosas tomaba en su imaginacion poderoso encanto. Los habitantes de Paris tienen una ventaja, de que no se dan cuenta hasta que carecen de ella; y esta ventaja consiste en que tienen ocupada la mitad de su vida sin hacer nada para ello. La poderosa vitalidad que les rodea sin cesar les dispensa, en un grado que no sospechan, de atender personalmente al pasto intelectual; y en caso necesario, el ruido material, que forma alrededor de ellos continuo zumbido, llena las lagunas de su pensamiento; y no les deja jamas el desagradable sentimiento del vacío. No hay parisien que crea que él hace

todo el ruido que oye, que ha escrito todos los libros que lee, redactado todos los periódicos con que almuerza, compuesto toda la música con que cena, é inventado todos los chistes que repite. Esta halagüeña ilusion se desvanece en cuanto le trasladan á algunos kilómetros de la calle Vivienne; y sometido á esta prueba, le ocurre una cosa que le confunde: se aburre espantosamente. Tal vez sospecha entonces en el secreto de su alma cansada, que es débil criatura mortal, pero no: vuelve á Paris, se frota de nuevo con la electricidad colectiva, se reconoce, adquiere tension, y es agudo, apasionado, y comprende con verdadera satisfaccion que no ha cesado de ser criatura superior; momentáneamente degradada, verdad es, por el contacto de los seres inferiores que puebla las provincias.

El Conde de Camors tenia en sí, tanto como cualquier otro pueda tener, medios para vencer el fastidio; pero en aquellas primeras horas de la vida provincial, privado de sus relaciones, de sus caballos, de sus libros; separado de todas sus costumbres y de todos sus gustos, debia sentir, y de hecho sentia, el peso del tiempo con desconocida intensidad. Por esta razon le produjo deliciosa emocion. el rumor que de pronto llegó á su inteligen-

Entretanto, marchó á almorzar, y una vez cumplido este deber para consigo mismo, el jóven apoyó los codos como la víspera en la baulaustrada de la terraza, enfrente de la alameda, y se puso á fumar. Era mediodía y el silencio y la soledad le parecían casi tan profundos y siniestros, como la víspera en plena noche. El cloqueo de algunas gallinas, el zumbido de algunas abejas y el sonido de lejana campana, esto era cuanto se oía. El conde de Camors pensaba en la terraza de su casino, el ruido de la multitud, el rumor de los ómnibus, los carteles de los teatros, los kioskos en que se venden los periódicos, en el olor del asfalto calentado, y cualquiera de estas cosas tomaba en su imaginación poderoso encanto. Los habitantes de Paris tienen una ventaja, de que no se dan cuenta hasta que carecen de ella; y esta ventaja consiste en que tienen ocupada la mitad de su vida sin hacer nada para ello. La poderosa vitalidad que les rodea sin cesar les dispensa, en un grado que no sospechan, de atender personalmente al pasto intelectual; y en caso necesario, el ruido material, que forma alrededor de ellos continuo zumbido, llena las lagunas de su pensamiento; y no les deja jamás el desagradable sentimiento del vacío. No hay parisien que crea que él hace

todo el ruido que oye, que ha escrito todos los libros que lee, redactado todos los periódicos con que almuerza, compuesto toda la música con que cena, é inventado todos los chistes que repite. Esta halagüeña ilusión se desvanece en cuanto le trasladan á algunos kilómetros de la calle Vivienne; y sometido á esta prueba, le ocurre una cosa que le confunde: se aburre espantosamente. Tal vez sospecha entonces en el secreto de su alma cansada, que es débil criatura mortal, pero no: vuelve á Paris, se frota de nuevo con la electricidad colectiva, se reconoce, adquiere tensión, y es agudo, apasionado, y comprende con verdadera satisfacción que no ha cesado de ser criatura superior; momentáneamente degradada, verdad es, por el contacto de los seres inferiores que puebla las provincias.

El Conde de Camors tenía en sí, tanto como cualquier otro pueda tener, medios para vencer el fastidio; pero en aquellas primeras horas de la vida provincial, privado de sus relaciones, de sus caballos, de sus libros; separado de todas sus costumbres y de todos sus gustos, debía sentir, y de hecho sentía, el peso del tiempo con desconocida intensidad. Por esta razón le produjo deliciosa emoción el rumor que de pronto llegó á su inteligen-

te oído, de fuertes pisadas que anunciaban la aproximación de algunos caballos de raza; y un momento después, vió en la obscura sombra de la alameda dos señoras á caballo, avanzando directamente hacia su humilde casa, y á las que, á respetuosa distancia, seguía un criado con librea negra. Aunque muy sorprendido ante el gracioso grupo, el Conde de Camors recobró al punto sus distinguidos modales de caballero, y se dispuso á bajar la escalinata de la terraza; las señoras experimentaron al verle sorpresa igual á la suya; detuviéronse bruscamente, hablaron, y, decidiéndose en seguida, continuaron su camino, atravezaron el patio que estaba al pié de la terraza, y desaparecieron en dirección del estanque. Cuando pasaban al pié de la balaustrada, las saludó Camors, contestando ellas con un ligero movimiento de cabeza; y, no obstante el velo que flotaba sobre sus sombreros, el Conde de Camors se creyó seguro de reconocer á la cantante de ojos negros y á la niña pianista.

Pasados algunos minutos, llamó al guarda.

Señor Leonardo (le dijo:) ¿es público mi patio?

—El patio del señor Conde no es público,
—contestó el guarda.

—Muy bien; en ese caso, ¿qué significa el paso de esas dos señoras que acaban de entrar?

—¡Dios mio, señor Conde; hace tanto tiempo que los amos no vienen á Reully!... Esas señoras no creían hacer ningún daño paseando en los bosques del señor Conde. . . Algunas veces descansaban en la casa . . . , y mi mujer les daba leche Pero les diré que esto incomoda al señor Conde

—¡De ninguna manera, señor Leonardo! . . . ¿Por qué me ha de incomodar? No hago otra cosa que informarme ¿Quiénes son esas señoras?

—¡Oh! Señoras muy elevadas, señor de La señora de Tecle y su hija, la señorita María

—¿Y el marido de la señora Tecle no pasea?

—¡Ay, Dios mio! No, señor; no pasea — contestó el guarda con sutil sonrisa. Hace mucho tiempo que el pobre señor está con los muertos como el señor conde sabe perfectamente.

—Supongamos que lo sé, señor Leonardo; pero tened en cuenta que no quiero interrumpir las costumbres de esas señoras, ¿estamos?

Leonardo se alegró mucho de verse libre

de un encargo enojoso, y el conde de Camors, habiendo reflexionado que su permanencia en Reully se prolongaría algun tiempo, segun todas las probabilidades, entró en la casa, examinó todas las habitaciones, y se ocupó, en compañía del guarda, en ordenar el plan de las reparaciones mas urgentes. Solamente distaba de alli dos leguas la ciudad de L. . . . y como ofrecia recursos suficientes, el señor Leonardo marchó á ella á la mañana siguiente para entenderse con un arquitecto.

Al mismo tiempo se dirigia el conde de Camors á casa del señor Des Rameures, acerca de la cual habia conseguido tener indicaciones exactas. Siguió el mismo camino de la víspera; pasó por delante del edificio de aspecto monástico donde vivia la señora de Teclé; lanzó una ojeada á la vieja encina que le sirvió de observatorio, y un kilómetro más allá vió al fin la casa con torrecillas que buscaba, casa que podia compararse á las residencias ideales que despertaron los deseos de todos nuestros lectores en su dichosa infancia, cuando leia al pié de un grabado de acero: *El castillo del señor de Valmont estaba situado en la cumbre de risueña colina* Formaban el panorama praderas en cuesta, verdes como la esmeralda, y hasta mucho

mas, cubiertas aqui y allá de bosquecillos; parterres adornados con grandes macetas, puentecillos blancos sobre arroyos, vacas y carneros acostados á la sombra, y que hubiesen podido figurar en un teatro de grandes espectáculos; tan lustroso era el pelo de las vacas, y tan blanca y sedosa la lana de los carneros.

El conde de Camors atravesó una verja, siguió el primer camino que encontró, y subió lo alto de la cuesta entre grupos de arbustos y de flores. Un criado viejo dormia en un banco, al lado de la puerta, y sonreia en sueños á aquellas agradables cosas. El conde le despertó, y preguntó por el dueño de la casa. En seguida le introdujeron por un vestíbulo elegante á un salon muy agradable, donde una señora con vestido corto y sombrero redondo, se ocupaba en colocar flores en vasos de china. Al ruido de la puerta se volvió: era la señora de Teclé.

Mientras el conde de Camors la saludaba con cierta extrañeza é inseguridad, la señora le miró fijamente y con tranquilidad suma.

—Perdonad, señora (dijo el Conde, vacilando); habia preguntado por el señor Des Rameures. . . .

—Está en la granja, caballero; pero no

tardará en regresar. ¡Si quereis tomaros el trabajo de esperar!...

Y al mismo tiempo le indicó una silla, sentándose ella también y empujando con el pie, sumamente pequeño, las ramillas que habían caído al suelo.

— Señora (dijo el conde): en ausencia del señor Des Rameures, ¿no podría hablar á su señora sobrina?

Ligera sonrisa pasó en el rostro moreno, severo y gracioso de la señora de Teclé.

— ¿Su sobrina? Soy yo — contestó.

— ¡Ah! Perdonad, señora... pero me habían dicho... creía... esperaba encontrar una señora de edad, y.....

Iba á decir *respectable*, pero se detuvo, y añadió sencillamente.

— Y... veo que estaba en un error.

La señora de Teclé se manifestó insensible á esta galantería.

— ¿Puedo saber, caballero (preguntó) á quien tengo el honor de recibir?

— El conde de Camors.

— ¡Ay, Dios mío! en ese caso, caballero, tengo que excusarme... Probablemente sois vos á quien vimos esta mañana... Mi hija y yo hemos sido muy indiscretas... pero ignorabamos vuestra llegada... ¡Ha-

cia tanto tiempo que estaba abandonado Reully!

— Espero, señora, que tanto vos como vuestra hija no cambiareis vuestras costumbres de paseo.

La señora de Teclé hizo un movimiento con la mano como para decir que agradecía seguramente la invitación, pero que seguramente también no abusaría de ella; después siguió un silencio, que llegó á desconcertar algo al conde de Camors. Mientras en rededor, se fijó en el piano, y tuvo en los labios esta pregunta: ¿Sois aficionado á la música? Pero recordó el árbol, temió venderse con la pregunta, y calló.

— ¿Venís de París, caballero? — preguntó la señora de Teclé.

— No, señora...; vengo de pasar algunas semanas con el General Campvallón, que, según creo, tiene el honor de ser amigo vuestro, y me ha encargado visitaros.

— Mucho se lo agradecemos, caballero... El General es hombre excelente, ¿verdad?

— Excelente, sí, señora.

A estas frases siguió nuevo silencio.

— ¡Dios mío! Caballero (dijo la señora Teclé): si no os asusta el paseo al sol, saldremos al encuentro de mi tío... que seguramente vendrá ya..

El conde de Camors se inclinó.

La señora de Teclé se había levantado y tocado el timbre.

—¿Está ahí la señorita María? (preguntó á un criado.) Decidla que se ponga el sombrero y venga.

Un momento despues entró la señorita María; dirigió al Conde la franca mirada de niña curiosa, le saludó ligeramente, y los tres salieron del salon por una puerta que daba al parque. Por esta parte de la casa, como por el lado de la fachada, extendianse cuevas y valles cubiertos de musgo, bosquecillos y praderas, puentecillos blancos, vacas lustrosas y rizados carneros, hasta perderse de vista. La señora de Teclé, sin dejar de contestar cortesmente á las lisonjeras exclamaciones del conde de Camors, marchaba con rápido paso, y sus botijas de hada dejaban ligeras huellas como dibujadas en la blanca arena del sendero. Sin quererlo, y sin saberlo, andaba con inconcebible gracia, manifestando soltura, gentileza, elasticidad y exquisita elegancia, que se hubiese creído coqueta, si no se reconociera como perfectamente natural.

Cuando llegaron á la tapia que formaba a parte derecha del parque, abrió una puerta, y se encontró en un camino muy estrecho

que atravesaba inmenso campo de trigo en sazón. La señora de Teclé continuó marchando, siguiéndole su hija, y á esta el conde. La niña María se había manifestado hasta entonces muy formal; pero al ver aquellas doradas espigas mezcladas con blancas margaritas y rojas amapolas; al escuchar aquel delicioso concierto que millares y millares de moscas azules, verdes amarillas y bronceadas formaban en medio de aquellas maravillas, la niña María se exaltó y perdió algo de su formalidad. Deteniase á cada paso para coger una margarita ó una amapola, aunque volviéndose en cada estacion al señor de Camors para decirle: "¡Perdonad caballero" pero, no obstante su cortesia, su madre se disgustaba.

—¡Vamos, María, (exclamaba); vamos pronto!

Al fin, cuando pasaron cerca de un manzano de los muchos que se alzaban entre el trigo, la niña vió una rama verde, terminada por una manzana mas verde aun, y tan gruesa como la punta de su dedo. La tentacion fué irresistible.

—Perdonad, caballero,—dijo.

Y entró en el trigo para alcanzar el manzano, y, si Dios queria, la manzanita; pero la señora de Teclé no lo permitió.

—¡Maria! (exclamó con viveza). ¡En el trigo! ¡Estás loca, hija mía?

Maria volvió corriendo al sendero; pero no pudo desistir de su vehemente deseo, y mirando al conde de Camors con suplicantes ojos:

—Caballero (le dijo, señalando la rama) ¡Os ruego!... ¡Haria tan buen efecto esa manzanita en el ramillete!...

Al conde Camors bastó inclinarse un poco y extender el brazo para arrancar del árbol la ramilla y la manzana.

—¡Muchas gracias!—dijo tranquilamente la niña.

En seguida unió el tallo del ramillete, lo colocó en la cinta del sombrero, y se puso arrogantemente en marcha, lanzando un suspiro de satisfacción.

Cuando se acercaban á una barrera que se había al extremo del campo, la señora de Teclc se volvió de pronto:

—¡Mi tío, caballero!—dijo.

El conde de Camors alzó la cabeza, y vió un anciano de elevada estatura, que se había parado al otro lado de la barrera, y que les miraba con la mano puesta sobre los ojos á guisa de pantalla. Llevaba botines de cuero amarillo con hebillas de acero, largo chaqueton de terciopelo color de castaña y sombre-

ro hongo. Por sus blancos cabellos y espesas cejas negras, reconoció Camors al señor que tocaba el violin.

—Tío (dijo la señora de Teclc, indicando al jóven con el gesto): ¡el señor de Camors.

—¡El señor de Camors! (repitió el viejo con voz fuerte y sonora) seais bien venido, caballero.

Diciendo esto, abrió la barrera, y tendió al jóven su mano morena y velluda.

—Caballero (añadió); conocí mucho á vuestra madre, y me regocijo de ver al hijo en mi casa. Vuestra madre, caballero, era muy buena, y merecía ciertamente...

El anciano vaciló, y terminó la frase con un ¡hem! sonoro, que resonó en su ancho pecho como en la bóveda de una iglesia.

Tomó la carta del señor de Campvallon, que le presentaba el conde, y poniéndola á larga distancia de los ojos, comenzó á leerla á la sombra de un vallado inmediato. El General había prevenido al jóven que no creía político revelar desde el primer momento al señor Des Rameures los proyectos que habían concertado; no encontrando, por tanto, en la carta el señor Des Rameures otra cosa que calurosa recomendacion en favor del conde de Camors, y en la posdata la noticia del matrimonio del General.

—¡Cómo, diablo! (exclamó el señor Des Rameures.) ¿Sabes lo que dice, sobrina? ¡Campvallon se casa!

Las noticias de matrimonio tienen el privilegio de despertar el interés particular de las mujeres, y la señora de Teclé se acercó con curiosidad, prestando también atento oído la niña María.

—¡Cómo, tío; lel General!.... ¿Estais seguro?

—¡Caramba! Sin duda, seguro estoy, pues to que me lo dice él mismo. Conocéis á la novia señor de Camor?

—La señorita de Luc d'Estrelles es prima mia, caballero.

—¡Ah! Muy bien; y supongo que será persona.... de cierta edad....

—Veinticinco años.

El señor Des Rameures lanzó uno de esos sonoros *hem* que le eran familiares.

—¡Y será indiscreto preguntaros, caballero, si esta dotada de algunos atractivos físicos?

—Posee rara belleza.

—¡Hem! ¡Muy bien, caballero!.... Paréceme que el General es algo viejo para ella; pero, en último caso, cada cual se conoce, sí, se conoce bien.... ¡Hem!.... Querida Elisa, cuando quieras te seguiremos.... Perdonad, señor Conde, si os recibo con tan rústi-

co atravio....; pero soy labrador, *agrícola* y pastor...., sencillo guardian de rebaños! *custos gregis*, como dice el poeta.... Pasad delante, caballero, os lo ruego.... —María respeta los trigos hija mia!.... ¿Y podremos suponer señor de Camor, que tengais la feliz idea de abandonar la gran Babilonia y de instalaros en vuestra propiedad rural? Dariais muy buen ejemplo caballero, ejemplo excelente; porque desgraciadamente hoy mas que nunca puede decirse con el poeta.

“Non ulus aratro

Dignus honos; squalent ubductis arva colonis,
Et....et ..”

A fé mia, he olvidado el resto.... ¡Pobre memoria! ¡Ah, caballero! no os hagais viejo....

—*Et curvae rigidum falces constantur in ense*—dijo el señor de Camors, terminando la interrumpida cita.

—¡Como, caballero; citais á Virgilio! ¡Leéis los clásicos! ¡Me encantais, si, me encantais sinceramente! No tiene ese defecto la moderna generacion. Dicen los ignorantes que es de mal gusto citar los clásicos.... No pienso yo así, caballero.... De ninguna manera.... Nuestros padres los citaban,

porque los conocían. Virgilio es mi poeta, caballero.... No porque apruebe todos sus procedimientos de cultivo.... Porque salvando el respeto que me merece, mucho hay que decir relativamente á eso.... Y con especialidad, su método acerca de la cria de ganados es de todo punto insuficiente; pero, en lo demás, es divino. Y bien, señor de Camors; ya veis mi pequeño dominio, *mea pauper regna*.... El retiro del sabio. Aquí vivo feliz como un patriarca, como viejo pastor de la edad de oro, amado por mis vecinos, lo cual no es cosa fácil.... y venerando los dioses, que lo es mucho más.... Sí, caballero; y puesto que os agrada Virgilio, dírele, como él:

*"Fortunate senex, hic inter flumina nota,
Et fontes sacros frigus capitabis opacum!"*

Y también señor de Camors:

*"Fortunatus ille Deos qui moxit agrestes,
Panisque, Silvanumque senem!..."*

— ¡*Nymphasque sonores!* — dijo Camors sonriendo, y designando con ligero movimiento de cabeza á la señora de Tecele y á su hija, que caminaban delante.

— ¡Muy bien! ¡Muy oportuno! ¡Es la pura verdad! (dijo alegremente el señor Des Rameures.) ¡Has oído sobrina?

— Sí, tío.

— Y ¿has comprendido?

— No, tío.

El anciano lanzó una carcajada.

— ¡No te creo, querida, no te creo! ¡No la creáis, señor conde! ¡Las mujeres tienen el don de comprender las galanterías en todos los idiomas!

Hablando así, llegaron á la casa, y se sentaron en un banco, delante de la puerta del salón, para gozar del punto de vista. El conde de Camors celebró el gusto y buena disposición del parque, aceptó una invitación de comida para la semana siguiente y se retiró con oportunidad, lisonjeándose de haber hecho, desde el primer día, algunos progresos en la amistad del señor Des Rameures: pero deplorando no haber hecho ninguno, según todas las apariencias, en la simpatía de la esbelta sobrina.

Era todo lo contrario.

— Ese jóven, — dijo el señor Des Rameures, en cuanto se quedó solo con la señora de Tecele, — ese jóven conoce algo los clásicos; pero se parece extraordinariamente á su padre, que era vicioso como el pecado. En la

sonrisa y en los ojos tiene algo de su excelente madre....; pero en definitiva, mi querida Elisa, es retrato de su destestable padre, cuyos principios y costumbres tiene, según dicen.

—¿Quién lo dice, tío?

—¡El rumor público, sobrina!

—El rumor público, tío, se equivoca algunas veces y exagera siempre. A mí me parece muy bien ese joven; muy cortés y muy distinguido.

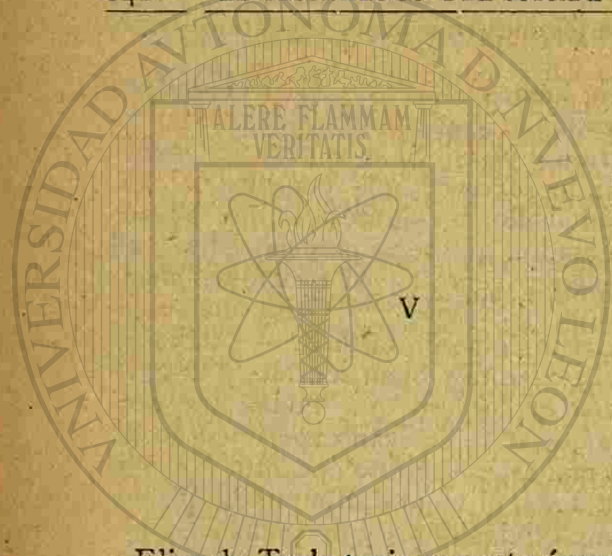
—¡Vamos, vamos! ¡Porque te ha comparado á las ninfas de las fábulas!

—Si me ha comparado á las ninfas de la fábula, ha hecho mal; pero no me ha dirigido en nuestro idioma ni una sola palabra que no haya sido del mejor gusto. Esperamos, antes de condenarle, á que podamos juzgarle por nosotros mismos, ¿quereis tío? Recordareis que siempre me habeis recomendado esta costumbre.

—No podrás negar, querida sobrina [replicó el anciano con cierto malhumor] que ese joven exhala perfume parisien del mas subido y desagradable ¡Muy político! ¡Muy cortés; pero nada de entusiasmo, nada de juventud, en una palabra! ¡No riel! ¡Me gusta que cada cual viva según su edad....

y que los jóvenes rían hasta reventar el chaleco.

—¡Bien, bien, sea así!... La verdad es que tienes razón y que abjuro mis prevenciones contra ese joven. Si se encuentra medio arruinado, le ofreceré mis consejos, y.... y.... mi bolsillo, si es necesario, me acuerdo de su madre, que se te parecía, Elisa, dicho sea entre paréntesis: así concluyen siempre nuestras cuestiones.... Grito, me sublevo y me irrito como un tártaro....; tú haces hablar á tu dulzura y buen sentido, y el tigre se convierte en cordero.... Todos los desgraciados que se te acercan experimentan de la misma manera tu pérfido encanto.... Por ti dijo sin duda, el viejo Lafontaine, que la abeja liba en todas flores y de todas ellas hace miel.



Elisa de Teclé tenía por esta época cerca de treinta años, aunque aparentaba menos edad. A los diez y seis casó con su primo Roland de Teclé, en circunstancias muy singulares. El señor Des Rameures había educado á la señorita de Teclé, hija de una hermana del citado señor y huérfana desde niña. Roland vivía á dos pasos de ella, en compañía de su padre. Todo atraía recíprocamente á los dos jóvenes: deseo de familia, conveniencias de fortuna y simpatías personales. Los dos eran hermosos, y desde la infancia se estaban destinados. Acercábase

la época de la boda, fijada de antemano para cuando Elisa cumplierse los diez y seis años, y el conde de Teclé, para preparar habitaciones á los novios, hacia restaurar y casi reedificar un ala de su casa. Roland vigilaba y apresuraba los trabajos con ardor de enamorado.

Una mañana resonó en el patio opaco y siniestro ruido: acudió el conde de Teclé, y vió á su hijo sin conocimiento y lleno de sangre, en brazos de los obreros. Había caído desde un andamio. El desgraciado estuvo dos meses entre la vida y la muerte, y en el delirio de la fiebre no cesaba de llamar á su prima y prometida, teniendo que situarse la joven á su cabecera. Al fin se restableció poco á poco; pero quedó desfigurado y horriblemente cojo.

La primera vez que le permitieron mirarse á un espejo, le acometió un síncope, que temieron fuese mortal. El joven tenía gran corazón, y cuando recobró el conocimiento, derramó un torrente de lágrimas, que no pudieron borrar las cicatrices de su rostro: oró por largo rato, y se encerró con su padre. En seguida escribieron los dos, uno al señor Des Rameures, el otro á la señorita de Teclé, que se encontraban en Alemania. Las emociones y fatigas habían alterado la salud

de Elisa, y su tío, por consejo de los médicos, la había llevado á las aguas de Ems. Allí recibió las cartas que la devolvían su palabra, y con ella su completa libertad. Roland y su padre le suplicaban no acelerase el regreso, manifestándola que abandonaban la comarca y marchaban á establecerse en París, añadían que no deseaban respuesta, y que su resolución, impuesta por la delicadeza más elemental, era irrevocable.

Obedecieronles, y no recibieron contestación. Realizado el sacrificio, Roland quedó, en la apariencia, tranquilo y resignado; pero cayó en una especie de languidez, que en poco tiempo hizo espantosos progresos, dejando comprender cercano y fatal desenlace, que por otra parte, el joven manifestaba desear.

Una tarde le habían llevado á la extremidad del jardín, sentándose en una terraza plantada por tilos, desde donde contemplaba los arreboles del ocaso, mientras que su padre paseaba por la terraza, dirigiéndole una sonrisa cuando pasaba á su lado, y enjugando sus lágrimas cuando se encontraba lejos. En aquel momento llegó Elisa de Teclé como ángel descendido del cielo. Arrodillóse delante del joven, besóle las manos, y envolviéndole en la radiación de sus hermosos

ojos, le dijo que nunca le había amado tanto. El joven comprendió la verdad de aquellas palabras, y aceptó el sacrificio. Poco tiempo despues se consagró su enlace.

La señora de Teclé fué dichosa, pero lo fué sola. Su marido, á pesar del cariño que ella le prodigaba, á pesar de la verdadera felicidad que podía leer en sus ojos, á pesar del nacimiento de su hija, no se consoló jamás, llegando á manifestarla contrariedad y frialdad extrañas. El secreto de su conducta quedó descubierto el día en que murió.

— Querida mía [dijo á su joven esposa]: Dios te bendiga por todo el bien que me has hecho... Perdóname si nunca te he dicho cuanto te he amado... ¡Con un semblante como el mio, no debe hablarse de amor!... Y sin embargo mi pobre corazón rebosaba... Mucho he sufrido por esto, especialmente cuando recordaba como fui antes, y que de aquella manera hubiese sido mas digno de ti... Pero volveremos á vernos, ¿verdad, amada mía?... Y entonces seré hermoso como tu, y podré decirte cuánto te adoro... ¡Adios! ¡No llores, Elisa mía; no llores!... ¡Te aseguro que soy feliz!... Por primera vez te he abierto mi corazón, porque al morir no se teme el ridículo... ¡Adios! ¡Te amo!...

Y esta dulce palabra fué la última que pronunció.

Después de la muerte de su marido, la señora de Teclé continuó habitando en casa de su suegro; pero pasaba una parte del día en la de su tío, y al mismo tiempo que se dedicaba con exquisito cuidado á la educación de su hija, dirigía las casas de los dos ancianos, que la adoraban á porfía.

Estos detalles los recogió el señor de Camors del cura de Reully, á quien visitó á la mañana siguiente, encontrándole estudiando el violonchelo. No obstante su absoluto sistema de desprecio universal, el jóven no pudo ménos de sentir por la señora de Teclé un vago respeto, que en nada perjudicaba, por otra parte, á los sentimientos menos puros que estaba dispuesto á consagrarle. Completamente decidido, si no á seducirla, á agradarle al menos y á hacerse de ella una aliada, comprendió que la empresa no era ordinaria; pero era valiente, y no temía las dificultades, sobre todo cuando se presentaban bajo aquella forma.

Sus meditaciones sobre este punto le ocuparon agradablemente el resto de la semana, al mismo tiempo que vigilaba los obreros y conferenciaba con el arquitecto. Sus caba-

llos, libros y criados llegaron sucesivamente y concluyeron de desterrar su fastidio.

Tenia, por consiguiente, bastante buen aspecto cuando saltó de su *dog-cart* el lunes siguiente delante de la puerta del señor Des Rameures, y ante los propios ojos de la señora de Teclé, que se dignó acariciar con su blanca mano el negro y brillante cuello de Fitz-Aymon. Camors vió entonces por primera vez al conde de Teclé, que era un anciano dulce, triste y taciturno. El Cura, el Subprefecto del departamento y su esposa, el médico de la familia, el administrador y el preceptor, completaban el número de los convidados.

Durante la comida, el conde de Camors, secretamente excitado por la proximidad de la señora de Teclé, se esforzó en triunfar de esa hostilidad sorda que suscita siempre la presencia de un extraño en las intimidades que perturba. Su tranquila superioridad se impuso suavemente, y hasta se hizo perdonar á fuerza de cortesía. Sin mostrar alegría, poco conforme con su luto, pronunció, á propósito de sus apuros de instalación en Reully, agudezas y chistes de buen gusto, que desarraigaron la grave frente de su vecina. Preguntó con benevolencia á cada convidado; manifestó interesarse mucho en sus

asuntos, y tuvo la bondad de colocarles en su verdadero centro. Tuvo arte suficiente para proporcionar ocasion al señor Des Rameures para que hiciese dos ó tres citas oportunas. Hablóle sin afectación de prados artificiales y de prados naturales, de vacas para cria y de vacas para trabajo, de carneros Dishley y de otras muchas cosas que por la mañana había leído en *La granja del siglo XIX*. Directamente habló muy poco á la señora de Teclé; pero no pronunció ni una palabra durante la comida que no le estuviese dedicada, y además, poseía la seductora y caballeresca manera de hacer comprender á las señoras, hasta al llenarles la copa, que estaba dispuesto á morir por ellas.

A todos pareció sencillo y afable, aunque no era lo uno ni lo otro, y cuando se levantaron de la mesa, mientras tomaban el fresco delante de las ventanas del salon, á la luz de las estrellas:

Mi querido caballero (le dijo el señor Des Rameures, cuya natural cordialidad se concentraba algo excitada, merced á los vapores de su excelente cueva); mi querido caballero, comed bien, y hablais mejor, y bebed firme; puedo aseguraros que estoy dispuesto á consideraros como excelente compañero y amable vecino, si á vuestros méri-

tos reunis el de ser amante de la música. Vamos: ¿os gusta el divino arte?

— Con pasion, caballero.

— ¡Con pasion! ¡Bravo! ¡Así debe amarse todo aquello que se ama, caballero! Pues bien; me agrada sumamente que seais aficionado, porque aquí nos reunimos un grupo de melómanos fanáticos, como vereis en seguida.... Yo, caballero, rasco un poco el violin...., como campesino aficionado.... *Orphoeus in sylvis*.... Pero no creais, señor de Camors, que nuestro culto por el hermoso arte nos absorba todo el tiempo. ¡No, señor, no! Como podreis observar tambien, si os dignais, como espero, concurrir á nuestras reuniones familiares, no desdeñamos ningun objeto de los que merecen ocupar á los seres pensadores. De la música pasaremos á la literatura, á la ciencia, y hasta á la filosofía en caso necesario....; pero todo esto, caballero, sin pedanteria, sin salir del tono de conversacion afable y familiar.... Algunas veces leemos versos; pero no los hacemos.... Amamos á los tiempos pasados, pero hacemos justicia al nuestro ... Respetamos mucho á los antiguos, y no tememos á los modernos; solamente nos infunde temor lo que embota el espíritu y rebaja el corazon, y nos exaltamos hasta las nubes an-

te todo lo que nos parece bello, útil y verdadero.... Así somos, caballero. Nosotros mismos nos llamamos la colonia de los entusiastas, y los malévolos del país nos dicen el hotel de Rambouillet. La envidia, como sabéis; es una planta que no florece en provincia; pero aquí, por excepcion, tenemos algunos envidiosos, lo cual constituye una desgracia para ellos, y nada mas.... Así, pues, cada cual trae aquí el tributo de sus lecturas y meditaciones, su viejo libro de almohada ó su periódico de la mañana, se habla sobre ello, se comenta, se discute y no se disputa jamás. La misma política, esa madre de la discordia, no ha conseguido introducirla entre nosotros; lo cual no deja de ser extraño, caballero, porque en nuestro reducido cenáculo están representadas las opiniones mas contradictorias. Yo soy legitimista, el doctor Durocher, mi médico y amigo, es francamente republicano; Hedouin, el preceptor, es parlamentario; el señor subprefecto es adicto al gobierno, como debe serlo; el señor cura es algo romano; yo soy galicano, *et sic de ceateris*. Pues bien, caballero: nos ponemos de acuerdo maravillosamente, lo cual consiste en que todos tenemos buena fé, cosa que es muy rara, señor conde; todas las opiniones contienen en el

fondo algo de verdad, y con algunas concesiones mútuas, todas las personas honradas se encuentran muy cerca de tener la misma opinion.... En fin, caballero: ¿qué os diré? La edad de oro reina en mi salon, ó, mejor dicho, en el salon de mi sobrina; porque, si quereis conocer la divinidad que nos proporciona estos ocios, es neserario que mireis á mi sobrina. Por agradarla, por satsifacer su buen gusto, á su buen sentido y á su perfecta medida en todas cosas, cada uno de nosotros abjura el exceso de la pasion que echa á perder las mejores causas. En una palabra, señor Conde; nuestro lazo comun es el amar, así como es tambien nuestra virtud comun, porque todos estamos enamorados de mi sobrina....: yo en primer lugar.... Despues Durocher, desde hace treinta años....; en seguida el Subprefecto y todos estos señores...., y vos tambien, señor Cura.... ¡Vamos, vamos! Vos tambien ¿estais enamorado de Elisa, de la manera más pura, por supuesto, como lo estoy yo, y lo estamos todos, y como lo estará muy pronto el señor de Camors, si es que no lo está ya. ¿verdad señor Conde? El señor de Camors declaró, con sonrisa de tigre jóven, que se sentia muy dispuesto á ratificar la profecia del señor Des Rameu-

res; despues de lo cual volvieron al salon. La reunion habia aumentado con algunas personas de uno y otro sexo, que habian llegado en carruage ó á pié, de la ciudad inmediata ó de las campos cercanos. El señor Des Rameures no tardó en coger el violin, y mientras lo afinaba, la niña Maria, que era artista brillante, se sentó al piano, y su madre se colocó á su espalda, dispuesta á marcar el compás sobre su hombro.

— Esto, señor de Camors, no os parecerá nuevo; es sencillamente la serenata de Schubert; pero la hemos arreglado un poco, ó desarreglado, á nuestro modo; vos juzgareis. Mi sobrina canta, y le contestamos alternativamente el señor cura y yo.... *Arcades ambo....* él con su violonchelo, y yo con mi Stradivarius. Vamos, querido párroco, comenzad... *Incipe Mopse prior!*

No obstante la ejecucion magistral del anciano y el selecto acompañamiento del Cura, la señora de Teclé pareció al conde la mas notable de los tres aficionados. La tranquilidad de sus facciones y la dignidad de su actitud formaban con el apasionado acento de su voz notabilísimo contraste. La fuerza de atraccion le llevó muy pronto al piano, y ejecutó un acompañamiento difícil con verdadero talento. Tenia, ademas, el

jóven agradable voz de tenor, que manejaba bien, y todo esto, exhibido con oportunidad y sin aparato, produjo el mejor efecto del mundo.

En seguida se mantuvo apartado todo el resto de la velada, limitándose á observar y á asombrarse, porque el tono de aquella corta reunion era, en verdad, sorprendente, encontrándose tan lejano de la familiaridad vulgar como de la afectacion pretenciosa. Nada se parece tanto á una porteria como algunos salones de provincia: nada que se parezca tanto á los saloncillos de teatros cantantes como ciertos salones de Paris; pero la reunion á que asistia Camors, sin tener nada de lo primero ni de lo segundo, parecia session académica particular. Rayando algunas veces la conversacion en franca cordialidad, nunca descendia á asuntos bajos, versando preferentemente sobre cuestiones elavadas de literatura, artes ó política; pero aquellas delicadas personas sabian tocar ligeramente las cosas mas serias y con sencillez las mas altas. Encontrábanse alli cinco ó seis mujeres, algunas de ellas bonitas, todas distinguidas, que habian adquirido la costumbre de pensar, sin perder el gusto de reir ni el de agradar. En aquel extraño grupo parecian todas las inteligencias al mismo nivel y de

la misma fuerza, porque vivían en la misma región, y esta región era superior. Preciso es decir también que se encontraban bajo el mismo encanto, y que este encanto era soberano. La señora de Teclé, indiferente en apariencia, sepultada en su butaca y trabajando en su bordado, lo animaba todo con una mirada y todo lo moderaba con una mirada. La mirada era irresistible, y la palabra siempre oportuna: estos espíritus puros no tienen nubes, y no había buen gusto más seguro que el suyo. En todo se expresaba su decisión, como sentencia de juez que se teme, ó como de mujer que se ama.

Aquella noche no se leyeron versos, y el conde de Camors no lo sintió. Hablóse sucesivamente, en los descansos de la música, de una comedia nueva de Augier, de una novela de Jorge Sand, de un poema de Tennyson y de los asuntos de América. Después dijo el señor Des Rameures, dirigiéndose al cura:

—Mi querido Mopsus, el jueves pasado ibais á leernos vuestro sermón sobre la superstición, cuando os interrumpió aquel bromista que se subió al árbol para oírnos mejor.... Ahora podéis desquitarnos. Sentaos aquí, querido pastor, os escuchamos.

El digno párroco sacó el manuscrito, y

empezó á leer el sermón, que no transcribimos á pesar del ejemplo de nuestro amigo Sterne, por no mezclar demasiado lo sagrado con lo profano. Bastará que digamos que tenía por objeto enseñar á los feligreses de la parroquia de Reully á distinguir los actos de fé, que elevan el alma y agradan á Dios, de los de la superstición, que degradan á la criatura y ofenden al Criador. El sermón, aunque redactado con gusto, parecía encaminado á realzar la moral evangélica más bien que el talento del orador. Algunas personas, sin embargo, y entre ellas el señor Des Rameures, sensuraron algunos pasajes como superiores á las inteligencias sencillas de aquellos á quienes se dirigían; pero la señora de Teclé, apoyada por el republicano Durocher, sostuvo que se desconfiaba demasiado de la inteligencia popular, que frecuentemente se la rebaja sobretexto de colocarse á su nivel, y los párrafos censurados quedaron firmes.

Ignoro como se pasó del sermón al matrimonio del General Campvallón; pero á él se llegó, y debía llegarse, porque era la conversación del país en veinte leguas á la redonda. Este asunto despertó la vacilante atención del conde de Camors, y su interés creció de punto cuando el Subprefecto insi-

nuó, con ciertas reservas, que el General, ocupado en otros asuntos, podría dimitir su cargo de diputado.

—¡Eso sería muy embarazoso para nosotros!—exclamó el señor Des Rameures.—¿Quién diablo lo había de remplazar? Formalmente os prevengo, querido Subprefecto, que si quereis imponerme aquí algún alegre parisién con su flor en el ojal, lo devuelvo á su casino con flor y todo. ¡Esto podeis considerarlo como cosa decidida, caballero!

—¡Tio!—dijo á media voz la señora de Teclé, indicando con una ojeada al conde de Camors.

—Te comprendo, sobrina—contestó riendo el señor del Rameures;—pero suplicaré al señor de Camors, que en ningún caso pueda suponerme intencion de ofenderle; le suplicaré, repito, que tolere las manías de un viejo, y que me deje toda libertad de mi lenguaje sobre el único asunto que me hace perder la serenidad.

—¿Y qué asunto es ese, caballero?—preguntó Camors con suma amabilidad.

—Ese asunto, caballero, es la insolente supremacía de París sobre el resto de Francia. No he puesto los pies en París desde el año de 1825, con objeto de demostrarle el horror que me inspira.... Sois un jóven

instruido y sensato, y supongo que tambien sois buen francés.... ¡Pues bien! ¿os parece justo y conveniente que París nos envíe cada mañana ideas hechas, nuestros chistes hechos, nuestros diputados hechos.... y que toda Francia no sea otra cosa que humilde y servil barrio de su capital?.... ¡Hacedme el favor de contestar á esto, caballero!

—¡Dios mio! Tal vez hay algun exceso en la extremada centralizacion de Francia; pero en último caso, todo pais civilizado tiene su capital, siendo necesaria una cabeza á las naciones como á los individuos.

—Acepto vuestra imagen, caballero, y la vuelvo en contra vuestra... Sí, es indudable; las naciones necesitan cabeza lo mismo que los individuos: sin embargo, la cabeza es disforme y monstruosa, la señal de la inteligencia se convierte en señal de idiotismo, y, en vez de hombre de genio, teneis un hidrocéfalo. Fijaos bien, caballero, en lo que va á contestarme el señor Subprefecto.... ¡Querido Subprefecto, sedme franco! Si mañana quedase vacante la diputacion de este distrito, ¿encontrariais en él, y hasta en el departamento entero, un hombre apto para desempeñar inmediatamente el cargo de diputado?

—A fé mia,—contestó el Subprefecto—, no veo ninguno en el pais...., y, si os obstinaís en reusar la diputacion....

—¡Persistiré en ello toda mi vida! A mi edad, no iré seguramente á exponerme á los epigramas de vuestros zumbones parisien-ses.

—Pues bien: en este caso, tendriais que aceptar un extraño, y probablemente un zumbón parisién.

—¡Ya lo ois, señor de Camors!—dijo con energia el señor Des Rameures.—Este departamento, caballero, cuenta seiscientas mil almas, y entre estas seiscientas mil almas no hay solo hombre de quien pueda hacerse un diputado.... Estoy seguro, caballero, que en la hora presente ningun pais civilizado presenta ejemplo de parecido escándalo. Esta vergüenza nos estaba reservada, y vuestro Paris es causa de ella. El es quien absorbe toda la sangre, toda la vida, todo el pensamiento, toda la accion del pais, sin dejar otra cosa que un esqueleto geográfico, en vez de una nacion.... ¡Estos son, caballero, los beneficios de vuestra centralizacion!; puesto que habeis pronunciado esta palabra, tan bárbara como lo mismo que significa.

Perdonad, tio—dijo la señora de Teclé, manejando tranquilamente la aguja;—por

mi parte nada conozco de esas cosas....; pero creo haberos oido decir que esa centralizacion que os desagrada tanto, es obra de la revolucion y del primer Cónsul....¡Por qué se la atribuis al señor de Camors?.... Parece que eso no es justo....

—Y á mí tambien, señora,—dijo Camors inclinándose.

—Y á mí tambien, caballero,—dijo sonriendo el señor Des Rameures.

—Sin embargo, señora,—añadió el Conde;— merezco, en cierta manera, que vuestro tio me acuse, porque, si no he organizado la centralizacion, como justísimamente habeis indicado, confieso que apruebo de todo corazon á los que la llevaron á cabo.

—¡Bravo! ¡Muy bien, caballero!—exclamó el anciano — ¡Me gusta que se tenga opinion y se defienda!

—Caballero,—dijo Camors:—esta una excepcion que hago en obsequio vuestro, porque cuando cómo fuera de casa y cómo bien, siempre tengo la opinion del que me ha invitado; pero os respeto demasiado para no atreverme á contradeciros; dicho esto, añadiré que las asambleas revolucionarias, y el primer Cónsul despues de ellas, estuvieron muy bien inspiradas al imponer á la Francia rigurosa centralizacion administrativa y po-

lítica; creo que esta centralización era indispensable para fundir y amalgamar nuestro cuerpo social, dándole nueva forma para sujetarlo en su molde y fijarlo en sus leyes; para fundar, en fin, y mantener esta poderosa unidad francesa, que es nuestro carácter nacional, nuestro genio y nuestra fuerza.

—¡Verdad es, caballero!—exclamó el doctor Durocher.

—¡Caramba! ¡Cierto es sin duda!—replicó con viveza el señor Des Rameures —Si, verdad es; la excesiva centralización de que me quejo tuvo un momento de utilidad, y hasta de necesidad, lo concedo con gusto; pero, ¿en qué institución humana pretendéis poner lo absoluto y lo eterno? También fué el feudalismo en su tiempo un bien y un progreso....; pero lo que ayer era un beneficio, ¿no será mañana un mal y un peligro? Lo que hoy es progreso, ¿no será dentro de cien años rutina y traba? ¿No es esta la historia del mundo?..... Y si queréis saber, caballero, en qué señal se reconoce que un sistema social ó político ha terminado ya su época, os lo diré: es cuando solamente se revela por sus inconvenientes y abusos. Entonces la máquina ha terminado su obra, y es necesario cambiarla. Pues bien: sostengo que la centralización francesa ha llegado á este tér-

mino crítico, á este punto fatal....; que despues de haber protegido, ahora oprime; que, despues de haber vivificado, paraliza; que despues de haber salvado á la Francia, la mata.

—Tío, os acalorais,—dijo la señora de Teclé.

—Si, sobrina, me acaloro; pero tengo razón. Todo habla en mi favor, el pasado, el presente, y estoy seguro que tambien el porvenir, al menos mucho lo temo. He dicho el pasado....; mirad, señor de Camors, no soy, creedlo, admirador estrecho del pasado: soy legitimista por mis afecciones, pero francamente liberal por mis principios.... ¡Bien lo sabes tú, Durocher!.... Pero en fin, en otro tiempo habia entre el Rhin y los Pirineos un gran país que vivía, que pensaba, que se movía, no solamente por su capital, sino tambien por sí mismo.... Tenía cabeza sin duda, pero tambien tenía corazón músculos, nervios, venas...., y sangre en estas venas, y nada perdía con ello la cabeza. ¡Existía una Francia, caballero! La provincia tenía vida, subordinada sin duda, pero leal, activa é independiente. Cada gobierno, cada intendencia, cada centro parlamentario era vivo foco intelectual....; las grandes instituciones provinciales, las libertades

locales ejercitaban por todas partes los espíritus, templaban los caracteres y formaban hombres... ¡Y oye bien esto, Durocher! Si la Francia de otro tiempo hubiese estado centralizada como hoy, jamás se hubiese realizado tu querida revolución; ¡lo oyes? ¡Jamás! Porque no hubiese habido hombres para hacerla.... ¡De donde salió aquella poderosa falange de inteligencias superiores y de corazones heróicos que de pronto puso en relieve el gran movimiento social de 89? Recuerda los nombres más ilustres de aquel tiempo de jurisconsultos, oradores, soldados. ¿Cuántos eran de París? Todos salían de las provincias.... del fecundo seno de Francia..... Hoy necesitamos un diputado para tiempos pacíficos, y entre seiscientas mil almas no lo encontramos..... ¿Por qué señores? ¡Porque en el suelo de la Francia no centralizada, brotan hombres, y en el de la Francia centralizada solo brotan empleados!

—¡Muchas gracias, caballero!— dijo el Subprefecto.

—Perdonad, querido Subprefecto; pero bien comprendéis que defendiendo vuestra causa al mismo tiempo que la mía, cuando reivindico para la provincia y para todas funciones de la vida provincial más independen-

cia, dignidad y grandeza. Al punto á que han quedado hoy reducidas esas funciones en el órden administrativo y judicial, igualmente desprovistos de poder, de prestigio y de sueldo..... ¡Ah, sonreis, señor Subprefecto!.....; no son como otras veces centros de vida, de emulacion, de luces, escuelas cívicas, gimnacios viriles.....; no son otra cosa que rodajes inertes....; y lo mismo sucede con los demas, señor de Camors.... ¡Nuestras instituciones municipales, son un juego; nuestras asambleas provinciales, palabra vana; nuestras libertades locales, nada!... Así, pues, ni un hombre.. Pero, ¿por qué hemos de quejarnos? ¿Acaso no se encarga París de vivir y pensar para nosotros? ¿Acaso no se digna arrojarnos todas las mañanas, como en otro tiempo el Senado romano á la plebe suburbana, nuestro alimento del dia, pan y zarzuelas, *panem et circenses?*.... Sí, caballero; despues del pasado, ¡este es el presente, esta es la Francia de hoy!.... ¡Una nacion de cuarenta millones de habitantes esperando todas las mañanas la consigna de París, para saber si está claro y nublado, si debe reir ó llorar!.... ¡Un gran pueblo, en otro tiempo el más noble é inteligente del mundo, repitiendo á la vez en el mismo dia y á la misma ho-

hora, en todos los salones y en todas las encrucijadas del Imperio, el mismo chiste estúpido brotado el día anterior en el fango del boulevard!... Yo aseguro, caballero, que esto es degradante; que hace encogerse de hombros á Europa, celosa antes de nosotros; que es malo y funesto, hasta para vuestro París, al que su prosperidad embriaga, su plétora congestiona, y que se convierte, permitidme que os lo diga, en su orgulloso aislamiento, en su idolatría de sí mismo, en algo parecido al Imperio chino!... ¡Un foco de civilización caldeada, corrompida y pueril!... En cuanto á lo porvenir... ¡Dios me libré de desesperar, puesto que se trata de mi país! Este siglo ha visto ya grandes cosas, grandes maravillas: porque os ruego otra vez que creáis, caballero, que no soy en manera alguna enemigo de mi tiempo....

Admito la revolución, la libertad, la igualdad, la prensa, los caminos de hierro, el telégrafo.... Y, como frecuentemente digo al señor Cura, toda causa que quiera vivir debe acomodarse á los progresos de su época y aprender á utilizarlos. Toda causa que odia su tiempo se suicida.... Pues bien, caballero: confío en que este siglo ha de ver otra gran cosa más, y ésta ha de ser el fin de la

dictadura parisién el renacimiento de la vida provincial; porque, lo repito, caballero, vuestra centralización, que fué remedio excelente, es régimen detestable.... Es horrible instrumento de compresión y de tiranía, dispuesto para todas las manos, cómodo para todos los despotismos, y bajo el cual la Francia se asfixia y debilita. Tú mismo convienes en esto, Durocher: en este sentido, la revolución fué más allá de su objeto, y hasta comprometió sus resultados; porque tú, que amas la libertad y que no la quieres solamente para ti, como algunos amigos tuyos sino para todo el mundo, no puedes querer la centralización, que excluye la libertad de la misma manera que la noche excluye al día. En cuanto á mí, señores, amo igualmente dos cosas en este mundo: la libertad y la Francia.... Pues bien: tan cierto como que creo en Dios, estoy seguro que las dos perecerán en cualquier convulsión de decadencia, si continua toda la vida de la nación reconcentrándose en el cerebro, si no se realiza la gran reforma que reclamo, si amplio sistema de franquicias locales, de instituciones provinciales independientes y conformes al espíritu moderno, no viene á infundir sangre nueva en nuestras agotadas venas y á fecundar nuestro suelo empobrecido. ¡Oh!

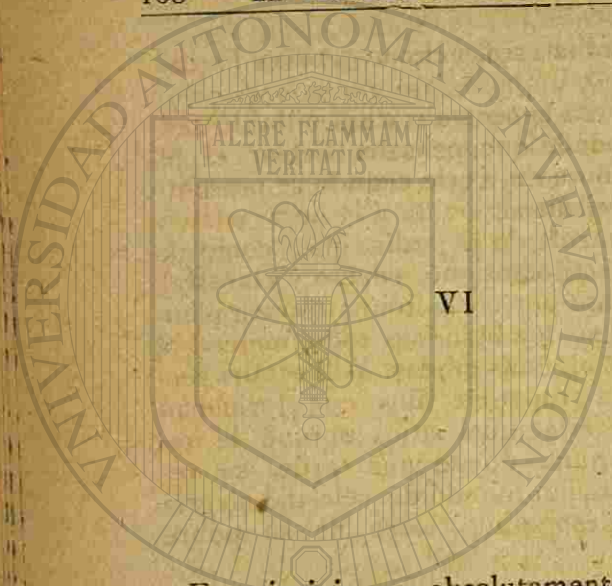
Seguramente la obra es difícil y complicada: exigirá mano firme y enérgica; pero la mano que la realice habrá realizado la obra más patriótica del siglo. . . . Decid esto al soberano, señor Subprefecto, dándole que si realiza esto, aquí hay un viejo corazón francés que lo bendecirá. . . . Decidle que suscitará muchas iras, muchas sátiras, tal vez algunos peligros, pero que quedará recompezado cuando vea la Francia libre, como Lázaro de sus ligaduras y sudario, levantarse como un solo hombre y aclamarle. . . .

El anciano caballero había pronunciado las últimas palabras con extraordinario fuego, y al mismo tiempo con profunda emoción y dignidad. El respetuoso silencio con que le escuchaban continuó cuando dejó de hablar; y algo debió embarazarle, cuando tomando del brazo á Camors, le dijo riendo:

— *Semel insurreximus omnes, querido caballero; cada cuál tiene su manía. . . .* Supongo que la manía no os habrá ofendido. Pues bien: probadme lo, acompañando al piano esta chacona del siglo xvi.

Camors accedió con su natural amabilidad y la chacona del siglo xvi terminó la velada; pero el jóven, antes de retirarse, aprovechó un momento oportuno para asombrar

profundamente á la señora de Teclé, suplicándole en voz baja, y con gravedad suma, e concediese un momento de conversacion particular. La señora de Teclé abrió desmesuradamente los ojos, se ruborizó un poco, y le dijo que le esperaria á las cuatro de la tarde siguiente.



En principio, era absolutamente indiferente al conde de Camors que Francia estuviese centralizada; pero en la práctica prefería mucho la centralización, por instinto de parisién y de ambicioso; más, no obstante esta preferencia, no hubiese tenido escrúpulo en adoptar en este punto la opinión del señor Des Rameures, si con su exquisito tacto no hubiera comprendido desde luego que no era el digno anciano de aquellos á quienes se seduce por medio de la flexibilidad. Reservábase, sin embargo, el triunfo de con-

version gradual, si las circunstancias lo exigían.

Pero no era la centralización ni la descentralización de lo que pensaba hablar el joven á la señora de Teclé cuando se presentó en su casa el día siguiente á la hora marcada. Encontróla en el jardín, que, como la casa, tenía estilo antiguo, severo y claustral, extendiéndose por un lado una terraza planteada de tilos, dominándolo todo, merced á la altura de algunas gradas. Allí estaba sentada bajo un grupo de tilos que formaban bóveda. Prefería aquel sitio, porque le recordaba el punto donde una tarde, su repentina aparición inundó de celestial alegría el pálido y desfigurado rostro de su pobre prometido.

Delante tenía una mesilla rústica, llena de lanas y sedas; ocupaba una butaca baja, apoyaba sus piés en un taburete de caña, y continuaba su bordado de tapicería con manifiesta tranquilidad. El conde de Camors, muy versado ya en aquella época en el conocimiento y hasta adivinación de todas las sutilezas y exquisitas astucias del espíritu femenino, sonrió secretamente ante aquella audiencia al aire libre, creyendo comprender la estrategia. La señora de Teclé había querido, sin duda, quitar á la cita el carácter de

intimidación que da la habitación cerrada: y así era en verdad. Aquella joven, que pertenecía al número de las más nobles y superiores de su sexo, no tenía nada de ingenua, porque no había cruzado diez años de juventud, de belleza y de viudez sin recibir, bajo formas más ó menos directas, algunas docenas de declaraciones, que le habían proporcionado convencimientos exactos, y, por lo general, poco lisonjeros, acerca de la delicadeza y discreción del sexo enemigo. Como todas las mujeres de su edad, conocía el peligro, y, como á pocas, no le agradaba. Había hecho entrar invariablemente en el ancho camino de la amistad á todos aquellos á quienes había sorprendido rondando en torno suyo por senderos prohibidos; pero este trabajo la cansaba. Preocupábala desde la víspera la conversación particular que tan inesperadamente le había pedido el señor de Camors, no pudiendo adivinar qué objeto podía tener aquella misteriosa entrevista. Era absolutamente inverosímil que en el principio de unas relaciones apenas trabadas, se atreviese el joven á declararle amorosa pasión; sin embargo, recordó la reputación galante del Conde, y se dijo que un seductor de aquella estofa podía tener procedimientos extraordinarios, y creerse además

dispensado de muchas ceremonias ante una sencilla provinciana. En una palabra: hechas sus reflexiones, decidió recibirle en el jardín, porque en su corta experiencia había observado que el aire libre y los grandes espacios descubiertos no son favorables á los comentarios.

El conde de Camors saludó á la señora de Teclé como los ingleses saludan á su Reina; sentóse en seguida, acercando la silla, tal vez con un poco de secreta malicia, y dando á la voz el tono confidencial, dijo:

— Señora, ¿os dignareis permitirme que la revele un secreto y le pida un consejo?

La condesa de Teclé alzó un poco su inteligente cabeza fijó en el joven su dulce mirada, sonrió ligeramente, y terminó su mímica interrogación con un ligero movimiento de mano, que significaba: "Me asombrais profundamente; pero, en último caso, oí escucho."

— En primer lugar, señora, he aquí el secreto: deseo ser diputado por este distrito.

Al escuchar esta inesperada declaración, la señora de Teclé le miró de nuevo, dejó escapar un ligero suspiro de desahogo, y se inclinó gravemente.

— El general de Campvallón, señora, (continuó diciendo el joven) me demuestra

benevolencia paternal; intenta dimitir el cargo en favor mio; y no ha ocultado que el apoyo de vuestro tío es indispensable para el triunfo de mi candidatura. He venido á esta comarca por indicacion del General, esperando conquistar este apoyo; pero las ideas y convicciones que expuso ayer el señor Des Rameures me parecen tan completamente contrarias á mis pretenciones, que me encuentro profundamente desalentado. En una palabra señora: en mi vacilacion, he tenido la idea muy indiscreta sin duda, de dirigiros á vuestra bondad y pedir os un consejo que, sea como quiera, estoy dispuesto á seguir.

—Pero, caballero.... me poneis en grande apuro,—dijo la jóven, cuyo lindo rostro se regocijó con franca sonrisa.

—No tengo, señora, ningun título especial para vuestra benevolencia.... todo lo contrario, quizá.... pero en último caso, soy criatura humana, y vos sois caritativa. Pues bien, señora: os diré francamente que se trata de mi fortuna, de mi porvenir, de todo mi destino. La ocasion que se me presenta aqui de entrar jóven en la vida pública es única; me desesperará perderla.... ¿Se dignará Vd., señora, favorecerme?

—Pero ¿como? (dijo la señora de Teclé.)

Yo no me ocupo de política, caballero.... ¿Que es lo que, en último caso, me pedis?

—En primer lugar, señora, os pido, os suplico no me seais contraria.

—¿Y porque os lo he de ser?

—¡Dios mio, señora! vos teneis mas que nadie derecho para ser severa.... Mi juventud ha sido algo disipada, mi reputacion en ciertos puntos no es muy buena, lo sé, y sospecho que puede haber llegado hasta vos, inspirándoos algunas prevenciones en contra mia.

—Caballero, vivimos aqui muy retirados.... y nada sabemos de lo que pasa en Paris.... Además, eso no me impediría favoreceros si conociese medio de hacerlo, porque creo que trabajos graves y elevados habrian de modificar felizmente vuestras ocupaciones ordinarias.

—Es verdaderamente delicioso (se dijo asi mismo el jóven) combatir con persona tan inteligente—Señora (añadió, con su tranquila gracia); me asocié á vuestras esperanzas.... Pero puesto que os dignais alentar mi ambicion, ¿creeis que llegue á triunfar algun día de las prevenciones de vuestro tío?.... Vos le conoceis bien.... ¿Que puedo hacer para atraerle á mi favor? ¿Que marcha debo seguir? Porque no puedo

seguramente prescindir de su concurso, y sí he de renunciar á su apoyo, necesario es que renuncie á mis proyectos.

—¡Dios mio! (dijo la señora de Teclé, tomando aspecto reflexivo) es muy difícil.

—¿Verdad, señora?

Habia en la voz del conde de Camors tanta sumision, confianza y candor, que impresionó á la señora de Teclé, y aun el diablo debió quedar encantado en el fondo del infierno.

—Dejadme reflexionar un poco.—dijo.

Y apoyó un codo en la mesa y la cabeza en la mano. Sus dedos, algo abiertos, ocultaban la mitad de su rostro, brillando al sol las piedras de sus sortijas y tornando dulcemente sus nacaradas uñas la morena y tersa superficie de su frente. El señor de Camors continuaba mirándola con el mismo candor y sumision.

—Pues bien, caballero,—dijo de pronto riendo;—creo que no podeis hacer cosa mejor que continuar.

—Perdonad, señora.... continuar.... ¿que?

—Pues.... el sistema que hasta ahora habeis seguido con mi tío: no decirle nada en este momento, rogar al general que calle por su parte, y esperar tranquilamente á

que la vecindad, las relaciones, el tiempo... y vuestras cualidades tambien, caballero, hayan preparado convenientemente á mi tío para vuestra candidatura. El papel que he de desempeñar yo es muy sencillo; en los actuales momentos no podria ayudaros sin denunciarme.... por consiguiente, mi apoyo debe limitarse hasta nueva orden, á hacer valer vuestros méritos á los ojos de mi tío.... A vos toca mostrarlos.

—No sé como agradeceros tanto favor, señora, (dijo el conde de Camors) Al tomaros por confidente de mis proyectos ambiciosos, he cedido á la desesperacion y al gusto.... castigado ligeramente con vuestro acento un tanto irónico; pero hablando seriamente, señora, os agradezco de todo corazon vuestra bondad. Temia encontrar en voz una potencia enemiga, y encuentro una potencia neutral, casi aliada.

—¡Oh! Completamente aliada, aunque en secreto—contestó riendo la Señora de Teclé.—En primer lugar, celebro poderos ser útil, y ademas, aprecio mucho al señor de Campvallón, y me agrada la idea de secundar sus proyectos.—*Come there, Mary!*

Estas palabras, que significan: "¡Venid aquí, Maria!" se dirigian á la niña, que acaba de presentarse en una grada de la terra-

za, con las mejillas encendidas, el cabello en desorden y una cuerda en la mano. Acercóse en seguida á su madre y saludó al señor de Camors con la torpeza peculiar de las niñas crecidas.

— Con vuestro permiso señor de Camors, —dijo la señora de Teclé.

Y dió á la niña en inglés algunas órdenes que traduciremos.

— Estas muy acalorada, Maria; no corras mas. . . . Di á Rosa que me prepare la chaquetilla de pasamanería. . . . Mientras me vista me darás la lección de catecismo.

— Bien, mamá.

— Has escrito el tema?

— Sí, mamá. . . . ¿Como se dice en inglés bonito. . . , refiriéndose á un hombre?

— ¿Por qué?

— Porque está en el tema. . . . , ¿en cuanto á un hombre hermoso, arrogante, distinguido?

— *Handsome, nice, charming*, — contestó la madre.

— Pues bien, mamá: este caballero, vecino nuestro, es completamente *Handsome, nice and charming*.

— ¡Niña! *Foolish creature!* — exclamó la señora de Teclé, mientras la niña huía á

la carrera, bajando la escalera como una cascada.

El conde de Camors, que habia escuchado el diálogo con impasible tranquilidad, se levantó.

— Mil gracias otra vez, señora, y perdonad. . . . ¿Me permitireis que de tiempo en tiempo os confíe mis planes y esperanzas políticas?

— Seguramente, caballero.

El joven saludó, y se retiró. Cuando atravezaba el patio, se encontró frente á frente de la niña, á la que saludó, inclinándose respetuosamente, y le dijo:

— *A nother time, miss Mary, take care! understand english perfectly well.* (otra vez, señorita Maria, tened cuidado; comprendo el inglés perfectamente bien)

La niña quedó inmóvil, se ruborizó hasta el cabello, y dirigió al señor de Camors horca mirada, en la que se leía vergüenza y furor.

You are not satisfied, miss Mary, — añadió Camors. (No quedais contenta, señorita Maria.

Not at all (de ninguna manera). — contestó vivamente la niña con gruesa voz algo ronca.

El conde de Camors comenzó á reir,

inclinó otra vez, y marchó, dejando en medio del patio á miss Mary inmóvil é indignada.

Pocos momentos despues, la niña se arrojaba llorando en brazos de su madre, refiriéndole entre sollozos su cruel desventura; la señora de Teclé, aprovechando la ocasion para dar á su hija elocuente leccion de prudencia y compostura, se guardó mucho de echar la cosa á lo trágico, y hasta aparentó reir de todo corazon, aunque no tenia muchas ganas de ello, concluyendo la niña por reir con ella.

El señor de Camors volvía entretanto á su casa, felicitándose cordialmente de su campaña, que, no sin razon, le parecia ser obra maestra de estrategia. Por medio de sabia combinacion de franqueza y astusia habia hecho entrar suavemente á la señora de Teclé en sus planes, y desde aquel momento parecía asegurada la realizacion de sus sueños ambiciosos, porque no ignoraba el valor incomparable de la complicidad de las mujeres, y conocía toda la influencia del trabajo lento y continuo, de los pequeños esfuerzos acumulados, de los impulsos ocultos, que asimilan las fuerzas femeninas á las pacientes é irresistibles de la naturaleza. Por otra parte, habia colocado un secreto entre

aquella hermosa mujer y él, encontrándose ya para con ella bajo un pié confidencial; habia adquirido derecho á miradas misteriosas, palabritas, clandestinas conversaciones secretas; y esta situacion, hábilmente dirigida, podía ayudar á pasar agradablemente el tiempo de su destierro político.

En cuanto entró en su casa, escribió al General dándole cuenta de sus primeras operaciones, y para suplicarle tuviese un poco de paciencia; y desde aquel dia, puso todo su cuidado en perseguir el éxito de las dos candidaturas que habia presentado á su vez, y que casi ocupaban igual espacio en su corazon. Su conducta con el señor Des Rameures fué tan sencilla como hábil, y, por otra parte, estaba indicada con tanta claridad, que el detalle no ofreceria interés. Aprovechando, sin efectuado apresuramiento, pero con creciente familiaridad, las relaciones de vecindad, se puso, por decirlo así, en escuela en la granja modelo del anciano hidalgo pastor, entregándole además la direccion teórica de su finca. Por medio de esta fácil complacencia, aumentada con su irresistible cortesia, avanzó sensiblemente en la amistad del anciano. Sin embargo, á medida que lo conocia mas y experimentaba de cerca la firmeza granítica de su carácter, comenzó á

temer fuese radicalmente inflexible en algunos puntos esenciales. Pasadas algunas semanas de trato casi diario, el señor Des Rameures celebraba públicamente á su joven vecino como hombre agradable, excelente músico y amable comensal; pero de esto á la idea de hacerle diputado mediaba una distancia que podía convertirse en abismo. Mucho lo temía también la señora de Teclé, y no se lo ocultaba á Camors.

El joven, sin embargo, no se preocupaba tanto como podía creerse de los desengaños que podían amenazarle por este lado, porque, en medio de sus trabajos, su afección secundaria había dominado á la principal, ó, en otros términos, su gusto por la señora de Teclé se había hecho más vivo, más apremiante que su deseo por la diputación. Debemos decir, y no en honra suya por cierto, que al principio se propuso la seducción de su vecina como sencillo pasatiempo, como empresa interesante, y, sobre todo, como obra de arte extraordinariamente difícil que á sus propios ojos le honraría sobremanera. Aunque había encontrado pocas mujeres de tanto mérito, la juzgaba bastante bien, comprendiendo que la señora de Teclé no era sencillamente una mujer honrada, es decir, que no tenía solamente las costumbres del

deber, sino tenía también la pasión; no era gasmoña, era casta; no era beata, sino religiosa. Entreveía en jella espíritu á la vez recto y desarrollado, sentimientos muy elevados y dignos, principios medidos y arraigados, virtud sin aridez, pura y brillante como la llama; y, sin embargo, el conde de Camors no desmayó. Profesaba el principio de que no hay más virtudes inexpugnables que aquellas á quienes ha faltado la ocasión suficiente, y se lisonjeaba de ser para la señora de Teclé esta ocasión eficaz. Reconocía perfectamente, por otra parte, que con ella estarían de más las formas ordinarias de la galantería, y con supremo refinamiento rindió las armas ante aquella que quería conquistar, limitándose su arte á tributarla absoluto respeto, dejando el cuidado de todo lo demás al tiempo, á la intimidad diaria y al temible encanto que comprendía poseer.

No dejó de producir impresión á la señora de Teclé la reservada y casi tímida actitud de aquel libertino en su presencia, considerándola como omenaje de un espíritu decaído y como pesaroso de estarlo ante un espíritu de luz. Nunca, ni en público ni en conversaciones particulares, se permitió un gesto, una palabra, una mirada por la que hubiese

podido alarmarse la virtud mas tímida. Había mas aun: aquel altivo jóven, ordinariamente irónico con todo el mundo, era siempre formal con ella; en cuanto se dirigía á la jóven, su semblante, su acento, su palabra, se hacian graves, de la misma manera que si entrase en la iglesia. Tenia mucha agudeza, de la que usaba y hasta abusaba en las conversaciones que se tenian delante de la señora de Teclé, como si quemase fuegos artificiales en honor suyo; pero en cuanto se dirigía á ella, se extinguía la brillantez, para no quedar mas que respeto y sumision.

Toda mujer que recibe de un hombre superior lisonjas de tan exquisito gusto, no le ama necesariamente, pero necesariamente le encuentra amable. A la sombra de la plena seguridad que la dejaba el conde de Camors, la señora de Teclé no podia menos de gozar en compañía de un hombre que era sin duda el mas distinguido que habia encontrado en su vida, que como ella tenia, el gusto de las artes, de la vida social y de las cosas del espíritu. En fin, estas dulces é inocentes relaciones con un hombre cuya reputacion era algo escandalosa, no podian menos de despertar en el corazon de la señora de Teclé un sentimiento, ó mas bien una ilusion, de las que las mujeres se defien-

den mal. Los libertinos ofrecen á las mujeres vulgares un género de atractivo que no es fácil calificar, pero que debe consistir en curiosidad poco laudable. A las mujeres superiores ofrecen otro, infinitamente mas noble, pero no menos peligroso; el de la conversion. Cosa rara es que las mujeres virtuosas no caigan en el error capital de creer que se ama la virtud porque se las ama. Tales eran, en resúmen, las secretas simpatias cuyas ligeras ramas se entrelazaban, germinaban y florecian poco á poco en aquella alma tan tierna como pura.

El conde de Camors habia prevista confusamente todo esto. Pero no habia previsto que se enredaria él mismo en sus redes, y que muy pronto seria sincero en el papel que tan juiciosamente habia adoptado. Desde el principio le habia agradado extraordinariamente la señora de Teclé. Lo que tenia de severidad, uniéndose á su gracia natural y á su elegancia mundana, formaba una especie de encanto original, que excitaba vivamente la hastiada imaginacion del jóven. Si tentacion grande es para los ángeles salvar á los réprobos, los réprobos no acarician con menores delicias la idea de perder á los ángeles. A sus instintos de sombría depravacion, se unió muy pronto, en las disposicio-

nes del conde de Camors relativamente á la señora de Teclé, un sentimiento mas digno de ella. Viéndola casi diariamente con la peligrosa familiaridad que favorece la vida del campo; presenciando todas las evoluciones de aquella mujer distinguida, siempre igual, siempre dispuesta á todo, á los deberes como al placer, animada como la pasión y serena como la virtud, concibió por ella verdadero culto; culto que no era respeto, porque para respetar es necesario creer en el esfuerzo, en el mérito, y Camors no quería creer. Creía que la señora de Teclé habia nacido como era, y la admiraba como planta rara, como objeto encantador, como obra exquisita, en la que la naturaleza habia combinado las gracias físicas y morales con proporcion y armonía perfectas. En una palabra: la amaba, y su actitud de esclavo en su presencia no fué por mucho tiempo un juego.

Nuestras lectoras habrán observado sin duda un hecho extraño, y es que cuando los sentimientos reciprocos de dos debiles criaturas mortales han llegado á cierto punto de madurez, la casualidad no deja de presentar alguna circunstancia fatal que hace brotar el secreto de aquellos dos corazones, y desprende repentinamente el rayo de las nubes,

con lentitud amontonadas. Esta es la crisis de todos los amores. Esta circunstancia se presentó para la señora de Teclé y el conde de Camors bajo la forma de un incidente de los menos poéticos.

Corrian los últimos dias de Octubre. Camors habia salido á caballo despues de comer á dar un paseo por los alrededores. Habia cerrado la noche, oscura, fria y poco agradable; pero como el conde no debia visitar á la señora de Teclé aquella noche, costumbre de que le costaba mucho trabajo prescindir, entregado á la ociosidad propia de los enamorados, mataba el tiempo como podia. Esperaba ademas que violento ejercicio daria alguna calma á su espíritu, que nunca tal vez se habia visto tan agitado. Joven aún y novicio en un sistema inflexible, turbábase ante la idea de una víctima tan pura como la señora de Teclé. Pasar sobre la vida, el reposo y el corazon de una mujer como aquella, como su caballo pasaba sobre la hierba del camino, sin mas cuidado ni pensar, era duro para un principiante. Por extraño que esto parezca, ocurriósele la idea de casarse con ella; pero en seguida se dijo que esta debilidad estaria en contradiccion con sus principios, que le haria perder para siempre todo imperio sobre sí mismo y le

arrojaría al vacío de su vida pasada. Era necesario, pues, seducirla, porque la amaba, la deseaba, la quería. No dudaba que sucumbiese un día ú otro, y con terrible instinto en los grandes corruptores, presentía en aquella alma quebrantada próximos desfallecimientos. Via acercarse la hora en que tocaría la mano de la señora de Teclc con labios de amante, y mortal languidez se extendía por todas sus venas. Cuando se entregaba á estos apasionados delirios, se presentó de pronto á su imaginación el recuerdo de la jóven señora Lescande, y palideció en medio de la oscuridad.

En aquel momento pasaba por el lindero de un bosquecillo perteneciente al conde de Teclc, y del que se había roturado recientemente una parte. No era solamente la casualidad la que había dirigido hacia aquel lado el paseo del señor de Camors. A la señora de Teclc gustaba mucho aquel paraje, le había llevado á él muchas veces, y el día anterior habían paseado allí en compañía de su hija y de su suegro. El paraje era extraño. Aunque no muy lejano de las habitaciones, aquel bosque era salvaje, y se encontraba perdido como á mil leguas del mundo, pareciendo el rincón de una selva virgen atacada por el hacha del explorador. Enor-

mes cepas desenterradas y troncos gigantes-cos cubrían las laderas, oponiendo diques aquí y allá de la manera mas pintoresca á un arroyo que corría hacia el valle. Algo mas lejos, el crecido monte bajo dejaba filtrar religiosa media luz sobre los musgos, rocas, matorrales, prados y cenagosas charcas que son el encanto y el horror de los bosques viejos abandonados.

En esta soledad, y en el lindero de la roturación, alzabase miserable choza que se había construido un pobre diablo de zuequero, á quien el conde de Teclc había permitido se estableciese allí para explotar las encinas en provecho de su pobre industria. Aquel bohemio interesaba á la señora de Teclc, tal vez, porque tenía, como el conde de Camors, muy mala reputación. El zuequero vivía en su choza con una mujer, agradable todavía á pesar de sus harapos, y dos niños con cabellos rubios y rizados. No era del país y pasaba por no ser marido de su mujer; su carácter era taciturno, y tenía facciones hermosas, enérgicas y duras bajo su espesa barba negra. La señora de Teclc se distraía viéndole trabajar los zuecos; quería mucho á los niños, que eran hermosos como angelitos embadurnados, y compadecía á la mujer, á la que pensaba casar con

su marido si la cosa estaba aun por hacer como parecía muy verosímil.

El conde de Camors seguía al paso de su caballo un sendero pedregoso que serpenteaba por el lindero del bosque, y precisamente en el momento en que se alzaba en su imaginación la sombra de la señora Lescande, y casi creía escuchar sus quejas, la ilusión cedió ante extraña realidad. Una voz de mujer le llamó claramente por su nombre, con acento de angustia.

—¡Señor de Camors!

Involuntariamente detuvo el caballo, y glacial estremecimiento se apoderó de todo su ser. Alzóse otra vez la voz que le llamaba, y reconoció la de la señora de Teclé. Dirigiendo rápida mirada en derredor, vio brillar una luz entre el follaje en dirección á la choza del zuequero, y guiándose por ella lanzó el caballo por el desmonte, subió el repecho y en seguida se encontró delante de la señora de Teclé, que estaba de pié en la puerta de la choza, descubierta la cabeza y en desorden sus hermosos cabellos bajo largo velo de encaje negro: en aquel momento daba precipitadas órdenes á un criado.

En cuanto vio acercarse á Camors, corrió hacia él, diciéndole:

—¡Perdonad, caballero; he creído recono-

ceros, y os he llamado!... ¡Estoy muy angustiada!

—¡Angustiada!

—Los dos niños de ese hombre estan agonizando.... ¿Que hacer? Entrad.... entrad, os lo ruego.

El jóven se apeó, dió las bridas al criado, y siguió á la señora de Teclé á la choza.

Lo dos niños de cabello de oro estaban tendidos juntos en el jergon, rígidos, los ojos abiertos, las pupilas extraordinariamente dilatadas, ardiente el rostro y agitado por ligeras convulsiones. Parecía que se encontraban en la agonía. El viejo doctor Durocher entaba inclinado sobre ellos, contemplándoles con fijeza, con ansia y como desesperado. La madre, de rodillas y llorando, se comprimía la cabeza con las manos. Al pié de la cama permanecía de pié el padre con hosco aspecto, los brazos cruzados y secos los ojos; por intervalos se estremecía, y murmuraba sordamente con voz estúpida:

—¡Los dos! ¡Los dos!

Volviendo en seguida á su sombrío silencio.

El señor Durocher se acercó vivamente á Camors:

—Caballero,—dijo;—¿qué es esto?....

Supongo un envenenamiento; pero no veo ningún síntoma decisivo; además, los padres lo sabrían, y nada saben.... Una insolación tal vez.... Pero ¿cómo han caído los dos á la vez?... y, además, ¡en esta estación!... ¡Ah! ¡nuestra profesion es muy ruda algunas veces!

Camors se informó apresuradamente. Una hora antes habian ido á buscar al Doctor, que comía en casa de la señora de Teclé. Habia acudido en seguida, y encontrando á los niños ya sin voz y en aquel estado de espantosa congestión en que habian caído bruscamente despues de algunos momentos de malestar y repentino delirio.

Camors tuvo una inspiración; pidió los vestidos que los niños habian llevado durante el dia; los examinó atentamente, y mostró al doctor manchas rojas de que estaban impregnados los pobres harapos. El doctor Durocher se dió una palmada en la frente, registró con mano febril los bolsillos, y sacó una docena de frutos parecidos á cerezas y medio aplastados.

—¡La belladona!—exclamó.—Diez veces se me ha ocurrido la idea; pero, ¿cómo fijarme en ella? En veinte leguas á la redonda no se encontraría una planta.... Solamente

en ese bosque maldito...., ¡y yo lo ignoraba....

—¿Creeis que sea tiempo aún?—le preguntó el Conde á media voz.—Los niños me parecen muy mal.

—Temo que estén perdidos....; pero todo depende del tiempo que haya transcurrido...., de la cantidad que hayan comido.... y de los medicamentos que pueda procurarme.

El anciano habló rápidamente con la señora de Teclé, que manifestó no tener en su botiquin ninguno de los excitantes energicos que reclamaba la urgencia del caso. Necesario era limitarse á la esencia de café, que el criado fué á preparar apresuradamente, y enviar á la ciudad por lo demas.

—¿A la ciudad? (dijo la señora de Teclé. Pero, Dios mio, ¡cuatro leguas! ¡y de noche! ¡necesitaránse tres, quizás cuatro horas!

El conde de Camors la oyó.

—Escribid la receta, doctor (dijo) Trilby está en la puerta, y con el puedo correr cuatro leguas en una hora. Os prometo que dentro de una hora estaré aquí.

—¡Oh! ¡gracias, caballero!—dijo la señora de Teclé.

El jóven tomó la receta que el Doctor

había escrito rápidamente en una hoja blanca de su cartera, montó á caballo, y partió. Afortunadamente, á poca distancia estaba la carretela, y en cuanto se encontró en ella; emprendió la carrera hacia la ciudad con la rapidez de fantasma de balada.

Eran las nueve cuando le vió alejarse la señora de Teclé, y pocos minutos despues de las diez oyó las pisadas del caballo al pié del repecho, y corrió á la puerta de la choza. En el intérvalo se había agravado el estado de los niños; pero el viejo Durocher esperaba mucho de los enérgicos medicamentos que el conde de Camors había ido á buscar. La jóven le esperaba con ardiente impaciencia. Sin embargo, limitóse á estrecharle la mano cuando se apeó jadeante; pero la amable jóven se acercó á Trilby, que estaba cubierto de espuma y humeaba como una chimenea.

—¡Pobre Trilby! (dijo abrazándole el cuello): ¡buen Trilby! ¡querido Trilby! Estás rendido ¿verdad? ¡pero te quiero mucho, si, mucho! . . . ¡Id, señor de Camors, y me encargo de Trilby!

Y mientras el jóven entraba en la choza, la señora confiaba el caballo á su criado, con encargo de llevarle á la caballeriza, y mil indicaciones minuciosas acerca de las

atenciones, precauciones y cuidados que debían dispensársele despues de su noble conducta.

El señor Durocher tuvo que recurrir al conde de Camors para que le ayudase á hacer pasar los medicamentos entre los apretados dientes de los desgraciados niños; y mientras se ocupaban de este trabajo, la señora de Teclé permanecía sentada sobre un escabel, apoyada la cabeza en la pared de la choza. El señor Durocher volvió los ojos hácia ella, y dijo:

—¡Pero, querida señora, os encontrais mal! Habéis experimentado demasiadas emociones, y además, el olor es espantoso aquí. . . . Debeis salir en seguida.

—Verdaderamente, no me siento muy bien, murmuró.

—Es necesario que salgais en seguida. Se os mandarán noticias. Que os acompañe un criado.

Levantóse algo vacilante, pero la afligida mirada de la madre la detuvo. Para aquella pobre mujer la Providencia se marchaba con la señora de Teclé.

—No, no me marcharé (la dijo, con su divina dulzura) Solamente voy á respirar un poco. Permaneceré ahí fuera hasta que pase el peligro; os lo prometo.

Y diciendo esto, salió.

Pasados algunos minutos, dijo el doctor á Camors:

— Querido Conde, muchas gracias, Realmente ya no os necesito; marchad vos también á descansar. . . . Ya es hora de que lo hagais, porque os estais poniendo verde.

Extenuado por la carrera, y asficionado por la atmósfera de la choza, Camors cedió á las instancias de anciano, aunque advirtiéndole que no se alejaría. Cuando salió de la choza, la señora de Teclé, que estaba sentada en la puerta, se levantó bruscamente y le echó sobre los hombros uno de los mantos que habian llevado para ella, sentándose en seguida, sin hablar una palabra.

— Pero, no podeis permanecer aqui toda la noche, — le dijo el jóven.

— Estaría muy inquieta en casa.

La noche está muy fria. . . . ¿Quereis que encienda fuego?

— Si gustais. . . .

— Veamos. . . . ¿Donde podriamos encender una hoguera? Aqui, es imposible, en medio de estas astillas, porque arderia la choza. . . . ¿Podeis andar! . . . ¿Quereis apoyaros en mi brazo? . . . Buscaremos un sitio á propósito para nuestro campamento.

La joven se apoyó ligeramente en el brazo

del conde, y dió algunos pasos con él, subiendo hacia el bosque.

— ¿Creeis que se salvarán? — le preguntó.

— Lo espero. El doctor Durocher tiene mejor cara.

— ¡Ah! ¡Cuanto me alegraría!

En aquel momento tropezaron los dos con una raíz, y comenzaron á reir como niños. Pocos pasos mas allá dijo la señora de Teclé:

— Pero hemos penetrado completamente en el bosque: os confieso que no puedo mas. . . . Bueno ó malo, elijo este sitio.

Encontrábanse muy cerca de la choza; pero allí, las ramas de las primeras encinas, respetadas por el hacha, formaban una obscura bóveda sobre sus cabezas. La señora de Teclé se sentó sobre un tronco de les que cubrian el suelo.

— ¡Magnífico (dijo el conde de Camors.) Voy á buscar combustible.

Un momento despues, volvió trayendo un haz de ramillas secas y una manta de viaje que le habia dado un criado. Arrodillóse delante de la señora de Teclé, amontonó la leña, y la prendió fuego con auxilio de algunas hojas secas y de sus utensilios de fumar. Cuando se alzó la brillante llama del centro

de aquel hogar salvaje, la señora de Teclé se estremeció alegremente, y presentó las manos al fuego.

—¡Dios mío! ¡Cuánto bien produce esto! —dijo;—y además es agradable; parece que hemos naufragado. Si quereis hacerlo todo bien, caballero, id á preguntar al señor Du rocher.

Marchó en seguida, y cuando volvió, no pudo menos de detenerse á medio camino para admirar la elegante silueta de la jóven destacándose sobre el claro-oscuro del bosque, y su fino rostro árabe plenamente iluminado por la luz de la hoguera.

En cuanto se presentó:

—¿Y bien?—exclamó la señora de Teclé.

—Mucha esperanza.

—¡Ah! ¡Qué dicha, caballero!

Y le estrechó la mano.

—Sentaos ahí.

Sentóse sobre una piedra revestida de blanquecino musgo, y contestando á sus precipitadas preguntas, le repitió todos los detalles que le habia dado el médico, desarrollando la teoría completa del envenenamiento por la belladona. Al principio le escuchó la jóven con interés; y despues, poco á poco, sujetándose el velo sobre el cabello y apo-

yando la cabeza en los troncos apilados á su espalda, apenas pudo resistir al cansancio.

—Sois capaz de dormiros ahí,—dijo el jóven riendo.

—Completamente capaz,—murmuró.

Y se durmió sonriendo.

Su sueño se parecía á la muerte; tan puro era, tan tranquilas las palpitations de su corazón, tan ligero el aliento de su pecho. Camors se habia arrodillado otra vez delante de la hoguera para alimentarla sin ruido, y miraba á la jóven. De tiempo en tiempo se recogia y escuchaba, aunque solamente el crujido de las ramas que ardian turbaba el silencio y la soledad de la noche: sus ojos seguian los temblorosos reflejos de la llama, ya sobre los profundos arcos de los matorrales, ya sobre la blanca superficie de la roca, como si hubiese querido fijar en su recuerdo todos los detalles de aquella dulce escena. Despues volvía á fijar la vista en el tranquilo rostro de aquella jóven entregada á su casto y confiado sueño,

¿Que pensamientos celestiales bajaron entonces á aquella alma sombría? ¿Que vacilaciones, que dudas le asaltaron? ¿Que imágenes de paz y de verdad, de virtud y de dicha, pasaron por aquella cabeza llena de tempestades, haciendo retroceder tal vez los

fantasmas de negros sofismas? El solo lo supo, y no lo dijo jamás.

Un brusco crujido de la hoguera la despertó; abrió los ojos con asombro, y viendo al jóven arrodillado delante de ella, le preguntó en seguida:

—¿Cómo siguen, caballero?

Camors no sabia como decirle que desde hacia una hora su único pensamiento habia sido para ella; pero la presencia del señor Durocher en el círculo iluminado por la hoguera le sacó del apuro.

—Se han salvado, querida señora—dijo bruscamente el anciano.—Venid en seguida á darles un beso, y volved á casa, ó mañana tendremos que cuidar de vos. Es verdadera locura dormirse de noche en la humedad de los bosques, y este caballero ha cometido el absurdo de no despertaros.

La jóven se apoyó riendo en el brazo del viejo Doctor; y entró con él en la choza. Los dos niños, que habian salido ya de su siniestro letargo, pero que parecian muy aturridos aún por la proximidad de la muerte en que habian estado, intentaron levantar sus rúbias cabecitas; pero la señora de Teclé les indicó con la mano que permaneciesen quietos; se inclinó sonriéndose, y depositó dos besos en sus pálidas frentes.

—Hasta mañana, angelitos, —dijo.

Agitada y febril, la madre lloraba y reia, siguiendo á la señora de Teclé paso á paso, hablándola y besándole la ropa.

—¡Vamos, dejadla en paz! —exclamó el viejo Doctor Durocher con energia. —¡Señora, marchaos! . . . ¡Señor de Camors, acompañadla!

Iba á salir, cuando el zuequero, que no habia dicho nada hasta entonces, y que estaba sentado y como aturrido en un rincón de la choza, se levantó de pronto, y cogió por el brazo á la señora, que se volvió algo asustada, porque el gesto de aquel hombre era casi amenazador. Sus ardientes y secos ojos estaban fijos en ella, y continuaba estrechándole el brazo con crispada mano.

—Amigo mio . . . dijo la jóven con vacilacion.

—Si amigo, (balbuceó aquel hombre, con voz sorda); si, señora . . . Si, amigo vuestro . . . si, señora . . .

No pudo continuar; su boca se agitó como en una convulsion; un profundo sollozo rasgó su rudo pecho, y calló de rodillas á los pies de la jóven, derramando abundantes lágrimas.

La señora de Teclé lloraba

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Indo. 1625 MONTERREY, MEXICO

—¡Llevoasla, caballero!—gritó el viejo Doctor.

Camors la empujó suavemente fuera de la choza y la siguió,

Apoyose la jóven en su brazo, y descendieron á lo hondo del valle para tomar el sendero que conducia á la casa del conde de Tecle, separada del bosque por veinte minutos de camino. La mitad habrian recorrido sin cambiar entre ellos ni una palabra, y una ó dos veces, cuando atravesaban algun rayo de luna, habia creído Camors verla ejujarse una lágrima. Guiábala con precaucion en las tinieblas, á pesar de que la obscuridad apenas retenia la ligera marcha de la jóven. Su paso agil y fugaz hollaba sin ruido las hojas caidas, evitando las desigualdades y las charcas, cual si estuviese dotada de mágica vision. Cuando se cruzaban dos senderos y parecia indeciso el señor de Camors, ella le indicaba el camino con una ligera presion en el brazo.

Sin duda á los dos molestaba el silencio, y la señora de Tecle lo rompió.

—¡Esta noche habeis sido muy bueno, caballero!—le dijo, con voz baja y algo tumblosa.

—¡Os amo tanto!—contestó el jóven.

Pronunció estas palabras con acento tan

profundo y apasionado, que la señora de Tecle se estremeció y se detuvo en aquel mismo mismo sitio.

—¡Señor de Camors!

—¿Qué señora?—preguntó con tono extraño.

—¡Dios mio!... ¡En último caso.... nada! Porque eso no es mas que una declaracion de amistad, segun creo, y vuestra amistad me agrada.

El jóven separó de pronto su brazo, y con voz ronca y violenta, dijo:

—Yo no soy amigo vuestro.

—¿Pues qué sois, caballero?

La voz de la jóven era tranquila; pero retrocedió lentamente algunos pasos, y se apoyó algo replegada en un árbol del camino.

La explosion por tanto tiempo retenida estalló al fin, y un torrente de palabras brotó de los lábios del jóven con inexplicable fuego.

—¿Qué soy?... No lo sé.... No sé ya si yo soy yo.... si soy bueno ó malo.... si sueño ó estoy despierto.... si estoy muerto ó vivo.... ¡Ah, señora!... Lo único que sé es que quisiera que no amaneciese.... que esta noche no terminara jamas. Que quisiera sentir siempre...., siempre.... en mi cabeza, en mi corazon, en todo mi

ser, lo que siento á vuestro lado; gracias á vos y por vos. Quisiera que me hiriese una enfermedad repentina y mortal, para que me veláseis como á esos niños, para que me lloráseis, para que me sepultasen envuelto en vuestras lágrimas..... ¡Y para veros allí, doblegada en el espanto, delante de mí! Pero esto es horrible! ¡En nombre de vuestro Dios....., al que me hariais adorar....., tranquilizaos! ¡Os juro que me sois sagrada! ¡Os juro que un niño en brazos de su madre no está mas seguro que lo estais vos á mi lado!

—No tengo miedo,—murmuró la jóven.

—¡Oh! No....., no tengais miedo (continuó diciendo el Conde con inflexiones de voz infinitamente dulces y tiernas.) Yo soy quien teme.....; yo quien tiembla....., ya lo veis; puesto que he hablado, todo ha concluido. Nada espero ya....., nada. Sé que esta noche no tiene mañana posible..... Marido vuestro....., ¡no me atreveria á serlo! Amante....., ¡no querria!..... Nada os pido, ¿comprendeis? Quiero quemar mi corazon á vuestros piés, como en un altar.....; esto es todo. ¿Decís que me queréis? ¿Estais tranquila? ¿Estais confiada? ¿Queréis escuchar-me? ¿Me permitis que os diga que vuestra imágen la llevo en el secreto eterno de mi

recuerdo?..... ¡Ah! Ignorais lo que valeis....., y temo decíroslo....., porque temo quitaros uno de vuestros encantos....., una de vuestras virtudes.... Si estuviéseis orgullosa de vos misma, como teneis derecho para estarlo, seriais menos perfecta..... y os amaria meno-; pero quiero, sin embargo, deciros cuán amable sois....., cuán encantadora..... Cuando andais, cuando hablais, cuando sonreis, sois divina. Vos sois la única que lo ignora. Vos sois la única que no veis la dulce llama de vuestros grandes ojos, el reflejo de vuestra alma heróica sobre vuestra tersa y severa frente.... Vuestro encanto está.... en todo lo que haceis.... Impregnándose de él se encuentran hasta vuestros menores gestos.... Desplegais en los vulgares deberes de cada día una gracia sagrada.... como la jóven sacerdotisa que realiza los delicados ritos de su culto: Vuestra mano, vuestro contacto, vuestro aliento, todo lo purifica... hasta las cosas mas humildes.... hasta á los seres mas indignos.... á mi el primero.... á mi que estoy asombrado por las palabras que pronuncio y por los sentimientos que me inundan.... á mi, á quien heceis comprender lo que no habia comprendido jamas.... ¡Si, todas las santas locuras de los poetas, de

los amantes, de los mártires; todo lo comprendo delante de vos! Esta es la verdad: si, esta es la verdad, ¡Comprendo á los que han muerto por su fé en los tormentos, porque quisiera sufrirlos y morir por vos! ... ¡Porque creo en vos.... porque os respeto.... os amo.... os adoro!

Calló temblando, y en seguida, casi prostrado delante de ella, cogió el extremo del velo y lo besó.

—¡Ahora—dijo con cierta tristeza grave:—marchad, señora.... he olvidado demasiado que necesitais descansar..... ¡Perdonadme! Marchad... os seguiré de lejos hasta vuestra casa para protejerlos, pero nada temais de mí.

La señora de Teclé habia escuchado sin interrumpir ni con el aliento las fogosas palabras del jóven. Tal vez oía por primera vez en su vida uno de esos cánticos de amor, uno de esos himnos abrasadores de la pasión que todas las mujeres secretamente desean escuchar antes de morir, aunque tuviesen que morir despues de escucharlo.

La jóven permaneció todavía algunos momentos sin hablar, y, al fin, como si saliese de un sueño, dejó escapar estas palabras, dulces y débiles como un suspiro:

—¡Dios mío!

Y despues de otra pausa, avanzó por el sendero, diciendo:

—Dadme el brazo hasta casa, caballero.

Obedecióla el Conde, y continuaron marchando hacia la casa, cuyas luces vieron muy pronto. No pronunciaron ni una palabra. Solamente, al atravesar la verja, se volvió la señora de Teclé, saludándole con ligera inclinacion de cabeza.

El conde de Camors saludó lo mismo, y se alejó.

Habia sido sincero. La pasión verdadera tiene sorpresas que rompen todos los proyectos, quebrantan toda lógica y destruyen todo cálculo. En esto consiste su grandeza y también su peligro. Apodérase de nosotros de repente, como el dios antiguo se apoderaba de las sibilas en el trípode, y habla por nuestra boca, pronunciando palabras que apenas comprendemos, desnaturalizando nuestros pensamientos, confundiendo nuestra razón y descubriendo nuestros secretos. Esta locura sublime nos posee, nos arrebat, nos transfigura, y hace de pronto, de un ser vulgar un poeta, de un cobarde un héroe, de un egoísta un mártir, y hasta de un Don Juan un ángel de pureza.

Estos arrebatos y metamorfosis de la pa-

sion pueden ser duraderos en las mujeres; en los hombres rara vez. En cuanto se ven transportadas á estas nubes tempestuosas, las mujeres establecen en ellas ingenuamente su vida, inquietándolas muy poco la proximidad del rayo. La pasión es su elemento, y se encuentran en su verdadero centro. Hay pocas mujeres dignas de este nombre que no se sientan sinceramente dispuestas á traducir en actos las palabras que la pasión hace brotar de sus labios. Si hablan de huir, están dispuestas para el destierro; si hablan de morir, están dispuestas para la muerte. Los hombres tienen menos consecuencia en sus ideas.

Hasta la mañana siguiente no deploró su sinceridad el conde de Camors, porque, durante el resto de la noche, dominado aun por la embriaguez, agitado y abrumado por el paso del día, acediado por divagación, confusa y febril, rechazó toda reflexión; pero al despertar, cuando consideró á sangre fría y á la luz positiva de la razón los acontecimientos de la noche precedente, no pudo menos de reconocer que había sido juguete de su sistema nervioso. Amar á la señora de Teclé, nada más natural, y continuaba amándola, porque era perfectamente amable y digna de deseo; pero erigir este

amor ó cualquier otro en asuntos de su vida, en vez de juguete era una debilidad que, entre otras, le prohibían sus principios. En realidad, había hablado, se había conducido como un estudiante en vacaciones; había hecho frases, juramentos, y se había comprometido, cuando ni siquiera se lo exigían. Nada más ridículo.

Por fortuna no estaba perdido todo, y aún era posible reducir su amor al puesto subterráneo que esta clase de caprichos deben ocupar en la vida de un hombre. Había sido imprudente; pero, en último caso, su misma imprudencia podía servirle. Lo que quedaba de todo era una declaración bien hecha, improvisada, natural, que había colocado á la señora de Teclé bajo el doble encanto de la idolatría mística que agrada á su sexo, y de la violencia viril, que no le desagradaba. No había, por consiguiente, nada que lamentar en el fondo, aunque seguramente hubiese sido mejor, bajo el punto de vista de los principios, proceder con menos candidez.

Pero ¿qué conducta debía seguir? Era muy sencilla. Presentarse en casa de la señora de Teclé é implorar perdón, jurarle otra vez eterno respeto, y concluir.

En consecuencia de esto, á las diez de la

mañana escribió el jóven el siguiente billete:

"Señora:

"No quisiera partir sin decir^s adios y sin pedir^s de nuevo perdon. ¿Me lo permitís?"

"CAMORS"

Iba á remitir el billete, cuando le entregaron uno, que contenia estas palabras:

"Me agradaria mucho, caballero, veros esta tarde á las cuatro.

"ELISA DE TECLE."

El conde de Camors arrojó al fuego su misiva, que ya era inútil.

De cualquier manera que considerase este billete, era evidente testimonio de amor triunfante y virtud derrotada; porque, despues de lo que habia mediado la víspera entre la señora de Tecle y él, á la virtud firme no le quedaba mas que un camino, no verle mas: verle de nuevo era perdonarle, y perdonarle, era entregarse con mas ó menos rodeos. El conde de Camors no dejaba de de-

plotar que su aventura degenerase tan pronto en lo vulgar, y esto le hizo improvisar un monólogo sobre la fragilidad de las mujeres. Disgustóle que la señora de Tecle no se hubiese mantenido mas tiempo á la altura ideal en que habia tenido la inocencia de colocarla, y anticipándose en cierto modo á los desencantos de la posesion, veíala ya despojada de todo prestigio y tendida, con un número en la frente, en el panteón de sus recuerdos galantes.

Sin embargo, cuando se acercó á su morada, cuando presintió el encanto de su presencia cercana, se turbó, asaltándole algunas dudas y ansiedades. Cuando vió entre los árboles las ventanas de las habitaciones que ocupaba, su corazon palpité con tanta violencia, que se detuvo, viéndose obligado á sentarse un momento.

—¡La amo como un loco! — murmuró.

Y levantándose bruscamente en seguida.

—¡Bah! (dijo) ¡es una mujer, y nada mas! ¡Vamos!

Por primera vez le recibió la señora de Tecle en su habitacion. Segun le dijo un criado, la señora se encontraba muy cansada y algo indispueta. La habitacion, que Camors no habia visto nunca, era muy grande y muy alta, tapizada de color oscuro, to-

mando aspecto de ornamentos de iglesia los cuadros dorados, los bronceos y antiguos objetos de plata colocados sobre las mesas.

En aquella habitación severa y casi religiosa, aunque muy opulenta reinaba el vago aroma de las flores, de las cajas de encajes y de la ropa perfumada que forma la atmósfera general de las mujeres elegantes, pero á la que cada una añade no sé qué de personal, que constituye su atmósfera propia y que embriaga á sus amantes.

Encontrándose sin duda la señora de Teclé algo perdida en aquella inmensa habitación, se había arreglado cerca de la chimenea, por medio de algunos muebles preferidos, una residencia más íntima, que su hija llamaba la capilla de mamá.

Allí la vió el conde de Camors á la luz de una lámpara, sentada en una butaca, y no teniendo, contra su costumbre, ninguna labor en las manos. Parecía muy tranquila, pero rodeaban sus ojos dos círculos oscuros. Debía haber sufrido y llorado mucho. Al ver aquel querido rostro surcado y maltratado por el dolor, el conde de Camors olvidó las frases que había preparado para entrar. lo olvidó todo, menos que la adoraba. Adelantóse con cierto apresuramiento, cogió con las dos manos una de la jóven, y, sin hablar,

interrogó sus ojos con profunda ternura y compasion.

—No es nada, (dijo ella, retirando la mano y moviendo suavemente su pálida cabeza]; estoy mejor.... y hasta puedo ser feliz, muy feliz, si vos quereis.

En la sonrisa, en la mirada y acento de la señora de Teclé habia algo indefinible, que heló la sangre de Camors: sintió confusamente que le amaba, y que, sin embargo, estaba perdida para él: que tenia delante un ser que no conocia, y que aquella mujer vencida, quebrantada, loca de amor, amaba, sin embargo, algo en el mundo mas que su propio amor.

La jóven le hizo una ligera indicacion, que el conde obedeció como un niño, y se sentó delante de ella.

—Caballero [dijo entonces con voz conmovida, pero que poco á poco se robustecía] ayer os escuché con paciencia, tal vez algo excesiva.... á mi vez os pido igual condescendencia.... Me dijisteis que me amais, caballero, y os confieso francamente que experimento hacia vos profunda simpatia. En esta situacion no podemos hacer otra cosa que, ó separarnos para siempre, ó unirnos por medio de algun lazo digno de los dos.... Separarnos.... me sería muy do-

loroso.... y creo que tambien lo seria para vos.... Unirnos.... En cuanto á mi, os aseguro que me encontraria dispuesta á daros mi vida.... Pero no puedo: no podria casarme con vos sin evidente locura.... sois mas jóven que yo, y por bueno, por generoso que os suponga, la sana razon me dice que me prepararia amargos arrepentimientos.... Pero hay mas: no me pertenece; me debo á mi hija, á mi familia, á mis recuerdos: al dejar mi nombre por el vuestro, afligiria cruelmente á todos los seres que viven en rededor mio, y creo que hasta á los que ya no viven. Pues bien, caballero... (en este momento su sonrisa manifestaba celestial resignacion) he encontrado medio para no romper relaciones que á los dos nos agradan.... y hasta de hacerlas mas dulces y estrechas.... Al pronto os sorprenderis... pero tened la bondad de pensar en ello y no contestarme en seguida.

Miróle la jóven, y quedó aterrada por su palidez. Cogióle suavemente la mano, y dijo:

—¡Vamos, caballero! ¡Vamos!

—Hablad,—murmuró el Conde, con sorda voz.

—Caballero (continuó diciendo la jóven, con una sonrisa de caridad angelical): á Dios gracias, sois todavia muy jóven....

En vuestra posicion y en nuestra sociedad, los hombres no se casan pronto, y creo que tienen razon.... Pues bien: he aquí lo que quiero hacer, si lo permitis.... Deseo confundir en adelante en una sola pasion los dos sentimientos profundos de mi pecho.. Quiero dedicar todos mis cuidados, toda mi ternura, toda mi alegria, á formar una mujer digna de vos, una alma jóven que os dará la felicidad, una inteligencia elevada y escogida de que esteis orgulloso.... Os prometo, caballero, os juro consagrar á esta querida y sagrada tarea todo cuanto haya de bueno en mí.... Emplearéme en ella todos los dias, y en todos los instantes de mi vida, como en la santa obra de mi salvacion.... Decidme solamente que consentis en ello,

El Conde dejó escapar vaga exclamacion de ironia, de cólera.

—Me perdonareis, señora—dijo,—si esa transformacion de mis sentimientos no puede ser tan rápida como vuestro pensamiento.

La jóven se ruborizó ligeramente.

—¡Dios mio! [replicó sonriendo aun] confieso que en este momento puedo pareceros una suegra algo extraña.... pero pasados algunos años.... muy pocos seguramente,

seré una anciana, y la cosa os parecerá muy natural.

Para completar su doloroso sacrificio, la pobre señora no vacilaba en cubrirse ante el que amaba con el cilicio de la vejez. Camors, que era un alma pervertida, pero no un espíritu bajo, comprendió en seguida todo lo que tenía de meritorio aquel sencillez heroísmo, y le tributó el homenaje mas grande que podía tributar: sus ojos se humedecieron. La señora de Teclé, que espiaba hasta sus menores acciones, lo observó, y continuó diciendo casi alegremente:

—Y ved, caballero, como de esta manera se arregla todo.... Podemos continuar viéndonos sin peligro, puesto que vuestra prometida estará siempre entre los dos.... Muy pronto se pondrán en armonía nuestros sentimientos con nuestras nuevas ideas.... hasta vuestros proyectos del porvenir, que en adelante serán los míos, encontrarán menos obstáculos.... porque los serviré con mucha mas energía.... Sin revelar á mi tío lo que debe ser secreto entre los dos, podré dejarle entrever mis esperanzas... y esto le decidirá sin duda en vuestro favor.. Además, ante todo, os lo repito, labrareis mi felicidad.... Y bien.... contestad.... ¿Aceptais mi cariño maternal?

Con terrible esfuerzo de voluntad, el conde de Camors habia recobrado la calma.

—Perdonad, señora — dijo riendo á su vez;— al ménos, quisiera salvar el honor.. ¿Qué me pedis? ¿Lo sabeis bien? ¿Habeis pensado en ello? ¿Podemos uno y otro, sin grave imprudencia, contraer á tan largo plazo un compromiso sobre asunto tan delido?

—No os pido ningun compromiso; comprendo que sería una insensatez hacerlo. Me comprometo yo sola, tanto como puedo hacerlo sin comprometer el destino de mi hija. La educaré para vos, os la destinaré en el secreto de mi corazón; con este proyecto, pensaré en vos en adelante. Permitídmelo, aceptadlo como hombre honrado, y permaneced libre.... Tal vez esto sea una locura; pero no arriesgo mas que mi tranquilidad, y sufriré voluntariamente todas las consecuencias, porque tambien gozaré todas las alegrías.... Tengo, además, sobre esto mil ideas que no puedo comunicaros...., que he dicho á Dios esta noche.... Creo, estoy convencida de que mi hija, cuando haya hecho yo todo lo que sé que puedo hacer, será excelente esposa para vos, y os hará mucho bien.... y mucho honor...., y espero que ella tambien me dará gracias algun dia de

todo corazon...., porque preveo lo que valdrá...., lo que amaré.... Vos no podeis conocerla.... ni siquiera podeis presentirla aún....; pero yo la conozco bien....: hay ya una mujer en esa niña....; y una mujer encantadora....; más encantadora que su madre, caballero; os lo aseguro.

La señora de Teclé se interrumpió de pronto.

Acababan de abrir una puerta, y Maria habia entrado bruscamente en la sala, llevando debajo de cada brazo una muñeca gigantesca. El conde de Camors se levantó y la saludó gravemente, mordiéndose los labios para reprimir la risa, que, sin embargo, no pasó desapercibida para la señora de Teclé.

—¡María! (exclamó) te aseguro, hija mía, que abrumas con tus muñecas.

—¡Mis muñecas! ¡las adoro! —contestó Maria.

—¡Eres ridícula! ¡márchate! —dijo la madre.

—Pero no sin darte un beso, —contestó la niña.

Y dejando las muñecas sobre la alfombra, se precipitó hacia su madre, dándole apretados besos en las mejillas, hecho lo cual cojio las dos muñecas, diciéndoles:

—¡Vamos, queridas!

Y salió en seguida.

—¡Dios mio, caballero! (dijo, riendo la señora de Teclé.) He aqui un incidente desastroso.... pero insisto.... y os suplico me creais bajo mi palabra; será muy juiciosa, y tendrá mucha bondad y abnegacion. Ahora (añadió con seriedad) tomad tiempo para reflexionar, y venid á contestarme, si la contestacion ha de ser buena.... Si no lo es, es preciso que nos digamos adios.

—Señora (dijo Camors, de pié delante de ella) me comprometo á no dirigiros jamas una palabra que un hijo no pueda dirigir á su madre.... ¿Es esto lo que deseais?

La señora de Teclé fijó por un momento los ojos en él con profunda alegría y gratitud; y en seguida, cubriéndose de pronto el rostro con las manos:

—¡Gracias! —murmuró. — ¡Estoy satisfecha!

Diciendo esto, le tendió una mano mojada con sus lágrimas; el jóven la besó respetuosamente, se inclinó y salió.

Si hubo algun momento en su fatal carrera en que pudiera admirarse á aquel hombre, seguramente fué este. Su amor á la señora de Teclé, por bastardo que fuese, era grande, siendo la única pasion verdadera

que había experimentado. En el momento en que vió que aquel amor, cuyo triunfo creía seguro, se le escapaba para siempre, no quedó solamente herido, sino rasgado hasta el fondo de su corazón, sin embargo, resistió como caballero. Su agonía fué hermosa, revelando apenas una palabra de angustia, instantáneamente reprimida la amargura de su alma. Fué inflexible para su dolor, como quería serlo para con los demás; y no cometió ninguna de las injusticias vulgares de los amantes despedidos, sabiendo reconocer lo que había de verdadero, de decisivo, de eterno en la resolución de la señora Elisa de Teclé, y ni por un momento pensó en alguna de esas transacciones ambiguas que algunas veces proponen las mujeres y de las que los hombres disponen siempre. Comprendió que era inviolable el santo refugio á que se acogía la jóven, y no discutió ni protestó: inclinose, y besó noblemente la mano que le hería.

En cuanto al milagro de valor, castidad y fe, por medio del cual la señora de Teclé había transformado y purificado su amor, evitó fijar detenidamente su pensamiento en él. Este rasgo, que por decirlo así, dejaba ver desnuda una alma divina, contrariaba sus teorías. Una frase que se le escapó

cuando regresaba á su casa, puede dar á conocer el juicio que formaba del caso, bajo su especial punto de vista.

—Es una puerilidad (murmuró) pero sublime.

Al entrar en su habitación, encontró una carta del General, en la que le anunciaba que su matrimonio con la señorita d'Estrelles se celebraría pocos días después en París, y le invitaba á la boda, que se verificaría en la estricta intimidad de la familia. No sintió Camors que se le ofreciese aquella oportunidad tan natural para proponerse distracción, de que tanto necesitaba, y hasta estuvo tentado de partir aquel mismo día para aturdir sus sufrimientos; pero dominó esta debilidad. Al día siguiente fué á pasar la velada en casa del señor Des Rameures, y aunque tenía el corazón destrozado, se esforzó en mostrar á la señora de Teclé tranquila frente y apacible sonrisa, anunciando la corta ausencia que proyectaba y manifestando el motivo.

—Dareis mi enhorabuena al General, caballero (dijo el señor Des Rameures) deseo que sea feliz; pero dudo muchísimo que lo consiga.

—Le participaré, caballero, vuestros buenos deseos y sentimientos.

—¡Diantre!... *¡Exceptis excipientis!*—
replicó el anciano.

En cuanto á la señora de Teclé, para describir las invisibles atenciones que le prodigó durante la velada, las gracias secretas y delicadezas exquisitas que desplegó para cerrar la herida que había abierto y deslizarse suavemente en su papel maternal, necesitaríase una pluma cortadas por sus manos.

Dos días despues el conde de Camors marchó á Paris, y al siguiente de su llegada fué muy temprano á ver al General, que ocupaba un magnífico hotel de la calle Vanneau. El contrato debía firmarse aquella noche, celebrándose á la mañana siguiente el matrimonio civil y religioso.

El general se encontraba sumamente agitado, viéndole Camors al entrar paseando en los tres salones que formaban el piso bajo de su casa. En cuanto vió al jóven:

—¡Ah, ah! ¡Al fin llegais!—exclamó, dirigiéndole feroz mirada. — ¡Vamos, menos mal!

—Pero, General....

—¡Y bien, qué? “¡Pero, General!” ¡No me abrazais?

—Sí, General.

—Y bien: mañana es el lance, ¿lo sabeis?

—Sí, General.

—‘Sí, General!’.... ¡Mil bombas! ¡Estáis muy tranquilo!..... ¡La habeis visto?

—Aún no, General; acabo de llegar.

—Es necesario que vayais esta misma mañana. Le debeis esta prueba de interés.... y, ademas si descubris algo, me lo direis.

—Pero ¿que he de descubrir, General?

—¡Diablo, no lo sé...! Vos conoceis mejor que yo las mujeres.... ¿Me ama? ¿No me ama?... Comprendereis que no tengo la pretencion de hacerla perder la cabeza.... Pero tampoco quisiera ser objeto de repulsion.... Nada me ha hecho suponerlo.... ¡Pero la jóven es tan reservada.... tan impenetrable!

—La señorita d’Estrelles tiene un carácter frio,—dijo Camors.

—Si (repitió el General) si, sin duda.... y bajo cierto punto de vista.... pero, en fin, si descubris algo, cuento con vos para saberlo.... Y mirad, cuando la hayeis visto, hacedme el favor de venir aqui dos minutos. ¿Lo hareis? Os lo agradeceré.

—Muy bien, General.

—Yo la amo como un bestia.

—Magnífico, General.

—¡Hum! ¡Burlon!.... A propósito; ¿y Des Rameures?

—Creo que lo cogemos, General.

—¡Muy bien! Ya hablaremos de eso.... Vamos, marchad, querido hijo.

Camors marchó á la calle de Santo Domingo, á casa de la señora de la Roche-Jugan.

—¿Está mi tía, José?—preguntó al criado que encontró en la antecámara, muy atareado con los preparativos que exigian las circunstancias.

—Sí, señor Conde.... La señora Condesa está visible.

—Bien,—contestó Camors.

Y entrando en un corredor que daba vuelta á todo el departamento se dirigió á la habitacion de la señora de la Roche-Jugan.

Pero la Condesa no ocupaba ya su antigua habitacion, habiéndose empeñado obstinadamente en cederla á la señorita Carlota, á quien mostraba la deferencia mas servil desde que la veia heredera de las inmensas rentas del General. La señorita habia aceptado el arreglo con desdeñosa indiferencia, y Camor, que ignoraba lo ocurrido, llamó inocentemente á la puerta de la jóven.

No obteniendole contestacion, entró, dudando, alzó un portier, y se detuvo de pronto

ante extraño espectáculo. Al otro extremo de la habitacion, y enfrente de él, habia un gran espejo de vestir, delante del cual estaba la señorita d'Estrelles, de espaldas por consiguiente al jóven: encontrábase vestida, ó, mejor dicho, envuelta en una especie de peinador de cachemira blanca, sin mangas que dejaba descubiertos los hombros y brazos; sus cabellos, en un tono ceniciento, estaban sueltos, flotantes, y caian como cascada sedosa hasta la alfombra. Apoyaba ligeramente una mano en la mesa tocador, y con la otra retenia sobre el pecho los pliegues del peinador, mientras se miraba en el espejo y lloraba. Sus lágrimas caian una á una sobre su blanco y puro seno, deslizándose en él como las gotas de rocío que por la mañana se ven correr en los jardines por los hombros de las estatuas de mármol. El conde de Camors dejó caer suavemente el portier, y se retiró en seguida, llevando, sin embargo, eterno recuerdo de aquella fugitiva vision.

Informose de nuevo, y al fin pudo recibir los abrazos de su tía, que se habia refugiado en la habitacion de su hijo, quien á su vez habia sido relegado al cuartito que en otro tiempo ocupaba la señorita d'Estrelles.

Despues de las primeras expansiones, la

señora de la Roche-Jugan introdujo á su sobrino en el salon donde estaban deplegadas todas las galas del equipo. Cachemiras, encajes, terciopelos y preciosas sederias cubrian los muebles; sobre la chimenea, mesas y consolas, brillaban los estuches abiertos.

Mientras la señora de la Roche-Jugan mostraba aquellas magnificencias á Camors, cuidando de decir el precio de cada una, la señorita Carlota, á la que habian anunciado la presencia del jóven, entró en el salon. Su frente estaba, no solamente serena, sino radiante.

—Buenos dias, primo (dijo alegremente, tendiendo la mano á Camors). Sois muy amable al venir... ¡Y bien, ya veis como me echa á perder el General!

—Es un equipo de princesa, señorita.

—¡Ah! ¡Si supieseis, Luis, que bien le sienta todo á esta querida nifia!... (dijo la señora de la Roche-Jugan). Verdaderamente parece que ha nacido sobre un trono... Pero ya sabeis que desciende de los reyes de Aragón.

—¡Querida tia!—dijo la señorita d'Estrelles, besando en la frente á la señora de la Roche-Jugan.

—Sabreis, Luis, que he querido que ahora me llame tia—añadió la condesa, afec-

tando el tono plañidero que le parecia la expresion sublime de la ternura humana.

—¡Ah!—exclamó Camors.

—Vamos, niña; ponte la corona delante de tu primo; te lo suplico.

—Os lo agradeceré, prima.

—Querido primo (dijo la señorita Carlota, cuya voz armoniosa y grave tomó cierto tono irónico); vuestros menores deseos son órdenes.

Entre los adornos expuestos en el salon, brillaba una corona de marquesa, adornada con pedrerias y floreada con perlas. La jóven se la colocó delante del espejo, y marchando á colocarse á dos pasos de Camors con tranquila majestad:

Mirad,—dijo.

Y cuando la contemplaba como deslumbrado, porque estaba maravillosamente bella y altiva con aquella corona, fijó intensamente sus ojos en los del jóven, y, bajando la vez, con acento de indefinible amargura, dijo:

—¡Al menos, me vendo muy cara! ¿verdad?

En seguida volvió la espalda, se echó á reir, y se quitó la corona.

Despues de algunas frases insignificantes, se despidió Camors, diciéndose que aquella

admirable jóven tomaba aspecto de llegar á ser una mujer terrible; pero sin decirse al mismo tiempo que él podía entrar por mucho en ello.

Cumpliendo su promesa, volvió en seguida á casa del General, que continuaba paseando en sus tres salones, y que le gritó desde lejos en cuanto le vió.

—¿Y bien?

—¡Y bien, General.....! ¡Todo marcha perfectamente!

—¡Bah!.... ¿La habeis visto?

—Seguramente.

—¿Y os ha dicho?

—Poca cosa; pero parece muy contenta.

—¿De veras? ¿No habeis observado nada?

—He observado que está sumamente bella.

—¡Caramba!.... ¿Y creis que me ama algo?

—Seguramente.... á su manera.... tanto como puede amar, porque su caracter es frio.

—¡Oh! en cuanto á eso, no me disgusta, ya sabeis.... Todo lo que deseo es no serle desagradable.... No, ¡verdad!.... ¡Bien! ¡Me agrada inmensamente lo que me de-

cis!.... ahora estais libre, querido hijo hasta la noche.

—Hasta la noche, General.

La ceremonia del contrato no ofreció ningun incidente notable. Solamente cuando el Notario leyó á media voz la clausula del contrato por la que el General instituia á la señorita d'Estrelles heredera universal de sus bienes, Camors tuvo el placer de observar la soberbia impasibilidad de la jóven, la sonriente exasperacion de las señoras Bacquiére y Van Cuyp, y la amorosa mirada con que la señora de la Roche-Jugan envolvió al mismo tiempo á su hijo, á la señorita d'Estrelles y al Notario. En seguida fijó la condesa los ojos en el General con profundo interés, y pareció que observaba con gusto que el novio tenia muy mala cara.

A la mañana siguiente, al salir de la iglesia de Santo Tomás de Aquino, la jóven Marquesa no hizo mas que cambiar su traje de boda por otro de viaje, y en el acto partió con su marido para Campvallon, bañada con el llanto de la señora de la Roche-Jugan, que tenia las glándulas lagrimales excesivamente tiernas y dóciles.

Ocho dias despues regresó á Reuilly el conde de Camors. París le habia dado fuerzas; sus nervios se habian fortalecido. Aho-

ra consideraba con mayor cordura y como hombre práctico su aventura con la señora de Teclé, y comenzaba á felicitarse por el desenlace que habia tenido. De tomar diferente giro, tal vez hubiese visto comprometido en ella todo su porvenir, y en particular hubiese perdido irremisiblemente ó aplazado por tiempo indefinido su adelanto político, porque su intriga con la señora de Teclé no hubiese dejado de revelarse un día ú otro, y enagenarle para siempre los favores del señor Des Rameures. En este punto no se engañaba. En efecto: la señora de Teclé, en la primera conversacion particular que tuvieron, le confió que su tío parecia haberse librado de insoportable peso cuando le dejó entrever riendo la idea de casar algun día á su hija con el señor de Camors. El jóven aprovechó la ocasion para recordar á la señora de Teclé que, sin dejar de respetar mucho los proyectos de porvenir que le hacia el honor de formar, de ninguna manera se comprometia á realizarlos, y que la razon y la lealtad le inclinaban igualmente á conservar en aquel asunto absoluta independencia. De nuevo convino en ello la señora de Teclé con su habitual dulzura, y desde aquel momento, sin dejar de manifestarle la misma afectuosa predileccion, no

se permitió jamás ni sombra de alusion al sueño querido que acariciaba. En cambio, pareció que aumentaba su ternura por su hija y se entregó á su educacion con tal fervor, que hubiese impresionado el corazon del señor de Camors, si el señor de Camors no hubiese perdido en su último esfuerzo de virtud todo lo que le quedaba de humano.

Puesto al abrigo su honor mediante sus francas explicaciones con la señora de Teclé, no vaciló en aprovechar ampliamente todos los beneficios de la situacion, dejándose favorecer por la señora de Teclé todo cuanto ésta quiso, y quiso apasionadamente. Poco á poco persuadió á su tío de que el conde de Camors tenia, por su carácter y conocimientos, gran porvenir; que algun dia seria excelente partido para la niña Maria; que cada vez se aficionaba mas á la vida de provincia y á la agricultura; que hasta se inclinaba á la descentralizacion; en una palabra, que era necesario unirle con fuertes lazos al pais cuya honra llegaria á ser. Por este tiempo llegó el general Campvallón á presentar á su jóven esposa á la señora de Teclé, y en una conversacion confidencial con el señor Des Rameures, descubrió al fin sus baterias. Iba

á partir para Italia, donde pensaba permanecer bastante tiempo, y antes deseaba presentar la dimisión de miembro del Congreso general y del Cuerpo legislativo: en vista de esto, recomendaba á Camors á sus honrados y fieles electores. Ganado de antemano el señor Des Rameures, prometió su apoyo, y aquel apoyo equivalía al triunfo. Sin embargo el conde de Camors tuvo que hacer algunas visitas á los electores mas influyentes; pero su persona era tan simpática como temible, perteneciendo á esa clase de hombres que conquistan un voto ó un corazón con una sonrisa. En fin, para facilitarle todo marchó á instalarse durante algunas semanas á*... capital del departamento. Allí lisongeó á la esposa del Prefecto lo bastante para agradar al empleado sin alarmar al marido. El Prefecto escribió al Ministro, diciéndole que la candidatura del conde de Camors se imponía en el distrito con irresistible fuerza; que el color político del jóven parecía indeciso y hasta algo sospechoso; pero que la administración, no pudiendo combatirle con éxito, juzgaba prudente apoyarlo. El Ministro, que no tenía menos talento que el Prefecto, pensó como él: y en virtud de todas estas circunstancias, cuando el conde de Camors iba á cumplir veintinue-

ve años, fué nombrado, con pocos dias de intervalo, miembro del Consejo general y diputado del Cuerpo legislativo.

—¡Lo has querido, sobrina! (dijo el señor Des Rameures el enterarse del resultado.) ¡Lo has querido! He apoyado á ese jóven parisien con toda mi influencia; pero, á pesar de ello, no goza de mi confianza.... ¡Quiera Dios, querida Elisa, que no deploramos nunca nuestro triunfo.... y que jamas tengamos que decir; coma el poeta: *Numinibus vota exaudita malignis!*.... "Dioses enemigos han realizado nuestros deseos."



SEGUNDA PARTE.

En el momento de poner mano á la segunda parte de esta verídica historia, debemos dirigir una súplica á nuestros lectores y especialmente á nuestras lectoras: y consiste en que no se subleven si la verdad, tal cual la codeen diariamente en sociedad, se les presenta en estas páginas con colores algo vivos, aunque dulcificados. Debe amarse la

verdad, se la debe velar, pero no enervarla. El ideal no es otra cosa que la verdad revestida con las formas del arte. El novelista sabe que no tiene derecho para calumniar á su época; pero tiene derecho para describirla ó no tiene ninguno. En cuanto á su deber, cree conocerlo, y consiste en conservar, en medio de los cuadros de costumbres mas delicadas, juicio severo y casta pluma. Espera no faltar á él: y esto dicho, continua su relato.

Cinco años hacía proximamente que los electores del distrito de Reully habian enviado al conde de Camors al Cuerpo legislativo, y no se arrepentian. Su diputado conocía maravillosamente sus pequeños intereses locales, y no perdía ocasion de servirles. Además, si algun elector, encontrándose de paso en Paris, se presentaba en el hotel que se habia hecho construir en la avenida de la Emperatriz por un arquitecto llamado Lescande (esta fué una delicadeza que tuvo el conde de Camors con su antiguo amigo) se le recibia con tanta afabilidad, que volvía enternecido á la provincia. El conde de Camors se dignaba informarse si la esposa ó las hijas le habian acompañado en el viaje: ponía á su disposición billetes de teatro y tarjetas para la Cámara; en-

señabales sus cuadras y caballerizas. Hasta hacía que trotasen sus caballos en el picadero ante su vista. Decíase, y se repetía en el distrito, que tenía el aspecto menos melancólico que antes, y que su semblante había ganado mucho. Su cortesía, algo rígida, se había suavizado, sin perder nada de su dignidad; su rostro, algo sombrío en otro tiempo, había adquirido cierta serenidad á la vez sonriente y grave, teniendo toda su persona como gracia real. Usaba con todas las mujeres, jóvenes ó viejas, pobres ó ricas, honradas ó no, la célebre urbanidad de Luis XIV. Con sus inferiores, lo mismo que con sus iguales, sus modales eran exquisitos; porque en el fondo despreciaba de la misma manera á las mujeres, á los iguales y á sus electores.

No amaba, no estimaba ni respetaba otra cosa que á sí mismo; pero se amaba, estimaba y respetaba como á un Dios. En efecto: en aquella época, había conseguido realizar tan completamente como era posible el tipo casi sobrehumano que se había propuesto en la hora crítica de su vida; y cuando se contemplaba de pies á cabeza en el espejo ideal que tenía siempre á la vista, quedaba satisfecho. Era efectivamente lo que deseaba ser, y cumplía con exactitud el programa

de su vida, tal como se lo había trazado. En virtud del constante esfuerzo de su enérgica voluntad, había conseguido dominar en sí mismo, como desdénaba en los otros, todos los sentimientos instintivos de que es juguete el vulgo, y que solamente eran, según su juicio, sugerencias de la naturaleza animal ó convenciones que sujetan á los débiles y de que se desprenden los fuertes. Diariamente se aplicaba á desarroyar hasta su última perfeccion los dones físicos y facultades intelectuales que había recibido de la casualidad, con objeto de obtener en su breve paso entre la cuna y la nada la mayor suma posible de goces. En fin, convencido de que la flor del saber vivir, la delicadeza del gusto, la elegancia de las formas y el refinamiento del punto de honor constituyen una especie de belleza moral que completa al caballero, procuraba adornar su persona con estas gracias ligeras y supremas como artista concienzudo que no quiere dejar en su obra ningún detalle imperfecto.

Resultaba de este trabajo, continuado sobre sí mismo con tanta constancia como éxito, que el conde de Camors, en el momento en que volvemos á encontrarle, si no era tal vez el mejor hombre del mundo, era probablemente el mas amable y el mas feliz. Co-

mo todas las personas que se deciden á tener mas méritos que escrúpulos, todo le favorecía maravillosamente. Seguro ya de su porvenir, se desquitaba ampliamente y vivía en espléndida opulencia. La rapidez de su fortuna se explicaba por su asombrosa audacia, por la sutileza y seguridad de su juicio, por sus grandes relaciones y tambien por su independencia moral. Tenia una frase feroz, que por otra parte, pronunciaba con toda la gracia imaginable. "La humanidad (decía) está compuesta de accionistas." Penetrado de este axioma, pronto se habia doctorado en la francmasoneria de la alta corrupcion financiera. Distinguiase por la seductora autoridad de su persona. Sabia aprovechar su nombre, su posicion política, su reputacion de honor, sirviéndose de todo y no comprometiendo nada. Utilizaba á los hombres, á los unos por sus vicios, á los otros por sus virtudes, y á todos con igual indiferencia. Era incapaz de una accion baja, y nunca hubiese comprometido á sabiendas á un amigo ni á un enemigo en un asunto desastroso. Lo único que ocurría era que si el negocio tomaba mal aspecto, él salía á tiempo y los demás quedaban; pero en las especulaciones financieras, lo mismo que en las batallas, existe lo que se llama carne

de cañon, y si se cui lase demasiado de ella, no se haría nada grande. Tal como era, pasaba con razon por uno de los mas delicados entre sus compañeros, y su palabra valía como letra de cambio en el mundo de la alta industria, así como en los círculos mas elegantes del *sport*.

No se le estimaba ménos en el Cuerpo legislativo, en el que habia adoptado un papel original: el de trabajador. Las comisiones de negocios se lo disputaban, y se agradecia muchísimo á aquel elegante jóven su laboriosa y modesta capacidad. Asombraba verle dispuesto para las cuestiones mas árduas y los informes mas ingratos, los proyectos de ley de interés local, no ofrecian para él dificultad ni misterios. Nunca hablaba en sesion pública; pero se ejercitaba en la palabra en la penumbra de las secciones, donde se observaba cada vez mas su estilo claro, sóbrio y algo irónico. Nadie dudaba que fuese uno de los hombres de estado del porvenir; pero comprendíase que se reservaba. Su matiz político permanecía algo indefinido. Sentábase en el centro izquierdo, cortés con todo el mundo. Persuadido como su padre de que la generacion creciente, en los plazos ordinarios, querria tener su capricho de revolucion, calculaba

con placer que esta catástrofe periódica coincidiría probablemente con sus cuarenta años, lo cual abriría á su cansada madurez una fuente de emociones nuevas, y determinaría sus principios políticos en conformidad con las circunstancias.

Sin embargo, su vida era bastante dulce para que esperase sin impaciencia la hora de la ambición. Respetado, temido, envidiado por los hombres, las mujeres le adoraban. Su presencia, que no prodigaba, ilustraba un salon. Sus conquistas no podian contarse, porque eran á la vez muy numerosas y muy discretas. Sus pasiones eran de las mas efímeras. Los amores en que no hay algo espiritual, no son largos. Pero creía deberse á si mismo honrar á sus víctimas, y las enterraba delicadamente bajo las flores de la amistad. Por esta razon tenia muchísimas amigas entre las mujeres del mundo parisien, entre las que muy pocas le detestaban. En cuanto á los maridos, todos le querian. A estos placeres elegantes añadía algunas orgias violentas, cuyo rega'o tentaba algunas veces su hastiada imaginacion; pero la mala compañía le repugnaba, y no se detenía con ella. No era hombre de desórden, sino que, al contrario, cuidaba mucho de sus vigiliat, de sus fuerzas y de su

salud. En una palabra: sus gustos eran tan elevados cuanto pueden serlo los de una criatura humana que ha suprimido el alma. Los amores delicados el lujo de la vida, la música, la pintura, las letras, los caballos, le proporcionaban todos los goces del espíritu, de los sentidos y del orgullo. Habíase posado al fin en la flor de la civilizacion parisien, como la abeja en el seno de la rosa: libaba su esencia y se embriagaba en ella.

Fácil es concebir que gozando de aquella prosperidad el conde de Camors, se adheriría mas y mas á las doctrinas morales y religiosas que se le habian inculcado. Diariamente se confirmaba en la idea de que el testamento de su padre y sus propias reflexiones le habian revelado el verdadero evangelio de los hombres superiores, encontrándose por consiguiente, muy lejos de intentar la violacion de sus leyes. Pero de entre todos los extravíos que le hubiesen hecho faltar á su sistema, del que se encontraba mas lejano era el del matrimonio, porque hubiese sido demencia de parte suya perder su libertad de la que tan agradable uso hacia para imponerse gratuitamente las trabas, la pesadez, el ridículo y hasta los peligros de una comunidad de bienes y de honor, y en

último caso, de una paternidad que siempre era posible.

Encontrábase, pues, muy poco dispuesto á alentar las esperanzas maternas en las que en otro tiempo habia sepultado su amor la señora de Tecle, y se conducía con ella de manera que no le quedase la menor duda sobre aquel punto. Ocupábase muy poco de Reuilly, donde apenas pasaba dos ó tres semanas al año en la época en que le llamaban á provincia las sesiones del Congreso general. Verdad es que durante estas cortas apariciones se esforzaba en tributar á la señora de Tecle y al señor Des Rameures todas las demostraciones de respetuosa gratitud; pero evitaba con tanta frialdad las alusiones al pasado, precaviase tan escrupulosamente de conversaciones particulares é íntimas, mostraba, en fin, á la señorita María una cortesía tan indiferente, que no dudaba de que, ayudándole la movilidad natural de su sexo, la madre de la jóven habría renunciado ya á sus pueriles quimeras.

Grande era su error. Y podemos observar de paso que el escepticismo mas endurecido y egoísta no produce menos juicios falsos y falsos cálculos que el candor y la inexperiencia. El conde de Camors tomaba demasiado en serio todo lo que han escrito

acerca de la movilidad del espíritu femenino amantes engañados y verdaderamente dignos de serlo, ó descontentos de haberse visto prevenidos. La verdad es que las mujeres son en general, notables por la persistencia de sus ideas y la fidelidad de sus sentimientos. La inconstancia del corazón es, por el contrario, propia del hombre; pero se la reserva, y cuando una mujer le disputa la palma en este terreno, grita como un desesperado. Se comprenderá que esta teoría no es una paradoja, si se piensa en los prodigios de la abnegación paciente, tenaz, inviolable, que diariamente vemos en las mujeres de las clases populares, cuyo carácter, aunque rudo, permanece original y sincero. En las mujeres de elevada clase, aunque desnaturalizado por las tentaciones y las excitaciones que las asedian, el carácter subsiste, y no es cosa rara verlas encerrar su vida entera en un pensamiento ó en un amor. Su existencia no tiene las mil distracciones que nos mueven ó nos consuelan, y la idea que las apasiona fácilmente pasa á ser idea fija. La persiguen en la soledad y entre la multitud, en su bordado y en su sueño, en sus oraciones y en todas partes: viven en ella, y mueren con ella.

De esta manera habia perseguido la se-

ñora de Teclé de año en año, con inalterable fervor, el proyecto de confundir las dos puras pasiones que compartía su corazón, uniendo á su hija con el conde de Camors, labrando así la felicidad de ambos. Desde que concibió este proyecto, que solamente podía brotar en una alma tan casta como tierna, la educación de su hija había venido á ser la dulce novela de su vida. Incesantemente pensaba en ella, y cuando sus grandes ojos distraídos iban á perderse en el follaje de los árboles ó en algún rincón del cielo, podía creerse con seguridad que buscaba una virtud ó una gracia nueva con que adornar á su hija para su ideal esposo. Una preocupación grave y casi religiosa se unía á la señora de Teclé á la parte romántica de sus designios. Sin conocer, sin sospechar siquiera las profundidades perversas del carácter del conde de Camors, comprendía bien que el jóven, como la mayor parte de los hombres de su época, no se veía agobiado de creencias; pero creía que una de las misiones reservadas á la mujer en nuestro estado social, era la renovación moral del marido por medio de la intimidad de un alma honrada, por el sentimiento de familia y la dulce religión del hogar. Deseaba, pues al mismo tiempo que hacia de su hija una

mujer amable y seductora, prepararla al papel elevado á que la destinaba, y nada descuidaba para adornarla con las cualidades que exige.

¿Que éxito habían tenido sus cuidados? La continuación de este relato lo dirá. Por el momento, basta para informar al lector que digamos que la señorita María de Teclé era una jóven de aspecto muy agradable, cuyo talle, algo corto, estaba bien colocado sobre caderas algo altas; no bella, pero extraordinariamente graciosa, instruida además, mas viva que su madre en sus modales, y delicada como ella. Era al mismo tiempo tan sutil, que muchas veces temió su madre hubiese descubierto el secreto que se la ocultaba. En ocasiones hablaba demasiado del señor de Camors, en otras no hablaba bastante, y tomaba, cuando otros hablaban de él, aires misteriosos. Esta conducta inquietaba algo á la señora de Teclé. La del conde Camors, y su actitud mas que reservada, la inquietaban tambien por intervalos; pero cuando se ama á las personas, se interpreta favorablemente para ellas lo que hacen y lo que no hacen, y la señora de Teclé se complacía en atribuir los equívocos modales de Camors á las exigencias de lealtad caballeresca. Como creía conocerle, juzgaba

muy natural quisiese evitar hasta última hora, hasta su terminacion definitiva, todo lo que pudiese comprometerle, despertar la curiosidad pública y turbar la tranquilidad de la madre y de la hija. Tal vez el considerable caudal que debía heredar la señorita de Teclé aumentaba los escrúpulos del conde de Camors, y alarmaba su orgullo; pero, en último caso, no se casaba, lo cual era de buen agüero, y su jóven prometida apenas llegaba á la edad del matrimonio. No debía, por tanto, desesperarse, puesto que de un día á otro podía el señor de Camors caer á sus pies y decirle: "Dádmela" Si Dios no quería que esta página delicada se escribiese nunca en el libro de su destino; si se veía obligada á casar á su hija con otro, la pobre señora se decía que, despues de todo, los cuidados que había prodigado á su hija no quedarían perdidos, puesto que la querida niña, gracias á ellos, sería mejor y mas feliz.

Llenando la señora de Teclé, con una idea única, la dulce monotonía de la vida regular, los largos meses que trascurren entre las anuales apariciones del conde de Camors en Reuilly, pasaban con mas rapidez para aquella señora de lo que el jóven podía imaginar. Su propia existencia, tan ac-

tiva y repleta, abría abismos y ponía siglos entre cada uno de sus viajes periódicos; pero la señora de Teclé, despues de cinco años, se encontraba siempre como en la mañana siguiente á la noche querida y fatal en que comenzó su sueño. En todo este tiempo no había experimentado interrupcion su pensamiento, ni había sentido vacio su corazón, ni su frente había formado una arruga. Su sueño había permanecido jóven como ella.

Sin embargo, á pesar de la apacible y rápida sucesion de los días, no veía nunca sin impaciencia ni turbacion aproximarse la época que anualmente llamaba al señor de Camors á la comarca. A medida que crecía su hija, se preocupaba mas de la impresion que produciría en el ánimo del conde, y comprendía con mayor viveza la solemnidad de las circunstancias. La niña María, que como ya hemos dicho, era sutil, no había dejado de observar que su tierna madre elegía habitualmente la época de las sesiones del consejo general para hacerla nuevos tocados. El mismo año en que hemos continuado nuestro relato había ocurrido en esta ocasion una escena, que no había agradado gran cosa á la señora de Teclé. Hacía á su hija un peinado nuevo: la jóven, cuyos cabellos eran muy negros y muy hermosos,

tenía algunos mechones rebeldes que desesperaban á su madre; uno especialmente se obstinaba, á despecho de todos los esfuerzos, en escapar de todos los peines y cintas, caer sobre la frente y extenderse en rizos provocativos. La señora de Tecle había conseguido encontrar, al menos así lo creía una sujecion de cintas que, sin aparentarlo, fijaba decididamente el mechón recalcitrante.

—Creo que así se sujetará,—decía, suspirando y separándose un poco para contemplar su obra.

—No confiéis, querida mamá (contestó la jóven, que estaba alegre y de cómico humor); no confiéis mucho.... Estoy viendo lo que va á suceder.... Llamán.... acudo.... mi rizo escapa.... entra el señor de Camors.... mamá se desmaya.... ¡Cuadro!

—¡Quisiera saber que tiene que ver en esto el señor de Camors!—dijo secamente la señora de Tecle.

La hija la abrazó, contestando:

—*Nothing!*

Otras veces cuando hablaba la jóven del conde, empleaba tono de amarga ironía, llamándole grande hombre, ilustre personaje,

astro vecino, fénix de los huéspedes de los bosques, ó sencillamente príncipe.

Estos síntomas tenían una gravedad que no se ocultaba á la señora de Tecle. Verdad era que en presencia del príncipe la jóven perdía su buen humor; pero esto era otra contrariedad. La madre la encontraba fria, torpe, silenciosa, demasiado concisa y ligeramente cáustica en sus contestaciones, temiendo que por estas apariencias la juzgase mal el señor de Camors. Pero el señor de Camors no la juzgaba mal ni bien, siendo para el la señorita de Tecle una muchacha graciosa é insignificante, en la que no pensaba un minuto al año.

En aquella época existía en el mundo una persona que le interesaba mas, y mucho mas, sin duda, de lo que hubiese querido: esta persona era la marquesa de Campvallón de Arminges.

El General, despues de haber hecho visitar á su jóven esposa una parte de Europa, la había instalado en su hotel de la calle Vanneau, en medio de regia opulencia. Durante el invierno y la primavera, vivían en París; pero en el mes de Julio se iban á la quinta de Campvallón, donde residían con gran pompa hasta fines de otoño. El General invitaba todos los años á la señora de Tecle y

á su hija á pasar algunas semanas en Campvallor, juzgando con profunda sensatez que no podia proporcionar á su jóven esposa compañía mejor. La señora de Teclé accedía gustosa á estas invitaciones, porque encontraba ocasion de ver allí, de tiempo en tiempo: la flor de aquel mundo parisien, del cual su respeto por las manías de su tío la habia mantenido alejada. Por su parte, cuidábase poco de esto; pero bañándose su hija en aquella atmósfera de elegancia y distincion supremas, podia corregir algunos provincialismos de traje y de lenguaje y perfeccionar su gusto por las cosas delicadas y fugitivas de la moda, ganando, por consiguiente, algunas gracias mas. La jóven marquesa, que reinaba y radiaba entonces como astro brillante en las regiones mas elevadas de la vida mundana, se prestaba gustosa á los planes de su vecina, tributando á la señorita de Teclé una especie de interés maternal, y uniendo con frecuencia el consejo al ejemplo. La vestía, la adornaba y la atildaba con sus magníficas manos, y en cambio la jóven la amaba, admiraba y temía.

El conde de Camors aprovechaba tambien anualmente la hospitalidad del General; pero nunca con tanta frecuencia ni por

tanto tiempo como hubiese deseado su tío. Era cosa rara que permaneciese en Campvallor mas de una semana. Desde el regreso de la marquesa á Francia, habia tenido que reanudar con ella y con su esposo las relaciones de pariente y amigo; pero, esforzándose en darlas el color mas natural del mundo, conservaba cierta frialdad, que llamaba la atencion al General. Esta frialdad no extrañará al lector, si recuerda las razones secretas é imperiosas que justificaban esta circunspeccion.

Al renunciar el señor de Camors á la mayor parte de las convenciones que unen y obligan á los hombres respectivamente, habia pretendido sin embargo, conservar una religiosamente: la del honor. Mas de una vez, en el curso de su nueva vida, habia experimentado tal vez alguna dificultad para limitar y fijar con exactitud las prescripciones de la única ley moral que queria respetar. Es cosa muy fácil saber con precision lo que encierra el Evangelio; pero no lo es tanto saber exactamente lo que hay dentro del código del honor; pero al menos en este código existia un artículo, acerca del cual no podia engañarse el señor de Camors: este artículo era el que le prohibia atentar al honor del General, bajo pena de ser á sus

propios ojos un miserable. Había aceptado de aquel anciano confianza, cariño, favores, todo lo que puede obligar invariablemente á un hombre para con otro hombre, si realmente hay bajo el cielo algo que se llame honor. Profundamente lo comprendía, y por eso su conducta con la marquesa de Campvallon era intachable, y tanto mas meritosa, cuanto que la única mujer que le estaba absolutamente prohibido amar era, de todas las mujeres de Paris y del universo, la que naturalmente le agradaba mas: porque tenia para el, á la vez que el atractivo fatal del fruto prohibido, la seducción de su extraña belleza y el interés de una esfinge impenetrable.

En aquella época era mas diosa que antes. La inmensa fortuna de su marido, y la idolatría que la profesaba, la habían colocado sobre una nube de oro, en la que se había reclinado con magestad graciosa y natural como en su propio elemento. El lujo de sus trajes, sus joyas, sus salones, sus trenes, todo ostentaba una severa magnificencia, uniendo la marquesa el gusto de la artista con el de la patricia. Su persona parecía realmente haberse divinizado en la radiación de aquel esplendor. Alta, rubia, esbel-

ta, ojos azules de profunda mirada, boca pura y altiva, era imposible verla entrar en un salon con su ligero paso, ó pasar medio tendida en su carruaje, con los brazos cruzados sobre el pecho y perdida la mirada, sin pensar en las jóvenes imortales cuyo amor daba la muerte. Tenia además ese rasgo de fisonomía algo duro que los escultores antiguos sorprendieron sin duda en sus visiones sobrenaturales, y que fijaron en los ojos y en los labios de sus mármoles olímpicos. Sus brazos y hombros de perfecta forma, parecían modelados en esa nieve rosada y pura que cubre las montañas vírgenes. En una palabra: estaba soberbia y encantadora.

El mundo parisien la respetaba tanto como la admiraba, porque en su papel difícil de esposa joven de marido viejo no se prestaba á la mas pequeña maledicencia. Sin afectar extraordinaria devoción, sabia amalgamar con sus pompas mundanas los patronatos caritativos y todas las altas prácticas de la elegancia piadosa. La condesa de la Roche-Jugan, que la vigilaba de cerca, como se vigila una presa, daba testimonio de ella y la juzgaba cada vez mas digna de su hijo. El conde de Camors, que á pesar suyo, la observaba con ardiente curiosidad, se inclinaba á creer, como su tia y como el

mundo, que la marquesa desempeñaba en conciencia su delicado papel, y que encontraba en el esplendor de su vida y en las satisfacciones de su orgullo la compensación suficiente á su juventud, á su corazón y á su belleza sacrificados. Sin embargo, ciertos recuerdos del pasado, uniéndose á algunas extrañezas que creía notar en los modales de la marquesa, le predisponían á la desconfianza. Momentos había en que, recordando lo que en otro tiempo había entrevisto de abismos y llamas en el fondo de aquel corazón, sentíase impulsado á suponer bajo aquella aparente tranquilidad todas las tempestades y tal vez todas las corrupciones. Verdad es que con él no era la Marquesa como con todo el mundo. El carácter de sus relaciones tenía matiz especial, consistiendo en la ironía encubierta que se establece entre dos personas que no quieren recordarse ni olvidarse. Esta ironía, moderada en el lenguaje del Conde por la cortesía y el respeto, era mucho más acentuada, y algunas veces hasta la amargura, en el de la Marquesa. Camors creía en algunos momentos descubrir algo de coquetería en aquel procedimiento; y esta provocación, por vaga que fuese, por parte de la fría, impassible y hermosa jóven, parecíale un juego tan

terrible como misteriosa. Todo esto le atraía y le inquietaba.

En esta situación se encontraba cuando el Conde fué, como de ordinario, á pasar los primeros días de Setiembre en la quinta de Campvallón, encontrando allí á la señora de Teclé y á su hija. Su permanencia en la quinta fué doloroso aquel año para la señora de Teclé, cuya confianza vacilaba, comenzando á alarmarse su conciencia. Verdad era que había fijado en su pensamiento como último término para su esperanza el día en que su hija cumpliera las veinte años, y la jóven solamente tenía diez y ocho; pero ya le habían pedido su mano, el rumor público la había casado varias veces, el conde de Camors no podía ignorar aquellos rumores que circulaban por la comarca, y sin embargo, callaba, sin cambiar de conducta; conducta que era para con la señora de Teclé gravemente afectuosa, y con la señorita María, no obstante sus grandes ojos y graciosa boca, indiferente y glacial.

El Conde tenía otras preocupaciones, que ni siquiera sospechaba la señora de Teclé. La conducta que la Marquesa observaba con él desde su llegada á la quinta, parecía tomar color más marcado de ironía y agresión. Nunca es agradable para el hombre la posi-

cion defensiva, y Camors se sentia mas torpe que otro cualquiera, porque estaba menos acostumbrado que nadie. En vista de esto, resolvió únicamente abreviar todo lo posible su estancia en Campvallon.

La víspera de su marcha, á las cinco de la tarde, encontrándose en su ventana mirando por encima de los grandes árboles del parque los negros nubarrones que se amontonaban en el valle, oyó el sonido de una voz que tenia el privilegio de turbarle profundamente.

—¿Señor de Camors!

Y vió á la Marquesa, parada debajo de la ventana.

—¿No venis á pasear un poco?—añadió.

Saludóla, y bajó en seguida.

En cuanto estuvo á su lado, continuó diciendo la marquesa:

—Me asfixió; voy á dar una vuelta por el parque, y os llevo conmigo.

El Conde murmuró algunas frases corteses, y emprendieron juntos el paseo por las tortuosas alamedas. La marquesa avanzaba con rápido paso, majestuosamente; el cuerpo un poco inclinado y erguida la cabeza; involuntariamente se buscaba un paje á su espalda; pero no lo habia, y su larga falda azul (rara vez llevaba vestido redondo)

arrastraba por la arena y las hojas secas con el ruido cadencioso y regular de la seda.

—Tal vez os he interrumpido (dijo la marquesa, pasados algunos momentos). ¿En que pensabais?

—En nada ... contemplaba la tempestad que se aproxima.

—¿Os aficionais á la poesia, primo?

—No necesito aficionarme, prima.... lo soy muchísimo.

—No lo sospechaba.... ¿Os marchais decididamente mañana?

—Decididamente.

—¿Por qué tan pronto?

—Tengo que hacer alla abajo.

—Y bien: ¿no está allí Vatro.... Vautrot, ó como se llame?

—Vautrot era el secretario del conde de Camors.

—Vautrot puede hacerlo todo.

—Entre paréntesis, vuestro Vautrot me desagrada bastante.

—Y á mi tambien....; pero me lo recomendaron á la vez mi vieja amiga la señora de Dilly como filósofo, y mi tia de la Roche-Jugan como antiguo seminarista....

—¿Qué tontería!

—Ademas (añadió Camors,) es instruido y tiene buena letra.

—¿Y vos?

—¡Cómo!.... ¿Yo?

—¿No tenéis buena letra?

—Cuando queráis la vereis.

—¡Ah! ¿Y qué me escribireis?

Imposible es imaginar el tono de suprema indiferencia y altanera ironía con que sostenía la Marquesa este extraño diálogo, sin acortar el paso, ni dirigir una mirada á su interlocutor, ni modificar la actitud altiva y erguida de su cabeza.

—Os escribiré prosa.... ó versos, según queráis,—contestó Camora.

—¡Ah! ¿Sabeis hacer versos?

—Cuando estoy inspirado.

—¿Y cuando estais inspirado?

—Generalmente, por la mañana.

—Y nos encontramos en la tarde.... No es muy agradable eso para mí.

—Señora, creo que tenéis la pretension de inspirarme.

—¿Por qué no? Sentírfame muy feliz y dichosa. ¿Sabeis lo que quiero hacer allí?

Habíase detenido repentinamente delante de un puente rústico construido sobre un riachuelo.

—No puedo adivinarlo.

—¿No sabeis adivinar nada? Quiero colocar una roca artificial, primo.

—¿Y por qué no natural, prima? Yo la colocaria natural.

—No es mala idea (dijo la marquesa, continuando la marcha y atravesando el puente) pero ya truena.... Adoro las tempestades en el campo.... ¿Y vos?

—Yo las prefiero en Paris.

—¿Por qué?

—Porque no las oigo.

—No tenéis imaginacion.

—Tengo, pero la suprimo.

—Es muy posible. Sospecho que ocultais vuestros méritos en general...., y particularmente á mí.

—¿Y por qué he de ocultároslos?

—¿Por qué? por caridad sin duda.... por no deslumbrarme.... por consideracion á mi reposo.... Indudablemente sois muy bueno, os lo aseguro.... ¡Ah! ¡Esto es peor! ¡Ya llueve!

En efecto: gruesas gotas sonaban en el follaje y caian sobre la amarilla arena de la alameda: el dia declinaba rápidamente, y violentas ráfagas inclinaban las copas de los árboles.

—Es necesario volver (dijo la jóven) esto se pone grave.

Y emprendieron, con algun apresuramiento el camino de la casa; pero á los po-

cos momentos un blanco relámpago rasgó bruscamente la nube, resonó un fragoroso trueno, y comenzó á caer una lluvia torrencial.

Afortunadamente, allí cerca existía un abrigo, al que pudieron acogerse la marquesa y su compañero. Este abrigo lo formaba una ruina que habían conservado para adorno del parque, y que en otro tiempo fué capilla del antiguo castillo. Las paredes, casi intactas, desaparecían bajo frondoso manto de hiedra; algunos arbustos habían brotado sobre la cornisa y se confundían con el ramaje de los seculares árboles que rodeaban la capilla dándole sombra. La techumbre había desaparecido, conservándose solamente un trozo en la extremidad del coro, hacia el punto que debió ocupar el altar. Allí estaban acumulados azadones, escardillos, palas, carretillas y otros muchos instrumentos de jardinería; en medio de aquella confusión y en aquel estrecho espacio, fué la marquesa á refugiarse, seguido de su compañero.

La tempestad redoblaba su violencia; la lluvia caía á mares en el recinto de las viejas paredes, inundando la parte inferior de la antigua nave; sucedíanse los relámpagos casi sin interrupción, y á cada momento se desprendían fragmentos de mampostería de

la ruinosa bóveda, que se estrellaban contra el pavimento.

—Me parece muy hermoso todo esto,— dijo la señora de Campvallón.

—Y á mi también —añadió el Conde, levantando los ojos á la dislocada bóveda que medio les guarecía; —pero no sé, en verdad, si nos encontramos seguros aquí.

—Si teneis miedo, marchaos,— dijo la Marquesa.

—Temo por vos.

—¡Cuando digo que sois muy bueno! . . .

Diciendo esto, se quitó la toca, y comenzó á limpiarla tranquilamente con los guantes para quitarle algunas gotas de agua.

Después de algunos momentos, levantó la cabeza desnuda, y dirigiendo á Camors una de esas profundas miradas que preparan á una pregunta temible:

—Primo —dijo; —si estuviérais seguro que uno de esos relámpagos había de mataros dentro de un cuarto de hora, ¿qué haríais?

—Querida prima, naturalmente me despediría de vos,— contestó Camors.

—¿Cómo?

El Conde la miró fijamente á su vez.

—¿Sabeis (dijo) que hay momentos en que me siento inclinado á creerlo diabólico?

—¿De veras? Pues bien: hay momentos

en que yo misma me siento inclinada á creerlo. Por ejemplo: ¿sabeis lo que desearia en el momento presente? Quisiera disponer del rayo.... y en dos minutos no existiriais.

—¿Por qué?

—Porque recuerdo.... recuerdo que existe un hombre á quien me ofreci y me rehuse.... y que ese hombre está vivo.... y eso me desagrada un poco.... mucho.... extraordinariamente.

¿De veras, señora? —dijo Camors por decir algo.

La marquesa se echó á reir.

—Supongo que no lo creereis (añadió) no soy tan mala.... Es una broma, y hasta de mediano gusto, convengo en ello.... Pero, hablando seriamente ahora, señor y primo ¿que pensais de mi? ¿Que clase de mujer creeis que he llegado á ser con el tiempo?

—Os juro que lo ignoro absolutamente.

Admitamos que he llegado á ser, como haceis el honor de suponer hace un momento, una persona diabólica; decid: ¿creeis que no entráis por nada de ello? ¿No creeis que existe en la vida de la mujer una hora decisiva, en la que si se arroja en su alma una semilla mala, puede producir tremendos frutos? ¿No lo creeis así? ¡Decidlo!.... ¿Y que sería excusable si tuviese para con vos los

sentimientos de un angel exterminador?.... ¿Y que algun mérito tengo en ser lo que soy, una buena mujer muy sencilla.... que os quiere bien.... con un poquito de rencor, no mucho.... y que en suma, os desea toda clase de felicidades en este mundo y en el otro?.... No me contesteis; la contestacion os seria embarazosa, y ademas, es inútil.

Dicho esto, salió de su abrigo y levantó su rostro al cielo, como para ver en que estado se encontraba la tempestad.

—Ha terminado (dijo) marchemos.

Entonces vió que la parte inferior del pavimento estaba transformada en verdadero lago de agua y lodo: detúvose en la última grada del coro, y lanzando una breve exclamacion:

—¿Que hacer.—dijo mirando su lijero calzado.

Y volviéndose en seguida al Conde:

—Caballero, id á buscar una barca.

Camors retrocedió tambien en el momento de poner el pié en el lodo y agua estancada que llenaba todo el recinto de la nave.

—Esperad un poco (dijo:) voy á buscaros unas botas, unos chanclos, cualquier cosa.

—¡Hay otra cosa mucho mas sencilla! (dijo

la Marquesa, con un movimiento de brusca resolución.) Vais á llevarme hasta la entrada.

Y sin esperar la contestacion del jóven, se recogió con mucho cuidado la falda, y cuando estuvo dispuesta:

—Llevadme, —dijo.

El Conde la miraba con asombro, creyendo que continuaba bromeando; pero la Marquesa hablaba con seriedad.

—¿Que teneis? —preguntó.

—Nada.

—¿No teneis bastantes fuerzas?

—¡Creo que sí!

Y la cogió en los brazos como en una cuna, mientras que la jóven se sujetaba las faldas con ambas manos; en seguida bajó las gradas y se dirigió á la puerta con su extraña carga. Al principio tuvo que tomar algunas precauciones para no resbalar en el inundado pavimento, y esto le absorbió durante los primeros pasos; pero cuando aseguró ya el pié, experimentó la natural curiosidad de ver el aspecto de la marquesa, cuya desnuda cabeza descansaba algo caída sobre los brazos que la sostenian; tenia entreabiertos los labios por una sonrisa casi maligna, que dejaba ver sus dientes pequeños y blancos como la leche; la misma ex-

presion de malicia brillaba en sus ojos, que se fijaron durante dos segundos en los de Camors con penetrante persistencia, y despues se velaron bajo la azulada franja de sus párpados. El conde sintió como un relámpago que le atravesaba la médula de los huesos.

—¿Quereis volverme loco? —murmuró.

—¿Quien sabe? —contestó ella

Y en el mismo momento, abandonando sus brazos, puso sus pies en tierra y salió de la ruina.

Sin cambiar mas palabras regresaron, y solamente cuando iban á entrar en el salon se volvió la marquesa hacia Camors diciéndole:

—Estad seguro de que en el fondo soy muy buena. . . ., ¡muy buena!

No obstante esta afirmacion, el conde de Camors se apresuró á partir á la mañana siguiente. La Marquesa habia humillado su orgullo, exaltado su impasible pasion, é inquietado su honor. ¿Qué era aquella mujer, y qué queria de él? ¿Le inspiraba aquella coquetaría infernal el amor ó la venganza? Fuese lo que fuese, el conde de Camors no era tan novicio en este género de aventuras que no viese con claridad en el abismo encubierto bajo el roto hielo: así, pues, resolvió sin-

ceramente cerrarlo entre los dos para siempre. Indudablemente, el mejor procedimiento para conseguirlo hubiese sido terminar todas las relaciones con la Marquesa; pero ¿cómo explicar esta conducta al General sin despertar sus sospechas, y sin correr el riesgo de perder á su esposa en su opinion? Esto era imposible. Armóse, pues, de todo su valor, y se resignó sufrir con alma inerte todas las pruebas que podía reservarle aun, la intimidad verdadera ó fingida de la Marquesa.

II

En aquella época tuvo el Conde una idea muy singular. Era miembro de varios círculos de los mas aristocráticos, y ocurriósele reunir un grupo de hombres escogidos entre lo mas selecto de sus compañeros, y formar con ellos una asociación secreta, que tuviese por objeto fijar y mantener entre sus miembros los principios del punto de honor en su severidad mas estricta. Esta sociedad, de la que habló vagamente el públi-

co con el nombre de Sociedad de los *Refinados*, y también de los *Templarios*—que era su verdadero nombre,—no tenía nada de común con la de los *Devoradores*, ilustrada por Balzac, puesto que carecía de todo carácter romántico y dramático. Los que formaban parte de ella no pretendían, en manera alguna, ponerse fuera de la moral común, ni sobre las leyes del país, no comprometiéndose tampoco con ningún juramento de mutuo y perfecto auxilio, sino que únicamente se comprometían bajo su palabra, á observar en sus relaciones recíprocas las reglas más puras del honor. Estas reglas se precisaban en su código, cuyo texto es muy difícil conocer con exactitud; pero creese que se refería casi únicamente á las cuestiones de honor familiares entre hombres en las regiones especiales del círculo, del juego, del *sport*, del duelo y de la galantería. Era, por ejemplo, faltar al honor y rebajarse, perteneciendo á la asociación, pretender la esposa ó la amante de otro miembro. No había otra sanción penal que la expulsión; pero las consecuencias de la expulsión eran graves, porque cada uno de los asociados dejaba desde aquel momento de tratar, y hasta de saludar, al miembro indigno. Los *Templarios* adquirían en este

pacto secreto una ventaja: la seguridad particular de sus relaciones entre ellos en las diferentes circunstancias de la vida mundana en que diariamente se encontraban, bien entre bastidores, bien en los salones, bien en derredor de las mesas del círculo ó bien en las tribunas del *turf*.

Entre sus compañeros y émulos de la alta vida parisién, el conde de Camors era sin duda una excepción, por la profundidad y constancia sistemática de sus doctrinas; no lo era seguramente en cuanto al escepticismo absoluto y materialismo práctico; pero la necesidad de una ley moral es tan natural al hombre, y le es tan dulce obedecer á un freno tan elevado, que los adeptos elegidos á quienes primeramente sometió Camors su proyecto lo acogieron con entusiasmo, gozosos con poder sustituir una especie de religión positiva y formal, por restringidos que fuesen sus límites, á las confusas y flotantes nociones del honor corriente. Adivínase desde luego que para el mismo Camors era una nueva barrera que trataba de alzar entre él y la pasión que le fascinaba, sujetándose de esta manera con doble fuerza al único lazo moral que le quedaba. Completó su obra haciendo aceptar al General la presidencia de la asociación; y el General,

para quien el honer era una especie de deidad misteriosa, pero real, quedó muy satisfecho al presidir el culto de su ídolo.

Mediaba á la sazón el invierno. La marquesa de Campvallón había reanudado hacia tiempo el curso de su vida, á la vez severa y elegante, siendo exacta en la iglesia por la mañana, en el Bosque y en las rifas de caridad durante el día, y en la Opera ó en los Italianos por la noche. Había vuelto á ver al conde de Camors sin sombra de emoción aparente, y hasta le había tratado con mas naturalidad y sencillez que antes: ni la mas ligera mirada retrospectiva, ni la mas pequeña alusion á la escena del parque durante la tempestad; condújose como si aquel día hubiese lado expansion de una vez para siempre á lo que tenia en el pecho. Su conducta se parecia mucho á la indiferencia. El conde de Camors debía alegrarse mucho de esto, y sin embargo estaba contrariado. Un interés cruel, mas poderoso y querido ya de su alma hastiada, desaparecia de su vida. Inclínabase á creer que la marquesa de Campvallón tenia carácter mucho menos profundo y menos complicado de lo que se figuró al principio; que se habia amoldado poco á poco á la vulgaridad mundana, y que, en realidad, habia llegado á ser lo que pre-

tendia: una buena persona, contenta con su suerte é inofensiva.

Una noche se encontraba el conde en su butaca de orquesta en la ópera. Daban los *Hugonotes*. La marquesa ocupaba su palco. Varios encuentros que tuvo Camors en los pasillos durante los primeros entreactos le impidieron ir tan pronto como de ordinario, á saludar á su prima, y al fin, despues del cuarto acto, subió al palco donde la encontró sola, pues el General habia bajado al salon. Quedó asombrado al entrar, al notar en las mejillas de la jóven huellas de recientes lágrimas, y ver aun húmedos sus ojos; la marquesa á su vez mostró quedar descontenta de ser sorprendida en flagrante delito de sensibilidad.

—La música me ataca siempre un poco á los nervios,—dijo.

—Vos, que me censurais que oculto mis méritos, ¿por qué ocultais los vuestros?—dijo Camors.

—No, no (contestó ella). Ningun mérito tengo en esto. . . . ¡Ah, Dios mío! Si supieseis. . . .: es todo lo contrario.

—¿Qué misteriosa sois!

—¿Teneis mucha curiosidad de conocer el misterio? Pues bien: vais á quedar satisfecho. porque ya es tiempo de concluir. . . .

Y separando un poco la butaca del antepecho y de la vista del público, se volvió hacia á Camors, y continuó diciendo:

—¿Quereis saber qué soy, qué siento, qué pienso... ó mejor dicho, quereis saber si pienso en el amor?... Pues bien: no pienso en otra cosa. ¿Qué mas?... ¿Si tengo ó no tengo amantes? No tengo ni tendré jamas, no por virtud— en nada creo— sino por estimacion propia y desprecio de los demas... Esas mezquinas intrigas, esos pobres amores, esas miserables pasiones que veo en el mundo, me sublevan el corazon.... Necesario es que las mujeres que se entregan por tan poco, sean criaturas muy inferiores... En cuanto á mí, recuerdo habérselo dicho un dia—hace ya mil años,—mi persona me es sagrada, y para cometer un sacrilegio, quisiera; como las vestales de Roma, un amor tan grande como mi crimen, tan terrible como la muerte.... Hace un momento he llorado, ese magnífico cuarto acto. Y no solamente porque escuchaba la música más maravillosa que se ha escuchado jamás sobre la tierra, sino porque admiraba, porque envidiaba apasionadamente los soberbios amores de aquel tiempo.... ¡Y así es la verdad! Cuando leo las novelas de ese hermoso siglo XVI, quedo extasiada, ¡aque-

llos hombres, aquellas mujeres sabian amar... y morir! ¡Una noche de amor, y perecer! ¡Esto es hermoso!—Esto es todo, querido primo. Ahora marchaos; nos observan. Van á creer que nos amamos, y como no tenemos ese placer, es inútil recoger los sinsabores. Ademas me encuentro aún en plena corte de Carlos XI, y me dais compasion con vuestro frac negro y vuestro sombrero redondo. Buenas noches.

—Muchas gracias,—dijo Camors.

Estrechó la mano que la marquesa le tendia con desfallecimiento, y salió del palco.

En el pasillo encontró al señor de Campvallon.

—¡Caramba! Querido amigo (le dijo el General, cogiéndole un brazo); necesito comunicaros una idea que me está asediando toda la noche.

—¿Qué idea es esa, General?

—Hela aquí: he visto esta noche una multitud de jovencitas preciosas; he pensado en vos, y he dicho á mi mujer: "Es necesario casar á Camors con una de esas muchachas."

—¡Oh! ¡General!

—¡Y bien! ¿Qué?

—Eso es grave. ¡Si se engaña uno en la

eleccion....., puede llegar muy lejos la cosa!

— ¡Bah! ¡bah! ¡No es tan difícil el negocio!... Elegid una mujer como la mia....., que tenga mucha religion, poca imaginacion y ninguna fogosidad.... ¡En esto consiste el secreto!... ¡Os lo digo en reserva, querido!

— Bien, General; pensaré en ello.

— Pensad, pues, — contestó el General con profundo acento.

Y marchó á reunirse con su jóven esposa, á la que tan perfectamente conocia.

En cambio, ella se conocia bien á sí misma, y se habia definido con asombrosa verdad. Sin embargo, la señora de Campvallon no era á su modo, como el señor de Camors al suyo, excepcion en el mundo parisién; aunque dos almas tan enérgicas y dos inteligencias tan privilegiadas hubiesen de llevar la depravacion á un grado extraordinario.

En efecto: la atmósfera artificial de la alta civilizacion parisién quita á las mujeres el sentimiento y el gusto del deber, dejándoles solamente el sentimiento y el gusto de los placeres. En este medio, brillante y falso como magia de teatro, pierden la noción verdadera de la vida en general y de la vida

cristiana en particular, pudiendo asegurarse que todas aquellas que no se forman fuera del torbellino una especie de Tebaida (las hay de estas), son paganas. Y son paganas porque solamente les interesan las voluptuosidades de los sentidos y del espíritu, y una sola vez al año tienen una idea, una impresion del orden moral, á menos que enérgicamente las llame á ellas la maternidad; que algunas detestan; son paganas como las bellas católicas profanas del siglo xvi, entusiastas del lujo, de los ricos trajes, de los muebles preciosos, de las letras, de las artes, de ellas mismas y del amor; son paganas encantadoras como Maria Estuardo, y capaces como aquella de encontrarse cristianas bajo el hacha.

Se comprende que hablamos de la parte mejor, de la escogida, de las que leen, piensan y sueñan. De las demas, de aquellas que solamente toman de la vida de París el lado pequeño y el aturdimiento pueril, esas locas que se visitan, se dan citas, se arrastran mutuamente, se visten, murmuran y se agitan día y noche en el vacío, y bailan con una especie de frenesí á la luz del sol parisién, sin pensamiento, sin pasiones, sin virtudes y hasta sin vicios, es necesario confesar

que no puede imaginarse nada mas despreciable.

La marquesa de Campvallon era, pues, verdaderamente, como habia dicho á aquel hombre que se le parecia una gran pagana; y como habia dicho tambien, en una de esas horas solemnes en que el destino de las mujeres vacila y se decide, casi siempre bajo la influencia de aquel que ama, el señor de Camors habia arrojado á su espiritu y su razon una semilla que habia fructificado maravillosamente.

Camors no trató en manera alguna de acercársela; pero, impresionado por las armonias que le aproximaban á la marquesa, deploró con mayor amargura que antes las fatalidades que les separaban. Sintiéndose ademas mas seguro de si mismo desde que se habia encadenado con obligaciones de honor mas estrictas, se abandonó desde aquel momento con menos escrúpulo á las curiosidades y emociones de un peligro contra el que se creia invenciblemente protegido. Ya no temia buscar con mas frecuencia la sociedad de su bella prima, y hasta contrajo la costumbre de visitarla una ó dos veces por semana al salir de la Cámara. Cuando la encontraba sola, su conversacion tomaba invariablemente por una y otra parte el gi-

ro irónico y sordamente provocativo en que tanto sobresalian los dos. No habia olvidado la atrevida confianza del teatro, y se complacia en recordarla, preguntándola si al fin habia encontrado el héroe de amor que buscaba, y que debia ser, segun él, un malvado como Bothwell, ó un músico como Rizzio.

—Existen malvados (contestaba ella), que al mismo tiempo son músicos. . . . A propósito, cantadme algo.

A fines del invierno dió un baile la Marquesa: sus fiestas tenian justa reputacion de magnificencia y buen gusto. Hacia los honores con soberana gracia, y aquella noche llevaba un traje muy sencillo, como debe llevar la dueña de una casa elegante: larga falda de terciopelo oscuro, los brazos desnudos y sin joyas, un collar de perlas gruesas que caia sobre su rosado seno, y por tocado su corona heráldica sobre las ligeras trenzas de su rubio cabello. Camors sorprendió su mirada al entrar cual si le esperase. La noche anterior habia estado á verla, habiendo mediado entre ellos una escaramuza más viva que otras veces. El esplendor de la Marquesa le sorprendió. Su cabeza, sobreexitada sin duda por los ardores secretos de la lucha, y como iluminada por una llama interior, te-

nia la suavidad delicada de trasparente alabastro. Cuando el Conde consiguió acercarse á saludarla, cediendo á pesar suyo á un movimiento de apasionada admiracion:

—Estais admirablemente bella esta noche—dijo.—Capaz de hacer cometer un crimen.

La Marquesa le miró fijamente á los ojos.

—¡Quisiera verlo!—contestó.

Y se alejó con soberbio abandono.

El General se habia acercado, y dando un golpecito en el hombro al Conde:

Camors (le dijo) no bailais, como de ordinario.... ¿Jugamos un piquet?

—Con mucho gusto, General.

Y juntos cruzaren dos ó tres salones, entraron en el gabinete particular de la marquesa, pieza ovalada, muy alta, tapizada de fuerte damasco rojo sembrado de flores negras y blancas. Aunque las puertas eran muy grandes, gruesos portiers aislaban completamente el gabinete del salon inmediato. Allí acostumbraba jugar el General, y algunas veces á dormir durante sus fiestas. Delante de un divan habian colocado una mesa de juego, y exceptuando este detalle, el gabinete conservaba su familiar aspecto diario: labores de mujer comenzadas, libros,

periódicos y revistas desparramados sobre las mesas.

Despues de dos ó tres partidas que ganó el General, (Camors estaba distraido]

—Jóven (dijo el marqués) no debo arrebatáros tanto tiempo á esas señoras... Os devuelvo la libertad.... Voy á dar una ojeada á los periódicos.

—Creo que no traen nada nuevo,—contestó Camors levantándose.

Y cogiendo un periódico, se colocó de espaldas á la chimenea, calentándose los piés alternativamente. Arrellenado el General en el divan, recorrió la *Gaceta del Ejército*, aprobó algunas promociones militares, censuró otras, y poco á poco se durmió con la cabeza inclinada sobre el pecho.

El conde de Camors no leía; escuchaba vagamente la música de la orquesta, y meditaba. Entre las armonias, rumores y cálidos perfumes del baile, seguia con el pensamiento todas las evoluciones de la que era señora y reina de la fiesta; veía su ligero y altivo paso, oía su voz grave y sonora, y respiraba su aliento. Aquel jóven habia abusado de todo; el amor y el placer no tenian para él secretos ni tentaciones: pero su imaginacion hastiada y envejecida despertaba encendida ante aquel hermoso mármol vivo y palpitante.

Aquella belleza pura, severa y devorada por el fuego, le turbaba hasta el fondo de su ser. Verdaderamente la Marquesa era para él mas que una mujer, mas que una mortal. Las fábulas antiguas, las diosas enamoradas, las bacantes embriagadas, las voluptuosidades sobrehumanas, lo desconocido y lo imposible en el placer terrestre, todo esto era verdadero, real, posible, estaba á dos pasos, bajo su mano ¡y le separaba de ello la importuna sombra de aquel anciano dormido! Pero aquella sombra, al fin, era el honor....

Abrumado en estos pensamientos, tenia los ojos sin mirada y fijos en el portier que daba frente á la chimenea. De pronto levantaron el portier casi sin hacer ruido, y la Marquesa mostró bajo los pliegues su hermosa frente coronada. Recorrió con la vista el interior del gabinete, y despues de una pausa, dejó caer lentamente el portier, y marchó en línea recta hacia Camors, que la miraba asombrado é inmóvil. Le cogió las dos manos sin hablar, le miró con fijeza, dirigió una rápida ojeada á su dormido esposo, y despues, alzándose un poco sobre los piés, presentó los labios al jóven. Camors sintió un vértigo, olvidólo todo, se inclinó, y la obedeció.

En aquel mismo instante el General hizo

un brusco movimiento y despertó; pero ya estaba delante de él la Marquesa, apoyadas ambas manos en la mesa de juego, y diciéndole con una sonrisa:

—Buenos dias, mi General.

El General murmuró algunas palabras de excusa, pero la Marquesa le rechazó dulcemente sobre el divan.

—Continuad,—añadió;—venia á buscar á mi primo para el cotillon.

Y se dirigió al salon, siguiéndola Camors, pálido como un espectro. Al pasar bajo el portier, volvióse la Marquesa, y le dijo á media voz.

—¡He aquí el crimen!

Y en seguida se perdió entre la multitud que llenaba aun los salones.

El conde de Camors no trató de reunirse á ella, y le pareció que la marquesa tambien le evitaba.

Un cuarto de hora despues salia del hotel de Campvallon.

En seguida marchó á su casa. En su habitacion habia una lámpara encendida. Cuando al pasar se vió en un espejo, se asustó. Aquella espantosa escena le habia aterrado. Ya no podia engañarse: su discípula habia llegado á ser maestra suya. El hecho en si nada tenia de sorprendenté. Las mujeres

suben mas pronto que nosotros á la grandeza; no hay virtud, no hay abnegacion, no hay heroismo en que no nos sobrepujen; pero una vez lanzadas á los abismos, caen mas pronto y mas abajo que los hombres. Esto depende de dos causas: tienen mas pasion y no entienden como nosotros el honor.

Porque, al fin, este honor es algo, y no se le debe difamar. El uso del honor es noble, delicado, saludable. Realza las cualidades viriles. Es el pudor del hombre. Algunas veces es una fuerza, y siempre una gracia. Mas, pensar que el honor basta á todo; que ante los grandes intereses, las grandes pasiones y las grandes pruebas de la vida, sea apoyo y defensa infalible; que supla á los principios que vienen de mas arriba, y que, en fin, reemplace á Dios, es engañarse gravemente: es exponer en un minuto fatal el precio de sí mismo, y á caer repentinamente y para siempre en el oscuro océano de amargura en que se agitaba con desesperacion en aquel momento el conde de Camors, como náufrago entre las tinieblas de la noche.

Durante aquella noche infausta, libró el último combate, lleno de angustias, y lo perdió. A las seis de la tarde siguiente, estaba en casa de la Marquesa.

La encontró en su habitacion, rodeada de

su lujo regio. Estaba medio tendida en una otomana, cerca de la chimenea, algo pálida y fatigada, y le recibió con calma y frialdad acostumbradas

— Buenas tardes [le dijo] ¿Va bien?

— No mucho, — contestó Camors.

— ¿Por qué?

— Supongo que lo sospechais

La marquesa le miró con asombrados ojos y no contestó.

— Os suplico, señora (repuso Camors sonriendo) que cese la música, porque el telon está levantado y comienza el drama.

¡Ah! ¡Veámoslo!

¿Me amais (preguntó) ó solamente quisisteis probarme anoche? ¿Podeis y quereis decírmelo?

— Podria ciertamente, pero no quiero.

— Os creia mas franca.

— Tengo horas.

— Pues bien [dijo Camors]; si la hora de la franqueza ha pasado para vos, ha llegado para mi.

— Lo cual es una compensacion.

— Y voy á demostrarlo, — continuó diciendo Camors.

— Lo celebro infinito, — dijo la Marquesa reclinándose cómodamente, como para gozar mejor de la escena.

—Yo, señora, os amo . . . y como queréis ser amada . . . Os amo ardientemente . . . , mortalmente, lo bastante para hacerme matar, y lo bastante para mataros.

—¡Muy bien!—dijo la Marquesa á media voz.

—Pero (continuó Camors, con acento sordo y contenido) al amaros, al decíroslo, al tratar de haceros compartir mi amor, violo indignamente deberes de honor que conocéis, y otros también que ignoráis. Esto es un crimen, vos lo habeis dicho. No trato de atenuar mi falta. La veo, la juzgo y la acepto. Rompo el último lazo moral que me quedaba. Abandono las filas de los hombres de honor . . . No tengo ya nada de humano más que mi amor, nada sagrado más que vos; pero es necesario que mi crimen se revista al menos de alguna grandeza . . . Y ved como lo concibo . . . Concibo dos seres igualmente libres y fuertes, amándose y estimándose solos el uno y el otro por encima de todo, no teniendo cariño, abnegacion, lealtad y honor mas que para ellos dos; pero poseyendo todo esto en grado supremo. Os doy y consagro en absoluto mi persona, todo lo que soy y todo lo que puedo llegar á ser, á condicion de pago igual . . . Permanezcamos dentro de la convencion social,

fuera de la cual los dos seriamos miserables . . . Secretamente unidos y secretamente aislados en alturas desconocidas, en medio de la turba humana, dominándola y despreciándola; pongamos en comun nuestras dotes, nuestras potencias, nuestros dos reinados parisienses; el vuestro, que no puede ensancharse; el mio, que aumentará si me amais . . . y vivamos asi el uno para el otro hasta la muerte . . . Soñábais, dijisteis, amores extraños y casi sacrilegos: aqui teneis uno. Pero antes de aceptarlo, pensadlo bien, porque os aseguro que esto es muy grave. Mi amor por vos es inmenso . . . Os amo bastante para desdeñar y hollar con los pies lo que los últimos de los hombres respetan aun . . . Os amo bastante para encontrar en vos sola, en vuestra estimacion, en vuestra ternura, en el orgullo y embriaguez de ser vuestro . . . el olvido y el consuelo de la amistad ultrajada, de la fe vendida, del honor perdido . . . Pero, señora, debeis comprender que hariais mal en jugar con un sentimiento como este . . . Pues bien: si queréis mi amor, si aceptais esta alianza . . . contraria á todas las leyes del mundo . . . pero grande, al menos, y extraña . . . dignaos decírmelo y caigo á vuestros pies. Si no la aceptais, si os causa miedo, si no es-

tais dispuesta á las terribles obligaciones que entraña, decidlo tambien.... Cuéstemelo que me cueste, aunque destroce mi corazon, parto, me alejo de vos para siempre y lo que pasó ayer quedará eternamente olvidado.

Calló, y quedó con los ojos fijos en los de la Marquesa, con expresion de ardiente ansiedad.

A medida que hablaba, habia ido aumentando la gravedad de su acento, y la jóven le escuchó con la cabeza algo inclinada, en actitud de intensa curiosidad, dirigiéndole por momentos miradas llenas de sombrías llamas. La débil y rápida palpitacion de su seno, y el ligero estremecimiento de sus delicadas facciones, eran las únicas señales que revelaban la tempestad que rugia en su corazon.

—Todo eso—dijo despues de corto silencio—es, efectivamente, interesante.... Pero en todo caso, creo que no pensareis en marcharos esta noche.

—No,—contestó Camors.

—Pues bien—añadió la Marquesa, haciendo con la cabeza un signo de despedida y sin tenderle la mano;—volveremos á vernos.

—Pero ¿cuándo?

—Pronto.

El Conde creyó que pedia tiempo para reflexionar, algo asustada sin duda ante la monstruosidad que habia provocado. La saludó gravemente, y salió.

Al dia siguiente y en los dos sucesivos se presentó en vano en la habitacion de la Marquesa: ésta comia fuera, y se estaba vistiendo.

Aquellos dias fueron para Camors siglos de tortura. Un pensamiento que frecuentemente le habia inquietado se apoderó de él con cierta dolorosa evidencia. La marquesa no le amaba: habia querido sencillamente vengarse del pasado, y despues de deshonorarle, se burlaba de él: le habia hecho firmar el pacto, y ahora se le escapaba. Y sin embargo, en medio de los gritos de su orgullo, su pasion, en vez de disminuir, aumentaba.

El cuarto dia despues de su conversacion no fué á casa de la marquesa, á la que esperaba ver por la noche en la de la vizcondesa de Oilly, á la que acostumbraba dedicar los viernes. La vizcondesa de Oilly era aquella antigua amante del conde de Camors, padre, á la que juzgó conveniente confiar la educacion de su hijo. Camors habia conservado hacia ella cierto cariño, porque era de esas

mujeres á quienes se quiere, sin dejar por esto de ridiculizarlas un poco. Hacia mucho tiempo que la vizcondesa habia dejado de ser jóven, y obligada á renunciar á la galanteria, que fué la ocupacion principal de sus bellos años, y no teniendo gusto por la devocion, se le habia puesto en la cabeza dar reuniones, á las que concurrían algunos hombres distinguidos, sabios, escritores y artistas. Hacíase gala allí de pensar libremente, y la vizcondesa, para hacer frente á su nueva situacion, habia decidido ilustrarse, por lo cual asistía á las lecciones públicas y á las conferencias, cuya moda comenzaba á establecerse. La anciana señora hablaba bastante bien de las generaciones espontáneas, lo cual no impidió que experimentase profunda sorpresa el día que Camors, que gustaba de atormentarla un poco, le reveló que los hombres descendían de los monos.

—Vamos, amigo mio—contestó,—yo no puedo admitir eso, en verdad.... ¿Cómo podeis creer que vuestro abuelo fuese un mono...., siendo como sois tan guapo?

A esta altura racionaba sobre todas las cosas, y, sin embargo, se vanagloriaba de ser filósofa; pero algunas mañanas salía á hurtadillas, con velo muy tupido, entraba en San Suplicio, y se confesaba, con objeto de po-

nerse bien con Dios, si por casualidad existia.

La Vizcondesa era rica, estaba bien emparentada, y, no obstante las ruidosas ligerezas de su juventud, la mejor sociedad concurría á su casa. La señora de Campvallón habia consentido en que la presentase Camors, yendo en pos la condesa de la Roche-Jugan, que por todas partes la seguía con su hijo Segismundo.

Aquella noche era poco numerosa la reunion. El conde de Camors acababa de llegar, cuando tuvo la satisfaccion de ver entrar al General con su esposa. La Marquesa le manifestó el sentimiento que habia tenido por no haber estado en casa los días anteriores; pero que era muy difícil esperar explicacion decisiva en un círculo tan reducido y bajo los vigilantes ojos de la señora de la Roche-Jugan. Camors interrogaba en vano el rostro de la jóven Marquesa, encontrándole hermoso y frio como de costumbre. Crecieron sus ansiedades, y en aquel momento hubiese dado su vida porque le dijese su prima una palabra de amor.

La vizcondesa de Oilly gustaba de los juegos de ingenio, á pesar de que ella no tenia ninguno. En su casa se jugaba al *secretario* y á los *papelitos*, como se juega todavía hoy en algunas reuniones, pasatiem-

pos inocentes, que no siempre lo son, como vamos á ver.

Habian distribuido lapiceros, plumas y pedacitos de papel á los concurrentes que se prestaban al juego, y sentados unos en rededor de una gran mesa, otros en solitarias butacas, escribian misteriosamente preguntas y contestaciones, mientras el general jugaba al whist con la señora de la Roche-Jugan. No acostumbraba la marquesa de Campvallón á tomar parte en estos juegos que la fastidiaban, por lo cual asombró al conde de Camors verla aceptar aquella noche un lapicero y los papeles que la ofreció la vizcondesa. Esta singularidad despertó su atencion y le puso en guardia; entró el tambien en el juego, contra su costumbre, y hasta se encargó de recoger en un canastillo los billetes á medida que los escribian. Pasó una hora sin ningun incidente particular, disipándose tesoros de ingenio, haciéndose sutiles é inesperadas preguntas: "¿Que es el amor? — ¿Creis que sea posible la amistad entre los dos sexos: — ¿Que es mas dulce, amar ó ser amado" se siguieron tranquilamente con respuestas equivalentes.

De pronto lanzó un débil grito la Marquesa, y se vió una gota de sangre brotar poco á poco en su frente: echóse á reir en

seguida, y mostró su lapicero de plata, que tenia pluma en su extremo, con la que se habia picado la frente en la obstinacion de sus reflexiones. Desde aquel momento redobló la atencion de Camors, tanto mas, cuanto que una mirada rápida y segura de la Marquesa le anunció algun acontecimiento próximo. Encontrábase sentada algo á la sombra en un rincon para meditar con mayor tranquilidad las preguntas y contestaciones; y cuando poco despues recorrió Camors el salon recogiendo los billetes, depositó uno en el canastillo y le deslizó otro en la mano, con la destreza felina de su sexo.

En medio de todos aquellos papeles repartidos y arrugados que cada cual leia con curiosidad, no tuvo inconveniente Camors de enterarse, puesto que nadie le observaba, del billete clandestino de la Marquesa que estaba escrito con tinta rojiza, algo pálida, pero perfectamente legible, y contenia estas palabras:

"Pertenezco en alma y cuerpo, honor y bienes, á mi adorado primo Luis de Camors, desde este momento y para siempre.

"Escrito y firmado con la pura sangre de mis venas:

"CARLOTA DE LUC D'ESTRELLES.

"5 de Marzo de 185...."

Toda la sangre de Camors afluyó á su cerebro: ante sus ojos pasó una nube, y se apoyó con una mano en un mueble; en seguida se cubrió su rostro de mortal palidez. Estos síntomas no eran, en manera alguna, de remordimientos ó temor, porque su pasión lo dominaba todo. Experimentaba inmensa alegría, contemplaba el mundo á sus pies.

Por este acto de extraordinaria franqueza y audacia sin límites, sazonado con el sangriento romanticismo de su adorado siglo XVI, se entregó á su amante la marquesa de Campvallon, y su unión fatal quedó sellada.

III

Seis semanas hacia que pasó este último episodio; serian las cinco de la tarde, y la marquesa esperaba á Camors, que debía ir á verla despues de la sesión del Cuerpo legislativo. De pronto llamaron á la puerta de su gabinete que comunicaba con las habitaciones de su marido. Era el general, cuyas facciones estaban descompuestas, según observó la jóven con asombro y hasta con terror.

—¿Qué hay, amigo mío?—dijo.—¿Estais malo?

—No,—contestó el General;— nada de eso.

Y parándose delante de ella, la miró un momento sin hablar; sus grises ojos rodaban en las órbitas.

—Carlota—continuó diciendo al fin con penosa sonrisa,—debo confesaros una locura.... No vivo desde esta mañana.... He recibido una carta singular..... ¿Quereis leerla?

—Si así os agrada....

El General sacó una carta de su bolsillo, y se la dió. Evidentemente habian desfigurado con gran trabajo la letra, y no estaba firmada.

—¿Un anónimo?—dijo la Marquesa, arqueando ligeramente las cejas en señal de desprecio.

Y en seguida empezó á leer la carta, relectada en estos términos:

“Un verdadero amigo vuestro, general, se indigna de ver que se abusa de vuestra confianza y lealtad. Aquellos á quienes mas amais os engañan. Un hombre á quien habeis prodigado favores, y una mujer que os lo debe todo, están unidos en secreta inteligencia que os ultraja, y con sus deseos apresuran la hora en que puedan gozar de vuestros despojos. El que cree un deber sagrado advertiros, no quiere calumniar á nadie, y está convencido de que respeta vues-

tro honor aquella á quien le habeis confiado, que continua siendo digna de vuestro amor y estimacion, y que no comete otro yerro que el de prestarse á los cálculos de porvenir que vuestro mejor amigo no teme fundar sobre vuestra viuda y vuestra herencia. La pobre jóven experimenta á pesar suyo la fascinacion de un hombre demasiado célebre por sus prestigios seductores; pero ¿como calificar la conducta de ese hombre, vuestro amigo y casi vuestro hijo? Todas las personas honradas están indignadas y en particular aquella á quien una conversacion sorprendida casualmente ha enterado de lo que ocurre, y que obedece á la conciencia al daros este aviso.”

Terminada la lectura, la Marquesa devolvió friamente la carta al General, diciendo:

—Firmada, “Leonor Juana de la Roche-Jugan.”

—¿Creeis que sea de ella preguntó el General.

—¡Claro como la luz del dia!—contestó la Marquesa.—*Religioso deber.... prestigio seductor...., personas honradas....* Ha podido disfrazar la letra, pero no el estilo...., y lo mas convincente es que atribuye al conde de Camors—porque creo que se refie-

re á él—sus propios proyectos y sus cálculos, que supongo no se os habrán ocultado, lo mismo que á mí.

—Si creyese que esta miserable carta fuese obra suya—exclamó el General,—no volvería á verla en mi vida.

—¿Por qué? Eso no sirve más que para reír.

El General comenzó uno de sus paseos solemnes por la habitación. La Marquesa miraba el reloj con inquietud. Su marido sorprendió una mirada de aquellas, y se detuvo bruscamente.

—¿Esperais á Camors?—dijo.

—Sí; creo que vendrá despues de la sesión.

—Lo suponía,—murmuró el General.

Y sonrió convulsivamente.

—¿Y sabeis, querida—añadió—que nécia idea me ha perseguido desde el momento en que recibí esta carta infame?... Porque creo, en verdad, que la infamia es contagiosa....

—¿Se os ha ocurrido expiar nuestra conversacion?—dijo la Marquesa con burlona indolencia.

—Si—contestó el General,—allí, detras de aquel portier, como en el teatro.... pero, á Dios gracias, he resistido á esta baja

tentacion.... Si alguna vez me dejase dominar por esta debilidad, querría al menos que fuese con vuestro consentimiento....

—¿Y me lo pedis?—preguntó la marquesa.

—Mi pobre Carlota [dijo el general, con acento dolorido y casi suplicante]; soy un viejo loco, un viejo niño.... pero conozco que esta miserable carta va á envenenar mi vida.... No tendré ya una hora de paz ni de confianza.... ¡Que quereis!.... ¡Me han engañado ya tan cruelmente!.... Soy hombre leal, pero por precision he tenido que conocer que no son todos como yo.... Hay cosas que me parecen tan imposibles como andar con la cabeza, y sin embargo, se que otros hacen estas cosas todos los dias.... ¿Que he de deciros? Al leer estas pérfidas líneas, no puedo menos de recordar que vuestras relaciones con Camors son mas frecuentes que antes,

—Sin duda (dijo la marquesa); le quiero mucho.

—He recordado tambien vuestro encuentro en el gabinete la otra noche durante el baile.... Cuando desperté, los dos teniais aspecto misterioso.... ¿Que misterio puede existir entre vosotros?

—¡Ah! ¡ese es el punto difícil!—dijo riendo la marquesa,

—¿Y no puedo conocerlo yo?

—A su tiempo lo conoceréis.

—En fin, os juro que no sospecho de vos...., ni tampoco de él....; de ninguno de los dos supongo que quiera faltarme formalmente, ultrajarme, manchar mi nombre.... ¡Guárdeme Dios!.... Pero si os amais, aunque respetando mi honor....; si os amais y os lo decís....; si os encontráis en esta situación, aquí á mi lado, en mis brazos, vosotros que sois mis amigos, mis hijos, siguiendo con ojos impacientes los progresos de mi vejez, concertando vuestros proyectos de porvenir, sonriendo á mi cercana muerte...., os creereis tal vez inocentes.... ¡Pues bien; no, eso sería espantoso!

Bajo el imperio de la pasión que le transportaba, la voz y la palabra del General se habían elevado, adquiriendo sus vulgares facciones sombría dignidad é imponente amenaza. Ligera palidez se extendió por el semblante de la jóven, y en su tersa frente se formó tenue arruga. Con un esfuerzo, que hubiese sido sublime en causa mejor, dominó su pasajero desfallecimiento, y, señalando

friamente á su esposo, la puerta por donde había entrado:

—Pues bien—dijo;—colocaos allí.

—¿Me lo perdonareis?

—Amigo mio, no conoceis á las mujeres. Los celos son uno de esos crímenes que, no solamente perdonan, sino que aman.

—¡Dios mio! ¡Estos no son celos!

—Como queráis. Pero, en fin, colocaos allí.

—¿Me lo permitís sinceramente?

—Os lo suplico.... Id á vuestro despacho entre tanto, si quereis... dejad esa puerta abierta.... y cuando veais entrar al señor de Camors, venid.

—No (dijo el General, despues de un momento de vacilacion); puesto que tanto hago.... [y suspiró con amarga tristeza], al menos no quiero dejar ningun pretexto á mi desconfianza.... Si os dejase antes de que llegue él, capaz seria de imaginar....

—Que le he hecho prevenir secretamente, ¿verdad? Nada mas natural. Quedaos, pues, aqui. Tomad un libro, porque nuestra conversacion, hasta que pueda tomar otro giro, sería muy lánguida.

—El General se sentó.

—Pero, en fin, ¿que misterio puede haber entre vosotros?

—¡He ahí el secreto!— dijo otra vez la marquesa con su sonrisa de esfinge.

El General cogió maquinalmente un libro, y la jóven se puso á atizar el fuego y á reflexionar.

Puesto que le gustaba el peligro, el drama y el terror mezclados á sus amores, debía estar contenta, porque en aquel momento la vergüenza, la ruina y la muerte estaban detras de su puerta; pero á decir verdad, esto era demasiado á la vez, hasta para ella, y cuando contempló en silencio la naturaleza y extension verdadera del peligro creyó que su corazon iba á estallar y á perderse su cabeza.

No se había engañado, por otra parte, acerca del origen de la carta. Aquella vergonzosa obra maestra pertenecia efectivamente á la señora de la Roche-Jugan. Diremos, para hacerla justicia, que esta señora no había sospechado todo el alcance del golpe que descargaba. Creía en la virtud de la marquesa; pero, en su incesante vigilancia, no había dejado de observar desde algunos meses la asiduidad de Camors en las habitaciones de la marquesa y el nuevo matiz que habían tomado sus relaciones públicas. No se habrá olvidado que la señora de la Roche-Jugan ambicionaba para su hi-

jo Segismundo la herencia íntegra del viejo General; presintió una rivalidad terrible, y decidió destruirla en gérmen. Lo único que había querido era despertar contra Camors la desconfianza del General, y que le cerrase las puertas de su casa; pero su anónimo, como la mayor parte de las viles maldades de este género, era arma más fatal y mortífera de lo que había presumido su infame autor.

La jóven marquesa meditaba, pues, al atizar la chimenea, y de tiempo en tiempo dirigia furtiva mirada al reloj. De un momento á otro iba á llegar el conde de Camors. No había medio de prevenirle. En el estado actual de sus relaciones, era imposible imaginar que las primeras palabras del conde no revelasen inmediatamente su secreto, y revelado el secreto, ante ella se alzaba por lo menos la deshonra pública, la caída escandalosa, la pobreza y el convento; para su marido ó para su amante, y tal vez para los dos, la muerte.

Cuando resonó el timbre en el patio del hotel anunciando la llegada del conde, todas estas imágenes pasaron por última vez ante los ojos de la marquesa como una legion de fantasmas; en seguida recogió su valor con supremo esfuerzo, y dedicó todas sus facul-

tades á la ejecucion del plan que habia concebido apresuradamente, plan que era su última esperanza, y que una palabra, un gesto, una distraccion, una mala inteligencia del conde de Camors, podia destruir por completo en un segundo.

Sin hablar saludó sonriendo á su marido, y le indicó con la vista el portier. El General, que se habia levantado al oír el timbre, manifestó cierta vacilacion; pero en seguida, encogiéndose de hombros como en desprecio de si mismo, se retiró detras del portier que daba frente á la puerta principal de la cámara.

Un momento despues, un criado abrió la puerta, y entró Camors. Adelantaba este con cierto apresuramiento, dirigiéndose á la chimenea, y sus sonrientes labios se abrian ya para hablar, cuando le sorprendió repentinamente la expresion de la mirada de la marquesa, quedando helada en sus labios la voz: aquella mirada, fija en él desde que entró, tenia fijeza rígida y espectral, que sin revelarle nada, todo se lo hizo temer. El conde estaba avezado á las situaciones difíciles, y era tan diestro y prudente como intrépido. No parpadeó, no habló y esperó.

La marquesa le tendió la mano sin dejar

de mirarle de cerca con la misma espantosa intensidad.

— O está loca (se dijo) ó el peligro está aqui.

Con la rápida percepcion de su talento y de su amor, sintió que comprendia, y en seguida, no dejando al silencio para comprometerle:

— Os agradezco mucho que me cumplais la palabra, — dijo.

— Es cosa muy sencilla, — contestó Camors sentándose,

— No, puesto que sabeis venir otra vez aqui á ser atormentado. Y bien: ¿estais ya algo convertido á mi idea fija?

— ¿Cual de ellas? Porque me parece que teneis varias....

Sí, pero hablo de la buena...., de la mejor, al menos....., en fin, de vuestro matrimonio....

— ¡Todavía, querida prima! — dijo Camors, que, cierto ya del peligro y de su naturaleza, caminaba con paso más seguro por el abrasador terreno.

— Todavía, querido primo.... ¿Y sabeis una cosa? ¡He encontrado la persona!

— ¡Ah! ¡En ese caso, huyo!

La Marquesa le dirigió, sonriendo, una mirada imperiosa.

—¿Pero tanto empeño teneis en ello?—
añadió Camors con jovialidad.

—Muchísimo. No necesito repetiros mis razones, puesto que todo el invierno he estado predicándoos...., hasta el punto de inquietar al General, que ha presentido existe un misterio entre los dos.

—¿Bah! ¿El General?

—¡Oh! Nada grave, por supuesto.... ¡Y bien! Decíamos, para resumir: nada de miss Campb. II...., ¡demasiado rubial!; lo que, entre paréntesis, no es muy lisonjero para mí; nada de señorita de Silas...., ¡demasiado delgada! Nada de señorita Rolet, á pesar de sus millones.... ¡Familia demasiado á la buena! Nada de señorita de Esgrigny... ¡demasiado Bacquière y Van-Guypl! Conveniréis en que todo esto bastaba para desalentar á cualquiera....; pero, al fin.... gracias á mi obstinacion, he encontrado una maravilla..... ¡una maravilla!..... ¡O lo aseguro!

—¿Que se llame?

—¡Maria de Teclé!

Reinó un momento de silencio.

—¡Y bien! ¿Nada decis? (añadió la marquesa) No, nada teneis que decir... por que ésta lo reúne todo; atractivos personales, educacion, familia, fortuna.... todo, en

fin.... ¡una maravilla!.... Y ademas, vuestras propiedades se tocan.... ¿Veis como pienso en todo, amigo mio.... No comprendo, en verdad, como no se nos ha ocurrido antes.

El conde de Camors continuaba callando, y la marquesa comenzaba á extrañar su silencio.

—¡Oh! [continuó diciendo] En vano buscareis.... no hay objecion posible.... Por esta vez, estais cogido... ¡Vamos, amigo mio, decid que si, os lo suplico!

Y mientras su boca decia "os lo suplico" con cariñoso tono, decia su mirada con terrible acento: "Es necesario."

—¿Será me permitido reflexionar, señora?—
dijo al fin.

—No, amigo mio.

—Pero, en fin (dijo Camors, que se habia puesto muy pálido); paréceme que disponeis con demasiada libertad de la mano de la señorita de Teclé.... Esa jóven es muy rica.... Por todas partes la casan.... Ademas, su tio tiene ideas de provincia, su madre ideas de devocion que podrian....

—Me encargo de todo,—dijo interrumpiéndole la marquesa.

—Pero ¿que manía teneis de casar á las gentes?

—Las mujeres que no hacen el amor, querido primo, tienen la manía de hacer matrimonios.

—Verdad es; sin embargo, ¿me concederéis algunos días para pensar en ello?

—¿Pensar en qué? ¿No me habeis dicho siempre que pensais casaros...., que solamente esperabais la ocasion? Pues bien: nunca encontrareis una igual á esta...., y, si la dejais escapar, no ós consolareis en vuestra vida....

—Pero, en fin, dadme tiempo para consultar á mi familia.

—¿Vuestra familia? ¿Qué broma! Parece-me que hace tiempo sois mayor de edad.... Y, además, ¿qué familia? ¿Vuestra tía de la Roche—Jugan?

—Sin duda.... No quisiera distinguirla.

—¡Dios mío! Desechad esa inquietud.... Os aseguro que saltará de gozo.

—¿Por qué?

—Tengo mis razones para asegurarlo.

Y al decir esto, la Marquesa prorrumpió en extraña risa, que á poco degeneró en convulsiones, porque sus nervios, despues de aquella horrible tension, encontrábanse como locos.

Camors, para quien, poco á poco, habíase hecho la luz sobre los términos del moral

enigma que se le habia propuesto, comprendió la necesidad de abreviar una escena que habia exaltado todas sus facultades hasta un grado casi insostenible. Decidido á terminar, se levantó.

—Me veo en la necesidad de dejaros (dijo) porque no como en casa; pero, si lo permitis, volveré mañana.

—Seguramente.... ¿Me autorizais para hablar al General?

—Si... porque, verdaderamente, por mas que busque objeciones, seguro estoy de no encontrarlas.

La marquesa le tendió una mano, que él besó, y salió en seguida.

Necesitábase mayor perspicacia de la que tenia el General para haber notado algunas debilidades ó disonancias en la audaz comedia que acababan de ejecutar ante su presencia aquellos dos consumados artistas, á quienes solamente podia vender el mudo juego de sus ojos, que el anciano no podia ver. Escuchó una á una todas las palabras de aquel diálogo tan tranquilo y natural, pareciéndole que todas ellas respondían á sus inquietudes y confundian sus sospechas, y desde aquel momento desapareció para siem-

pre de su corazón hasta el recelo más pequeño; porque para imaginar la odiosa combinación en la que había buscado desesperado refugio la marquesa, para penetrar en tales profundidades de perversidad, necesitábase un espíritu menos sencillo y puro que el del general Campvallón.

Cuando se presentó á su esposa saliendo de su escondrijo, estaba consternado, y su actitud era confusa y humillada. La cogió una mano, y sonrió con toda la bondad y ternura de su alma. En aquel momento la marquesa, por efecto de otra reacción de su sistema nervioso, comenzó á sollozar, y esto acabó de consternar al General. Por respeto á aquel hombre honrado, no insistiremos en una escena cuyo interés, por otra parte, no es bastante vivo para salvar lo que tiene de penosa para los espíritus rectos.

Igualmente omitiremos la conversación que al siguiente día, medió entre la Marquesa y el conde de Camors, quien, como se habrá comprendido, al ver aparecer el nombre de la señora de Teclé en aquella negra intriga, había experimentado un sentimiento de repulsión y hasta de horror, que estuvo á punto de comprometerlo todo. Cómo consiguió dominar aquella sublevación suprema

de su conciencia para someterse á la combinación que debía asegurar la paz de sus amores; por qué detestables sofismas consiguió persuadirse de que solamente tenía deberes para con su cómplice, á la que todo lo debía, incluso esto, no trataremos de explicarlo. Explicar es atenuar, y aquí no queremos hacerlo. Diremos solamente que se resignó á aquel matrimonio, porque en el camino en que avanzaba no es posible detenerse, á menos que descargue el rayo.

En cuanto á la Marquesa, pobre idea se formaría de aquella alma depravada y altiva, si causase asombro verla persistir á sangre fría, y después de reflexionar en la pérdida maquinación que le inspiró la inminencia del peligro. Comprendía que un día ú otro despertarían más amenazadoras las sospechas del General, si el matrimonio anunciado se convertía en juego. Amaba apasionadamente á Camors, y no con menos pasión amaba el misterio dramático de sus relaciones; había experimentado, además, profundo terror ante la idea de perder la inmensa fortuna que se había acostumbrado á considerar como suya, porque actualmente estaba muy lejos de ella su antiguo desinterés, y la idea de decaer miserablemente en aquel mundo parisiense en que reinaba por su lujo y belle-

za, le era insoportable. Amor, misterio, fortuna, á toda costa queria conservarlos, y cuanto mas reflexionaba, mas le pareció ser segura salvaguardia el matrimonio de Camors. Verdad es que se daba una especie de rival; pero se apreciaba en mucho para temer, y preferia la señorita de Teclé á cualquiera otra, porque la conocia y la pobre jóven le era inferior en todo.

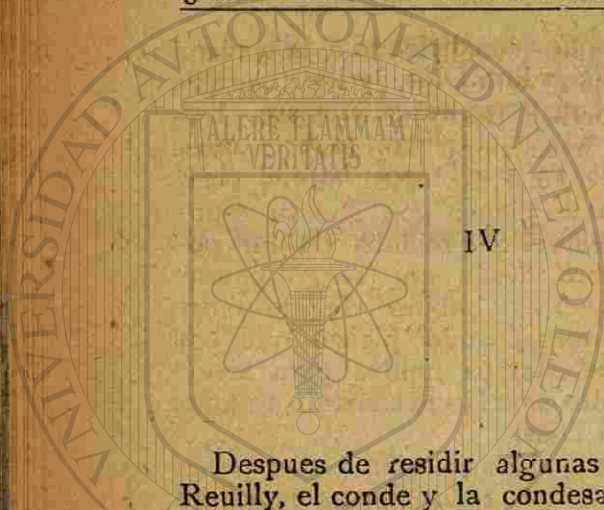
Quince días despues llegó el General una mañana á casa de la señora de Teclé, y le pidió la mano de su hija para el conde de Camors. Doloroso sería describir el gozo de la señora de Teclé, extrañando solamente, en secreto, que el señor de Camors no hubiese ido á hacer personalmente la petición; pero Camors no tuvo valor para hacerlo. Encontrábase, sin embargo, en Reuilly des de aquella mañana, y se presentó en casa de la señora de Teclé en cuanto supo que habia accedido á su deseo. Una vez decidido á aquella monstruosa accion, resolvió revestirla al ménos con las formas mas delicadas, en lo que, como sabemos, era consumado maestro.

Cuando por la noche quedaron solas la señora de Teclé y su hija, pasearon largo rato en su querida terraza á la suave luz de

las estrellas, la hija bendiciendo á la madre, la madre bendiciendo á Dios, y las dos confundiendo sus corazones, sus sueños sus, besos y sus lágrimas, mas felices, ¡pobres mujeres!, de lo que se puede ser bajo el cielo.

Durante el mes de Agosto, se realizó el matrimonio.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 2000 MONTERREY, MEXICO



Después de residir algunas semanas en Reuilly, el conde y la condesa de Camors marcharon á establecerse en París, en el hotel de la avenida de la Emperatriz. Desde este momento, y durante los meses sucesivos, la señora de Camors mantuvo con su madre una activa correspondencia. Transcribimos algunas cartas suyas, mediante las cuales conocerá el lector rápida é íntimamente á aquella jóven:

“La señora de Camors á la señora de Teclé.

“Octubre.

“¿Si soy feliz, querida mama? No.... fe-

liz no; tengo alas, y vuelo en los cielos como las aves: siento el sol en mi cabeza, en mis ojos, en mi corazón, ¡Esto me deslumbra, me embriaga me hace llorar lágrimas divinas! ¡No, querida mama!... Esto no es posible!... ¡Cuando pienso que soy su esposa!... Esposa del que reinaba en mi pobre pensamiento desde que tengo pensamiento, de aquel que hubiese elegido entre el universo entero, cuando pienso que soy su esposa, que estamos unidos para siempre... ¡cuánto amo la vida, cuánto os amo, cuánto amo á Dios!

“El Bosque y el Lago están á dos pasos, como sabéis. Casi todas las mañanas mi marido y yo vamos á dar un paseo á caballo... ¡Digo mi marido!... ¡Vamos, pues, mi marido y yo, yo y mi marido! No sé en lo que consiste; pero siempre hace buen tiempo, hasta cuando llueve como hoy, por lo que ya estamos de regreso. Me he permitido preguntarle dulcemente esta mañana, durante el paseo, acerca de algunos puntos de nuestra historia, que permanecían oscuros para mí. Por ejemplo: ¿por qué se ha casado conmigo?

—“Indudablemente, porque me gustabais, miss Mary.

“Le agrada darme este nombre que le re-

cuerda no se qué episodio de mi salvaje infancia;—salvaje, esto también es suyo.

—“Si os agradaba, ¿por qué me lo demostrábais tan poco?”

—“Porque no quería hacer os el amor antes de estar decidido á casarme.

—“¿Como he podido agradaros no siendo bella?”

—“Verdad es que no sois bella (ha contestado este hombre cruel); pero sois muy bonita, y sobre todo, sois la gracia en persona, como vuestra madre.

“Habiendo quedado aclarados estos puntos á satisfacción de miss Mary, miss Mary salió al galope, no solamente porque llovía, sino también porque, sin saber la causa, se había puesto colorada como una amapola.

“Querida mamá, ¿que dulce es verse amada por aquel á quien se adora, y verse amada precisamente como una desea serlo, y según el programa de nuestro joven y romántico corazón! ¿Habíais creído alguna vez que tenía yo ideas acerca de este delicado asunto? Si, mamá; las tenía: así es que me parecía debía haber diferentes maneras de amar, vulgares unas, pretenciosas otras, algunas necias, cómicas no pocas, y que ninguna de estas maneras debía ser la del príncipe vecino nuestro. Este debía amar como,

príncipe que era, con gracia y dignidad, con ternura grave, algo severa, con bondad, casi con condescendencia; como amante, pero como dueño á la vez; dueño, pero dueño amoroso, en fin, como mi marido.

“¡Sois mi ángel querido, mamá; gozad con mi felicidad, que es obra vuestra! ¡Os beso las manos, os beso las alas, os doy gracias, y os adoro! Si estuviérais á mi lado, sería ya demasiada dicha, y creo que moriría.... Venid, sin embargo, pronto; está preparada vuestra habitación, que es azul como el cielo en que vivo.... Creo que ya os lo he dicho, pero lo repito.

“Buenos días, mamá de la mujercita más feliz del mundo.

MISS MARY, condesa de Camors.”

Noviembre.

“¡Me haceis llorar, mamá!.... ¡Yo que os esperaba todos los días! Nada os digo, sin embargo; no os ruego. Si la salud de abuelito os parece tan débil que exige vuestra presencia todo el invierno, conozco que ningún ruego podrá arrancaros á vuestro deber; pero, por favor, no exagereis las cosas, y pensad que vuestra Mary no pasa por de-

lante del cuarto azul sin que se le oprima el corazón.

"Aparte de la pena que la causais, continúa siendo tan feliz como podeis desear. Su príncipe encantador continúa siendo encantador y príncipe. La lleva á ver los monumentos, los museos, los teatros, como á una pobre provincialita que es. ¿No es esto muy amable de parte de un personaje como el? Diviértese con mis éxtasis, porque tengo éxtasis. No digais nada á tío Des Rameures; pero Paris es soberbio. Los días valen doble aquí para el pensamiento y la vida.

"Mi marido me ha llevado á Versailles. Parece que esto era á los ojos de la gente de aquí una escapada algo ridícula, porque he observado que el conde de Camors no celebraba este viaje. Versailles ha respondido, por otra parte, á las impresiones que me habíais formado. En nada ha cambiado desde que lo visitasteis con abuelito. Es grandioso, solemne y frío.

"Sin embargo, hay un museo nuevo y muy curioso bajo el ático del palacio. En general, lo forman retratos antiguos, originales ó copias contemporáneas. Nada me ha agradado tanto como ver desfilar desde Cárlos el Temerario hasta Washington todos los semblantes que tantas veces ha tra-

tado de evocar mi imaginación. Parece que nos encontramos en los Campos Elíseos y que hablamos con todos estos grandes muertos. Sabreis, querida mamá, que he explicado muchas cosas al señor de Camors, que parecía asombrado de mi ciencia y de mi talento. Como comprenderéis, no he hecho otra cosa que contestar á sus preguntas; pero creo que le ha extrañado que pudiese contestarlas. En este caso, ¿por qué me las hacia? Si no sabe distinguir las diferentes princesas de Conti, paréceme que la cosa es muy sencilla; pero yo sí sé distinguirlas, porque mamá me lo ha enseñado, la cosa es muy sencilla también.

"Después, y á instancias mías, hemos comido en un restaurant. ¡Mamá, este ha sido el mejor momento de mi vida! ¡Comer en restaurant con mi marido, es el más delicioso de los crímenes!

"Os he dicho que se manifestó asombrado de mi ciencia, y debo añadir que, en general, parece asombrado siempre que hablo. ¿Me creía muda? No hablo mucho, verdad es, porque os confieso que me inspira terrible miedo. ¡Temo tanto desagradarle, parecer necia, pretenciosa ó pedante! El día en que me encuentre más tranquila con él, si es que alguna vez llega ese día, y

el en que pueda mostrarle todo lo que yo posea de buen juicio y cortos conocimientos, me aliviare de mucho peso, porque verdaderamente pienso algunas veces que me considera como una niña. El otro dia, en el boulevard, me paré delante de una tienda de juguetes (¡miren que delito!), y como vió que fijé los ojos en un magnífico escudron de muñecas:

—“¿Quereis una, miss Mary?—me dijo.

“¿No es esto horrible, mamá?

“El sabe de todo (menos de las princesas de Conti), me lo explica todo; pero con demasiada brevedad, con una palabra, para salir del paso, como se explica á una persona de quien no se espera que pueda comprender. ¡Y sin embargo, comprendo bien, querida mamá!

“Pero tanto mejor, me digo, en fin, por que, si me ama así, si me ama imbécil, ¿que será despues? *I love you excessively.*”

Diciembre.

Hemos vuelto á Paris, querida mamá, y hace quince dias me abruman las visitas. Los hombres no las hacen aqui; pero es indispensable que mi marido me presente la primera vez á las personas que he de tratar

Me acompaña, pues, y esto me divierte mas que á él, segun creo. Está mas grave que de ordinario: lo cual es en este hombre amable la única forma del mal humor. Me contemplan con cierto interés. La mujer á quien este señor ha honrado con su eleccion, es evidentemente objeto de profunda curiosidad. Esto me alegra é intimida. Me ruborizo, y pierdo la calma y el aplomo. Me encuentran fea y necia. Abren los ojos con asombro, y suponen que me ha elegido por mi fortuna. Me dan ganas de llorar. Montamos en el carruaje, me sonrie, y vuelo al cielo. Estas son las visitas.

“Sabrás, querida mamá, que la señora de Campvallon está divina conmigo. Frecuentemente me lleva á su palco de los Italianos, porque el mio no estará libre hasta 1.º de Enero. Ayer dió en obsequio mio una fiesta en sus brillantes salones. El General abrió el baile con migo. ¡Que hombre tan bueno! le quiero porque os admira. La marquesa me ha presentado á los que bailan mejor, caballeros cuyo cuello y pechera dejaban tanto descubierto, que me daba miedo. Nunca habia visto hombres escotados: ¡esto no es bonito! Sin embargo, es cosa clara que se creen soberbios y necesarios. Ostentan frente pensativa é importante, ojos de adorno-

el en que pueda mostrarle todo lo que yo posea de buen juicio y cortos conocimientos, me aliviare de mucho peso, porque verdaderamente pienso algunas veces que me considera como una niña. El otro dia, en el boulevard, me paré delante de una tienda de juguetes (¡miren que delito!), y como vió que fijé los ojos en un magnífico escudron de muñecas:

—“¿Quereis una, miss Mary?—me dijo.

“¿No es esto horrible, mamá?

“El sabe de todo (menos de las princesas de Conti), me lo explica todo; pero con demasiada brevedad, con una palabra, para salir del paso, como se explica á una persona de quien no se espera que pueda comprender. ¡Y sin embargo, comprendo bien, querida mamá!

“Pero tanto mejor, me digo, en fin, por que, si me ama así, si me ama imbécil, ¿que será despues? *I love you excessively.*”

Diciembre.

Hemos vuelto á Paris, querida mamá, y hace quince dias me abruman las visitas. Los hombres no las hacen aqui; pero es indispensable que mi marido me presente la primera vez á las personas que he de tratar

Me acompaña, pues, y esto me divierte mas que á él, segun creo. Está mas grave que de ordinario: lo cual es en este hombre amable la única forma del mal humor. Me contemplan con cierto interés. La mujer á quien este señor ha honrado con su eleccion, es evidentemente objeto de profunda curiosidad. Esto me alegra é intimida. Me ruborizo, y pierdo la calma y el aplomo. Me encuentran fea y necia. Abren los ojos con asombro, y suponen que me ha elegido por mi fortuna. Me dan ganas de llorar. Montamos en el carruaje, me sonrie, y vuelo al cielo. Estas son las visitas.

“Sabrás, querida mamá, que la señora de Campvallon está divina conmigo. Frecuentemente me lleva á su palco de los Italianos, porque el mio no estará libre hasta 1.º de Enero. Ayer dió en obsequio mio una fiesta en sus brillantes salones. El General abrió el baile con migo. ¡Que hombre tan bueno! le quiero porque os admira. La marquesa me ha presentado á los que bailan mejor, caballeros cuyo cuello y pechera dejaban tanto descubierto, que me daba miedo. Nunca habia visto hombres escotados: ¡esto no es bonito! Sin embargo, es cosa clara que se creen soberbios y necesarios. Ostentan frente pensativa é importante, ojos de adorno-

unos y vencedores, y llevan siempre la boca abierta para respirar mejor, al mismo tiempo que su frac se abre y extiende como dos alas. Nos cogen por la cintura como cosa propia, mamá; nos previenen con la mirada que nos hacen el honor de arrebatarnos, y nos arrebatan; cuando ya están jadeantes, nos previenen con otra mirada que nos van á hacer el honor de detenerse, y se detienen; descansan un momento, respiran, sonríen, enseñan los dientes; nueva mirada, y arrancan de nuevo. Son adorables.

“Luis ha valsado con migo, y ha quedado contento. Por primera vez le he visto valsar con la marquesa; ¡este era el baile de los astros! En esta circunstancia y en algunas otras me ha llamado la atención la manifiesta idolatría con que las mujeres rodean á mi marido. Esto, mamá, es espantoso. Otra vez me he preguntado: ¿por qué me ha elegido? ¿Como he podido agradaarle? Y en fin, ¿podré luchar? De todas estas reflexiones ha resultado la siguiente locura, cuyo objeto era tranquilizarme algo:

“RETRATO DE LA CONDESA DE CAMORS, PINTADO POR ELLA MISMA.

“Maria de Teclé, condesa de Camors, es

una jóven que va á cumplir veinte años, y tiene mucho juicio para su edad. No es bella, como su marido reconoce el primero, pero dice que es bonita. La Condesa lo duda. Veamos, sin embargo. Tiene, en primer lugar piernas que no acaban nunca, pero el mismo defecto tiene Diana cazadora, y tal vez da al paso de la condesa la lijereza que no tendría sin esto; el talle corto, naturalmente, pero á caballo esto hace bien; robustez mediana; rostro irregular; la boca demasiado grande, y los labios demasiado gruesos, y ¡ay! una sombra de bigote; dientes blancos, por fortuna, aunque no muy pequeños; nariz mediana; los ojos, de su madre, y esto es lo mejor que tiene; las cejas, de su tío Des Rameures, lo que le da aspecto duro, que por fortuna, desmiente la expresión general de su semblante, y sobre todo, la dulzura de su alma; la tez morena de su madre, pero á mamá le sienta bien, y no tanto á mi; cabellos negros azulados, abundantes y verdaderamente magníficos. En total, no se sabe que pensar.”

“Este retrato, destinado á tranquilizarme, no me ha tranquilizado; todo lo contrario, porque me parece da idea de una fea graciosa.

“¡Quisiera ser la mas bella de las muje-

res; quisiera ser la mas distinguida, la mas seductora; pero, si le agrado, soy la mas feliz! Por lo demas, á Dios gracias, tal vez me encuentra mejor de lo que soy, porque los hombres no tienen el mismo gusto que nosotros en estas materias. Asi, pues, no comprendo que no admire mas á la marquesa de Campvallon. Manifiéstase frio con ella. Si yo hubiera sido hombre, me habria enamorado locamente de la marquesa.

"Buenas noches, querida mamá."

Enero

"Me engañáis, querida mamá. El tono de mi carta os disgusta. No comprendéis cómo puedo ocuparme tanto de una persona extraña, que la defina y compare. En esto hay algo de mezquino y ligero que os ofende. ¿Cómo puedo pensar que un hombre se prende únicamente de estos atractivos, y nada sean para él los méritos del ingenio y del alma? Pero, mamá, estos méritos del ingenio y del alma, suponiendo que vuestra hija los posea, ¿de qué pueden servirla si no tiene atrevimiento ni accion para mostrarlos? Y aun cuando adquiere atrevimiento, comienzo á temer de veras que no se presentaría la ocasion; porque debo confesaros que este her-

moso Paris no es perfecto, y poco á poco descubro manchas en el sol. Paris es una ciudad admirable, y solamente se puede deplorar que tenga habitantes: no porque no sean amables, que lo son mucho, sino porque son muy distraidos, y por lo que puedo suponer viven y mueren sin pensar en lo que son. No es culpa suya esto, porque no tienen tiempo. Sin salir de Paris son viajeros eternos, incensatamente disipados por el movimiento y la curiosidad. Los demas viajeros cuando han visitado un rincon interesante del mundo, y han olvidado durante ó dos meses su casa, su familia y hogar, vuelven y se sientan; los parisienses jamas. Su vida es un viaje. Carecen de hogar. Todo lo que en otras partes es lo principal de la vida, aquí es secundario. Como en todas partes, se tiene casa, domicilio, habitacion; esto es indispensable. Como en todas partes, se es esposo y padre, esposa y madre; necesario es tambien; pero todo esto, mi pobre mamá, en la menor cantidad posible. El interés no está aquí sino en la calle, en los museos, en los salones, en los teatros, en los casinos, en esta inmensa vida exterior que, bajo todas las formas, se agita dia y noche en Paris, que os atrae, os excita, os coge en cuerpo y alma, y lo devora todo. Paris es la mejor

ciudad del mundo para pasar, la peor para vivir.

“¿Comprendeis, ahora, querida mamá, que al buscar las cualidades por medio de las cuales pudiera fijar á mi marido, que es el mejor de los hombres, pero; sin embargo, parisién, haya pensado fatalmente en los méritos que se descubren á primera vista y que no necesitan se les profundice?

“En fin: tenéis mucha razon; esto es raquí-tico é indigno de vos y de mí, porque sabéis que en el fondo soy una personita que nada tiene de cobarde. Si hubiese podido tener al señor de Camors un año ó dos encerrado en un castillo antiguo ó en el fondo de un bosque solitario; seguramente hubiese quedado muy contenta: le hubiese visto con mas frecuencia, me hubiese familiarizado mas pronto con su augusta presencia, y hubiese podido desplegar mis cortos conocimientos ante sus asombrados ojos; pero, en primer lugar, el encierro hubiese podido aburrirle, y, ademas, la cosa habria sido sumamente difícil. Bien comprendo que no se organizan fácilmente la vida y la felicidad: en todas partes se encuentran dificultades, peligros y combates. ¡Pero qué alegría trae consigo la victoria! Os aseguro, mamá, que venceré, que le obligaré á que me conozca como me

conoceis vos, y á que me ame, no solamente como me ama, sino tambien como me amáis vos, por multitud de razones que ni siquiera sospecha ahora.

“No me cree completamente nécia; pareceme que ha desechado esta idea hace dos dias. Mi marido tiene por secretario á un al Vautrot; el nombre es feo, pero el hombre es hermoso, aunque no me gusta su fugitiva mirada. El señor Vautrot casi vive con nosotros; viene á la aurora, almuerza no sé donde en las cercanias, pasa el dia en el despacho de Luis, y algunas veces se queda á comer cuando tiene que terminar algun trabajo por la noche. Este individuo es instruido; sabe un poco de todo, y todo lo ha intentado, á lo que creo, antes de encontrar la posicion subalterna, pero lucrativa, que ocupa cerca de mi marido. Al citado Vautrot le gusta la literatura, pero no la de su época y de su pais, que encuentra raquítica, tal vez porque no ha tenido éxito en ella. Prefiere los escritores y poetas extranjeros, y los cita con placer, tal vez con demasiado énfasis. Sin duda estuvo muy descuidada su primera educacion, porque á cada momento dice en la conversacion: “Sí, señor Conde; sí, señora Condesa”, como un lechayo; y, sin embargo, es muy altivo, ó, mejor dicho, muy vani

doso. Su defecto capital, á mis ojos, es la especie de mordacidad de espíritu fuerte que afecta en cuanto se trata de religion y cosas análogas.

“Hace dos días, durante la comida, habiéndose permitido, contra todas las reglas del buen gusto, una salida de este géuero:

—“Querido Vautrot—le dijo mi marido;—para mí son muy indiferentes esas bromas; pero si sois espíritu fuerte, ved ahí á mi esposa que es espíritu débil, y, como sabéis, la fuerza debe respetar á la debilidad.

—“El señor Vautrot se puso colorado, pálido y verde; me saludó torpemente, y salió casi en seguida. Desde este día he observado que guarda mas reserva en presencia mia.

“En cuanto quedé sola con Luis:

—“Me vais á considerar muy indiscreta—le dije;—pero no comprendo cómo podeis confiar todos vuestros asuntos y todos vuestros secretos á un hombre que carece de todo principio moral.

—“¡Bah!—contestó Camors;—se finge inclédulo; cree hacerse interesante á vuestros ojos con sus aires mefistofélicos...; pero, en el fondo, es hombre de bien.

—“Pero, en fin—repliqué;—¿no cree en nada?

—“En poca cosa, á la verdad; pero nunca ha faltado á mi confianza. Es hombre de honor.

Al oírle, abrí mucho los grandes ojos de mi madre.

—“¡Y bien! ¿qué, miss Mary?

—“¿Qué es el honor, caballero?

—“Yo os lo pregunto miss Mary.

—“¡Dios mio!—contesté ruborizándome mucho;—no lo sé bien; pero me figuro que el honor separado de la moral no es gran cosa, y que la moral separada de la religion no es nada. Estas cosas forman una cadena, de cuyo último anillo pende el honor como una corola; pero si la cadena se rompe, la flor cae al suelo como todo lo demas.

“Miróme fijamente con extraña expresion, mamá, como si hubiese quedado, no solamente confundido sino inquieto por mi filosofía; despues exhaló ligero suspiro, y dijo sencillamente levantándose:

—“¡Bonita definicion!

“En seguida fuimos al teatro, y toda la noche me estuvo obsequiando con dulces.

“La señora de Campvallon estaba con nosotros, y le rogué que al día siguiente me recogiese al pasar para ir al Bosque, porque esta señora es mi ídolo: ¡es tan bella y distinguida! Me encuentro muy contenta á su

lado. Cuando regresamos del teatro, Luis permaneció silencioso contra su costumbre, y al fin me dijo bruscamente:

—“María, ¿vais mañana al bosque con la marquesa?”

—“Sí.”

—“Muy bien; pero parece que os visitais con demasiada frecuencia.... ¡Por la mañana, por la noche!.... ¡No os separais!”

—“¡Dios mío! creía agradeceros.... ¡No es buena amiga la señora de Campvallón?”

—“Excelente; pero, en general, no me agradan las amistades entre mujeres. Pero hago mal en deciros esto, porque teneis bastante talento y prudencia para no pasar los límites.”

“Esto me ha dicho, mamá, y yo os abrazo.”

Marzo.

“Creía, querida mamá, no tener que aburrirnos este año con la descripción de fiestas, festines, saraos y fuegos artificiales, porque al fin entramos en la cuaresma. Hoy es miércoles de ceniza. Pues bien, querida mamá: pasado mañana bailamos en casa de la vizcondesa de Oilly. Yo no quería ir; pero he visto que mi determinación contrariaba á

Luis; he temido también ofender á la de Oilly, que casi ha servido de madre á mi marido. Por otra parte, aquí la cuaresma es palabra vana, y en mi interior me pregunto: ¿cuándo nos detenemos? ¿cuándo dejamos de divertirnos, Dios mío?

“Debo confesaros, querida mamá, que me divierto demasiado para ser feliz. Contaba con la cuaresma, y he aquí que la borran del calendario. ¡Esta querida cuaresma, que hermosa, espiritual y buena institución! ¡Que bien conoce á esta débil y loca humanidad! ¡Que prevision en sus leyes! ¡Y que indulgencia también! Porque limitar el placer, es perdonarlo. ¡También gusto yo de los placeres, de hermosos trajes que nos hacen parecer flores, de brillantes salones, música y baile! ¡Si, todo esto me gusta mucho, y experimento su encantador atractivo, su embriaguez; pero ¡siempre! ¡siempre!.... París en invierno, á los baños en verano; constantemente el mismo torbellino y la misma embriaguez, llegan á tener algo de salvaje, y si me atreviera á decirlo, de bestial. ¡Pobre Cuaresma! Todo lo había previsto, y no nos decía solamente, como el sacerdote á mi esta mañana: “Recuerda que eres polvo” sino que nos decía: “Recuerda que tienes un alma; recuerda que tienes deberes, que

“tienes esposo, hijos, madre, Dios!” Y entonces nos retirábamos en familia, á la sombra del viejo hogar; vivíamos entre graves pensamientos; entre la iglesia y la casa, hablando de cosas elevadas y santas; penetrábase de nuevo en el mundo moral, y se volvía á fijar la planta en el cielo. Este era un saludable intervalo, que impedía degenerarse la discipación en embrutecimiento, el placer en convulsión, y que la máscara de invierno llegase á ser el verdadero rostro.

“Esta es completamente la opinion de la señora Jubert. ¿Quién es la señora Jubert? Una prudente parisien, á quien mamá amará. Durante muchos meses la he encontrado en muchas partes, especialmente en San Felipe de la Roule, sin sospechar que fuese vecina mia y que su hotel lindase con el mio. Este es Paris. Esta señora es muy simpática y tiene aspecto dulce, tierno é intrépido. Sin pensar en ello nos hemos agradoado reciprocamente, y nos mirábamos á hurtadillas. Separábamos nuestras sillas para dejarnos paso, y con nuestra voz mas dulce decíamos:—“¡Perdonad, señora!—¡Oh, señora!” Se me caía un guante, ella lo recogía,—“¡Oh, gracias, señora!” Ofrecíale yo “agua bendita:—“¡Oh, querida señora!” Y una sonrisa. Cuando se cruzaban nuestros

carruajes á orillas del Lago, ligero saludo y otra sonrisa. Un dia en el concierto de las Tullerías, nos vimos de lejos, y nos pusimos radiantes de satisfacción; en cuanto oíamos algo que nos gustaba, nos mirábamos en seguida y sonreíamos. Juzgad de mi sorpresa cuando la otra mañana vi á mi simpática desconocida entrar en la casita italiana que hay á dos pasos de aquí, y entrar como dueña. Pregunto. Es la señora Jubert. Su marido es un moceton rubio que es ingeniero civil. Héme asaltada de loco deseo de visitar á mi vecina. Hablé de ello á Luis, no sin ruborizarme, porque recordé que no le gustan las amistades entre mujeres; pero, ante todo, me ama. Encogiose levemente de hombros, y me contestó:

—“Dejadme al menos tomar algunos informes acerca de esas personas.

“Los tomé, y pocos dias despues me dijo:

—“Miss Mary, podeis ir á casa de la señora Jubert: es una persona muy buena.

“Salté al cuello del señor de Camors, y me dirigí despues á casa de la señora Jubert. “¡Soy yo, señora!—¡Oh, señora!—¡Permitis?—¡Oh! ¡Si si, señora!” Nos dimos un beso, y aqui nos teneis amigas antiguas mamá.

“Su marido, como he dicho, es ingeniero civil, y se ocupa de grandes inventos, de grandes trabajos industriales; pero esto no es cosa antigua en él. A consecuencia de una considerable herencia que recibió, abandonó los estudios y se dedicó completamente á la holganza. En esta época se casó para redondear su caudal. Su pobre mujercita tuvo tristes sorpresas. Nunca se le veía en casa, porque pasaba el día y la noche entre los casinos, bastidores y el diablo. Jugaba, tenía queridas, y cosa mas repugnante aun, bebía, y entraba beodo en las habitaciones de su esposa. Un solo detalle, que repugna á mi pluma, os dará una idea completa del personaje. ¡Una noche quiso acostarse con las botas puestas! He aquí, querida mamá, el interesante caballero, de quien mi amiguita ha hecho poco á poco un hombre honrado y de mérito, y un marido excelente á fuerza de dulzura, de firmeza, de prudencia y de talento. ¿No animan estas cosas, decid? Porque Dios sabe que mi tarea es menos difícil; pero este matrimonio me encanta, porque me demuestra que realmente puede construirse en pleno Paris el nido que se sueña. Estos amables vecinos son habitantes de Paris; pero no son su presa: tienen su hogar, se poseen, se pertenecen. A su

puerta está Paris, tanto mejor. Esta es fuente perenne de elevadas distracciones de que gozan, pero beben en esa fuente y no se ahogan. Tienen costumbres comunes, pasan la vida en casa, leen, dibujan, hablan, atizan la chimenea, escuchan el viento y la lluvia como si se encontrasen en un bosque, y sienten deslizarse poco á poco la vida entre sus manos, como nosotros en nuestras queridas veladas de campo. ¡Ah, mamá, que felices son!

“He aquí mi sueño, y he aquí mi plan. Mi marido no tiene vicios como el señor Jubert; solamente tiene costumbres, que son las de todos los hombres de su esfera en Paris. Trátase, querida mamá, de transformarle suavemente, de sugerirle de una manera insensible la asombrosa idea de que puede pasarse la noche en casa, en compañía de la amada y amante esposa, sin morir de consuncion. Lo demas vendrá despues. Y este demás es el gusto por la vida tranquila; por las graves alegrías del claustro doméstico, sentimiento de la familia, el pensamiento que se recoge, el alma que se recobra. ¿No debe ser así, mamá? Pues bien: confiad en mi, porque me siento mas llena de ardimiento, de valor y confianza que antes. . . . Además, me ama de todo

corazon, aunque tal vez con mas lijereza de la que merezco. Me ama, me lisonjea y acaricia. No hay placer que no me ofrezca, ni que yo rehuse, exceptuando, por supuesto, el de permanecer en casa. Asi pues, me ama; esto es lo primero.... Y ademas, ¿sabéis mamá, una cosa que me hace reir y llorar á la vez? Es que me parece que desde hace algun tiempo tengo dos corazones, uno grande y mio, y otro muy pequeñito... ¡Oh, Dios mio! ¡Ya está llorando mamá! Pero esto es un profundo misterio, un sueño del cielo, que quizá no sea mas que sueño.... que no se dice aun al esposo, ni á nadie, exceptuando á la adorada madre... Vamos, no lloreis, porque seguramente no será nada.

"La culpable MISS MARY,"

En contestacion á esta carta, la condesa de Camors recibió una á los dos dias, que le anunciaba la muerte de su abuelo. El conde de Tecle habia sucumbido á un ataque de apoplejia, que el estado de su salud habia hecho presentir desde mucho antes. Previendo la señora de Tecle que el primer movimiento de su hija sería correr á participar de sus dolorosas emociones, la

recomendaba eficazmente se dispensase de las fatigas del viaje; prometiéndole, ademas, ir ella misma á Paris, en cuanto dejese arreglados algunos asuntos indispensables.

Este luto de familia tuvo, como efecto natural, renovar en el corazon de la condesa de Camors el sentimiento de malestar y vaga tristeza, del que daban á conocer algunos síntomas sus últimas cartas, aunque atenuados y disimulados por las precauciones de su amor filial. La condesa era mucho menos feliz de lo que decia á su madre, porque los primeros entusiasmos y las primeras ilusiones del matrimonio no habían podido engañar mucho tiempo á un espíritu tan delicado y penetrante como el suyo. La jóven que se casa, fácilmente se engaña acerca de la extencion del cariño de que es objeto. Es cosa rara que no adore á su marido y que no se crea adorada, por la misma razon de que se casa con ella. Este jóven corazon que se abre, deja escapar todas las desgracias, todos los perfumes, todos los cánticos del amor, y, envuelto en su celeste nube, todo es amor delante de él; pero poco á poco recobra la calma, y demaciado pronto reconoce que todo aquel concierto y embriaguez que tanto le encantaban, procede de solo

Tal era, en cuanto la pluma puede describir estos matices de las almas femeninas, tal era la impresion que habia penetrado de dia en dia en el alma delicada de la pobre Miss Mary: asi era, y para ella era mucho. La idea de que le hiciese traicion su marido, y sobre todo, que se la hiciese con la cruel premeditacion que conocemos, ni siquiera se habia presentado á su espíritu; sin embargo, á través de las corteses bondades que tenia con ella y que no exajeraba en las cartas á su madre, le veia algo desdeñoso y descuidado. El matrimonio no habia cambiado en nada, por decirlo asi, sus costumbres: comía en su casa en vez de comer en el Círculo; esto era todo. Sin embargo, la condesa se creia amada, pero con lijereza casi ofensiva.

Pero si se entristecía y hasta lloraba algunas veces, hemos visto que no desesperaba, y que aquel animoso corazoncito confiaba con intrapidez en todas las probabilidades que podia reservarle el porvenir.

Como puede suponerse, el conde de Camors permanecía muy indiferente á las agitaciones que atormentaban á su joven esposa. Ni siquiera las sospechaba. Por su parte, mostrábase muy feliz, por extraño que esto pueda parecer. Este matrimonio ha-

bí sido un paso penoso que habia tenido que atravesar; pero, una vez consumado el delito, se habia acostumbrado á él. Sin embargo, por endurecida que estuviese su conciencia, tenía, sin duda, algunas fibras sensibles aún, y no se habrá dejado de observar que creía deber á su esposa algunas compensaciones,

Sus sentimientos hacia ella participaban de la indiferencia y la compasion. Compadecía vagamente á aquella niña cuya existencia se encontraba cogida y triturada entre dos destinos de orden superior. Confiaba en que ignorase siempre la suerte á que la habia condenado, y decidió no omitir nada para atenuar su rigor; pero pertenecía por otra parte, y mas que nunca, á la passion que habia sido el supremo delito de su vida; porque sus amores con la condesa de Campvallon, constantemente excitados por el misterio y el peligro, dirigidos además con consumado arte por una mujer tan terriblemente ingeniosa como bella, debían conservar por muchos años el idealismo de la primera hora.

Sin embargo la cortesía que el conde de Camors desplegaba con su esposa tenia límites, habiéndolo conocido la joven condesa cuando quiso abusar. En varias ocasio-

nes había fingido cansancio para negarse por la noche á toda distraccion exterior, creyendo que su marido no la abandonaría en la soledad. Fué un error. El señor de Camors la otorgaba en estas ocasiones algunos minutos despues de comer, pero á las nueve la dejaba con perfecta tranquilidad, y una hora despues veia la jóven llegar un paquete de bombones ó un canastillo de pastelitos finos, que la ayudaban mal ó bien á pasar la velada. Algunas veces compartía los dulces con la señora Jubert, y tambien solía obsequiar al señor Vautrot. Este señor, que le fué bastante antipático al principio, había vuelto poco á poco á su gracia. Cuando estaba ausente su marido, siempre lo encontraba á su disposicion, y recurría á él para mil detalles menudes, señas, invitaciones, compra de libros, música, objetos de escritorio, etc., etc. De esto nació cierta familiaridad, comenzando á llamarle ya "Vautrot" ó "querido Vautrot". Vautrot desempeñaba con mucho celo los encargos de la jóven, y la manifestaba mucha atencion y respeto, absteniéndose por completo en su presencia de las fanfarroneías escépticas que sabía le desagradaban. La condesa se alegraba de esta variacion, y para manifestarle su complacencia, le detuvo dos ó tres

veces por la noche cuando se presentó á pedirle órdenes, hablando con él de libros ó de teatro.

Cuando el luto la encerró en su casa, el conde de Camors la dispensó el favor de acompañarla las dos primeras noches hasta las diez; pero este esfuerzo le rindió, y la pobre jóven, que ya había edificado todo un porvenir sobre aquella deleznable base, tuvo el sentimiento de verle recobrar desde la tercera noche sus costumbres de soltero. Este golpe le fué sensible, y su tristeza fué mas grave de lo que había sido hasta entonces. La soledad le fué muy dolorosa. No había tenido tiempo para formarse ninguna amistad íntima en París: la señora Jubert le ayudó en lo que pudo; pero en los intervalos, la condesa se acostumbró á retener con mas frecuencia á Vautrot, y hasta hacerle llamar. El mismo conde se lo llevaba muchas veces antes de salir.

—Os traigo á Vautrot, querida Maria! con Shakespeare; os exaltareis juntos.

Vautrot leía bien, aunque con solemnidad declamatoria, que divertía algunas veces en secreto á la condesa. En fin, este era un medio de matar las interminables horas de la velada hasta que llegase la condesa de Teclé. Además, Vautrot tenía aspecto tan

rendido cuando la miraba, tan contrariado cuando le dejaba marcharse, que por bondad de alma, le invitaba á sentarse, hasta cuando la aburría.

Una noche del mes de Abril, cerca de las diez, el señor Vautrot estaba solo con la Condesa y le leía el *Fausto*, de Goethe, que la jóven no conocía. La lectura parecía haber triunfado de las preocupaciones personales de la jóven; escuchaba con mas atencion que de ordinario, con los ojos ardientemente fijos en el lector; pero no solamente la cautivaba el atractivo de la obra, sino que seguía, como sucede muchas veces, su propio pensamiento y su propia historia á través de la gran ficcion del poeta; y sabido es con qué extraordinaria penetracion, el espíritu dominado por una idea fija, descubre las alusiones é inensibles semejanzas que encuentra en otro. La condesa de Camors descubría sin duda algunas analogías lejanas entre su marido y el doctor Fausto, entre ella misma y Margarita, porque este drama la agitó profundamente, y no pudo contener la violencia de sus emociones cuando Margarita, desde el fondo de su calabozo, lanzó un grito de angustia y locura: "¿Quién te ha dado, verdugo, este poder sobre mí?... Soy jóven, muy jóven; y morir ya!.... ¡Oh!

¡perdóname! ¿Que te he hecho yo? Ahora estoy completamente en tu poder.... Deja solamente que amamante aun á mi hijo.... Toda la noche lo he tenido reclinado sobre mi corazón.... Me lo han quitado para atormentarme mas, y ahora dicen que le he dado muerte.... ¡Jamás seré ya feliz! ¡Jamás!"

Apenas puede imaginarse la mezcla de sentimientos confusos, de poderosa simpatía, de vagos temores que repentinamente se apoderó del corazón de la jóven, hasta el punto de agobiarle; pero se reclinó en la butaca y cerró sus hermosos ojos como para contener las lágrimas que brotaban entre las franjas de sus largas pestañas. En aquel momento cesó bruscamente de leer el señor Vautrot; lanzó un profundo suspiro, se arrojó delante de la condesa, y cogiéndola una mano:

—¡Pobre ángel!—dijo.

Con dificultad se comprendería este incidente y las gravísimas consecuencias que tuvo, si no abriésemos aquí un paréntesis, para colocar en él el retrato físico y moral del señor Vautrot.

Hipólito Vautrot era buen mozo, y lo sabía; hasta se lisonjeaba de tener cierto parecido con el conde de Camors, y por obra

de la naturaleza y por obra tambien de la constante imitacion que estudiaba, la pretension no dejaba de tener algun fundamento. Exteriormente se parecia al señor de Camors cuanto un hombre vulgar puede parecerse á un hombre extraordinariamente distinguido. Vautrot era hijo de un modesto empleado de provincia, del que heredó un mediano capital, que disipó en varias empresas de su vida aventurera. Influencias de colegio le llevaron primeramente á un seminario, del que salió para venir á Paris, donde estudió derecho. Habia trabajado en el bufete de un abogado; despues quiso ser literato, y no tuvo éxito. Jugó á la bolsa y perdió. Sucesivamente llamó con febril impaciencia á todas las puertas de la fortuna, y en nada habia de triunfar, porque en todo era inmensa su ambicion y modesto su talento. No era apto mas que para pocisiones secundarias, y no las queria. Hubiese sido buen preceptor, pero queria ser poeta; buen cura rural, pero queria ser obispo; excelente subalterno, pero queria ser ministro. Quería, en fin, ser un grande hombre, y no lo era. Hízose hipócrita, que es mucho mas fácil, y apoyándose de una parte de la sociedad filosófica de la señora de Oilly, y de otra en la sociedad ortodoxa de la de

la Roche Jugan, colocose en calidad de secretario del conde de Camors, que en su desprecio general de la especie, habia juzgado á Vautrot igual á otro cualquiera.

Mucho habia perjudicado moralmente á Vautrot la familiaridad del conde de Camors porque si bien le habia quitada su máscara devota, que no podia tener uso con el conde, en cambio habia enriquecido terriblemente el fondo de amarga depravacion, que habian aglomerado en el fondo de aquel corazon herido los desengaños de la vida y los resentimientos del orgullo. Se comprenderá que el conde de Camor no habia tenido el mal gusto de imponerse la tarea de demoralizar á su secretario; pero su contacto, su intimidad y ejemplo habian bastado. El secretario siempre es mas ó menos confidente, y adivina lo que no se le confía. No tardó pues, Vautrot, en convencerse de que el conde no pecaba en moral por exesos de principios, ni en política por abuso de convicciones, ni en negocios por minuciosidad de escrúpulos. La superioridad espiritual, elegante y altiva de Camors, acabó de deslumbrar y de pervertir á Vautrot, mostrándole al mal, no solamente próspero, sino radiante de gracia y prestigio. Asi, pues, admiraba profundamente al conde; lo admira-

ba, le imitaba y execraba. Camors despreciaba profundamente á su secretario, así como sus aires solemnes; y como se cuidaba poco en ocasiones de velar su desdén, Vautrot se estremecía hasta la médula cuando algun frío sarcasmo caía desde aquella altura sobre la abierta herida de su vanidad. Pero no era esto lo principal: lo que odiaba principalmente en Camors era el triunfo fácil é insolente, la fortuna rápida é inmerecida, todos los goces de la tierra conquistados sin trabajo, sin conciencia y devorados en paz; lo que odiaba, en fin, era lo que el mismo había soñado sin poder conseguirlo.

En este particular no era seguramente una excepcion el señor Vautrot, porque tales ejemplos, cuando se presentan, hasta á un espíritu recto, no son saludables; porque es necesario decir á aquellos que, como el conde de Camors, todo lo pisotean, y que, sin embargo, confían en que sus secretarios, sus obreros, criados, esposas é hijos permanecerán virtuosos, es necesario decirles que se engañan.

Tal era pues; el señor Vautrot, que tenía entonces cuarenta años, edad en que no es raro pervertirse mucho, aunque ya se haya sido bastante malo antes de llegar á ella. El secretario fingía convencimientos austeros y

puritanos; asistía á un café donde reinaba y donde juzgaba á sus contemporáneos, encontrándolos á todos vulgares. Era hombre difícil el tal Vautrot: en virtud, exigía heroísmo; en talento, genio; en arte, lo sublime. Sus opiniones eran las de Eróstrato, con la diferencia, completamente favorable al antiguo, de que Vautrot, despues de incendiar el templo, lo habría saqueado. En una palabra: era un necio; pero necio de los mas peligrosos.

Si aquella noche al salir el conde de Camors de su magnífico despacho, hubiese tenido la inconveniencia de aplicar un ojo al agujero de la cerradura, hubiese visto algo que le habria llamado mucho la atencion: hubiese visto á Vautrot acercarse á un hermoso mueble italiano con incrustaciones de marfil, registrar los cajones y abrir, finalmente, con la mayor facilidad, una cerradura muy complicada, cuya llave tenia en aquel mismo momento el conde en su bolsillo. Despues de esta pesquisa, fué Vautrot, en compañía de *Fausto*, al gabinete de la joven condesa, á cuyos pies le dejamos hace pocos momentos.

La condesa de Camors habia cerrado los ojos para ocultar las lágrimas, y los abrió en el momento en que Vautrot le cogía la mano

diciendo: "¡Pobre ángel!" Al ver arrodillado á aquel hombre, no comprendió nada, y le dijo con sencillez:

—¿Estais loco, Vautrot?

—Sí, lo estoy — exclamó el secretario, echando atras sus cabellos con un movimiento poético — ¡Sí, loco de amor y de compacion! Porque conozco vuestros sufrimientos, pura y noble víctima; conozco el manantial de vuestras lágrimas: ¡dejadlas correr con confianza en un corazon que es vuestro hasta la muerte!

Aunque hubiese querido, la jóven Condesa no habria podido dejar correr sus lágrimas en el corazon del señor Vautrot, porque sus ojos se secaron bruscamente. Un hombre arrodillado delante de una mujer, no puede parecer á ésta mas que sublime ó ridículo; y, desgraciadamente, bajo este último aspecto apareció á la risueña imaginacion de la Condesa la actitud á la vez desgraciada y teatral de Vautrot. Una alegre carcajada iluminó su semblante, carcajada que estalló, á pesar de que la jóven se mordió los labios para contenerla.

Nadie debe arrodillarse cuando no está seguro de levantarse vencedor; de otra manera, se expone como Vautrot, á representar tristísimo papel.

— Levantaos, mi buen Vautrot, (dijo al fin la condesa de Camors, con grave acento) Iududablemente os ha alterado la lectura. Id á descansar. Olvidemos esto . . . pero no os olvideis vos mismo.

Vautrot se levantó lívido.

— Señora condeso (dijo) jamás es ofensa el amor de un hombre de corazon . . . El mio, al menos, era sincero; el mio hubiera sido fiel . . . ¡El mio no era un lazo infame!

Tan evidente intencion revelaba el acento con que pronunció estas palabras, que en seguida se alteraron las facciones de la jóven, la cual, irguiéndose en la butaca, exclamó:

—¿Que quereis decir?

— Nada que no sepais, segun creo, — contestó Vautrot.

La condesa se levantó.

— En el acto vais á explicarme esas palabras, señor mio, ó las explicareis muy pronto á mi marido.

— ¡Dios mio! (dijo Vautrot con fingida sinceridad) vuestra tristeza, vuestras lágrimas me habian hecho creer que no ignorabais.

— ¡El que? . . .

Y como el secretario callase.

—¡Hablad pues, miserable!—exclamó

—No soy miserable (dijo Vautrot) os amaba y os compadecía; esto es todo.

—¿Y por qué me compadeciais?

Vautrot no esperaba aquella imperiosa energía de carácter y de lenguaje, y reflexionó apresuradamente que, en el punto á que había llegado, lo mas seguro era acabar. Sacó pues, del bolsillo una carta, de la que se había provisto sencillamente para confirmar, en caso necesario, en el espíritu de la condesa las sospechas que creía él concebidas desde mucho tiempo antes, y se la presentó desplegada. La jóven vaciló; pero la cogió al fin, bastándola una ojeada para reconocer la letra, porque frecuentemente cambiaba cartas con la señora de Campvallon. “Continúo algo celosa de Mary, y casi arrepentida de habérsela dado, porque es bonita, pero yo soy bella, ¿verdad amado mio?—¡Te adoro!”

Desde que leyó las primeras palabras, se puso horriblemente pálida la jóven, y al terminar, brotó de su pecho una ahogada exclamacion: despues leyó por segunda vez la carta, la devolvió maquinalmente á Vautrot, y permaneció durante algunos minutos inmóvil, con los ojos fijos en el vacío. El mundo se había derrumbado sobre su cabeza.

De pronto se dirigió con rápido paso á una puerta inmediata y entró en su tocador, donde Vautrot la oyó abrir y cerrar apresuradamente cajones. Un momento despues salió, ataviada con abrigo y sombrero. Con el mismo paso apresurado y rígido atravesó el gabinete, y asustado Vautrot, quiso detenerla.

—¡Señore!—dijo colocándose delante de ella.

La condesa le rechazó suavemente con la mano, y salió del gabinete.

Un cuarto de hora despues, se encontraba en la avenida de los Campos Elíseos, bajando hacia Paris. Eran las once de la noche. Aunque corria el mes de Abril, la noche estaba fria y lloviznaba por intervalos. los escasos transeuntes que circulaban aún por las húmedas aceras, volvian la cabeza con curiosidad, para seguir con la vista á aquella jóven elegante que parecia caminar impulsada por un interés de vida ó muerte pero en Paris nada se extraña, porque se ve de todo. La rápida marcha de la condesa de Camors no despertaba por consiguiente, extraordinaria atención: algunos hombres sonreian, otros lanzaban una frase irónica, que ella no comprendia.

Con el mismo apresuramiento convulsivo cruzó la plaza de la Concordia en dirección al puente. Al llegar á él, se detuvo brusca-mente al escuchar el ruido de las crecidas y turbias aguas del Sena rompiéndose con- tra los estribos: apoyóse en el parapeto, y miró al agua: en seguida movió la cabeza, suspiró profundamente, y continuó su mar- cha. Poco despues se paraba en la calle Va- neau, delante de una casa grande, separada de las inmediatas por una tapia de jardín: era el hotel de la Marquesa de Campva- llon.

Quando se encontró allí, no supo ya que hacer la desgraciada niña. ¿Por qué había ido á aquel lugar? Lo ignoraba. Había que- rido ir como para cerciorarse de su desgra- cia, para tocarla con el dedo, tal vez para en- contrar alguna razon, algun pretexto para dudar. Era un término que había fijado; lle- gado á él, no sabia ya qué ha cer.

Sentóse en un marmolillo delante de la tapia del jardín, ocultó el rostro entre las manos, y quiso pensar, La calle estaba de- sierta. Era mas de media noche. Acababa de descargar un chubasco, y la pobre jóven tiritaba.

Pasó un municipal envuelto en el capote,

y, cogiéndola de un brazo, dijo con voz ru- da.

—¿Qué haceis allí?

La jóven le miró.

—No sé, contestó.

Aquel hombre tuvo compasion: además, había percibido, en medio del desorden de la jóven, el buen gusto y como el perfume de la honradez.

—Pero, señora, no podeis permanecer aquí,—añadió con más dulzura.

—No.

¿Sufris alguna contrariedad muy gran- de?

—Sí.

—¿Cómo os llamáis?

—La condesa de Camors,

—¿Dónde vivis?

La jóven dió las señas de su cosa.

— Pues bien, señora; esperadme.

Dió algunos pasos por la calle, y se detu- vo al oír un coche que se acercaba. El co- che iba vacío, y el municipal rogó á la con- desa que montase. Obedeció esta, y él se colocó junto al cochero.

El conde de Camors acababa de entrar en su casa, y escuchaba con estupor la noti- cia que le daba la doncella, relativa á la misteriosa desaparicion de la condesa, cuan-

do resonó el timbre de la puerta. Salió precipitadamente el conde, y encontró á su esposa en la escalera. La jóven habia recobrado un poco de calma durante el camino, y cuando la interrogó el conde con profunda mirada, dijo, esforzándose para sonreír:

—Me sentía algo indispuesta, y he querido salir un poco.... No conozco las calles y me he extraviado.

A pesar de lo inverosímil de la explicacion, el conde no insistió, murmuró algunas palabras de dulce reconvencion, y la dejó con la doncella que se apresuró á quitarla sus mojadas ropas.

Entretanto llamó el conde al municipal, que esperaba en el vestíbulo, y le interrogó. Al saber por aquel hombre en qué calle y en el sitio determinado donde la habia encontrado, comprendió Camors, sin mas aclaraciones, la verdad.

En seguida marchó á la habitacion de su esposa, que ya estaba acostada y temblando fuertemente. Tenia una mano fuera del embozo, y él conde quiso cogerla; mas la joven la retiró dulcemente, pero con dignidad triste y decidida.

Este sencillo movimiento los habia separado para siempre.

Desde aquel momento, por tácito coive-

nio impuesto por ella y aceptado por él, la condesa de Camors fué viuda.

El Conde permaneció durante algunos momentos inmóvil, con la mirada perdida en los pliegues de su colgadura, y en seguida comenzó á pasear lentamente por la silenciosa alcoba. Ni siquiera se le ocurrió la idea de mentir para defenderse. Su paso era tranquilo y regular; pero debajo de sus ojos habian aparecido repentinamente dos semicírculos azulados, y su rostro habia tomado la palidez mate de la cera. Sus dos manos, cruzadas á la espalda, se retorcian una con otra, y el anillo nupcial que llevaba en un dedo se rompió. Por intervalos se detenía y escuchaba el ruido de los dientes de la jóven al tiritar.

Pasada media hora, se acercó de pronto á la cama.

—Maria,— dijo á media voz.

La jóven volvió hacia él sus ojos encendidos por la fiebre.

—Maria—replicó el Conde:— ignoro lo que podeis saber, y no os lo pregunto. He sido muy culpable para con vos.... pero menos, sin embargo de lo que sin duda pensais.... Circunstancias terribles me determinaron.... Por lo demas, no busco excu-

sas... Juzgadme con cuanta severidad que rais; pero calmaos, os lo ruego; conservaos. Esta mañana me hablasteis de vuestros presentimientos, de vuestras esperanzas maternales. Fijaos en ese pensamiento.... Además, sereis dueña de vuestra vida.... En cuanto á mi, seré para vos lo que querais, extraño ó amigo.... Comprendo que, en este momento, os hace daño mi presencia... y sin embargo, me cuesta mucho dejaros sola en este estado.... ¿Quereis que llame á la señora Jubert para que os acompañe?

—Si,—murmuró la jóven,

—Voy á llamarla.... No necesito deciros que hay secretos que no se confían ni á la mejor amiga.

—¿Exceptuando á la propia madre?—preguntó la jóven con expresion de angustia suplicante.

El conde palideció mas aún, y despues de un minuto:

—¿Exceptuando á la propia madre! (dijo) Vuestra madre llega mañana, ¿verdad?

La jóven hizo con la cabeza un movimiento afirmativo

—Con ella dispondreis lo que os plazca, y yo lo aceptaré todo.

—Gracias,—dijo la jóven con debil voz.

El conde salió en seguida, y fué personalmente á llamar á la señora Jubert, que se levantó del lecho, y á la que dijo habia atacado á la condesa una violenta crisis nerviosa, á consecuencia de un constipado. La amable señora Jubert corrió en seguida á casa de su amiga, y pasó la noche á su lado comprendiendo al punto la falsedad de la explicacion del conde, porque las mujeres se comprenden en seguida en sus dolores. Pero la señora Jubert no pidió confianzas, y tampoco se las hicieron; sin embargo, su cariño prestó á su amiga en aquella noche terrible el único servicio que podía: la hizo llorar.

Tampoco fué muy dulce la noche para el conde de Camors, que no se acostó, paseando hasta el amanecer, con cierto furor, en su habitacion. La desesperacion de aquella niña le habia quebrantado. Al mismo tiempo, despertando en él recuerdos del pasado y mostrándole los temores del siguiente día, juntó á la hija ofendida, la madre—¡y qué madre!—hirida mortalmente en todas sus ilusiones mas queridas, en todas sus creencias, en todas las felicidades de su vida; comprendia que quedaban aun en su corazon puntos vivos para la compasion, y

en su conciencia para los remordimientos. Irritábase contra su debilidad, y volvía á caer en ella. ¿Quién le habia vendido? Casi en igual grado le agitaba esta preocupacion. Pero desde el primer momento lo adivinó. El dolor repentino y casi demente de su esposa, su desesperacion y silencio, no podian explicarse sino por un convencimiento evidente, por una revelacion decisiva. Despues de haberse extraviado por un instante en sus sospechas, llegó á persuadirse de que solamente las cartas de la marquesa de Campvallón habian podido producir la viva luz en el espíritu de su esposa. El conde de Camors no escribía nunca á la Marquesa, pero no habia podido impedir que ella le escribiese. Para la señora de Campvallón, como para otras muchas mujeres, amor sin cartas era amor incompleto. La falta del conde de Camors, poco excusable en un hombre de su mérito, consistía en haber conservado aquellas cartas; pero nadie es perfecto: El Conde era artista, y gustaba de aquellas obras maestras de elocuencia apasionada; estaba orgulloso de inspirarlas, y no podia decidirse á quemarlas. Apresuradamente examinó el cajoncillo secreto donde las guardaba, y por ciertas señales marcadas de intento conoció que lo habian registrado. Pero no

faltaba ninguna carta, aunque estaba trastornado el orden.

Mas de una vez se habia fijado ya su pensamiento en Vautrot, cuya delicadeza le era muy sospechosa, cuando á la mañana siguiente recibió una carta de su secretario que no le dejó la menor duda. En realidad el señor Vautrot, despues de pasar por su parte una noche de las menos agradables, no se habia encontrado con valor para afrontar el recibimiento que el conde podia dispensarle á la mañana siguiente. La carta estaba redactada con bastante habilidad para adormecer las sospechas, si por casualidad las habian concebido y si la condesa no le habia revelado todo. Decia en ella que acababa de aceptar un puesto muy ventajoso que le habia ofrecido una casa de comercio en Londres, y se veia precisado á partir aquella misma mañana para no perder una ocasion irreparable: terminando con manifestaciones de gratitud y de sentimiento.

No pudiendo extrangularle, Camors decidió pagarle, y le envió, no solamente algunos atrasos que tenia, sino tambien una cantidad bastante crecida en testimonio de simpatía y buenos deseos de fortuna: esto, ademas, fué sencilla precaucion por parte del

conde, porque Camors no temía ya nada de aquel hombre venenoso, viéndole desprovisto de las únicas armas que tenía contra él y también del único interés que pudo tener en usarlas; había comprendido que el señor Vautrot le había hecho el honor de desear su mujer, y le consideraba algo menos despreciable habiéndole encontrado siquiera este rasgo de caballero.

V

Aquella mañana necesitó el Conde un rudo esfuerzo de valor para cumplir por su parte con los deberes de cortesia, yendo á recibir á la estacion á la señora de Teclé; pero hacia mucho tiempo que el valor era su única virtud, y esta, al menos, no habia de perderla jamas. Recibió, pues, cortezmente á su joven suegra, vestida de luto, sorprendiéndose mucho ella al no ver á su hija con él. El Conde le dijo que estaba algo indispuesta desde la víspera, y, no obstante las precauciones de su lenguaje y de su sonrisa, no pu-

do evitar que la señora de Teclc concibiese en el acto vivos temores. Por otra parte, el Conde solamente á medias pretendió tranquilizarla. Bajo la calculada reserva de sus contestaciones, la señora de Teclc presentia un desastre, y despues de dirigirle al principio mil preguntas, guardó silencio hasta llegar al hotel.

La jóven condesa, para evitar á su madre la primera impresion, habia dejado el lecho, y hasta habia puesto la pobre niña un poco de carmin en sus pálidas mejillas. El señor de Camors abrió por si mismo la puerta del gabinete de su esposa, y se retiró. La jóven se levantó con trabajo de la butaca, y su madre la recibió en sus brazos. Al principio solamente cambiaron silenciosos besos y caricias; despues se sentó la madre, apoyose en el pecho la cabeza de su hija, y la miró fijamente:

—¿Que ocurre?—preguntó con amargura.

—¡Oh! Nada . . . nada de desesperado . . . pero ahora es necesario que ameís mas que nunca á vuestra pobre Mary. ¿verdad?

—Si . . . pero, en fin, ¿que ocurre?

—No debeis alarmaros . . . ni alarmarme . . . ¡Ya sabeis por qué!

—Si . . . pero te lo ruego, hija mía: ¡habla!

—Pues bien . . . Todo os lo voy á decir . . . Pero, por favor, mamá, sed valerosa como yo . . .

La jóven ocultó mas profundamente la cabeza en el seno de su madre, y comenzó á referirle en voz baja, sin mirarla, la terrible revalacion que le habian hecho, y que habia confirmado la confesion de su marido.

La señora de Teclc no la interrumpió ni una sola vez durante el cruel relato; solamente de tiempo en tiempo la besaba el cabello. La jóven no se atrevia á alzar los ojos, como si le avergonzase el crimen ageno, ó creyese que habia exagerado la gravedad de su desgracia, puesto que su madre recibia con tanta impasibilidad la confidencia; pero la impasibilidad de la señora de Teclc en aquel momento era la de los mártires, porque todo lo que pudo sufrir una cristiana bajo las garras de los tigres ó el garfio del atormentador, lo sufria en aquel momento la madre bajo la mano de su adorada hija. Su hermoso y pálido rostro, sus grandes ojos dirigidos al cielo, como los que pintan á las puras víctimas arrodilladas en los circos romanos, parecian pedir á Dios consue-

los, si acaso existian para tan crueles torturas.

Cuando todo lo habia escuchado, tuvo fuerzas aún para sonreír á su hija, que al fin la miraba con inquieta timidez; y abrazándola mas estrechamente:

—¡Pues bien, querida! — dijo. — Es una amargura muy grande, verdad es... Sin embargo, no hay nada desesperado.

—¿Lo creéis así?

—Sin duda; en todo eso existe un misterio inconcebible.... Pero ten por seguro que el mal no es tan grande como parece.

—Pero mamá, ¡si él lo confiesa todo!

—Prefiero que lo confiese.... Eso prueba que aun hay altivez, algunos recursos en su alma.... Y además, le he visto muy afligido.... sufre como nosotras, no lo dudeis.... En fin, pensemos en el porvenir, hija mia.

Madre é hija tenian cogidas las manos, sonreían la una á la otra, y contenian las lágrimas de que tenian llenos los ojos, Pasados algunos momentos:

—Quisiera descansar durante media hora, hija mia (dijo la señora de Tecla) Y además necesito arreglar algo el traje.

—Voy á llevaros á vuestra habitación....

¡Oh! Puedo andar.... me siento mucho mejor....

La jóven se apoyó en el brazo de su madre, y la llevó hasta la puerta de la habitación que la estaba destinada, separándose de ella en el dintel.

—Sé prudente,—le dijo la señora de Tecla, volviéndose y sonriéndole otra vez.

—¡Y vos tambien! — contestó la jóven, con voz ahogada.

En cuanto cerró la puerta, la señora de Tecla alzó las manos cruzadas hacia el cielo, y cayendo de rodillas junto al lecho, apoyó en el la cabeza, comenzando á sollozar amargamente.

La biblioteca del conde lindaba con aquella habitación. Habiase retirado á ella, y al principio paseó en aquel grande espacio, esperando de un momento á otro ver entrar á la señora de Tecla. Como transcurría el tiempo sin que se verificase esto, se sentó y trató de leer; pero no podía fijar la atención, y con atento oído, á pesar suyo, recogía todos los rumores de la casa. Si se acercaba alguien, se levantaba bruscamente, y se apresuraba á tranquilizar su semblante. Cuando oyó abrir la puerta de la habitación inmediata, redobló su angustia; oyó el murmullo de dos voces, y un momento despues,

la caída sorda de la señora de Tecle sobre la alfombra, y en seguida su acongojado suspiro. El conde de Camors arrojó violentamente el libro que se esforzaba en leer, y apoyando el codo en la mesa que tenia delante, tuvo por largo rato su pálida frente apoyada en su crispada mano. Cuando poco á poco cesó el rumor de los sollozos, respiró.

Cerca de medio dia, recibió el siguiente billete:

"Si me permitis llevar conmigo á mi hija á pasar en el campo algunos dias, os lo agradecerá mucho.

"ELISA DE TECLE"

En seguida contestó con una línea:

"Ahora y siempre aprobaré cuanto hagais.

"CAMORS."

En efecto: la señora de Tecle despues de consultar las disposiciones y fuerzas de su hija, habia decidido sustraerla inmediatamente, si era posible, á las impresiones del punto donde tanto acababa de sufrir, á la

presencia de su marido y á las dolorosas circunstancias de su mutua situacion. Ella misma necesitaba tambien recogerse en la soledad para tomar un partido en aquellas circunstancias excepcionales; y por último, no se sentia con valor para ver de nuevo al conde de Camors, si acaso habia de verle alguna vez, hasta que transcurriese algun tiempo.

Con grande ansiedad esperó la contestacion del Conde al ruego que le habia dirigido, porque en la actual perturbacion de sus ideas, creíale ya capaz de todo, y todo lo temia de él. El billete del Conde la tranquilizó; apresuróse á mostrarlo á su hija, y los dos, como pobres seres desesperados que se adhieren á la esperanza mas pequeña, se complacieron en observar la especie de respetuoso abandono con que dejaba su suerte en sus manos.

El Conde asistió á la sesion del Cuerpo legislativo, y cuando volvió á casa ya habian partido.

La condesa de Camors despertó la mañana siguiente en su habitacion de soltera; los pájaros de la primavera cantaban bajo sus vantanas en el antiguo jardin paternal. Escuchó aquellas voces amigas de su infancia, y se estremeció; pero algunas horas de reposo

la habian devuelto su energia natural. Desechó los pensamientos que le enervaban, se levantó, y fué á ver á su madre, con la que se paseó en la terraza de tilos. Corrian los últimos dias de Abril; el follaje nuevo y perfumado brillaba al sol; enjambres de abejas zumbaban en las entreabiertas rosas, en las azules pirámides de las lilas y en los pendientes racimos de los citisos. Despues de algunos paseos silenciosos en medio de aquellas bellezas naturales, la jóven Condesa, que veia á su madre absorta en sus meditaciones, le cogió la mano, diciendo:

—Mamá, no estés triste... : ya nos encontramos como antes... ; unidas en nuestro rincón.... ¡Seremos dichosas, no lo dudes!

La madre la miró; cogióla la cabeza y la besó en la frente con vehemencia.

—¡Eres un ángel!—dijo.

Apurábalas mucho su tio Des Rameures, no obstante el profundo cariño que las dos le profesaban. Nunca habia querido á Camors; le habia aceptado por sobrino, como lo aceptó por diputado, con mas resignacion que entusiasmo. Los acontecimientos justificaban demasiado su antipatía, y era necesario que lo ignorase todo. El anciano era excelente, pero recto y duro, y á poder su

poner la conducta del conde, hubiese dado algun escándalo irreparable. Así pues, la señora de Teclé y su hija se pusieron de acuerdo en pocas palabras para guardar en su presencia una impenetrable reserva. Las mismas precauciones observaban cuando se encontraban delante de un extraño, y esta penosa actitud hubiese sido insostenible tanto tiempo, si el estado de la salud de la jóven, tomando de dia en dia un caracter menos dudoso, no hubiese servido de excusa á su inquieta preocupacion y á su vida retirada.

Entretanto, la señora de Teclé que consideraba la desgracia de su hija como obra suya y se la atribuía con inexplicable amargura, no cesaba de buscar entre las ruinas del pasado y del presente alguna reparacion, algun refugio para el porvenir. La primera idea que se le ocurrió fué separar absolutamente y á toda costa, á la condesa de su esposo. Bajo la primera impresion del miedo; que la perversa duplicidad del conde de Camors le habia hecho experimentar, no habia podido contemplar sin horror la idea de dejar á su hija al lado de aquel hombre; pero aquella separacion, obtenida, bien por consentimiento del conde, bien por sentencia judicial, entregaba al público un secreto es-

candaloso, y podía acarrear temibles catástrofes, y si no producía estas consecuencias, al menos debía abrir entre el conde y su esposa un eterno abismo. Esto era precisamente lo que no quería la señora de Teclé porque á fuerza de pensar en ello, había coucluido por contemplar el carácter de Camors bajo aspecto, no mas favorable, sino mas verdadero. Aunque extraña á la maldad, la buena señora conocia el mundo y la vida, y su penetrante inteligencia adivinaba mas aun de lo que sabía. Comprendió pues, ó poco menos, qué especie de monstruo moral era el conde de Camors, y á pesar de comprenderlo, aun esperó. En fin, el estado de la condesa le prometia para el próximo porvenir un consuelo que era necesario no correr el riesgo de perder, y Dios podia permitir que esta prenda de union tan dolorosa reanudase algun dia los otros lazos.

La señora de Teclé comunicó sus reflexiones, sus temores y esperanzas á su hija, y añadió:

—Querida hija; caei he perdido el derecho de aconsejarte, y solamente te diré: he aquí lo que yo haria.

—Pues bien, mamá; lo haré,—contestó la jóven.

-- Piénsalo, porque la situacion que vas á

adoptar tendrá muchas amarguras; pero, por desgracia, solamente entre amarguras podemos elegir.

A consecuencia de esta conversacion, y ocho dias despues de su llegada al campo, la señora de Teclé escribió al Conde la carta que copiamos y que su hija aprobó:

“Creo que dijisteis que devolviais á vuestra esposa la libertad, si queria recobrarla. Ni puede ni desea hacerlo, porque se debe desde ahora á su hijo, que llevará vuestro nombre, y no depende de ella que este nombre no esté manchado. Os ruega, por consiguiente, que le reserveis su puesto en vuestra casa. No temais por parte suya reconvenes ni censuras; tanto ella como yo sabemos padecer en silencio. Sin embargo, os suplico que seais bueno para ella. Consideradla; permitidla algunos dias mas de tranquilidad, y despues llamadla ó venid.”

Esta carta impresionó mucho á Camors. Por impasible que fuese, puede creerse que, desde la marcha de su esposa, no gozaba de completa tranquilidad de espíritu. La incertidumbre es el peor de los males, porque los imagina todos. Careciendo absolutamente de noticias durante ocho dias, no habia ca-

tástrafe posible que no sintiese flotar sobre su cabeza. Había tenido el orgulloso valor de ocultar á la señora de Campvallon el acontecimiento ocurrido en su casa, y no turbar su tranquilidad, cuando él mismo había perdido el sueño, y con estos esfuerzos de energía y entereza viril se mantenía aun aquel hombre extraño á cierta altura en la estimacion de si mismo.

La carta de la señora de Teclc fué, por tanto para él motivo de tranquilidad, y contestó en estos términos:

"Acepto con gratitud y respeto lo que habeis decidido. La resolucion de vuestra hija es generosa, y yo mismo conservo aun bastante generosidad para comprenderla. Desde ahora para siempre, querais ó no, soy amigo suyo y vuestro.

Camors.

Una semana despues, habiendo tenido la precaucion de anunciarse previamente, llegó una tarde el Conde á casa de la señora de Teclc. Su jóven esposa se habia retirado á su habitacion. Se habia cuidado de alejar testigos; pero la conversacion fué menos penosa y difícil de lo que podía temerse. La se-

ñora de Teclc y su hija habian encontrado en la respuesta del Conde cierta nobleza que les daba un rayo de esperanza: y, ademas, las dos eran altivas, y mas enemigas de ruidosas eccenas de lo que lo son generalmente las mujeres. Le recibieron con frialdad, pero tranquilas. Por su parte, les mostró en su rostro y lenguaje una dulzera grave y triste, que no carecia de dignidad ni de agrado. Despues de haber girado algun tiempo la conversacion acerca de la salud de la Condesa, recayó sobre las noticias del dia y las circunstancias, adquiriendo poco á poco el tono tranquilo y ordinario. Alegando el Conde algun cansancio, se retiró como habia entrado, saludando á las dos, y sin tratar de estrecharlas la mano.

De esta manera se inauguraron entre la señora de Camors y su esposo las nuevas y singulares relaciones que debian constituir en adelante el único lazo de su vida comun. La sociedad podía engañarse tanto mejor, cuanto que el Conde no era hombre de demostraciones públicas, y que su actitud cortes, pero reservada, al lado de su esposa, no habia de diferenciarse sensiblemente en las costumbres que se le conocian.

Dos dias permaneció en Reully, y durante ellos esperó ansiosamente la señora de

Teclé una explicación atenuante, que no quería pedir, pero que creía le daría el conde. ¿Cuáles eran las terribles circunstancias que habían dominado la voluntad del señor de Camors hasta el punto de hacerle olvidar los sentimientos más sagrados? Cuando trataba de profundizar este misterio, su pensamiento no dejaba de acercarse á la verdad. El conde de Camors había debido consumir su indigna acción bajo la amenaza de un espantoso peligro, para salvar el honor, la fortuna, tal vez la vida de la señora de Campvallón. Débil excusa era esta á los ojos de una madre, pero al fin lo era. Tal vez al casarse, alentaba en su pecho la idea de romper aquel lazo fatal, que después le había estrechado más y más, á pesar suyo, como suele acontecer. Acerca de todos estos puntos dolorosos, la señora de Teclé quedó, después de la marcha del conde, lo mismo que antes de su llegada, reducida á sus conjeturas, cuyas consoladoras verosimilitudes comunicaba á su hija.

Había quedado convenido que la señora de Camors permaneciera en el campo hasta el restablecimiento de su salud; pero el conde había manifestado deseos de que estableciese en Reully, cuya casa se había restaurado con mucho gusto. La señora de Teclé

comprendió la conveniencia de este arreglo, y ella también dejó la antigua casa del conde de Teclé, para instalarse al lado de su hija en la modesta casa solariega que perteneció á los ascendientes maternos del señor de Camors, y cuya magestuosa avenida, balaustradas de granito, jardines y estanque rodeado de abetos seculares, hemos descrito anteriormente.

Allí se encontraban las dos en medio de sus recuerdos más queridos y más íntimos, porque aquella casa, por tanto tiempo desierta, los descuidados bosques que la rodeaban, el melancólico estanque, la ninfa solitaria, todo aquello había sido su dominio particular, el paraje favorito de sus sueños comunes, la leyenda de su infancia, la poesía de su juventud. Amarga tristeza es, sin duda, volver á ver con llorosos ojos, corazón marchito y frente abrumada por las tempestades de la vida, los parajes familiares donde se conoció la felicidad y la paz; sin embargo, todos estos queridos confidentes de nuestras alegrías pasadas, de nuestras esperanzas desvanecidas, de nuestros sueños evaporados, si son testigos dolorosos, también son amigos. Se les ama, y parece que corresponden. Por esta razón, aquellas dos pobres mujeres, al pasear por aquellos bos-

ques, aquel estanque, aquellas soledades, sus incurables heridas, creían escuchar la voz que las compadecía y respirar una simpatía que las aliviaba.

El martirio mas cruel que reservaba á la condesa de Camors la existencia que habia tenido el valor de aceptar, consistia seguramente en la obligacion de tratar á la marquesa de Campvallon y tenerla las consideraciones necesarias para engañar al General y al mundo. Se habia resignado á ello; pero deseaba retardar todo lo posible la emocion que habia de produciria su trato. Su salud le servia de pretexto natural para no visitar aquel verano la quinta de Campvallon, y tambien para no salir de su habitacion el dia en que la marquesa, acompañada del General, vino á visitar á Reully. La recibió la señora de Teclé, que consiguió dominarse y desplegar su gracia habitual, y la marquesa, á quien el conde de Camors habia puesto ya al corriente, no se turbó tampoco, porque las mujeres mejores, como las peores, sobresalen en estas comedias, y todo pasó al fin, sin que el General pudiese concebir ni sombra de sospecha.

Transcurrió al fin el verano, durante el cual se habia presentado muchas veces el conde en Reully, robusteciendo en cada en-

trevista el nuevo carácter de sus relaciones con su esposa. Segun costumbre, permaneció todo el mes de Agosto en Reully, y aprovechó tambien el pretexto de la salud de la condesa para no visitar con frecuencia á Campvallon.

De regreso á Paris, recobró sus costumbres, y con ellas su descuidado egoismo, porque se habia repuesto poco á poco de la sacudida que experimentó: comenzaba á olvidar sus sufrimientos, y mucho mas aun los de su esposa, y hasta á felicitarse secretamente por el giro que la casualidad habia dado á la situacion, porque, conservando todas las ventajas, se habia librado de los inconvenientes. Instruida de todo su esposa, no la engañaría ya; y esto, en realidad, era un alivio para él. En cuanto á la condesa, iba á ser madre, y tendria un juguete, un consuelo: ademas, el conde contaba con multiplicar sus cuidados y atenciones con ella. La jóven sería feliz ó poco menos, y en último caso, lo mismo que lo son las tres cuartas partes de las mujeres en este mundo. Todo pues, marchaba perfectamente, y el conde dió nuevo impulso al carro de su fortuna, un momento detenido, lanzándose de nuevo á su brillante carrera, orgulloso por su hermosa amante, soñando con añadir á

esta gloria la de regia fortuna, y entreviendo á lo lejos como coronamiento de su vida los triunfos de la ambicion y del poder.

Pretextando ocupaciones bastante dudosas, no fué á Reully durante el otoño; pero escribía con frecuencia, y la señora de Teclé le enviaba breves noticias de su esposa.

Una mañana, á fines de Noviembre, recibió un telégrama llamándole inmediatamente á Reully, si queria estar presente al nacimiento de su hijo. Cuando le llamaba un deber de conveniencia ó de cortesía, el Conde de Camors no vacilaba jamas; y viendo que no tenía un minuto que perder si queria aprovechar el tren de la mañana, tomó un carruaje y corrió á la estacion. Su criado debia ir al dia siguiente.

La estacion que correspondía con Reully distaba de este punto algunas leguas, y en el trastorno de las circunstancias, ninguna disposicion habian tomado para recibirle á su llegada, por lo cual tuvo que apelar á un pesado carro de campo para recorrer la distancia. El mal estado de los caminos fué un nuevo contratiempo, y eran las tres de la madrugada cuando el Conde, impaciente y

transido, bajó del carro delante de la verja de la avenida.

Dirigióse rápidamente á la casa bajo la bóveda, frondosa aun y profundamente obscura de los viejos olmos. Encontrábase en medio de la avenida, cuando un agudo grito rasgó el espacio: el corazon le saltó en el pecho: detúvose bruscamente, y prestó atencion. El grito resonaba en el eco, y parecia llamamiento desesperado de criatura humana bajo puñal asesino. Aquellos dolorosos ecos se extinguieron al fin, y el conde continuó la marcha con mayor premura, no oyendo otra cosa que el latido sordo y precipitado de sus arterias. En el momento en que vió las luces de la casa, oyóse otro grito de angustia, mas agudo, mas siniestro aun, y ahora se detuvo el conde de Camors. A pesar de que se le ocurrió desde luego la explicacion natural de aquellos gritos de angustia, se encontraba turbado. No es cosa rara que los hombres acostumbrados, como él, á una vida puramente artificial, experimenten profunda sorpresa cuando se alza ante ellos alguna de las leyes mas sencillas de la naturaleza con la imperiosa é irresistible fuerza que las caracteriza.

El Conde llegó á la casa, se informó por medio de los criados, y mandó anunciar su

llegada á la señora de Teclé. La señora de Teclé salió en seguida de la habitación de su hija, y viéndola con semblante alterado y ojos llorosos, le preguntó vivamente el conde de Camors:

—¿Temeis algo?

—No —contestó;—pero padece mucho, y esto es muy largo.

—¿Podría verla?

Hubo un momento de silencio. La señora de Teclé, cuya frente se había arrugado, bajaba los ojos, y levantándolos al fin:

—Si lo exigís.... —dijo.

—Nada exijo.... Si creéis que mi presencia pueda perjudicarla....

Camors no tenía la voz tan segura como de costumbre.

—Temo que la agite mucho—contestó la señora de Teclé.—Si os dignais confiar en mí, os lo agradeceré.

—Pero, al menos—dijo Camors,—tal vez convendría que supiese que he venido, que estoy aquí...., que no la abandono.

—Se lo diré.

—Bien.

Y dicho esto, saludó á la señora de Teclé con un ligero movimiento de cabeza, sepa-

rándose en seguida y bajando al jardín, donde permaneció paseando mucho tiempo.

Generalmente el papel de los hombres en las circunstancias en que se encontraba en aquel momento el conde de Camors, nada tiene de agradable ni de airoso; pero lo desagradable del trance aumentaba en virtud de ciertas reflexiones bastante penosas. No solamente era inútil su auxilio, sino que además, se temía; no solamente no era apoyo, sino que era un peligro y un dolor más. Esta idea encerraba una amargura que no podía ocultársele, y su generosidad natural y su humanidad violentada se estremecían mientras escuchaba los gritos de dolor y lamentos de angustia que se sucedían casi sin interrupción, haciendo que el conde pasase en la húmeda tierra de aquel jardín, en aquella fría noche y en la triste aurora que le siguió, horas pesadas y violentas.

Varias veces había bajado la señora de Teclé á traerle noticias, y á las ocho de la mañana la vió llegar con aire tranquilo y grave.

—Caballero (le dijo) teneis un hijo.

—Muchas gracias.... ¿como sigue la enferma?

—Bien.... pronto volveré á suplicaros vayais á verla.

Media hora despues se presentó en el vestibulo, le llamó.

—¡Señor de Camors!

Y cuando se acercó, añadió con emocion, que le hacia temblar los labios.

—Hace tiempo que vuestra esposa abriga cierta inquietud, temiendo que la hayais guardado consideraciones con el propósito de quitarle su hijo. Si tuvieseis esa intencion.... no la realizariais ahora, ¿verdad?

—¡Dura sois, señora! —contestó el conde con voz sorda.

La señora de Teclé suspiró.

—Venid, —dijo.

Y subió la escalera delante de él, abrió la puerta de la alcoba, y le dejó pasar.

El conde encontró la mirada de su joven esposa fija en él. La condesa estaba reclinada sobre almohadones en el lecho, y mas blanca que la colgadera cuya suave sombra la envolvía; sobre su pecho estrechaba dormido á su hijo, que, lo mismo que su madre, estaba ya cubierto de encajes blancos y cintas de color de rosa. Desde el fondo de aquel nido, la condesa fijaba en su esposo sus grandes ojos, en los que brillaba como luz salvaje y cuya expresion de alegría se mezclaba con la de profundo terror.

El Conde se detuvo á pocos pasos del lecho, y la saludó con placentera sonrisa.

—Mucho os he compadecido, Maria, —le dijo

—Gracias —contestó, con voz débil como un soplo.

Y continuaba mirándolo con la misma expresion de terror y súplica,

—¿Estais ahora mas contenta? —preguntó Camors.

Los brillantes ojos de la joven se fijaron rápidamente en el tranquilo rostro de su hijo, y, dirigiéndose en seguida al Conde, preguntó:

—¿No me lo quitareis?

¡Jamás! —contestó éste.

Al pronunciar esta palabra, se le velaron repentinamente los ojos, y quedó sorprendido al sentir rodar lágrimas por sus mejillas. Entonces tuvo un movimiento muy extraño: se inclinó, cogió un pliegue de la colcha, lo besó, é irguiéndose en seguida; salió de la habitacion.

En su lucha terrible y algunas veces victoriosa contra la naturaleza y la verdad, este hombre quedó vencido una vez. Pero seria pueril imaginar que un carácter de aquel temple y endurecimiento hubiese podido transformarse y modificarse sensiblemente

al impulso de algunas emociones pasajeras ó de algunas sorpresas nerviosas. El conde de Camors se repuso pronto de aquella debilidad, si por ventura no se arrepintió.

Ocho días pasó en Reuilly, dando á su trato con la señora de Teclé y á sus relaciones de vida comun mas confianza que antes. De regreso á Paris, ordenó algunos arreglos interiores en su hotel, con objeto de preparar á la jóven Condesa y á su hijo, que debian llegar algunas semanas despues, instalacion mas cómoda y espaciosa.

VI

Cuando regresó la condesa de Camors y entró en la casa de su esposo, encontró en ella las desgarradoras impresiones del pasado y las sombrías preocupaciones del porvenir; pero al fin traia con sígo, aunque bajo forma muy debil, un poderoso consuelo. Dominada por la angustia, y amenazada constantemente por nuevas emociones, tuvo que renunciar á lactar por sí misma á su hijo; pero no se separaba de su lado, porque estaba celosa de la nodriza, y queria verse amada al menos por él; amándole porque

era su hijo y su sangre y él precio de sus dolores; amándole porque constituía todas sus esperanzas de felicidad humana; amándole porque lo encontraba hermoso como el día; y verdaderamente lo era, porque se parecía á su padre, y la Condesa le amaba también por esta razón.

Trataba, pues, de reconcentrar todo su corazón y todos sus pensamientos en aquella querida criatura, y en los primeros tiempos creyó haberlo conseguido; sorprendiéndose ella misma de su tranquilidad cuando volvió á ver á la marquesa de Campvallón, porque su viva imaginación había agotado de antemano todas las tristezas que debía contener su nueva existencia; pero cuando salió de la especie de enterramiento en que la habían sepultado tantos sufrimientos sucesivos, cuando sus sensaciones maternas se calmaron algo con la costumbre, el corazón de la mujer despertó en el corazón de la madre, y no pudo contener la pasión que le inspiraba su amable y terrible esposo.

La señora de Teclé había pasado dos meses con su hija en París, y después regresó al campo. La condesa de Camors le escribió á principios de la primavera siguiente una carta, que dará exacta idea de los sentimientos de la joven en aquella época y del

giro que había tomado su vida de familia. Después de largos detalles relativos á la salud y belleza de su hijo Roberto, añadía:

“Su padre continúa siendo para mí lo que sabéis. Me dispensa de todo lo que puede dispensarme; pero evidentemente la fatalidad á que obedeció persiste bajo la misma forma. Mas no desespero del porvenir, querida mamá. Desde que vi lágrimas en sus ojos, volvió la confianza á mi pobre corazón; y tened por seguro que algún día me amaré, aunque no sea más que á través de su hijo, al que empieza á amar poco á poco y sin notarlo. Recordareis que al principio este niño no era nada para él, lo mismo que yo; cuando lo encontraba sobre mis rodillas lo besaba gravemente con el extremo de los labios; le decía: “¡Buenos días, caballero!” y se marchaba. Hace justamente un mes—he conservado la fecha—le dijo: “¡Buenos días, hijo mío... eres muy bonito!” ¿Veis que progreso? ¿Y sabéis, en fin, lo que pasó ayer? Entré en la habitación de Roberto, sin hacer ruido, estando la puerta abierta, y ¿que veo, mamá? El conde de Camors tenía la cabeza debajo del pabellón de la cuna, y reía con este querido hijo, que le reía tam-

bien. Os aseguro se ruborizó y se excusó.

—“Estaba abierta la puerta, y he entrado—dijo:

—“No hay ningún mal en ello. — contesté.

“El señor de Camors es muy extraño algunas veces, traspasando conmigo los límites convenidos y necesarios. No solamente es cortés, sino que hasta exagera la cortesía. ¡Ay! ¡En otro tiempo estas lisonjas habrían caído sobre mi corazón como rocío del cielo! Ahora me contraria algo. Por ejemplo: anoche (otra fecha) me senté, según costumbre, al piano después de comer; él leía un periódico en el rincón de la chimenea. Pasó la hora habitual de su salida, y esto me sorprendió mucho. Le dirigí una furtiva mirada entre dos arpegios, y ví que no leía ni dormía: meditaba.

—“¿Trae algo nuevo el periódico?

—“No, nada absolutamente.

“Hice algunos arpegios más, y entré en el cuarto de mi hijo. Le acosté, le dormí, le di mil besos, y volví al gabinete. El Conde permanecía en él. Y en seguida:

—“¿Teneis noticias de vuestra madre?
¿Qué dice? ¿Habeis visto á la señora Jubert?
¿Habeis leído esta revista?

“En fin, lo que hace el que quiere hablar.

“En otro tiempo hubiese pagado con mi sangre una velada como esta, y hoy me la conceden cuando no sé que hacer de ella.

“Sin embargo, recordé los consejos de mi madre: no debía rechazar tan buena tendencia, la festejé; encendi cuatro bujías más, y procurando ser amable sin coquetería, porque la coquetería sería vergonzosa ahora; verdad, mamá? En fin, charlamos, tararé dos piezas al piano, yo toqué otras dos, dibujó un trajecito ruso para Roberto que llevará el año que viene; después me habló de política. Todo esto me encantó. Me explicó su situación en la Cámara. Sonaron las doce. Yo quedé silenciosa. El Conde se levantó

—“¿Puedo estrecharos la mano como amigo?

—“Oh, Dios mío; sí!

—“Buenas noches, María.

—“Buenas noches.

“Si mamá; leo vuestro pensamiento. En todo esto existe un peligro; pero me lo habeis mostrado, y por otra parte, creo que yo sola lo habría descubierto. Nada temáis, pues. Me alegran mucho sus buenos impulsos, los alentará cuanto pueda, pero no crece-

ré impremeditadamente que constituyen decidida conversión hacia el bien y hacia mí. Veo en la sociedad que me rodea repugnantes acomodamientos; pero, en medio de mi desgracia, permanezco pura y altiva, y creería en el último desprecio de mí misma si me expusiese á ser objeto de capricho para el conde de Camors. El hombre que ha caído tan bajo, no se levanta en un día; y si alguna vez vuelve hacia mí, necesitará darme pruebas muy graves. No he cesado de amarlo, y tal vez lo conoce; pero se convencerá de que si este triste amor puede destrozar mi corazón, no puedo rebajarlo, y no necesito decir á mi madre que sabré vivir y morir valerosamente con mi velo de viuda.

Otros síntomas me llaman también la atención. Cuando ella está presente, me distingue más el Conde. Tal vez lo hayan convenido así, pero lo dudo. La otra noche estábamos en casa del General; ella valaba, y el señor de Camors había venido por favor especial á sentarse al lado de vuestra hija. Al pasar delante de nosotros, lanzó una mirada, un relámpago. . . . Sentí la llama. ¿Es posible que ojos azules sean tan feroces? Parece que sí. Seguramente no conservo mucha ternura para ella, que es mi cruel enemiga; pero si alguna vez sufriera lo que me ha-

ce sufrir, sí, creo que la compadece-
ría.

“Os abrazo, mamá, y abrazo también á nuestros queridos tíos. Mástico sus retoños como en otro tiempo. Regañadme como antes, y amad sobre todo como siempre á vuestra

“MARY.”

Aquella prudente jóven, aleccionada por la desgracia, lo observaba todo, todo lo veía, no exageraba nada, y en esta carta tocaba los puntos más delicados de la situación del conde de Camors, y hasta de sus sentimientos secretos, con precisión exactísima.

El conde de Camors no estaba en manera alguna convertido, ni se encontraba siquiera en vías de ello; pero sería desconocer la verdad humana atribuir á su corazón ó á cualquier otro una imposibilidad sobrenatural. Si las áridas é inflexibles teorías de que el conde de Camors había hecho ley de su vida pudiesen triunfar absolutamente, serían verdaderas. Las amarguras que había experimentado no le habían convertido, sino quebrantado. Ya no caminaba en su sendero con tanta firmeza; había sido compasivo para una de sus víctimas, y como una falta

arrastra otra, despues de haber compadecido á su esposa, estaba cerca de amar á su hijo. Estas dos debilidades se habian deslizado en su alma petrificada como en las hendiduras de una piedra, y germinaban en ella; pero eran gérmenes imperceptibles. El niño le ocupaba pocos minutos al dia: sin embargo, pensaba en él, y solia regresar á su casa algo antes que de costumbre, secretamente atraido por la sonrisa de aquel ángel. Algo mas para él la madre, porque le habian impresionado sus sufrimientos y su juvenil heroismo. A sus ojos era ya persona: la encontraba méritos, y observaba que era muy instruida para mujer, y prodigiosamente para francesa. Comprendia á media palabra, sabia mucho, y adivinaba lo demas; poseyendo, en fin, esa mezcla de gracia y solidez que da á la conversacion de las mujeres de espíritu cultivado un irresistible encanto.

Acostumbrada desde la infancia á su superioridad como á un lindo rostro, llevaba con tanta sencillez la una como el otro, y se dedicaba á los cuidados de su casa como si no tuviera otra idea en la cabeza, reservándose detalles domésticos que no abandonaba á los criados. Entraba detras de ellos en el salon, en el gabinete, con un plumero azul

en la mano, y con aquel plumero acariciaba ligeramente los veladores, las consolas, las jardineras; alineaba un mueble, separaba otro, colocaba flores en un vaso, y todo esto tarrareando alegremente, como un pájaro en su jaula. Su esposo se complacia algunas veces, siguiéndola con la vista en aquellos ligeros trabajos, haciéndole pensar en esas princesas que se ven en los bailes de opera, reducidas por efecto de un revés de fortuna á pasajera domesticidad, y que bailan al cuidar de la casa.

—¡Que apasionada sois por el orden, Maria! - le dijo un dia su marido.

— El orden (contestó gravemente) es la belleza moral de las cosas.

Acentuó bastante la palabra *cosas*, y temiendo haber sido pedante, se ruborizó.

La condesa era muy amable, y se comprenderá que tenia atractivos hasta para su marido, quien, á pesar de no haber pensado, ni por un solo momento, sacrificarle la pasión que dominaba su vida, es cierto sin embargo, que su esposa le agradaba como encantadora amiga que era, y tal vez como encantador fruto prohibido que era tambien.

Dos ó tres años transcurrieron sin producir cambio sensible en las mutuas relaciones de los diferentes personajes de esta historia;

y este periodo fué sin duda alguna el mas brillante y feliz de la historia del conde de Camors. Su matrimonio habia duplicado su caudal, y sus hábiles especulaciones lo aumentaban de dia en dia. Habia montado su casa en relacion con sus recursos, y en las regiones de la elevada vida elegante nadie le disputaba el cetro. Sus caballos, sus carruajes, su gusto artístico, hasta su traje, formaban la ley. Sin proclamarse públicamente, sospechábanse sus relaciones con la marquesa de Campvallon, y esto aumentaba su prestigio. Al mismo tiempo, comenzaba á conocerse brillantemente su capacidad como hombre político: habia usado la palabra en algunos debates recientes, y su *maiden speech* habia sido triunfal.

Grande era su prosperidad; pero el conde de Camors no gozaba de ella tranquilamente. Dos nubes oscuras manchaban el cielo donde brillaba, y podian encerrar el rayo. En primer lugar, su vida pendia constantemente de un hilo. Un dia ú otro podia enterar al general Campvallon, de la intriga que le deshonoraba, una traicion interesada, ó el rumor público que ya empezaba á despertar. Si se presentaba este caso, sabia que no le perdonaria el general, y el conde estaba completamente decidido á no defender

su vida contra él. Esta resolucion, por otra parte, le servía de último argumento para acallar su conciencia. Todo el edificio de su destino estaba, pues, á merced de un azar bastante verosímil.

Su segunda inquietud consistia en el odio celoso de la señora de Campvallon contra la jóven rival que en otro tiempo se eligió ella misma. Despues de bromear francamente sobre este asunto en los primeros tiempos, la marquesa habia cesado poco á poco de hacer alusiones á él. El conde de Camors no podia engañarse en cuanto á ciertos síntomas mudos, y se alarmaba algunas veces ante aquellos celos silenciosos. Temiendo exasperar en aquella alma enérgica el mas violento de los sentimientos femeninos, se habia limitado de dia en dia á atenciones que mortificaban mucho á su orgullo, y tal vez tambien á su corazon, porque su esposa que no podia explicar su nueva conducta, sufría mucho por ella, y él lo veía.

Una noche, en el mes de Mayo de 1860, habia recepcion en el hotel de Campvallon. La Marquesa, antes de marchar al campo, se despedía del grupo mas escogido de su sociedad habitual. Aunque la fiesta tenia carácter semi-íntimo, la habia organizado con su minuciosidad y buen gusto ordinarios

Una galeria formada con plantas y flores, conducía desde el salon á la estufa del jardin. Aquella velada fué penosa para la condesa de Camors; la negligencia de su marido para con ella fué tan marcada, tan persistente su asiduidad junto á la Marquesa, tan radiante su inteligencia, que la jóven, sintiendo el dolor del abandono hasta un grado insuportable, se refugió en la estufa, y viéndose sola, echó á llorar. Pocos momentos despues, no viéndola el conde en el salon, se inquietó, y la condesa le vió entrar en la estufa con esa rápida ojeada de la mujer que ve sin mirar. La jóven fingió examinar las flores de las gradas, y con un poderoso esfuerzo de voluntad secó sus lágrimas. Su esposo se habia acercado lentamente á ella.

—¡Qué magnífica cameia!... (le dijo.)
¿Conoceis esta variedad?

Perfectamente—contestó;— es la camelia que llora.

El Conde arrancó la flor.

—Maria—dijo;—nunca he tenido inclinacion á las niñerías; pero conservaré esta flor.

La jóven le miró con asombro.

—Porque la amo,—añadió.

Rumor de pisadas les hizo volver la cabeza. La marquesa de Campvallon recorria la

estufa del brazo de un diplomático extranjero.

—Perdonad—dijo riendo;—¡os incomodo! ¡Qué torpe soy!

Y pasó.

La condesa de Camors se puso repentinamente muy encarnada y su marido muy pálido. El diplomático fué el único que no cambió de color, porque no comprendió nada.

Pretextando la condesa una jaqueca que no desmentia el aspecto de su rostro, se retiró casi en seguida, diciendo á su marido que le mandaria el carruaje.

Pocos momentos despues, la marquesa de Campvallon, obedeciendo á una señal secreta del conde de Camors, se reunió con él en el gabinete que les recordaba á los dos el momento mas culpable de su vida, y con su acostumbrada negligencia se sentó á su lado en el divan.

—¿Que ocurre?—preguntó.

—¿Por qué me vigilais? [preguntó á su vez Camors] Eso es indigno de vos.

—¡Ah! ¿Una explicacion? ¡Triste cosa! Esta es la primera entre nosotros, y al menos, que sea completa y rápida.

La marquesa hablaba con acento conte-

nido, pero apasionado, fijando los ojos en el pié, que movia con agitacion.

— Sed sincero (añadió) ¿Estais enamorado de vuestra esposa?

El conde se encogió de hombros.

— Indigno de vos, lo repito.

— Entonces, ¿que significan esas ternuras con ella?

— Me mandasteis casarme con ella, pero no matarla, segun creo.

La Marquesa frunció las cejas de un modo extraño, que no vió Camors, porque ni uno ni otro se miraban. Y despues de una pausa dijo:

— Tiene á su hijo, es madre, y yo solamente os tengo á vos Escuchadme, amigo mio; no me hagais celosa, porque cuando lo soy, se me ocurren pensamientos que me espantan Y, mirad, puesto que hablamos de esto, si la amais, mejor es que me lo digais desde luego; me conocéis bien, y sabéis que no uso rastreras astucias Pues bien: temo tanto los sufrimientos y humillaciones que presiento, me temo tanto á mi misma, que os ofrezco, que os devuelvo la libertad prefiero este dolor horrible, pero al menos franco y noble No os tiendo un lazo al hablaros asi, creedme, ¡Miradme! No lloro con frecuencia (Sus ojos

estaban llenos de lágrimas) Si, soy sincera, y os lo ruego; si es verdad que la amais, aprovechad este momento, porque, si lo dejais escapar, jamas volvereis á encontrarlo.

El conde de Camors no estaba preparado en manera alguna á este emplazamiento, y nunca se le habia ocurrido la idea de romper sus relaciones con la marquesa, porque estas relaciones le parecian perfectamente conciliables con los sentimientos que podia inspirarle su esposa. La marquesa era para el la falta mas pesada y el peligro perpetuo de su vida; pero era tambien la emocion, el orgullo y magnífica voluptuosidad. Estremeciöse, y se irritó ante la idea de perder un amor que tan caro habia comprado. Fijó una ardiente mirada en aquel hermoso y exaltado semblante, y dijo:

— Mi vida es vuestra. ¿Como podeis pensar en romper lazos como los nuestros? ¿Como podeis alarmaros, ni ocuparos siquiera de mi conducta con otra? Hago lo que el honor y la humanidad me mandan, nada mas, y á vos os amo; ¿entendeis? . . . ¿entendeis? . . .

— ¿De veras?

— De veras.

— Os creo.

La marquesa le cogió la mano, y le miró un momento sin hablar, con ojos velados y seno palpitante; despues, levantándose de pronto, dijo:

-- Sabeis, amigo mio, que tengo gente en casa,

Y saludándole con una sonrisa, salió del gabinete.

Esta escena dejó en el espíritu de Camors una impresion desagradable, y con mal humor pensaba en ella á la mañana siguiente probando un caballo en la avenida de los Campos Elíseos, cuando de pronto se encontró frente á frente con su antiguo secretario Vautrot, á quien no había visto desde el día en que juzgó conveniente despedirse por si mismo y de improviso. Los Campos Elíseos estaban desiertos á aquella hora, y Vautrot no pudo esquivarse, como tal vez había hecho varias veces, al encontrar al conde. Viéndose reconocido, le saludó y se detuvo, sonriendo con inquietud. Su raída levita negra y la dudosa blancura de su camisa revelaban miseria oculta y profunda. El conde no se fijó en estos detalles, que sin duda hubiesen despertado su generosidad natural y mitigado la indignacion que repentinamente le había dominado. Detuvo bruscamente el caballo, y exclamó:

— ¡Ah! ¿Sois vos, señor Vautrot? ¿Ya no estais en Inglaterra? ¿Y qué haceis ahora?

— Busco colocacion, señor Conde, — contestó humildemente Vautrot, que conoeia demasiado bien á su antiguo amo para no leer con claridad en la contraccion de su bigote señales de tempestad.

— ¿Y por qué no os dedicais otra vez á la cerrajería? Sois muy diestro en ese oficio. . . . Las cerraduras mas complicadas no tienen secretos para vos.

— No comprendo lo que quereis decir, — murmuró Vautrot.

— ¡Canalla!

Y al dirigirle este insulto con indecible acento de desprecio, el Conde tocó ligeramente con el fusta el hombro de Vautrot, alejándose tranquilamente en seguida al paso de su caballo.

Efectivamente: el señor Vautrot buscaba colocacion, que fácilmente habria encontrado si hubiese querido contentarse con la que convenia á sus aptitudes; pero pertenecia, como se recordará, á los que tienen ambicion superior á sus méritos, y especialmente á aquellos que desean mucho mas los placeres que el trabajo. En esta época habia caido en una profunda miseria, que no necesitaba aumentar mucho para impulsarle al mal,

sino al crimen. Mas de un ejemplo tenemos en nuestros días de los excesos á que pueden llegar estas inteligencias ambiciosas, ávidas é impotentes. Mientras se presentaba cosa mejor, el señor Vautrot habia vuelto al papel hipócrita que en otro tiempo le fué benéfico; la víspera de aquel mismo día se habia presentado en casa de la señora de la Roche Jugan, y se habia retractado de sus extravíos filosóficos, porque era como aquellos sajones del tiempo de Carlomagno, que pedían el bautismo siempre que deseaban tener una túnica nueva. La señora de la Roche Jugan no habia recibido mal á este triste hijo pródigo; pero se enfrió mucho al encontrarle mas discreto de lo que creyó sobre cierto punto que tenia empeño en esclarecer. Preocupábase mas que nunca de las relaciones que desde mucho antes sospechaba entre la señora de Campvallón y el conde de Camors. Estas relaciones no podían menos de ser fatales á las esperanzas que habia fundado sobre la viudez de la marquesa y la herencia del general. El matrimonio del conde la distrajo por un momento; pero pertenecía á esas beatas que suponen siempre el mal, y no tardaron en despertar con mas fuerza sus sospechas. Habia procurado obtener de Vautrot, que por tan-

to tiempo habia vivido en la intimidad de su sobrino, algunos datos acerca del misterio; y como Vautrot tuvo la delicadeza de negárselos le puso en la calle.

Después de su encuentro con el conde de Camors, Vautrot se dirigió á la calle de Santo Domingo, y una hora después la señora de la Roche-Jugan tenia la satisfacción de saber todo lo que sabia Vautrot acerca de las relaciones del Conde y la Marquesa. Ahora bien; se recordará que lo sabia todo. La revelación, por prevista que fuese, aterró á la señora de la Roche-Jugan, que vió destruidos para siempre sus proyectos maternales, y al amargo desengaño se unió al instante en aquella alma vil un deseo furioso de venganza. Verdad es que habia sido mal recompensada por el esfuerzo anónimo que intentó en otro tiempo para abrir los ojos al desgraciado General; porque desde aquel momento el General, la Marquesa y el mismo Camors, sin romper sus relaciones ordinarias con ella, la habian dejado notar cierto desprecio, del que estaba profundamente resentida.

Necesario era no exponerse á nueva derrota, y necesario era tambien, á nombre de la moral, confundir á aquellos ciegos y culpables; pero ahora con tales pruebas, que el

golpe fuese irresistible. A fuerza de pensar en ello, la señora de la Roche-Jugan se persuadió de que el nuevo giro de los acontecimientos podía ser favorable á las pretensiones que habian sido la idea fija de su vida. Destruida la señora de Campvallon, separado el conde de Camors, el General habia de quedar solo en el mundo, y era natural suponer que se fijaria entonces en su joven pariente. Segismundo, aunque no fuese mas que por gratitud á la vigilante amistad de la señora de la Roche-Jugan, Verdad era que el general habia legado todos sus bienes á su esposa por el contrato de matrimonio; pero la señora de la Roche-Jugan, que habia consultado sobre este asunto, no ignoraba que continuaba siendo dueño mientras viviese, pudiendo enagenar su fortuna, despojar de ella á la esposa indigna y transmitirle á Segismundo.

La señora de la Roche-Jugan no se fijó en la posibilidad, muy verosímil, sin embargo, de un duelo entre el General y el conde de Camors: conocida es la desdenosa intrepidez de las mujeres en materia de duelos. Ingenióse, pues, sin escrúpulo en hacer entrar á Vautrot en la obra meritoria que tramaba, asegurándose su concurso por medio de algunos regalos inmediatos y promesas, y

haciéndole creer que el General le recomendaría con esplendidez. Vautrot que sentia aun sobre su hombro la fusta del conde de Camors, y al que hubiese muerto por su mano si se hubiese atrevido, casi no necesitó excitaciones de lucro para asociarse á la venganza de su protectora y hacerse instrumento de ella. Sin embargo, resolvió, puesto que se le presentaba ocasión, ponerse una vez por todas al abrigo de los ataques de la miseria, especulando hábilmente el secreto que poseía sobre la inmensa fortuna del General.

Ya habia revelado aquel secreto á la condesa de Camors, bajo la inspiracion de otro sentimiento; pero entonces tenia en su poder pruebas que le faltaban ahora. Necesitaba, pues, poseer armas nuevas é infalibles, y si la intriga que queria desenmascarar existia aun, no desesperó de sorprender algunos indicios seguros, ayudándose del conocimiento general que tenia en otro tiempo de las costumbres y pasos del señor de Camors. A esta tarea se dedicó dia y noche desde aquel momento, con el maléfico ardor del odio y la avaricia.

La absoluta confianza que el General habia devuelto á su esposa y á Camors desde el casamiento de éste con la señora de Te-

de, hubiese permitido sin duda á los dos amantes suprimir en sus relaciones las complicaciones del misterio y de la aventura; pero lo que habia de ardiente, poético y teatral en la imaginacion de la Marquesa, no lo habia consentido. No le bastaba el amor; necesitaba el peligro, el aparato, las voluptuosidades realizadas por el terror. Una ó dos veces, en los primeros tiempos, habia cometido la temeridad de salir del hotel durante la noche y regresar al amanecer; pero habia tenido que renunciar á estas audacias, demasiado peligrosas. Sus entrevistas nocturnas con el Conde eran raras, y siempre se verificaban en su casa: he aquí de qué manera. Contiguo al jardin del hotel Campvallon existia un solar, que á veces servia de taller; el General habia comprado en otro tiempo una parte de aquel terreno, habia hecho construir una casita, plantando el resto de huerta, y alojando en ella con su ordinaria bondad, á un antiguo sargento llamado Mesnil, que le sirvió mucho tiempo de ordenanza. Este Mesnil gozaba de toda la confianza del marques, que le habia encargado vigilar la parte forestal de sus propiedades. En invierno vivia Mesnil en Paris, pero solía pasar dos ó tres dias en el campo, cuando el general deseaba tener sobre algun litigio

especial datos seguros. La marquesa y Camors aprovechaban estas ausencias para sus peligrosas entrevistas nocturnas. Advertido Camors por una señal convenida, penetraba en el cercado que rodeaba la casita de Mesnil y desde allí pasaba á los jardines del hotel. La señora de Campvallon se encargaba, por su parte, con terrores que la encantaban, de mantener abierta una ventana del piso bajo. La costumbre parisien de relegar los criados á las buhardillas, daba á estas entrevistas cierta seguridad, aunque siempre precaria.

A fines de Mayo presentose una de estas oportunidades, tan ardientemente deseadas por una y otra parte, y á media noche penetró el conde de Camors en el jardinillo del antiguo sargento. En el momento en que daba la vuelta á la llave de verja que le cerraba, creyó oír un ligero ruido á su espalda. Se volvió, recorrió con una penetrante mirada el oscuro espacio inmediato, y creyendo haberse engañado, entró. Un momento despues apareció la sombra de un hombre en la esquina de una pila de madera del taller; aquella sombra permaneció por algunos momentos inmóvil enfrente de las ventanas del hotel, volviendo despues á desaparecer en la obscuridad.

En la semana siguiente, encontrándose Camors en el Círculo una noche, jugó un wist con el general, observando que no atendía al juego, y que su semblante revelaba una profunda preocupación.

—¿Estais malo, general?—le preguntó al terminar la partida.

—No.... (contestó el general) Estoy disgustado solamente.... Un asunto desagradable.... entre dos guardas míos.... en el campo.... Esta mañana mandé á Mesnil á que se enterase.

El general dió algunos pasos, y volvió hacia Camors, llevándole aparte.

—Amigo mio [le dijo]; os he engañado... tengo sobre mi espíritu algo.... algo grave.... soy muy desgraciado.

—Pero ¿que ocurre?—preguntó Camors, cuyo corazon se agitaba.

—Ya os lo contaré.... probablemente mañana.... Venid mañana temprano á casa.... ¿Lo hareis?

—Sí, seguramente.

—Gracias.... Ahora me marcho, porque realmente no me encuentro bien....

Y le estrechó la mano con mas afecto que de costumbre.

—Adios, querido hijo,—añadió.

Y se volvió bruscamente para ocultar las

lágrimas que de repente habian llenado sus ojos.

Durante algunos segundos experimentó una viva inquietud el conde de Camors; pero la amistosa y tierna despedida del general le tranquilizó por completo en lo que le concernía, aunque quedó asombrado y hasta afectado por la tristeza del anciano. Cosa extraña: si existia algun hombre en el mundo á quien desease felicidad, y por el que estuviese dispuesto á sacrificarse, era precisamente aquel á quien ultrajaba moralmente.

Ademas, habia tenido razon para alarmarse, y no hizo bien en recobrar la calma, porque aquella noche habian informado al general de la traicion de su esposa, ó al menos le habian preparado. Pero ignoraba aun el nombre de su cómplice, porque los delatores habian temido sin duda chocar contra una decidida y absoluta incredulidad si hubiesen nombrado á Camors. En efecto: era probable, despues de lo que sucedió antes, que si se hubiese pronunciado de nuevo este nombre, el general hubiese retrocedido ante aquella sospecha como ante monstruosa imposibilidad, ofensiva hasta para el pensamiento.

El conde de Camors permaneció en el círculo hasta la una de la madrugada, y desde allí marchó á la calle de Vanneau, penetrando en el hotel del general con las acostumbradas precauciones. Esta vez le seguiremos.

Al cruzar el jardín miró á la ventana del General, y no vió brillar á través de las persianas mas que la débil luz de una lámparilla de noche. La Marquesa le esperaba en la puerta del gabinete, que abría el corredor exterior, elevado por algunos escalones sobre el nivel del suelo. El Conde besó la mano á la jóven, y en seguida le dijo algunas palabras acerca de la tristeza y preocupacion de su esposo. La Marquesa le contestó que hacia algunos dias se encontraba muy pensativo por causa de su salud. Esta explicacion pareció muy natural al Conde, y la siguió por los oscuros y silenciosos salones. La Marquesa llevaba en la mano una bujia cuya débil luz iluminaba con palidez extraña sus delicadas facciones. Cuando subieron la ancha y sonora escalera, solamente reveló su ligera marcha el roce de su falda en los peldaños. Deteníase algunas veces, temblando, como para saborear la solemnidad dramática que le rodeaba, é inclinaba un poco su rubia cabeza para mirar

á Camors, le sonreía y se colocaba la mano sobre el corazon, como para decirle: "¡Tengo miedo!" En seguida continuaba subiendo.

Así llegaron á su habitacion, cuya lámpara iluminaba á medias la obscura magnificencia, las maderas esculpidas y pesadas colgaduras. Alzándose por momentos la llama de la chimenea, lanzaba ardientes reflejos sobre dos ó tres cuadros de escuela española, que eran la única decoracion de aquella estancia severa y soberbia.

La marquesa se dejó caer como agobiada de terror sobre un mueble en forma de divan colocado cerca de la chimenea; en seguida empujó con el pié dos cojines, sobre los que se prosternó el señor de Camors á sus pies; y luego rechazó ella con ambas manos los espesos bucles de sus cabellos, é inclinándose hacia su amante:

—¿Me amais hoy?—le dijo.

Aun pasaba por el rostro de Camors el soplo de su puro aliento, cuando se abrió una puerta delante de ellos, y entró el general.

La marquesa y Camors se encontraron de pie al mismo tiempo, y juntos, inmóviles, le miraron.

El general se habia parado en la puerta:

al verles, se habia estremecido, y su rostro se cubrió de mortal palidez. Fijó durante un minuto la vista en Camors con estupor y casi con extravío, y en seguida alzó los brazos sobre la cabeza, chocando ruidosamente sus manos.

En aquel momento terrible, la marquesa cogió por el brazo á Camors, y le dirigió una mirada profunda, trágica, suplicante, que le aterró. El conde la separó con cierta rudeza, cruzó los brazos, y esperó.

El General se dirigió á éllentamente. De pronto se inflamó su rostro con rojo color; sus labios se abrieron y agitaron para pronunciar algún insulto supremo, y avanzó con la mano alzada; pero á los pocos pasos el anciano se detuvo bruscamente, agitó los dos brazos como buscando apoyo, vaciló, y cayó de frente, chocando su cabeza contra el mármol de la chimenea, y rodando sobre la alfombra, quedó tendido sin movimiento.

Reinó un siniestro silencio en aquella habitación, hasta que lo rompió un ahogado grito del conde que se arrodilló al mismo tiempo junto al inmóvil anciano, tocándole primeramente la mano y despues el corazón, convenciéndose en seguida de que estaba muerto. Un delgado hilo de sangre brotaba de la herida que se habia hecho en la

frente al chocar con el mármol; pero aquella herida era ligera, y no era seguramente la que le habia quitado la vida. Lo que le habia matado era la traicion; era la traicion de aquellos dos seres á quienes amaba y de quienes se creia amado. Su corazón habia quedado literalmente destrozado por la violencia de la sorpresa, de la amargura, del horror.

Una mirada de Camors reveló á la marquesa de Campvallon que era viuda. La marquesa se desplomó sobre el divan, ocultó el rostro entre las manos y sollosó.

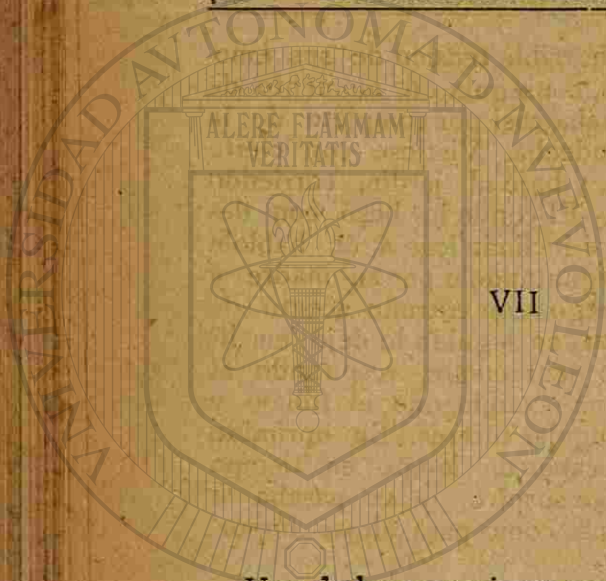
El conde de Camors estaba de pié, apoyado en la chimenea, con los ojos fijos y entregado á sus pensamientos. Con toda la sinceridad de su alma hubiese querido dar su propia vida á aquel cadáver. Habíase jurado entregarse sin defensa al general si alguna vez se la pedía en pago de favores olvidados, de amistad vendida, de honor ultrajado... ¡y ahora le habia muerto!... Si no habia cometido el crimen por su mano, el crimen, sin embargo, existía allí, con todo su repugnante aparato. Allí, delante de él, se ostentaba, percibía su olor, respiraba la sangre.

Ante la inquieta mirada de la Marquesa, recobró la serenidad, y se acercó á ella. Entonces hablaron en voz muy baja, y le explicó apresuradamente lo que debía hacer. Era indispensable llamar, decir que el general se había puesto malo de pronto y había caído al entrar en su habitación. La marquesa comprendió con terror que era necesario esperar largo rato antes de dar la alarma, porque debía dejar tiempo á Camors para que huyese, y hasta entonces tenía que permanecer con aquella espantosa compañía. Compadecióse de ella Camors, y se decidió á salir del hotel por el departamento del general que tenía puerta particular á la calle. La marquesa tiró en seguida con violencia y precipitación de la campanilla, y el conde no se retiró hasta que oyó en la escalera ruido de precipitados pasos.

El departamento del general comunicaba con el de su esposa por una galería muy corta, encontrándose en seguida el despacho y despues la alcoba: el conde de Camors atravesó aquellas habitaciones con sentimientos que no trataremos de describir, y salió á la calle.

Los médicos dijeron que el general había

muerto á consecuencia de una ruptura de un vaso del corazon. A los dos dias se verificó el entierro, asistiendo el conde de Camors, que aquella misma noche salió de Paris, marchando á reunirse con su esposa, que se había instalado en Reuilly desde la semana anterior.



VII

Una de las sensaciones mas dulces en este mundo, es la que experimenta aquel que acaba de escapar de los fantásticos lazos de una pesadilla, y despertando con la frente bañada de helado sudor, se dice que ha soñado. En cierto modo, esta fué la sensación que experimentó el conde de Camors al despertar á la mañana siguiente de su llegada á Reuilly, cuando vió, al abrir los ojos, el sol filtrándose entre el follaje, y oyó, bajo su ventana, la fresca risa de su hijo. Sin embargo, no habia soñado; pero debilitada

su alma por la horrible tensión de sus emociones recientes, conseguia un momento de descanso, y gozaba casi por completo de la calma que le rodeaba. Vistiose con cierto apresuramiento, y bajó al jardín, corriendo hacia él su hijo. El conde lo besó con desusada ternura, é inclinándose á él, hablóle en voz baja, preguntándole por su madre y acerca de sus juegos con extraño acento de dulzura y tristeza; en seguida lo dejó en libertad, y paseó lentamente, respirando el aire de la mañana, examinando el follaje y las flores con singular interés. Su oprimido pecho dejaba escapar de tiempo en tiempo un hondo y breve suspiro, y se pasaba la mano por la frente como para alejar importunas imágenes.

Sentose bajo uno de aquellos tejos extrañamente recortados que adornaban el jardín al uso antiguo, y llamó de nuevo á su hijo, al que retuvo largo rato entre las rodillas, preguntándole á media voz, como ya habia hecho antes, y en seguida le abrazó estrechamente, como para hacer pasar á su propio corazón la inocencia y la paz del corazón del niño.

En esta expansión le sorprendió su esposa, y quedó muda de asombro. El conde se levantó en seguida, y cogiéndola la mano:

—¡Que bien le educais! (dijo) Os lo agradezco.... Será digno de vos y de vuestra madre.

Tanto le impresionó el acento triste y dulce de su marido, que la jóven contestó balbuceando y con cortedad:

—Creo que será tambien digno de vos.

—¡De mi! (dijo Camors cuyos labios temblaron ligeramente) ¡Pobre niño! ¡Espero que no!

Y se alejó precipitadamente.

El día anterior por la mañana habian sabido las señoras de Camors y de Teclé la muerte del general. Cuando por la noche llegó el conde, no les habló del acontecimiento, y ellas no le preguntaron. La misma conducta observaron á la mañana siguiente y en los días inmediatos; porque, si bien estaban muy lejos de sospechar las fatales circunstancias que tan pesado hacian aquel recuerdo para el conde de Camors, pareciales muy natural se encontrase afectado por una catástrofe tan repentina y que su espíritu se hubiese conmovido; pero les sorprendió muchísimo que esta impresion se prolongase de día en día, hasta el punto de tomar las apariencias de un sentimiento duradero. Tambien llegaron á creer que, con ocasion de la muerte del general, se habria promovido

alguna disgusto entre la marquesa y el conde, que habia entibiado sus relaciones. Un viaje de veinticuatro horas que hizo á los quince días de su llegada, les fué, en verdad, muy sospechoso; pero su pronto regreso; el gusto por Reuilly, que le retuvo en el campo todo el verano, fueron para ellas agradables indicios. El conde continuaba singularmente triste, pensativo y en inaccion contraria á todas sus costumbres. A pié, y solo, daba largos paseos, y algunas veces llevaba con él á su hijo, manifestándose muy gozoso. Tímidos ensallos de ternura hacia cerca de su esposa, y la torpeza, en un hombre como él, impresionaba mucho.

—Maria (la dijo una mañana) vos que sois una hada, pasead vuestra varilla alrededor de Reuilly, y haced de él una isla en medio del oceano.

—Decis eso porque sabeis nadar,—contestó riendo y moviendo la cabeza la jóven cuyo corazon rebosaba de alegría.

—Niña, á cada momento me abrazas (le dijo poco despues la señora de Teclé) ¿Es realmente á mi á quien se dirige todo eso? —Querida mamá (contestó, abrazándola una vez mas) os aseguro que me hace sencillamente el amor.... ¿Por qué? Lo igno-

ro; pero me hace el amor.... y á vos tambien, mamá; observadlo.

La señora de Teclé lo observaba en efecto. En sus conversaciones con ella, el conde de Camors evocaba con gusto los recuerdos del pasado que les habia sido comun, cual si quisiese encadenar con aquel pasado su nueva vida, olvidar lo demas y rogar que lo olvidasen.

Aquellas dos sensibles mujeres no se entregaban á sus esperanzas sin cierto temor, porque recordaban que se encontraban ante un hombre temible; ni comprendian tampoco aquella brusca metamorfosis, cuya razon desconocian, y temian que todo consistiese en algun capricho pasajero que las devolveria, si se dejaban engañar por el, todos sus sufrimientos, con la dignidad de menos. Sin embargo, no eran ellas solas las que habian observado aquella extraña transformacion.

El señor Des Rameures hablaba de ella. Los campesinos de las cercanias, notando algo nuevo en el lenguaje del conde y una manera de tierna benevolencia, decian que los años anteriores era cortés pero que este año era bueno, hasta las cosas inanimadas, bosques, campos, cielo, pudieran haber dicho de él lo mismo, porque los contempla-

ba y estudiaba con benévola ansiedad, como jamas los habia considerado.

La verdad era que le habia invadido profunda turbacion que no le abandonaba. Mas de una vez, antes de esta época, su alma, sus doctrinas y su orgullo habian recibido rudos ataques; pero no por eso habia dejado de continuar su marcha, irguiéndose despues de cada golpe como leon herido pero no domeñado. Al hallar en otro tiempo todas las creencias morales que sostienen á la generalidad, habia conservado, sin embargo, el honor como límite inviolable; despues, bajo el imperio de la pasion, habiase dicho que despues de todo, el honor, lo mismo que lo demas, era una convencion, y prescindió de él; pero mas allá encontró el crimen y lo tocó con la mano: dominóle el horror, y habia retrocedido.

Rechazaba con disgusto los principios que le habian llevado á aquel extremo, y tal vez se preguntaba que llegaria á ser una sociedad humana que no tuviese otros. Las sencillas verdades que habia desconocido se le presentaban ahora con su tranquilo esplendor; no las distinguía claramente aun, no procuraba darlas nombre; pero se sumergia con secretas delicias en su sombra y en su paz, las pedia al puro corazon de su hijo, al

amor puro de su esposa, á los milagros diarios de la naturaleza, á las armonias de los cielos, y tal vez tambien, allá en las profundidades de su pensamiento, á Dios.

Pero en medio de este impulso hácia una nueva vida, vacilaba. La señora de Campvallon estaba allí. Aun la amaba vagamente, y sobre todo, no podía abandonarla sin una especie de cobardia. Confusos espantos le agitaban. ¿Podria, despues de haber causado tanto mal, realizar el bien y gozar tranquilamente de las alegrías que vislumbraba? ¿Lo permitirían sus lazos con el pasado, su caudal mal adquirido, su fatal amante y el espectro del anciano? Y nosotros añadiremos: ¿Lo consentiría la Providencia? No porque queramos abusar con lijereza, como frecuentemente se acostumbra, de la palabra Providencia, y dejar cerniéndose sobre el conde de Camors la amenaza de algun castigo sobrenatural: la Providencia interviene en los asuntos humanos por la lógica de las leyes eternas, siendo la sancion de estas leyes, lo cual es bastante para que se la tema.

A fines de Agosto, el conde de Camors se trasladó, segun costumbre, á la capital del departamento, para tomar parte en los trabajos del Consejo general; y terminados es-

tos trabajos, marchó á visitar á la marquesa de Campvallon antes de regresar á Reuilly. Durante el verano la habia abandonado algo, no presentándose en la quinta sino á largos intervalos, como exigian las conveniencias. La marquesa quiso retenerle á comer, á pesar de que no tenia huéspedes, y con tanta seducción insistió, que á pesar suyo, cedió. Nunca la veía sin turbarse, porque le recordaba terribles emociones, pero tambien terribles delirios. Nunca habia estado tan bella; su traje de luto realizaba su gracia lánguida y soberana, aumentando la blancura de su frente y el brillo de sus ojos, y dándole un aspecto de reina trágica ó de alegoría de la noche.

Durante la velada llegó un momento en que desapareció la reserva que desde algún tiempo observaban en sus relaciones; viéndose, como otras veces el conde de Camors á los pies de la jóven marquesa, fijos los ojos en los suyos, y cubriendo de besos sus blanquísimas manos. La actitud de la marquesa era extraña aquella noche: le miraba con exaltada ternura, complaciéndose al parecer, en filtrar en sus venas el veneno mas ardiente de la pasion; en seguida se separaba, y de sus ojos brotaban lágrimas. De pronto con uno de aquellos mágicos movi-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1906, 1025 MONTERREY, MEXICO

mientos que le eran peculiares, envolvió con sus cabellos la cabeza de su amante, y hablándole en voz baja en la sombra de aquel perfumado velo:

— ¡Podríamos ser tan felices! — le dijo.

— ¿No lo somos? — preguntó Camors.

— No... al menos yo... porque no sois completamente mio, como yo soy completamente vuestra... Ahora que me encuentro libre, me parece esto mas duro aun... Si hubierais permanecido libre... ¡Cuando pienso en ello!... O si pudieseis serlo... ¡Que ventura!...

— Sabeis que no lo soy... ¿A que hablar de ello?

La marquesa se acercó mas, y con el aliento, mas que con la voz:

— Pero, ¿es imposible? — dijo.

— ¿Como? — preguntó el conde.

La marquesa no contestó; pero su mirada, fija, acariciadora y cruel, respondió por ella.

— Hablad, os lo suplico, — dijo Camors.

— ¿No me dijisteis [no lo he olvidado] que nos uniríamos por lazos superiores á todo... que el mundo y sus leyes ya no existirían para nosotros... y que para nosotros no habria otro bien ni otro mal que nuestra felicidad ó nuestra desgracia?... Pues bien: no somos felices... ¡Y si al fin

pudiesemos serlo!... Escucha: he meditado mucho...

Sus labios tocaron las mejillas del conde, y el murmullo de sus últimas palabras se perdió entre besos.

Camors la rechazó bruscamente, y se levantó.

— Carlota (dijo con energia: creo que eso será una prueba... pero, prueba ó no, no habéis jamás de ello... ¡jamás! ¿Entendéis?

La marquesa se levantó tambien energicamente.

— ¡Ah! ¡Como la amais! (exclamó) ¡Si, la amais! ¡A ella es á quien amais! ¡Lo sé!... ¡Lo siento!... ¡Y yo no soy mas que objeto miserable de vuestra compasion ó de vuestro capricho!... ¡Pues bien; id á buscarla! ¡Id á guardarla! ¡Porque os juro que está en peligro...!

Y sonrió con la ironía mas altiva.

— Veamos vuestros proyectos (dijo el conde) ¿queréis matarla?

— ¡Si puedo!...

Y extendió el soberbio brazo, como buscando un arma

— ¡Que! ¿con vuestra propia mano?

— La mano... se encontrará.

— Tan bella estais en este momento [di-

jo Camors] que muero de deseo de caer á vuestros pies. Decid solamente que habeis querido probarme ó que habeis estado loca un minuto....

La marquesa sonrió con desden.

—¡Ah! Teneis miedo, amigo mio! —dijo friamente.

Y alzando en seguida la voz, que habia adquirido roncós acentos.

—Y teneis razon, porque no estoy loca.... no he querido probaros.... Estoy celosa.... me haceis traicion.... ¡Y me vengaré! Ningun trabajo me costará.... ¡Porque no amo ya nada el mundo! ... Id á guardarla!

—¡Sea! ¡Marcho á hacerlo! —contestó Camors.

Y salió del salon, y en seguida de la quinta. Marchó á pie á la estación del ferrocarril, y aquella misma noche llegó á Reuilly. Un terrible acontecimiento le esperaba en su casa.

Durante su ausencia, la condesa de Camors habia ido á hacer algunas compras á Paris, acompañándola su madre. Tres dias habian permanecido en la capital, regresando aquella misma mañana. Cuando llegó el conde creyó notar cierta prevencion en el recibimiento; pero no se preocupó por ello.

en el estado de espíritu en que se encontraba.

He aqui lo que habia ocurrido. Durante su permanencia en Paris, la condesa de Camors fué, segun costumbre, á visitar á su tia la señora de la Roche-Jugan. Sus relaciones habian sido siempre muy tibias, porque no simpatizaban sus caracteres; pero la condesa de Camors se contentaba con no amar á su tia, y la señora de la Roche-Jugan odiaba á su sobrina, y encontrando ahora excelente ocasion para demostrárselo, no dejó de aprovecharla. Desde la muerte del general no se habian visto, y aquel acontecimiento, del que debia acusarse en gran manera la señora de la Roche-Jugan, no habia hecho mas que exasperarla, porque su mala accion se habia vuelto en contra suya. La repentina muerte del general habia destruido sus últimas esperanzas, aquellas que habia creido poder fundar en la cólera y abandono del anciano. Desde aquel dia la animaba contra su sobrino y esposa un furor de arpía, y habiendo sabido por Vautrot que el conde de Camors se encontraba en el gabinete de la marquesa la noche en que murió el general, no vaciló en formar, sobre este hecho verdadero, las suposiciones mas odiosas, ayudándole Vautrot, engañado, co-

mo ella, en su venganza y avaricia. Rumores siniestros, procedentes sin duda de aquel foco, circularon por entonces en la alta sociedad parisiense; y sospechando Camors y la marquesa que por segunda vez les habia denunciado la señora de la Roche-Jugan, habian roto con ella; pudiendo convencerse de ello esta señora cuando, al presentarse en la puerta de la marquesa, le negaron la entrada, afrenta que acabó de exasperarla.

Dominada por este sentimiento se encontraba aun, cuando recibió la visita de la señora de Camors. En el acto tomó por asunto de conversacion la muerte del general, derramó algunas lágrimas por su anciano amigo, y cogiendo en seguida con fingido arrebató de cariño las manos de su sobrina:

—¡Pobre hija mia! (dijo) Tambien lloro por vos... porque vais á ser mas desgraciada que antes... si es posible.

—No os comprendo, señora,—dijo friamente la jóven.

—Si no me comprendeis, tanto mejor,—repuso la señora de la Roche-Jugan con cierta acritud.

Y despues de una pausa:

—Escuchad, hija mia (añadió) voy á cumplir con un deber de conciencia... una mujer buena como vos, mereceria mejor suer-

te... ¡y vuestra madre, que tambien está engañada!... ¡Ese hombre engañaria al mismo Dios! Comprendo la necesidad de pedirlos perdon á las dos en nombre de mi familia.

—Repito, señora, que no os comprendo.

—¡Pero eso es imposible, hija mia! Vamos; es imposible que despues de tanto tiempo, nada sospecheis.

—Nada sospecho, señora (dijo la condesa de Camors) porque lo sé todo.

—¡Ah! (exclamó secamente la señora de la Roche Jugan) Siendo asi, nada tengo que objetar; pero, en ese caso, existen personas de conciencia muy acomodaticia.

—Eso mismo pensaba yo hace un momento al escucharos, señora,—dijo la jóven, levantándose.

—Como gustéis, querida... pero os hablaba por interes vuestro, y me reprendia interiormente por no hablaros con entera claridad. Conozco á mi sobrino mejor que le conoceis vos, y á la otra tambien... A pesar de lo que decis, no lo sabeis todo, ¿comprendéis?... El general murió de repente... y despues de el llegará vuestro turno... Asi, pues, tened cuidado, sobre niña.

—¡Oh, señora! (exclamó la jóven palide-

ciendo espantosamente) ¡No volveré á veros en mi vida!

En el acto salió, corrió á su casa, y refirió á su madre las horribles palabras que acababa de oír. La madre trató de calmarla; pero ella misma estaba muy trastornada, y en el acto marchó á casa de la señora de la Roche-Jugan, suplicándola tuviese compasión de ellas y retractase sus abominables insinuaciones ó las explicase con mayor claridad; haciéndola comprender que, en caso necesario, instruiría de todo al conde de Camors, y que no respondía de que no viniese y pedir cuentas á su primo Segismundo. Asustada á su vez la señora de la Roche-Jugan, calculó que lo mas seguro era perder por completo al conde de Camors en la consideracion de la señora de Teclé; y para ello le refirió cuanto sabia por Vautrot, cuidando de no comprometerse ella misma en su relato. La enteró de la presencia del conde en casa del general la noche en que murió, y de los rumores que habian circulado. Mezclando calumnias y verdades, y redoblando al mismo tiempo en unción caricias y lágrimas, consiguió dar á la señora de Teclé tal idea del caracter del conde de Camors, que ya no hubo suposiciones y temores que desde aquel momento nó considera-

se muy posibles la pobre señora. La de la Roche-Jugan le ofreció mandarle á Vautrot para que ella misma le interrogase; pero la señora de Teclé, afectando dudas y tranquilidad que no tenia, rehusó, y se retiró.

Al ver á su hija, se esforzó en ocultar las impresiones que traia; pero no lo consiguió, porque la alteracion de sus facciones desmentia evidentemente su lenguaje.

A la siguiente noche partieron, ocultándose mutuamente la turbacion y angustia de sus almas; pero, acostumbradas desde tanto tiempo á pensar, sentir y padecer juntas, coincidieron, sin comunicárselo, en las mismas reflexiones; razonamientos y terrores. Con el recuerdo repasaban toda la vida del conde de Camors, todas sus faltas, y á la luz de la monstruosa accion que le imputaban, hasta las faltas tomaban caracter criminal, que les asombraba no haber descubierto antes. Reflexionando así, descubrian ilacion, encadenamiento en sus designios, y hasta el bien se transformaba en crimen contra él. Así, pues, su conducta en el transcurso de los últimos meses, su actitud extraña, el regreso de su afecto á su hijo y esposa, y su tierna asiduidad para con esta, no eran otra cosa que hipócrita premeditacion.

de otro crimen, cuya máscara se preparaba de antemano.

¿Que hacer, sin embargo? ¿Que vida común era posible bajo el peso de tales pensamientos? ¿Que presente! ¿Que porvenir! Esta perspectiva las enloquecía.

A la mañana siguiente no pudo menos de observar el conde de Camors la extraña actitud que guardaban en su presencia; pero supo que su criado, sin creer que hacía mal, había hablado de su visita á la señora de Campvallon, y atribuyó la frialdad de las señoras á esta circunstancia, inquietándose tanto menos, cuanto que estaba decidido á darlas en este asunto seguridad completa. En efecto: despues de reflexionar mucho aquella noche, meditaba romper por completo sus relaciones con la marquesa, puesto que si para el era escrúpulo de honor provocar esta ruptura, la misma marquesa le había dado motivo suficiente. El pensamiento criminal que había osado comunicarle, no era, sin duda, otra cosa que prueba de su cariño: así lo creía el conde; pero bastaba que lo hubiese expresado para justificar su abandono. De las palabras violentas y amenazadoras que los celos habían arrancado á la marquesa, hacía poco caso, si bien no dejaban de inquietarle algunos momentos.

Hacia muchos años que no había sentido tan desahogado su pecho. Roto aquel funesto lazo, le parecía que había recobrado con la libertad una especie de juventud y virtudes, que le llevaron á pasear y jugar con su hijo una parte del día.

Despues de comer, cuando empezaba ya á anochecer, con cielo claro y despejado, propuso repentinamente á su esposa un paseo solos por el bosque, hablándola de un hermoso sitio que le había llamado la atención poco tiempo antes, y que agradaría, añadió riendo, á su gusto romántico. No dejó de extrañarle algo el azoramiento de la jóven, la inquietud que reveló su semblante, y la rápida ojeada que cambió con su madre. En efecto: igual pensamiento, y pensamiento espantoso, acababa de cruzar por la mente de aquellas desgraciadas mujeres. Encontrábanse aun bajo la impresion de las revelaciones que las habían enloquecido, y la brusca proposicion del conde, tan contraria por otra parte á sus costumbres, la hora, la noche, el paseo solitario, todo había contribuido á agitar en su cerebro las siniestras ideas que las había sugerido la señora de la Roche-Jugan. Sin embargo, la condesa de Camors, con resolucion que las circunstancias no parecían exigir, se dispuso en segui-

da para el paseo, saliendo con su esposo y dejando á su hijo al cuidado de la señora de Teclé. Les bastó cruzar el jardín para entrar en el bosque, que lindaba con la casa, y que se reunía á lo lejos con los que había heredado el señor de Camors por muerte del conde de Teclé.

Intentaba Camors, al procurarse esta conversacion particular con su esposa, confiarle su decidido propósito de romper con la marquesa, entregarle, al fin, sin reserva su corazón y su vida, y gozar en la soledad de las primeras expansiones de su dicha.

Sorprendido por la distraccion glacial con que la jóven contestaba á la alegría afectuosa de su lenguaje, redobló sus esfuerzos para dar á la conversacion intimidad y confianza. Deteniéndose de tiempo en tiempo para hacerla admirar algun efecto de luz entre los árboles ó en el sendero, comenzó á preguntarla acerca de su reciente viaje á Paris, y las personas que había visitado. La condesa nombró á la señora Jubert y algunas otras, y despues, bajando la voz, á pesar suyo á la de la Roche Jugán.

—En cuanto á esa, hubieseis podido dispensaros de verla (dijo Camors) He olvidado deciros que no la visitaba ya.

—¿Por qué? — preguntó tímidamente la jóven.

-- Porque es una mujer miserable (contestó Camors) Cuando nos tratemos con mas confianza (añadió riendo) os diré cosas que os asombrarán de esa señora. Todo os lo contaré. . . . todo. ¿comprendeis?

Tanta naturalidad y franquesa respiraban en estas palabras, que la condesa sintió muy aliviado su corazón del peso que la oprimia, entregándose con mas abandono á las amables insinuaciones de su marido y á los lijeros incidentes del paseo. Los fantasmas se disipaban poco á poco en su imaginacion, y comenzaba á decirse que había sido juguete de una pesadilla, cuando, un repentino cambio en la actitud de su marido, despertó todos sus terrores. A su vez, el conde se había puesto distraido y visiblemente preocupado por alguna idea grave. Ya no hablaba sino con esfuerzo, apenas contestaba, y de pronto se detenía, mirando en rededor, como niño con miedo. Esta extraña preocupacion, tan contraria á su primera actitud, alarmaron tanto mas á la jóven, cuanto que se encontraban entonces en la parte mas espesa y desierta del bosque.

Extraordinaria relacion existia entre los pensamientos que dominaban al uno y al

otro. En el momento en que la señora de Camors temblaba de espanto al lado de su marido, este temblaba por ella, Había creído notar que les seguían; muchas veces le había parecido oír entre los árboles crujido de ramas rotas y de hojas pisadas y hasta rumor de pasos; el ruido cesaba cuando se detenía él, y volvían á marchar en cuanto el se ponía en marcha. Hubo un momento en que creyó ver la sombra de una persona cruzando rápidamente entre dos matorrales á su espalda, ocurriéndosele al pronto que podría ser algún cazador furtivo; pero no podía conciliarse esta idea con la insistencia con que parecía seguirles. Concluyó al fin por no dudar que los espían; pero ¿quién podía ser? Las repetidas amenazas de la marquesa de Campvallón contra la vida de la señora de Camors, el ardiente y desenfrenado carácter de aquella mujer, reaparecieron repentinamente en la imaginación del conde, y combinándose con aquella misteriosa persecución, le hizo concebir espantosas sospechas. Ni por un momento imaginó que la misma marquesa se hubiese encargado de su venganza; pero se recordará que dijo: "La mano se encontrará" Era bastante rica para encontrarla, en efecto, y aquella mano podría estar allí.

No quería inquietar á su esposa llamándola la atención acerca de aquella especie de espectro que creía tener á su lado; pero no podía, sin embargo, ocultarla una agitación cuyos movimientos daban lugar á interpretaciones tan falsas y crueles.

— Maria — le dijo: — marchemos algo mas de prisa, os lo ruego; tengo frio.

El Conde apresuró el paso, y decidió regresar por la carretera, en la que había muchas casas. Cuando se acercaron al lindero del bosque, aunque creía escuchar algunas voces y aun los rumores que le habían alarmado, se tranquilizó algo, recobró cierta libertad de espíritu, y hasta, avergonzado por su temor, hizo se detuviese la Condesa en el punto que había sido objeto del paseo, y que era una aglomeración de rocas que dominaba la profunda excavación de una cantera abandonada desde muy antiguo; los arbutos de fantásticas formas que coronaban la altura, las plantas trepadoras, las oscuras hiedras que tapisaban el conjunto, la blancura de las piedras y los vagos reflejos del estanque que se extendía en el fondo del abismo, ofrecían en aquella clara noche un espectáculo de salvaje belleza.

En rededor de la cantera había accidentes

de terreno y matorrales espinosos que obligaban á dar un largo rodeo á los que querían pasar del bosque á la carretera; pero habían echado sobre la parte mas estrecha de la excavacion dos troncos unidos y labrados que permitian el paso directo, y al mismo tiempo ofrecían al que los cruzaba la pintoresca y completa vista de aquel extraño paisaje. La condesa de Camors no habia visto aun aquella especie de puente, que su marido habia hecho colocar por antes.

Despues de algunos minutos de contemplacion, y como le indicase con la mano los troncos:

—¿Hay que pasar por ahí? preguntó con voz baja y breve.

—Si no teneis miedo (contestó el conde); pero, en último caso, estoy á vuestro lado.

Conoció que vacilaba, y tan extraña le pareció su palidez á la luz de la luna, que no pudo menos de decirle:

—Os creía mas valiente.

La jóven no vaciló ya, y puso el pié en aquel puente peligroso. Avanzando con la mayor precaucion, volvía, á pesar suyo, la cabeza para mirar á la espalda, y esto dificultaba su marcha. De pronto vaciló; el conde se lanzó para retenerla, y su mano cayó sobre ella con cierta violencia. La des-

graciada jóven lanzó un desgarrador grito, hizo un movimiento como para desasirse, y corriendo locamente por el puente, fué á refugiarse al bosque. Aturdido el conde, asustado, y sin saber lo que le pasaba, la siguió á la carrera, viéndola á dos pasos del puente, apoyada en el primer árbol que encontró, de cara hácia él, aterrada pero amenazadora; y en cuanto se acercó:

—¡Miserable!—le dijo.

La contemplaba con verdadera enajenacion, cuando oyó ruido de precipitados pasos: una sombra salió repentinamente de la espesura del bosque, y reconoció á la señora de Teclé, que, corriendo, jadeante, en desorden, cogió la mano de su hija, é irguiéndose delante de él:

—¡Al menos, las dos á la vez!—dijo.

El Conde comprendió al fin. Ahogóse un grito en su garganta, se cogió convulsivamente la frente entre las manos, y dejando caer al fin los brazos con desesperacion:

—¡Conque me creis asesino!—dijo con sorda voz.—Pues bien—añadió, golpeando el suelo con repentina violencia:—¿que haceis ahí?... ¡Huid, huid, pues!...

Locas de terror, obedecieron. La madre arrastró a la hija precipitadamente, y las vió desaparecer en la oscuridad.

El permaneció en aquel sitio salvaje sin contar las horas. Ya iba y venia en el estrecho espacio que le separaba del puente y del abismo; ya se paraba bruscamente, con los ojos fijos, quedando inmóvil, y tan inerte como el tronco en que se apoyaba. La mano Divina, que pesa en justas balanzas nuestros dolores en compensacion de nuestras faltas, debió contar á aquel hombre aquellos momentos.

VIII.

A la mañana siguiente, la Marquesa de Campvallon paseaba á orillas del gran estanque circular que adornaba la parte baja de un parque, y cuyos metálicos reflejos se veian desde muy lejos entre los árboles. A lentos pasos caminaba en derredor, cabisbaja, arrastrando por la arena su largo traje de luto, y como escoltada por dos grandes cisnes de deslumbradora blancura, que, esperando recibir de su mano algun obsequio, nadaban en la orilla á su lado. De pronto se presentó delante de ella el conde de Ca-

mors. La Marquesa, que habia creído no verle jamas, levantó la cabeza, y se llevó vivamente una mano al corazon.

—Si, yo soy [dijo] dadme la mano.

La marquesa se la dió.

—Teniais razon, Carlota [añadió] no se rompen lazos como los nuestros... Pensé romperlos... pero fué una cobardia que me censuro y por la que, además, he sido duramente castigado. Os ruego que me perdoneis.

La marquesa le atrajo dulcemente á la sombra de los grandes plátanos que rodeaban el estanque, arrodillose con su gracia teatral, y fijando en el sus húmedos ojos, y cubrió de besos sus manos. El conde la levantó, y estrechándola contra su pecho,

—¿Verdad (dijo en voz baja) que no deseabais aquel crimen?

Y como la marquesa movia la cabeza con cierta indecision:

—En último caso (añadió con amargura) seriamos mas dignos el uno del otro, porque me han creído capaz de cometerle.

La cogió del brazo, y paseando lentamente, le refirió con brevedad las escenas de la noche. La dijo que no habia vuelto á entrar en su casa, y que estaba decidido á no volver á ella jamás.

Tal habia sido, en efecto, el resultado de sus dolorosas meditaciones. Tener una explicacion con las que tan mortalmente le habian ultrajado, abrirles el fondo de su corazon, decirles que aquel pensamiento criminal de que le acusaban lo habia rechazado la víspera con horror cuando otro se lo proponia; en todo esto habia pensado: pero tal humillacion, aun en el caso de que hubiese podido rebajarse á ella, hubiera sido completamente inútil. ¡Cómo podia esperar vencer con palabras una desconfianza capaz de llegar á tales sospechas! Confusamente adivinaba su origen, y comprendia que aquella desconfianza, envenenada por los recuerdos del pasado, era incurable. El convencimiento de lo irreparable, el orgullo sublevado, y hasta la indignacion por la injusticia, solamente le habian mostrado un refugio posible, y á él acababa de lanzarse.

Por los criados y por el rumor público supieron la condesa de Camors y la señora de Teclé la instalacion del Conde en una casa de campo que habia alquilado cerca de la quinta de la señora de Campvallon. Después de escribir diez cartas y quemarlas en seguida, decidióse por el silencio absoluto. Las señoras temieron por algun tiempo que les retirase al niño, y en ello pensó el Con-

de; pero desdeñó semejante medio de venganza.

Esta instalacion, que proclamaba públicamente las relaciones del señor de Camors con la Marquesa, produjo sensacion en el mundo parisién, donde se conoció en seguida, renovando los rumores que apenas se habian extinguido. El Conde no los ignoró, y los despreció; porque su orgullo, exasperado por terrible irritacion, le impulsaba á desafiar la opinion pública, prometiéndose, por otra parte, triunfar de ella con facilidad, sabiendo, como sabia, que no hay situacion que no pueda imponerse al mundo con audacia y dinero.

Desde esta época se entregó con energía á las ocupaciones de su vida, costumbres, trabajos y pensamientos ambiciosos. Enterada de todos sus proyectos, la marquesa añadía los suyos, y los dos se ocuparon en organizar de antemano sus dos existencias confundidas ya para siempre. La fortuna personal de Camors, unida á la de la marquesa, no ponía límites á los caprichos que podían tentar su imaginacion. Convinieron en vivir separados en París, pero el salon de la marquesa les sería comun; en él radiarían á la vez sus dos prestigios, y formarían centro social de influencia decisiva. La mar-

quesa reinaria allí con el esplendor de su persona sobre el mundo de las letras, de las artes y de la política, y Camors encontraría en él medios de accion que no dejarían de acelerar los altos destinos á que le llevaban su talento y ambicion. Esta era, en fin, la vida que entrevieron al empezar sus relaciones, como ideal de felicidad humana entre dos seres superiores, compartiendo por encima de la muchedumbre todas las voluptuosidades de la tierra, las delicias de la pasion y los goces del espíritu, las satisfacciones del orgullo y las emociones del poder. El brillo de esta vida sería la venganza de Camors é impondría amargos pesares á las que se habian atrevido á desconocerlo.

Sin embargo, el reciente luto de la marquesa les obligaba á aplazar la realizacion de este sueño, si no querían lastimar con demasiada fuerza la conciencia pública. Comprendieronlo así, y decidieron viajar durante algunos meses, antes de regresar á París. El tiempo que emplearon en combinar planes para el porvenir y en los preparativos del viaje fué el mas dulce de la vida de la marquesa, que al fin gozaba plenamente de una intimidad por tanto tiempo turbada, y cuyo encanto era verdaderamente muy grande porque su amante, como para hacer-

la olvidar un instante de abandono, la prodigaba las infinitas gracias de su espíritu y las efusiones de un exaltado amor, dedicándose al mismo tiempo, tanto á sus estudios particulares, como á sus proyectos comunes, con intenso ardor, que brillaba en su frente y en sus ojos, realzando su varonil belleza.

Frecuentemente le ocurría, despues de separarse de la marquesa por la noche, trabajar hasta muy tarde en su casa y á veces hasta el amanecer. Una noche, poco antes del dia que habia fijado para la partida, el criado particular del conde, que dormia en una habitacion debajo de la de su amo, oyó un extraño ruido, que le alarmó. Subió apresuradamente, y encontró al conde tendido, sin movimiento, en el suelo, al pié de la mesa de trabajo. Este criado, llamado Daniel, gozaba de la completa confianza del conde, y le queria de ese modo particular que inspiran algunas veces los caracteres enérgicos. Daniel mandó llamar á la marquesa, que acudió en seguida, encontrando al conde, que habia recobrado el conocimiento, pero que estaba muy pálido, paseando por la habitacion. Su presencia pareció contrariarle, y reprendió severamente al criado por su exagerado celo, asegurando

que le habia acometido un vértigo de los que padecia. La marquesa se retiró casi en seguida, despues de suplicarle no se entregase mas á aquel trabajo exagerado.

Cuando al siguiente dia fué el Conde á verla, no extrañó la Marquesa el abatimiento de su semblante, atribuyéndolo á la sacudida que habia experimentado la noche anterior; pero cuando le habló de su próximo viaje, le asombraron y hasta le alarmaron sus contestaciones.

—Lo aplazaremos por algunos dias, si gustas —contestó: —no me encuentro en estado de viajar.

Pasó algun tiempo, y no hizo la mas pequeña alusion al viaje, permaneciendo sombrío, silencioso, glacial. La actitud casi febril que hasta entonces animó su vida, lenguaje y ojos, habia desaparecido bruscamente; alarmando á la Marquesa, mas que todos estos síntomas, la inacción absoluta á que se abandonó. Retirábase temprano por la noche, y Daniel le dijo que el Conde no trabajaba, permaneciendo horas y horas paseando en su habitacion. Al mismo tiempo su salud se alteraba visiblemente.

La Marquesa se decidió un dia á interrogarle, y cuando paseaban juntos en el parque, le dijo:

—Algo me ocultais, amigo mio. Estais padeciendo. . . . ¿verdad? . . . ¿Qué teneis?

—Nada.

—Decídmelo, os lo suplico.

—No tengo, nada, — contestó con mayor energía.

—Echais de ménos á vuestro hijo?

—No echo de menos nada.

Y despues de dar algunos pasos en silencio, añadió de pronto:

—¡Cuando pienso que existe alguien en el mundo que me ha llamado miserable, . . . porque esta palabra resuena constantemente en mi oído! . . . ¡Que me ha llamado miserable. . . ., y lo cree como lo, ha dicho. . . ., y lo creerá siempre! ¡Si fuese un hombre, la cosa marcharia por si sola! ¡Pero es una mujer!

Despues de esta repentina explosion, calló.

—Y bien: ¿que quereis? ¿Que deseais? (dijo la marquesa con cierto arrebató) ¿Que-reis que vaya á decirla la verdad? ¿Que es-tabais dispuesto á defenderla contra mí? . . . ¿Que la amais y que me odiais? . . . ¡Si es esto lo que quereis, decidlo! . . . Creo que sería capaz de ello: ¡tan imposible se hace esta vida.

—No me ultrajéis á vuestra vez (contestó

vivamente el conde) Despedidme si os agrada, pero á nadie ar o más que á vos. . . . Mi orgullo sangra; este es todo. . . . Y os aseguro que si alguna vez me haceis la ofensa de ir á justificarme, no volveré á veros en mi vida, ni á vos ni á ella. . . . Abrazadme.

Estrechola contra su corazon, y la marquesa se calmó por algunas horas.

El conde tenia que dejar la casa que habia alquilado, porque venia á habitarla el propietario. Corria el mes de Diciembre, y esta era la época en que la marquesa acostumbraba regresar á Paris. Como ya la quedaban pocos dias de campo, propuso al conde alojarle en la quinta, y este aceptó; pero cuando la marquesa habló de regresar á Paris, dijo:

—¿Por qué tan pronto? ¿No estamos bien aquí?

Poco mas adelante le recordó iban á reanudarse las sesiones del Parlamento, y el Conde, alegando su falta de salud, quiso enviar su demision de diputado, consiguiendo la Marquesa, á fuerza de súplicas, que se limitase á pedir una licencia.

— Pero con esto — la dijo — os condeno á triste existencia, querida.

Con vos — contestó la Marquesa — soy dichosa en todas partes y con todo.

No era verdad que fuese dichosa; pero sí lo era que le amaba y se sacrificaba por él, no existiendo sufrimientos á que no se resignase ni sacrificios á que no estuviese dispuesta tratándose de él. Desde aquel momento desaparecía aquella perspectiva de radiante existencia, de soberanía mundana, que tanto había soñado y que creyó tocar con la mano, y comenzaba á entrever sombrío porvenir de soledad y secretas lágrimas pero á su lado, hasta el dolor era alegría.

Sabido es con cuanta rapidez pasa la vida para aquellos que se sepultan sin distracción alguna en profunda pena; los días son largos, pero el conjunto es breve y pasa casi insensiblemente. Así fué que los meses y las estaciones transcurrieron para la marquesa y Camors con tal monotonía, que casi no dejaban huella en su pensamiento. Un carácter invariable dominaba en sus relaciones cotidianas; por parte del conde, urbanidad glacial y muchas veces silenciosa; por la de la marquesa, afectuoso cariño y dolor contenido. Diariamente salían á caballo por los campos, los dos vestidos de negro, simpáticos por su hermosura y tristeza, y go-

zando en la comarca de respeto mezclado de temor.

A principios del invierno siguiente, la señora de Campvallon experimentó graves inquietudes. A pesar de que el conde no se quejaba, era evidente que su salud se alteraba cada día más. Por sus demacradas mejillas, y hasta en sus ojos, se extendía un color amarillento obscuro, casi arcilloso: en vista de esto, la marquesa, sin consultarle, llamó á su médico de París. Al verle, manifestó cierto disgusto el conde: pero se prestó á la consulta con su ordinaria afabilidad. El médico reconoció los síntomas de una hepatitis crónica; no vió peligro, pero recomendó las aguas de Vichy, algunas precauciones higiénicas y absoluto reposo. Cuando la marquesa trató de proponer á Camors el viaje á Vichy, se encogió de hombros, sin contestar.

Pocos días después, entrando la marquesa en las caballerizas, vió á Medjé, la lengua favorita de Camors, blanca de espuma y jadeante. El palafrenero le explicó con cierta cortedad, el estado de aquel animal como consecuencia de un paso que el conde había dado por la mañana. La marquesa acudió á Daniel, que había llegado á ser su confidente, y estrechándole con pregun-

tas, concluyó por hacerle confesar que desde algun tiempo, su amo salía con frecuencia á caballo por la noche, y no regresaba hasta la mañana siguiente. Daniel estaba desesperado por aquellas carreras nocturnas que segun decia fatigaban mucho al conde de Camors y concluyó por decir á la marquesa que el objeto de las excursiones era Reully.

Cediendo á consideraciones cuyos detalles carecerian de interés, la condesa de Camors habia decidido continuar habitando en Reully desde que la abandonó su marido. Reully distaba pocas leguas de Campvallon, y podia abreviarse algo el camino siguiendo los de travesia. El conde de Camors no vacilaba en recorrer dos veces la distancia durante la noche, para proporcionarse la emocion de respirar durante algunos minutos el mismo aire que su esposa y su hijo. Una ó dos veces le acompañó Daniel, pero casi siempre iba solo el Conde; dejaba el caballo en el bosque, acercábase á la casa cuanto podia sin correr el riesgo de que lo descubrieran, y, ocultándose como un malhechor detras de los árboles, espiaba las ventanas, las luces, los ruidos, hasta las menores señales de los queridos seres de quienes eterno abismo los separaba.

Medio irritada y medio asustada la Marquesa por aquel capricho que rayaba en demencia, fingió ignorarlo; pero aquellas dos inteligencias estaban demasiado acostumbradas á penetrarse diariamente para poder ocultarse nada. El conde comprendió que la marquesa estaba instruida de su debilidad, y no se cuidó de ocultársela.

Una tarde del mes de Julio partió á caballo, y no regresó á la hora de comer. A la caída del día llegó á los bosques de Reully, conforme deseaba; entró en el jardin con las acostumbradas precauciones, y gracias al conocimiento que tenia de las costumbres de la casa, pudo acercarse, sin que le vieran, al pabellon donde estaba la habitacion que la Condesa compartia con su hijo. Aquella habitacion se elevaba por la parte del patio á la altura de un entresuelo; pero por la del jardin estaba á nivel del terreno. A causa del calor estaba abierta una ventana, y el conde, ocultándose detras de la hoja de la persiana medio cerrada, examinó el interior. Hacia dos años que no habia visto á su esposa, á su hijo ni á la señora de Teclé, y á los tres volvió á verles. La señora de Teclé trabajaba al lado de la chimenea: su rostro no habia cambiado, conservando la misma frescura de juventud; pero sus cabellos

habian adquirido la blancura de la nieve. Sentada en una butaca, la señora de Camors, casi enfrente de la ventana, desnudaba á su hijo, cambiando alegremente con él preguntas, respuestas y besos.

A una señal suya se arrodilló el niño á los piés de su madre en su ligero traje de noche, y teniéndole la madre cogidas las manos, comenzó á recitar en alta voz las oraciones cotidianas antes de acostarse, apuntándole la Condesa de tiempo en tiempo alguna palabra olvidada. Aquellas oraciones, formadas por cortas frases al alcance del niño, terminaban con estas palabras: "¡Dios mio, sed compasivo y misericordioso para mi madre, para mi abuela, para todos los míos, y, sobre todo, Dios mio, para mi desgraciado padre!" Estas palabras las pronunció con cierta precipitacion infantil; pero ante una severa mirada de su madre, repitió en seguida con insistencia profunda, cual si imitase la inflexion de voz que le habian enseñado: "¡Y, sobre todo, Dios mio, para mi desgraciado padre!"

El conde de Camors se alejó en seguida sin hacer ruido, y salió del jardin por el punto mas cercano. Pasó la noche en el bosque, atormentado por una idea fija: queria ver á su hijo, hablarle, besarle, estrecharle contra

su corazon. Lo demas le importaba poco. Recordó que acostumbraba antes llevar todas las mañanas al niño á la granja mas cercana para que bebiese una taza de leche, y esperaba que habrian conservado la costumbre.

Llegó el dia, y pronto la hora que esperaba. Habíase ocultado en el sendero que conducia á la granja, y poco despues oyó ruido de pasos, gritos y risas infantiles, apareciendo de pronto su hijo corriendo delante del aya. El niño tenia entonces de cinco á seis años, y su aspecto era gracioso y elegante. Cuando vió al conde en medio del sendero, se detuvo, vacilando ante aquel semblante desconocido ó casi olvidado, pero la sonrisa tierna y casi suplicante de su padre le tranquilizó.

—¡Caballero!—dijo con inseguridad.

Camors abrió los brazos, é inclinándose cual si fuera arrodillarse:

—¡Ven y abrázame, te lo ruego!—murmuró.

El niño adelantaba ya sonriendo, cuando la mujer que le seguia, que era su antigua nodriza, apareció de pronto haciendo un gesto de espanto y exclamando con voz ahogada:

—¡Tu padre!

Al oir estas palabras, lanzó el niño un

grito de terror, retrocedió violentamente, y se abrazó á aquella mujer, fijando en su padre sus espantados ojos. La nodriza le cogió en brazos y se alejó con precipitación.

El conde de Camors no lloró. Una espantosa contracción arrugó los extremos de su boca, haciendo resaltar la demacración de sus mejillas. Experimentó dos ó tres sacudidas como calofríos de fiebre; pasóse lentamente la mano por la frente, suspiró con angustia, y partió.

La marquesa de Campvallon no tuvo conocimiento de esta triste escena; pero vió las consecuencias, y las deploró amargamente. El carácter del conde, tan alterado ya, se hizo desconocido, no mostrándola ni siquiera la glacial cortesía que conservara hasta entonces, sino una extraña antipatía, que le llevaba á huir de ella. Conoció la marquesa que evitaba tocarla la mano, y ya no se vieron sino rara vez, porque la salud del conde no le permitía comidas regulares.

Aquellas dos existencias desoladas ofrecían entonces, en medio del aparato casi regio que les rodeaba, un espectáculo digno de compasión. En aquel magnífico parque, entre los espléndidos jardines, vasos de mármol, bajo las grandes arcadas de follaje pobladas de blancas estatuas, se les veía vagar

separados como tristes sombras, encontrándose algunas veces y sin hablar jamás.

Un día á fines de Setiembre, no bajó de su habitación el Conde, y Daniel dijo á la Marquesa que habia dado órden de no permitir la entrada á nadie.

—¿Ni á mí?— preguntó.

El criado movió tristemente la cabeza, é insistió.

—Señora (dijo): me despediria.

El conde persistió en aquella mania de reclusion absoluta, y la marquesa quedó reducida á las noticias que el criado la daba diariamente. El conde no guardaba el lecho, pasando los días en sombrías meditaciones, acostado en un divan. Se levantaba por intervalos, escribía algunas líneas y se acostaba otra vez. Su debilidad parecia muy grande, aunque no se quejaba de ningún padecimiento. Pasadas dos ó tres semanas, leyendo la marquesa en el semblante de Daniel profunda inquietud, le rogó llevase á su amo el médico de la comarca, al que habia mandado llamar. El criado se decidió á ello, y la desgraciada mujer, cuando el médico entró en la habitación del conde, aplicó el oído á la puerta, y escuchó con angustia, creyendo oír la voz del señor de Camors, alzándose con violencia; después

cesó el ruido. El médico le dijo sencillamente al salir:

—Señora, su estado me parece muy grave, pero no desesperado... No he querido estrecharle mucho hoy... porque me ha permitido volver mañana.

A las dos de la madrugada siguiente oyó la marquesa que la llamaban, reconociendo la voz de Daniel. Se levantó en seguida envolvióse en una bata, y le hizo entrar.

—Señora [dijo] el señor conde os llama.

Y prorrumpió en llanto.

—¡Dios mío! ¿qué ocurre?

—Venid, señora; venid corriendo.

La marquesa le siguió en seguida.

En cuanto puso el pie en la habitación, no pudo engañarse. La muerte estaba allí. Extenuado por el dolor, aquel hombre tan robusto, tan altivo, tan poderoso, iba á espirar. La cabeza de Camors, caída sobre las almohadas, parecía tener ya una cadavérica inmovilidad. Sus hermosas facciones, acentuadas por el sufrimiento, tomaban el rígido relieve de la escultura. Solamente sus ojos vivían aun y la miraban. Acercose apresuradamente, y quiso coger la mano que caía sobre la colcha. El conde la retiró. La marquesa creyó ver que deseaba hablar,

y no podía; pero sus ojos hablaban, haciéndola algún encargo á la vez imperioso y suplicante, que sin duda comprendió ella, porque dijo en alta voz, con tierno y doloroso acento:

—¡Os lo prometo!

El Conde hizo un esfuerzo doloroso, y con la vista indicó una carta grande, cerrada y colocada sobre el lecho: la cogió la Marquesa, y leyó en el sobre: "Para mi hijo."

—¡Os lo prometo! — repitió, cayendo de rodillas, y vertiendo amargo llanto.

El Conde movió entonces una mano hacia ella.

—¡Gracias! — le dijo.

Y, ahogándola las lágrimas, pasó los labios en aquella mano, helada ya. Cuando alzó la cabeza, vio en el mismo momento humedecerse los ojos del conde, rodar de pronto como extraviados, y extinguirse. La marquesa lanzó un grito y se arrojó sobre el lecho, besando con locura aquellos labios abiertos aun, pero que no veían ya.

Así murió el conde de Camors, que fue sin duda un gran culpable, pero un gran hombre.

FIN.



